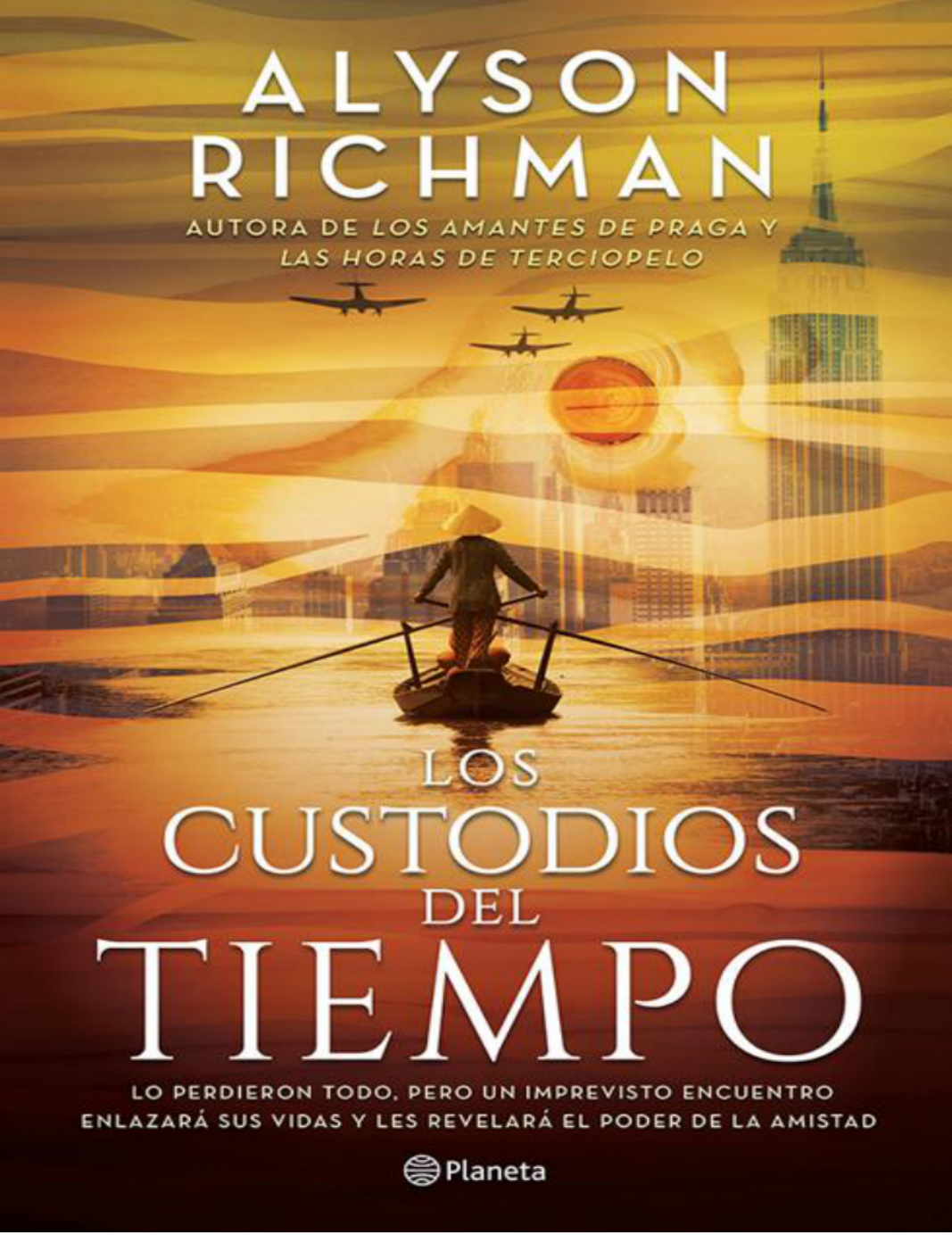
ALYSON
RICHMAN
AUTORA DE LOS AMANTES DE PRAGA Y
LAS HORAS DE TERCIOPELO
LOS
CUSTODIOS
DEL
TIEMPO
LO PERDIERON TODO, PERO UN IMPREVISTO ENCUENTRO
ENLAZARÁ SUS VIDAS Y LES REVELARÁ EL PODER DE LA AMISTAD
Planeta

ALYSON RICHMAN

LOS CUSTODIOS DEL TIEMPO

Planeta Internacional

Contenido PARTE I

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

PARTE II

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Epílogo
Agradecimientos
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

Para Pete

Las cicatrices tienen el extraño poder de recordarnos que nuestro pasado es real.

CORMAC MCCARTHY
Todos los hermosos caballos

Prólogo

Llevan toda la noche esperando junto al río; el agua oscura está inmóvil como cristal. No cargan más que un hatillo con comida y cantimploras con agua fresca, todo envuelto en un pedazo cuadrado de tela. Una sola olla de estaño, un costalito de limones y una caja de azúcar.

El barco está retrasado. Los niños tienen hambre. Los hombres y las mujeres que los acompañan están de pie, inmóviles como árboles.

La luna corta la oscuridad como una guadaña. Mientras esperan, atentos al bote que les prometieron, la marea se acerca poco a poco hasta sus siluetas. Retroceden hacia la ciénaga, hacia los tallos altos de los juncos a su espalda. Las cigarras estridulan sobre la hierba húmeda.

El niño más pequeño es quien ve primero el destello de luz, el débil haz de una linterna que parpadea sobre la cabeza del pescador.

Caminan hacia el río, aplastando bajo sus pies los lirios acuáticos, una masa de hojas verdes y peculiares flores moradas. Primero, el agua les llega hasta el tobillo; después hasta la rodilla; más tarde, hasta la cintura. Los niños tienen miedo; las algas se enredan en sus piernas y

los jalan hacia abajo. Sin embargo, avanzan lentamente hacia el bote. La corriente hace más lento cada paso hasta que ya no queda arena o limo bajo sus pies.

Extienden los brazos hacia el bote. Van a contracorriente. En la sombra del casco del barco pueden ver a una mujer que estira el brazo. Les lanzan una soga que se enrosca en la superficie del agua antes de hundirse.

PARTE I

Capítulo 1

Grace Golden nunca sabría por qué, esa tarde soleada de finales de mayo, eligió caminar por la calle Gypsum después de misa, en lugar de su ruta acostumbrada a la tienda de abarrotes. La avenida Maple era el camino más rápido desde la iglesia de San Bartolomeo hasta el supermercado Kepler.

Su esposo, Tom, creía que Grace había elegido caminar por la calle Gypsum porque los cerezos en flor estaban en su apogeo. Así era su esposa, explicó. Ella siempre hacía hasta lo imposible para encontrar algo hermoso. Pero ninguno de los dos hubiera podido anticipar que ese espléndido día de primavera, mientras los tacones de Grace golpeaban con ritmo la banqueta, con la lista de compras guardada dentro de su delgado bolso de piel, vería a un niño pequeño acurrucado contra la fachada lateral de un edificio. Dormía sobre el cemento duro, estaba hecho un ovillo tan apretado que a Grace le recordó a un pequeño caracol marino dentro de su concha.

Se detuvo a su lado y se inclinó para darle un empujoncito, esperando que estuviera dormido.

—¿Estás perdido, querido? —Un ligero acento irlandés, aún perceptible después de casi veinte años de vivir en Nueva York, flotó en el aire—. Déjame ayudarte a

levantar —dijo ofreciéndole la mano.

Pero el niño permaneció en posición fetal, con los brazos aún más tensos a su alrededor y los pies casi pegados a su trasero. Uno de sus tenis tenía un agujero en la suela de goma. Al otro le faltaba la agujeta.

Ella aún no podía ver su rostro, solo la curva de su oreja y un mechón de cabello negro y lacio.

—Por favor.

Alzó lentamente cabeza para mostrar unos ojos oscuros, labios en forma de corazón y una pequeña nariz achatada. Era el rostro de un niño asustado y solo.

Capítulo 2

—Soy Grace.

Le dijo su nombre esperando que él también le dijera el suyo. Pero el niño permaneció en silencio, con el cuerpo fijo a la banqueta, inmóvil como una piedra.

Ella abrió el broche de su bolso de mano y sacó un dulce envuelto en papel plateado brillante. Él la miró unos segundos; después, con precaución, aceptó el caramelo. Grace sacó otro de su bolso, lo desenvolvió y se llevó el pequeño chocolate a la boca.

Grace miró alrededor para ver si había alguien que buscara a un niño perdido o si había algún policía cerca haciendo una ronda, pero no vio a nadie.

—Ven conmigo —dijo, ayudando al niño a levantarse.

Él se puso de pie y se paró frente a Grace, pero sus ojos seguían evitando la mirada de ella. Sus pantalones eran demasiado cortos y dejaban ver sus tobillos delgados; la calcomanía de El Increíble Hulk en su camiseta estaba descarapelada. Pero la mano de Grace permanecía extendida y, finalmente, los dedos de él encontraron su camino hasta los de ella.

De inmediato, el contacto de la mano del niño le pareció familiar. Ella creía que la calidez del tacto de un niño era algo casi sagrado; pero en ese roce, ella también sintió su miedo. Su piel sudaba y sus dedos estaban

resbalosos.

Caminaron juntos, la mano del niño estaba inquieta en la de ella. Cada tanto, ella lo miraba de reojo: sus extremidades delgadas, las largas pestañas, los ojos rasgados. Calculó que tendría unos diez años, casi de la edad de su hija menor, Molly.

No se detuvo en el supermercado Kepler para llevar huevo, leche y todos los otros alimentos de su lista de compras; en su lugar, sujetó la mano del niño con más fuerza sin siquiera advertir los pétalos de las flores de cerezo que caían sobre sus hombros y cabello.

A unas cuadras de su casa vio a Adele Flynn que caminaba hacia su coche.

—¿Grace? —Adele se detuvo un momento con las llaves en la mano—. ¿Está todo bien?

Sus ojos escrutaron la ropa desgastada, el rostro desconocido y la mirada desviada del niño que caminaba al lado de su amiga.

Grace no se detuvo a platicar.

—¡Todo está bien! —gritó sobre su hombro, ignorando la mirada confundida de Adele mientras llevaba al niño hacia su casa.

Al llegar, abrió la reja de la entrada y caminó frente a los rosales que crecían exuberantes a lo largo del corto sendero hasta la puerta de entrada. El niño dudó cuando llegaron a las escaleras. Ella le soltó la mano.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. Voy a hacer una llamada. —Con la mano, simuló llevarse un teléfono al oído—. Te llevaremos a casa.

Giró el picaporte de la puerta y entró; el niño avanzó a su lado en silencio.

—Ya regresé —anunció, dejando su bolso sobre la mesita de la entrada.

Su mirada cayó sobre los zapatos de Molly que estaban al pie de las escaleras, y el abrigo de la niña tirado en el suelo con las mangas mal volteadas. Luego, pasaron

a la mochila de Katie, de la que se desparramaban papeles y carpetas de colores brillantes. La casa rebosaba niños.

Durante una fracción de segundo, Grace trató de ser consciente de la realidad de su hogar, con el hecho de que acababa de traer a un completo desconocido.

—¿Ya llegaste? —Escuchó la voz de Molly, antes de que la niña bajara las escaleras dando saltos, hasta que su rostro de inmediato mostró su desconcierto—. ¿Mami? —Sus ojos estaban fijos en el niño desconocido que estaba junto a su madre—. Pensé que ibas a ir a Kepler...

Antes de que Grace pudiera responder, volteó y vio su reflejo y el del niño en el gran espejo ovalado que estaba junto a la puerta.

El niño temblaba.

Cuando su esposa llegó, Tom estaba en el sótano, con la oreja presionada contra un viejo reloj de pared que necesitaba unos ajustes. Detuvo el péndulo con un dedo y subió a saludarla.

Al ascender las escaleras del sótano, se esforzó por superar la rigidez de su pierna mala, sujetándose con fuerza al barandal a cada paso. En el recibidor, encontró a Molly al pie de la escalera, con los ojos desorbitados mirando a un niño pequeño que estaba de pie junto a su esposa.

—¿Gracie?

Tom se acercó. La imagen desgastada del Hulk en la camiseta naranja del niño parecía irónica porque sus brazos parecían las ramas de un árbol de pino joven.

—Estaba acurrucado en el piso, durmiendo, en una esquina cerca de la avenida Maple. No supe qué hacer.

Tom se puso en cuclillas.

—¿Cómo te llamas, amiguito?

El niño basculaba el peso de su cuerpo de un pie a

otro, pero seguía sin responder.

—Tenemos que llamar a la policía, Grace. Alguien debe estar buscándolo.

—Lo sé. Solo pensé que sería mejor llamar desde casa, no del supermercado, donde todo el mundo estaría mirando. ¿Te quieres lavar? —preguntó dirigiéndose al niño; frotó sus manos y señaló hacia el baño como para reforzar lo que quería decir.

Él alzó el brazo para quitarse el cabello de los ojos y ella advirtió la cicatriz en su muñeca izquierda. Tenía la forma de una boca abierta, como si alguien lo hubiera mordido.

El niño advirtió la mirada de Grace sobre esa vieja herida y la cubrió con la otra mano.

Grace abrió la puerta del baño y luego fue a la cocina para llamar a la policía.

Capítulo 3

A todas las mujeres les atormenta algo. Al menos eso era lo que Grace se decía en esos días particularmente lluviosos, cuando pasaba en coche al lado del río cerca de la escuela de sus hijas y el agua se desbordaba por el dique e inundaba las calles. La crecida del río siempre le despertaba una profunda melancolía; su fuerte corriente le hacía recordar su pueblo, en la costa oeste de Irlanda. Incluso después de casi veinte años de vivir en Estados Unidos, seguía sintiendo el lúgubre llamado del agua, como un fantasma que habitaba la médula de sus huesos.

Su padre era pescador, igual que lo fueron su abuelo y el padre de este. Las noches cuando salía de casa para adentrarse en el océano en su bote, tomaba el rostro de Grace entre sus grandes palmas y llevaba sus labios hasta la frente de ella y de su hermana menor para darles un beso como si ese pudiera ser el último. Su madre se paraba junto a la puerta, vestida con su camisón blanco, el largo cabello pelirrojo sobre los hombros y el bebé, hermano menor de Grace, pegado a su pecho. Él le daba un tierno beso a las niñas y al bebé Joe, y luego se ponía el rompevientos y las botas. Cuando la puerta se cerraba a su espalda, su madre llevaba a los niños a la única recámara donde todos dormían en una cama grande con estructura de metal y cubierta con una colcha de retazos en forma de estrellas.

Incluso después de todos estos años en Long Island, había noches en las que Grace permanecía en cama y evocaba la sensación de las manos de su padre sobre sus mejillas. Su áspera textura por toda una vida de jalar cuerdas y tirar redes al mar. Ella siempre trazaba esas líneas en las palmas de las manos de su padre, quien le decía que eran un mapa que siempre lo devolvería a casa.

Las líneas de sus palmas y en las de su hermana, Bridey, apenas eran visibles, y Grace siempre se preguntó si, de no haber sido así, sus destinos hubieran sido diferentes. Ese día de mayo, cuando el sol brillaba sobre el valle y arrojaba haces de luz dorada sobre el césped, Grace tomó a su hermana de la mano. Estaban felices de alejarse de su hogar abarrotado, una casa adyacente a una hilera de otras casas, y escapar de aquellas madres que ponían a secar la ropa en largos tendederos y castigaban a los niños por ser demasiado ruidosos.

La camioneta de la panadería iba al pueblo cada domingo y tocaba una campaña para que todos los niños la oyeran. La imagen de magdalenas mantecosas, calientes y cubiertas de azúcar les hacía agua la boca.

Grace aún podía ver a su hermana de cuatro años que corría a su lado para llegar hasta la camioneta. Bridey reía con la cabeza echada hacia atrás. La falda de su vestido de algodón bailaba al viento. Su cabello color fresa, igual que el de su madre, revoloteaba suelto y libre. A sus pies, el nuevo cachorro de la familia, con su suave pelaje, les seguía el paso.

Grace acababa de pagar las dos magdalenas cuando se dio cuenta de que su hermana ya no estaba junto a ella. Tampoco el cachorro. Supuso que su hermana se había distraído en los lugares familiares del centro del pueblo. En ese entonces, todos los niños deambulaban en total libertad. Las calles estaban llenas de chiquillos que jugaban a la pelota, y de niñas que jugaban al avión.

Impaciente por comerse la magdalena, Grace

encontró una sombra bajo uno de los sauces que estaban cerca de la vieja iglesia. Se lamió los dedos para limpiarse el azúcar glas, se quitó los zapatos y meneó el dedo gordo del pie hasta sacarlo por el agujero que tenía en el calcetín blanco.

Cuando Carol O'Reilly le preguntó si quería jugar con ella, Grace la siguió feliz hasta la pradera donde ella y otras niñas trepaban a los árboles, fingían ser hadas que tejían margaritas silvestres y brezos para formar guirlandas que se ponían en la cabeza y blandían palos largos como si fueran varitas mágicas.

Embebidas en su mundo de fantasía, muy pronto las niñas se alejaron hasta las colinas adosadas que estaban más allá del pueblo. Ahí, las flores eran aún más abundantes y las niñas las recogían por montones para meterlas en los bolsillos de su vestido, girando sobre sí mismas hasta caer jadeando al piso. Grace incluso descubrió un hueso largo y delgado de gaviota, blanqueado por el sol; lo levantó y lo blandió frente a su amiga, como si fuera una reina.

No fue sino hasta varias horas después, cuando volvía a casa cansada con su cetro improvisado en la mano, que se encontró con uno de los hombres del pueblo que, sin rodeos, le informó que Bridey se había ahogado.

—Apúrate a regresar a casa —la conminó—. Tu madre piensa que perdió a dos hijas hoy. Será un gran alivio cuando sepa que solo fue una.

Grace no fue directamente a casa; en su lugar, bajó al río para comprobar que lo que le había dicho el hombre no era cierto. Incluso, una parte de ella pensaba que con su hueso blanco de gaviota podría resucitar a su hermana, que quizá poseía un poder mágico que corregiría lo que ella sabía que era injusto y equivocado. Pero al llegar vio a

un grupo de hombres parados sobre las rocas y el cadáver de su hermana cubierto con el rompevientos de su padre. El brazo largo de Patrick Connelly rodeaba los hombros de su padre, cuyos ojos estaban fijos en Bridey, que yacía bajo el rompevientos. Tenía la cabeza agachada y el rostro deshecho por las lágrimas.

Grace arrojó el hueso inútil al piso y salió corriendo hacia su casa.

Puesto que murió ahogada, todos los vecinos se referían a la muerte de Bridey como un *pisough*, un mal presagio. Durante varias horas, ni uno solo de los vecinos ofreció su casa para el velatorio. Temerosos de atraer la tragedia sobre su propia familia, la gente solo expresaba cuánto lamentaba la terrible pérdida de la familia.

Cuando Grace volvió a casa esa tarde, su madre estaba casi irreconocible. Tenía el rostro demacrado, los ojos inyectados en sangre de tanto llorar. Bebé Joe lloraba en su cuna, hambriento del pecho de su madre.

Su padre permaneció en el río durante varias horas, se negaba a abandonar a Bridey hasta que alguien ofreciera su casa para el velorio de su niña. Más tarde, Grace escuchó que había sostenido el cuerpo de Bridey entre sus brazos, meciéndola como si fuera una recién nacida y gimiendo mientras la apretaba contra su pecho.

Delilah, una mujer sin hijos de casi ochenta años de edad, fue quien finalmente ofreció su casa para velarla. Era demasiado vieja como para temer los malos presagios, a diferencia de otras mujeres en el pueblo que temían que su marido o sus hijos se ahogaran si llevaban la mala suerte a su hogar.

—Para mí será un honor tener a un ángel en mi casa —dijo.

Así, con el más profundo respeto, la anciana lavó y

preparó a la pequeña Bridey para su entierro. Con mucho cuidado, Delilah aseó el cuerpo de la niña y le quitó las algas que tenía enredadas en el cabello. Limpió la arena que tenía entre los dedos de los pies y empolvó su piel para ocultar el color azul de la muerte.

Otra familia regaló un viejo vestido de primera comunión y un par de calcetines cortos rosas para cubrir sus pies. Después, con la ayuda de uno de los pescadores, Delilah colocó a Bridey sobre una vieja mesa de madera cerca de la chimenea; entrelazó los dedos de la niña y colocó un ramillete de nomeolvides en sus manos. A su lado, puso una fotografía de santa Teresa, conocida como «la pequeña flor de Dios».

La madre de Grace estaba demasiado desconsolada como para asistir al velorio. Su padre era incapaz de ponerse de pie para recibir a quienes acudían a honrar a la difunta. Casi cien hombres y mujeres cruzaron el umbral de la casa de la vieja Delilah, pero su padre no pudo mirar a ninguno de ellos a los ojos, puesto que se habían referido a su niña como una *pisough*. Sus palabras eran imperceptibles; todo lo que los demás podían escuchar era el sonido de su llanto, violento como una tormenta.

A partir de ese día, Grace y su madre se cubrían siempre los oídos cuando el río crecía demasiado y golpeaba las rocas. Cada vez que escuchaban la fuerte corriente del río, volvía el dolor por la muerte de Bridey.

Años después, cuando tenía dieciocho años y ganó la lotería para emigrar a Estados Unidos, Grace bajó al río una última vez y recogió la piedra más fea que pudo encontrar. La sostuvo en la mano y le asombró su forma abrupta, su color moteado y, a la manera de santa Teresa, se obligó a encontrar la belleza en ella.

Luego la arrojó al río, lo más lejos posible, para

hundir toda su pena en las profundidades del agua verdeazulada.

Capítulo 4

El policía que respondió el teléfono preguntó más detalles.

—¿Nos puede dar una descripción física? Tenemos que confirmar si reportaron al niño como desaparecido.

—Mide como 1.30 de altura... y está bastante delgado; tiene ojos negros alargados. Cabello negro. Piel oscura. Lleva una camiseta de El Increíble Hulk y tenis... Si alguien reportó a un niño desaparecido que iba vestido así...

—Tendrá que traerlo a la estación —informó el agente en un tono monótono e indiferente.

—Me gustaría darle de comer antes de llevarlo. No sé cuándo comió por última vez y no quisiera que pasara tanto tiempo sin alimento.

—Bien. Tráigalo en cuanto pueda.

Tom le acariciaba la espalda a su esposa mientras esperaban que el niño saliera del baño.

—Apuesto que su madre está loca de angustia.

Pero Grace sentía que algo no estaba bien. La cicatriz en la muñeca del niño le preocupaba.

—Es tan pequeño, Tom. Parece de la misma edad que nuestra Molly... ¿te la imaginas sola, ahí afuera, como él?

—No, no lo imagino, Grace.

Unos minutos después, la puerta se abrió y el niño salió. Se había limpiado las manchas del rostro y se había echado el cabello hacia atrás.

—¿Tienes hambre? —Grace se dio unas palmaditas en el estómago.

Él la siguió a la cocina.

Le preparó huevos revueltos y una taza de té negro caliente. Era algo que su propia madre le hubiera hecho en Irlanda cuando no se sentía bien o necesitaba algo ligero que le llenara el estómago.

—Quizá con esto sea más fácil.

Abrió el cajón de lo cubiertos y cambió el tenedor que le había dado por una cuchara. Él la tomó y empezó a devorar los huevos.

Grace miró su reloj. Katie no tardaría en regresar de casa de su amiga y podría dejar a las niñas solas para ir con Tom a la estación de policía.

Estaba recogiendo los platos cuando Katie cruzó el umbral y caminó derecho al refrigerador. El *walkman* Sony de su primogénita tocaba tan fuerte la canción *Born in the U.S.A.*, de Bruce Springsteen, que Grace podía escucharla a través de los audífonos.

Katie sacó un recipiente de plástico con melón. No fue sino hasta que volteó, que vio al niño sentado a la mesa.

—¿Quién es, mamá? —preguntó enarcando una sola ceja aterciopelada.

—Un niñito...

—Eso lo sé, pero...

—Lo encontré solo esta mañana...

Trató de encontrar las palabras correctas para explicar la situación. Parecía increíble, incluso para Grace, encontrar a un niño que parecía indigente en las calles de

Bellegrove.

—Katie —continuó—, todavía no tenemos todos los detalles, pero creo que está perdido.

—¿Perdido? Parece que está muy lejos de casa, mamá.

Grace le lanzó a su hija una mirada reprobatoria; luego se desabrochó el delantal y llamó a Tom.

—Cariño, ve por tus llaves. Ya estamos listos para ir a la estación.

La camioneta de la familia traqueteaba por tantos años de uso. Había llevado a Grace a sus citas con el ginecólogo en cada uno de sus embarazos. Había soportado el constante abuso de las niñas que comían galletas en sus asientos infantiles para el coche, las ventanas manchadas de dibujos hechos con dedos pegajosos y el esporádico vómito tras las náuseas. Habían llenado la cajuela de innumerables maletas y mochilas para las vacaciones familiares y piyamadas, y de bolsas de papel de estraza del supermercado que, al paso de los años, hubieran podido alimentar a un ejército. A Grace le gustaba pensar en esta vieja Pontiac Catalina como el barco que transportaba a la familia a cualquier lugar, garantizando siempre su seguridad. No era lujosa como algunas de las Oldsmobile o Lincoln de los vecinos, pero era confiable y leal, algo que Grace valoraba no solo cuando elegía un vehículo, sino también en personas de las que se rodeaba.

Cuando Grace abrió la puerta para que el niño entrara, él dudó. El asiento trasero, que nunca parecía lo suficientemente grande para sus dos hijas, quienes tenían la costumbre de pellizcarse y pelearse, ahora parecía que se lo tragaría completo.

—¿Te gustaría que me sentara atrás contigo?

El niño permaneció en silencio. Grace entró primero

y se deslizó hacia la ventana al otro extremo; con una mano se alisó el vestido y la otra la extendió para invitarlo a entrar.

Tom abrió la puerta del conductor y se sentó; los miró a ambos por el espejo retrovisor y salió del garaje.

—¿Qué tal un poco de música?

—Ahora no, Tom.

Ella observó al niño, quien miraba pasar por la ventana la hilera de casas con cercas de madera y céspedes bien cuidados. Su expresión le era demasiado familiar; era como la que ella asumía cuando el cielo se ponía gris y la lluvia caía a raudales. Las flores brillantes frente a la puerta principal de su casa podían desaparecer en un instante y sus recuerdos volvían a su pueblo al otro lado del océano. Su padre que, en silencio, limpiaba la cubierta de su barco. Los suaves sollozos de su madre que lloraba hasta quedarse dormida. Su hermana y su cachorro. El mismo al que, según murmuraban los vecinos, Bridey había intentado salvar cuando cayó al río.

Capítulo 5

Salieron del coche y caminaron hacia la estación de policía, tres sombras de distintos tamaños que se alargaban sobre el asfalto como marionetas en un escenario oscuro.

Al interior, el intenso olor a café rancio y a desinfectante impregnaba el aire. Un hombre en la recepción escribió sus nombres, los llevó a una pequeña sala de espera y les dijo que se sentaran.

—Tenemos buenas noticias —les informó muy pronto un agente—. Se reportó a un niño vietnamita como desaparecido hace veinticuatro horas, y su descripción coincide con la que nos dieron ustedes. La camiseta de Hulk lo delató.

Bajó la mirada hacia los papeles que tenía en la mano; en la primera hoja, sujeto con un clip, estaba una copia de una fotografía que correspondía al niño que tenía frente a él.

—¿Eres Bảo Phan? —Le costó trabajo pronunciar el nombre.

Grace advirtió el parpadeo del niño.

—Ven conmigo —continuó, haciendo una seña para que lo siguiera por el pasillo—. Parece que ha estado viviendo en Nuestra Señora de los Mártires. Llegó ahí hace varias semanas, junto con otros refugiados vietnamitas...

Grace reconoció el nombre al instante. El gran edificio de ladrillo con vitrales se encontraba a unos pocos kilómetros de Bellegrove. Estaba ubicado en el terreno de una enorme reserva natural que, según las tradiciones locales, una viuda sin hijos había donado a la Iglesia en la década de los veinte. Un pequeño grupo de monjas aún vivía en la propiedad, pero Grace no sabía que ahora alojaban a refugiados ahí.

—¿Y qué hay de sus padres? —interrumpió.

—Parece que está bajo la tutela de su tía —respondió el oficial al tiempo que abría una puerta—. Su nombre es Anh. Vino como una hora antes de que usted y el niño llegaran.

Entraron a una austera sala de conferencias y Grace vio cómo la expresión del niño se ensombreció.

Al otro lado de la mesa imitación madera, una joven delgada, acompañada por una trabajadora social e intérprete, se puso de pie. Llamó a Bảo por su nombre en voz tan alta que parecía un lamento.

—Anh —dijo con suavidad la trabajadora social, indicándole que volviera a tomar asiento.

La mujer se sentó, pero las palabras que pronunció estaban llenas de emoción y apremio. Pasó unos mechones de su largo cabello negro detrás de las orejas y sacó un pequeño contenedor de plástico que llevaba. Al interior había cinco rodajas perfectas de mango y unas fresas cortadas. Acercó el contenedor a Bảo y de nuevo murmuró algo que Grace no entendió.

La intérprete tradujo para Grace y Tom.

—Le trajo algo de comer. Estaba preocupada de que tuviera hambre.

Anh sabía que el olor del mango recién pelado haría que Bảo recordara su hogar.

Linh, la madre de Bảo, la querida hermana mayor de Anh, poseía un talento especial para seleccionar la fruta que estaba perfectamente madura, ni demasiado pronto ni demasiado tarde. «Deja que tus ojos, tu nariz y tus dedos te guíen», le recordaba a Anh. Eran necesarios todos los sentidos para asegurarse de que la fruta no se cosechara muy pronto.

Las niñas habían crecido juntas; dormían una al lado de la otra en colchones tejidos e intercambiaban historias mientras la luz de la luna entraba por las grietas de su casa de infancia. Anh aprendió todo lo que sabía de Linh, desde trenzarse el cabello hasta lavar los granos de arroz. Pero la mayor sabiduría que recibió de Linh era cómo escoger la fruta del huerto y transformarla en dinero para su familia. El puesto de fruta de las hermanas en el mercado local era un joyero de colores vivos, y formas y texturas variadas: manzanas de Java en forma de campana, papayas naranja brillante y toronjas verde cactus. Sus canastas rebosaban con rambutanes carmesí y longuianes dorados en racimos de diminutas frutas del tamaño de canicas aún pegadas al tallo y la hoja.

Durante los años de guerra, cada fruta del huerto familiar fue inmensamente valiosa. Por mucho que las hermanas extrañaran la independencia y recompensa financiera de su puesto en el mercado, era demasiado peligroso que Anh y Linh salieran del perímetro de su pueblo; en particular ahora que sus maridos pasaban semanas fuera, trabajando como mecánicos en el Ejército de la República de Vietnam. Pero aún se intercambiaba fruta y otros bienes entre los vecinos, mediante un sistema confiable de trueque que era beneficioso para todos: tres mangos por aceite para cocinar, algunas toronjas por una aguja nueva e hilo para remendar.

Cuando Bảo nació, Linh lo envolvía con una pañoleta y lo mantenía a su lado en todo momento. Cuando creció, lo ponía en una canasta y le daba la fruta

de la mañana para que la tocara, hasta que pudiera sostenerla. Ella lo llamaba su «hombrecito» y pasaba los dedos por su cabello. Al final del día, rescataba el último mango y lo apartaba solo para él. «Guardé el más dulce para ti, *bé tí*», le decía, dirigiéndose a él con esa palabra afectuosa, para luego besarle la cabeza.

Anh nunca se cansaba de mirar a su pequeño sobrino cuando este tomaba la fruta entre sus manos y luego se la llevaba a la nariz para inspirar su intenso perfume. Le recordaba a su hermana cuando recorría el huerto familiar en busca del botín perfecto de esa mañana. Linh había adoptado la maternidad de manera muy natural, y Anh ansiaba ella también ser bendecida un día. Miraba a Linh cuando sacaba el cuchillo de su delantal, le quitaba la piel al mango y lo cortaba en rodajas. Bảo se comía la fruta suculenta, el jugo le escurría hasta la barbilla y sonreía como si su madre acabara de ofrecerle la estrella más hermosa del cielo.

Capítulo 6

Grace observó a la joven que se ponía de pie otra vez, aunque esta vez ignoró a la trabajadora social. En segundos, Anh envolvió a Bảo con fuerza entre sus brazos y frotó la coronilla del niño contra su mejilla. Grace estaba cautivada por el encuentro. El niño, rígido e introvertido al principio, pronto se relajó contra el cuerpo de ella. El ambiente en la habitación se convirtió en una fuerte sensación de alivio. Era una escena que Grace hubiera deseado que su madre hubiera tenido la oportunidad de vivir años antes. Se le hizo un nudo en el estómago por el recuerdo.

—Solo necesitamos que hagan una declaración de dónde lo encontraron y luego ambos podrán irse, nosotros nos encargamos —intervino el policía.

—Por supuesto —respondió Grace en voz baja, y lo siguió al exterior.

En otra habitación, Grace contó la historia de cómo había encontrado a Bảo.

—Solo me preocupaba asegurarme de que regresara bien a casa.

Pero también se sintió obligada a mencionar la inquietante cicatriz en el brazo del chico.

El oficial garabateaba sus notas.

—Investigaremos. Pero si no es una lesión reciente, pudo haber pasado hace mucho tiempo.

Grace buscó la mano de Tom. Si bien estaba agradecida de que Bảo volviera a reunirse con su tía, persistía cierta inquietud en cuanto a las razones por las que se había escapado.

Como madre, no le eran ajenos los berrinches de los niños. Su hija mayor, Katie, había amenazado en varias ocasiones con irse de casa, aproximadamente a la misma edad. Grace recordaba un episodio en particular, cuando Katie llenó la funda de su almohada con los objetos que ella consideraba de primera necesidad: su valioso álbum de calcomanías, un ejemplar de la revista *Teen Beat* (que le regaló la niñera) y unos chicles; pero nunca había ido más lejos de la banqueta frente a la casa.

—Usted mencionó que Bảo y su tía se alojaban en Nuestra Señora de los Mártires —dijo Grace.

—Sí. En la casa generalicia. Las monjas hospedan a un grupo de refugiados vietnamitas que huyeron en barco después de la guerra.

Grace se estremeció. Había visto fotografías en la portada de *The New York Times* sobre los miles de refugiados vietnamitas que se hacinaban en pequeñas embarcaciones para tratar de escapar de la persecución al caer el gobierno de Vietnam del Sur. Muchos murieron de inanición en el mar, o por ataques piratas.

—Es muy bueno que las monjas traten de ayudar, aunque no es fácil llegar a un lugar tan estrechamente unido como Bellegrove —comentó Grace—. Es casi como un club social que no permite la entrada a recién llegados.

—Se las arreglarán, señora. —El oficial tomó sus notas y se puso de pie—. A unos les lleva un poco más de tiempo que a otros.

Grace estaba pensativa cuando entró a la vieja camioneta Pontiac y Tom encendió el motor. Afuera, comenzaba a llover.

—Es interesante —dijo mientras miraba por la ventana; la melancolía regresaba con las gotas que caían sobre el pavimento—. Cuando llegamos a la estación, mi única preocupación era asegurarme de que Bảo estaría bien. Pero ahora, no puedo evitar pensar tanto en él como en su tía. —Tragó saliva—. Tampoco sabemos qué pasó con sus padres.

—Anh parecía una joven muy amorosa —dijo Tom tratando de tranquilizarla—. Era obvio que estaba muy preocupada.

—Sí, pero ¿te imaginas llegar aquí sin conocer el idioma, las costumbres...?, es un mundo muy distinto. —Recargó la cabeza contra la ventanilla—. Para mí fue muy difícil llegar de Irlanda. La gente me decía que no entendía una sola palabra cuando hablaba, por mi acento.

—Eso era parte de tu encanto, Grace.

—Hubieras visto cómo lo miró Adele. Uno pensaría que caminaba al lado de un delincuente.

—Sabes muy bien que Adele no es como el resto de la gente en pueblo.

—Lo sé. —Grace se enderezó y hurgó en su bolso en busca de una menta—. Solo siento que nos fuimos muy pronto de la estación de policía. Y sé muy bien qué significa ser diferente en este lugar.

—No te preocupes demasiado —dijo Tom, al tiempo que abría la guantera para sacar una cinta de Los Beatles que le gustaba a Grace.

El sonido de la música familiar relajó la atmósfera en su camino de regreso.

Cuando llegaron a la casa en la avenida Morris, Tom se

estacionó lentamente frente al garaje. Apagó las luces del coche y volteó a ver a Grace.

—No me había dado cuenta de lo tarde que es. Las niñas tendrán hambre. ¿Quieres que vaya por una pizza? —Sus manos cayeron del volante hasta su regazo.

Grace consultó su reloj. Su rostro parecía serio a la luz del crepúsculo.

—Olvidé por completo que es domingo en la noche. Se supone que Jack cenaría con nosotros.

De pronto, se sintió abatida. Iba de camino a comprar la comida para preparar una cena agradable cuando encontró a Bảo, y olvidó por completo la cena con Jack.

—Estoy seguro de que las niñas le explicaron qué paso —dijo para tranquilizarla—. Él entenderá. ¿Cuántas veces encuentras a un niño que se escapó de su casa?

—Supongo que tienes razón. Pero me siento mal. —Su voz era triste. Jack, quien vivía arriba de la tienda familiar y era muy reservado, disfrutaba de una comida casera—. Por favor, cuando lo veas dile que lo lamento.

—Claro, pero hicimos lo correcto. Bảo está de regreso con su tía. Podemos posponer lo de Jack para el siguiente domingo en la noche.

Extendió el brazo hacia ella y pasó un dedo por su antebrazo. La suavidad de su piel nunca dejaba de asombrarlo. Grace siempre era una novedad para él.

Pero, ¿en verdad habían hecho todo lo que podían? Grace no estaba tan segura. Cuando ella llegó a Bellegrove por primera vez, su experiencia no fue tan agradable. A los padres de Tom, los únicos judíos en el pueblo, también los habían considerado como extranjeros. Casi siempre los trataban con amabilidad, pero jamás los aceptaron por completo.

Se llevó la mano al escote para tocar la pequeña medalla de santa Teresa que descansaba sobre su piel. Delilah se la había regalado después del funeral de su

hermana y, al día de hoy, sigue usándola.

Grace cerró los ojos y recordó cuando Delilah le contó cómo el espíritu de santa Teresa la había guiado, la creencia intrínseca de que pequeños actos de bondad podían cambiar al mundo. Las raíces irlandesas de Grace le decían que Bảo había entrado en su vida por una razón. Y quizá, ahora también Anh. Su difunta suegra lo llamaba *Tzedakah*, la obligación moral de hacer lo correcto.

Capítulo 7

Anh siempre creyó que su hermana lo sabía todo. Estaba desesperada por concebir un hijo y se aferraba a todo lo que su hermana le aconsejaba. «Tómate este té después de tu ciclo menstrual», «Come esta hierba para fortalecer la matriz».

Desde la muerte de sus padres, Linh era la persona a la que Anh recurría como guía. Ella canalizaba la fuerza y las sabias palabras de las mujeres que las habían precedido: su madre y sus abuelas. Incluso algunas de las viejas tías del pueblo que no compartían la misma sangre, pero que eran como familia. Cuando su hermana hablaba, Anh escuchaba que el espíritu de cada una de ellas cobraba vida. Era como si el alma de las difuntas hubiera anidado al interior de Linh. Cada vez que necesitaba un poco de valor, su hermana siempre encontraba las palabras correctas.

«¿Qué decía siempre nuestra madre? "Alimenta la tierra y crecerán flores"», le recordaba. «¿Pusiste las hojas de ortiga que te di en la infusión?», Anh asentía. «Entonces, el bebé llegará», aseguraba Linh.

Anh lo esperaba. Tan solo esa mañana, el primer día del mes lunar, puso una chirimoya lisa y perfecta en el altar familiar, flores recién cortadas en un florero y rezó a sus ancestros para que pudiera concebir. Sintió la calidez de su madre en todo su cuerpo. Cerró los ojos y recordó la

mano en su mejilla, el beso en la frente. La tranquilidad que le brindaba el tacto de su madre aún vivía en ella.

Las dos hermanas estaban sentadas al borde del porche de madera; miraban a Bảo que jugaba afuera de la casa familiar. No muy lejos, un pequeño pájaro negro picoteaba el suelo en busca de alimento.

—El miedo no es bueno para el espíritu. Debemos tener fe. —Le recordó Linh—. ¿No te dije que nuestros maridos volverían sanos y salvos? —preguntó—. Y tal como lo prometí, Minh volvió a ti.

Lo que decía era cierto. Mientras Anh se preocupaba por su esposo cuando él estaba lejos, su hermana poseía una confianza que a ella le era ajena. La fortaleza interior de Linh se hizo más sólida después del nacimiento de Bảo. La maternidad le dio un propósito y la protegió de la desesperanza de una forma que Anh no podía evitar envidiar. Ella anhelaba experimentar algo similar. Pasaba los días limpiando y cocinando para su suegro, quien estaba muy delicado y pasaba la mayoría de las tardes dormido.

Sin embargo, cuando Minh volvió a casa fue dolorosamente efímero. Solo unas semanas después, él y el esposo de Linh, Chung, fueron arrestados y enviados a campos de reeducación creados por el nuevo régimen comunista. Pero, por devastadas que estuvieran, Linh volvió a tranquilizarla: «Volverán, igual que antes. Ya lo verás», le prometió a Anh.

Un año después, su hermana volvió a estar en lo cierto. Sus maridos regresaron, aunque esta vez estaban mucho más demacrados y debilitados que antes. Sin embargo, Anh sabía que, si hubieran sido oficiales de alto rango en el ejército de la República de Vietnam y no mecánicos, lo más probable es que siguieran en prisión o estuvieran muertos. En el sur era bien sabido que había innumerables mujeres cuyos maridos jamás regresaban una vez que eran enviados a esos campos. Los comunistas

estaban decididos a vengarse de quienes habían luchado en el bando «equivocado» durante la guerra y que habían apoyado a los estadounidenses en lugar de pelear por la independencia de Vietnam.

Incluso después de que sus esposos regresaron de ese campo inhumano, los sufrimientos de la familia continuaron. Bajo el nuevo régimen, obligaron a ambas parejas a abandonar su casa y confiscaron la huerta familiar de las hermanas. Se les ordenó reubicarse en un terreno rural a las afueras de su pueblo, donde sus maridos cultivarían la tierra, a pesar de que no tenían ninguna experiencia agrícola.

Si bien cada familia recibía tarjetas de racionamiento por cierta cantidad de arroz, quienes eran considerados traidores obtenían las porciones más pequeñas. El poco «arroz rancio» que les daban estaba casi siempre infestado de insectos y larvas. Anh ignoraba su propia hambre y se le rompía el corazón al ver cómo su hermana batallaba para alimentar a Bảo, cuyo aspecto ya no era saludable y robusto, sino penosamente demacrado y delgado. Ayudaba a Linh a sacar el mayor provecho de las exiguas porciones de arroz, agregando pedacitos de raíces de yuca y agua. Pero incluso eso no era suficiente para llenar su estómago vacío. Su suegro, que de alguna manera se las arregló para permanecer con vida durante la guerra y la hambruna, se debilitó rápidamente y murió. Cuando ella ayudó a su esposo a prepararlo para el entierro, casi no pesaba; era un saco de piel y huesos.

Durante unos años, hicieron todo lo posible para no llamar la atención. Antes de que se lo llevaran al campo comunista, Minh destruyó todos los objetos que recordaran los días de la guerra. Quemó las revistas estadounidenses que le habían regalado los soldados de las

Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Le gustaba mirar los anuncios de colores vivos, con imágenes exóticas como el masculino hombre de Marlboro, con su sombrero y botas de vaquero; o a la mujer rubia con los dientes increíblemente blancos que sujetaba un tubo de pasta de dientes Colgate.

A instancias de Minh, su cuñado enterró la radio de transistores estadounidense que un soldado había olvidado. Sin embargo, conservó una radio que escondía en el cobertizo, una pequeña Toshiba japonesa. La había encontrado tirada en el camino, y con un poco de trabajo pudo hacerla funcionar. A veces, incluso después de su regreso, los dos hombres buscaban en secreto la estación *La Voz de Estados Unidos*, y exhortaban a sus esposas a acompañarlos. A Anh le maravillaba lo cerca que se escuchaban las voces, como si Estados Unidos no estuviera tan lejos.

Capítulo 8

El letrero verde oscuro y bronce que rezaba Las horas doradas había estado en Bellegrove desde que todos tenían memoria. Enclavado en la planta baja de un edificio de ladrillo blanco, en la esquina de Main Street y la avenida Maple, la tienda era parte del paisaje, igual que la zapatería Butler y el supermercado Kepler.

Sus escaparates estaban llenos de altos y elegantes relojes de pie de distintos tamaños y formas. Los muros exhibían relojes de pared cuyos números tenían diferentes estilos. Las mesas antiguas mostraban finos relojes de repisa en el centro, algunos de bronce brillante ornamentados con detalle y otros de ébano o palo de rosa. Incluso había algunos relojes hechos de porcelana y pintados a mano. El favorito de Grace era un reloj de azulejo antiguo que llevaba ya más de un año en la tienda, hasta que Tom lo llevó a casa y le dio la sorpresa en el Día de las Madres.

La tienda había sido gran parte de su vida casi desde que empezó a salir con Tom. Fundada por el padre Tom, Harry, Grace pronto se dio cuenta de que ese establecimiento era el centro mismo de la familia Golden. Y si bien al paso de los años envidiaba a su marido por poder refugiarse en un lugar tan tranquilo, mientras ella se fatigaba en casa con dos hijas pequeñas, Grace llegó a considerar Las horas doradas como un lugar en donde no

solo se restauraban relojes, sino también hombres destrozados.

La tienda siempre fue un lugar seguro para Harry, un compromiso que adquirió cuando regresó de Europa a casa en 1945, como veterano judío estadounidense de guerra a los veintiocho años, y que había visto cosas tan terribles en Alemania que era incapaz de hablar de ellas con nadie que no hubiera estado también ahí.

Partió a la guerra como un joven idealista, esperando servir a su país y luchar contra Hitler. Cinco meses antes de alistarse se casó con su amor de infancia, Rosie.

Llevaban tan solo dos años de estar saliendo cuando ella ya terminaba las oraciones que él empezaba; su risa interrumpía el discurso de su marido para salpicarlo de una infantilidad que lo hacía sentir masculino y amado. Pero la mañana que debía marcharse, Harry no quiso hablar o platicar de nada doloroso o difícil, como preguntarle qué haría si él muriera en combate. En su lugar, solo deseaba mirar a Rosie unos momentos más.

La caja, envuelta en papel blanco y atada con un listón azul de satén, había estado dos semanas en el cajón de Rosie. La guardaba para el día en que Harry se fuera, cuando sabía que las palabras no serían suficientes.

No quiso escribir una carta sensiblera de despedida a su esposo ni decir nada que revelara su temor más profundo, que era no volver a verlo de nuevo o no tener un hijo suyo. Así que, en su lugar, vertió en ese regalo todas sus esperanzas para su futuro juntos.

Dentro de la cuidadosa envoltura había un reloj militar de pulsera de excelente categoría, un Bulova con esfera negra y correa de tela. Rosie había sujetado con cuidado una nota debajo de la correa que decía: «Contaré el tiempo hasta que vuelvas a casa».

Él abrió la caja en la estación y sus ojos se llenaron de lágrimas al leer la nota.

—Nunca me lo voy a quitar, querida —prometió.

—Sé que no lo harás.

Rosie le abrochó el reloj en la muñeca y lo besó con pasión antes de que subiera al autobús.

Durante su tiempo como oficial en el campo de entrenamiento, Harry descansaba la cabeza sobre su muñeca en las noches para apagar los ronquidos de sus compañeros de cuartel. El tictac del reloj lo tranquilizaba porque imaginaba que el ritmo constante era el latido del corazón de Rosie. En lugar de preocuparse por lo que le esperaba en Europa, cerraba los ojos e imaginaba que Rosie estaba acostada a su lado. Arrullado por ese sonido regular, Harry podía al fin quedarse dormido.

Supo que sería padre cuando estaba en las últimas semanas de entrenamiento. En las entrelíneas de la carta de su esposa que expresaban emoción por el bebé, también podía percibir su miedo.

Le atormentaba saber que no estaría ahí para el nacimiento de su hijo, y la impotencia de su situación le pesaba profundamente. Cuando abandonaron la seguridad del campo de entrenamiento para oficiales, él y su regimiento se encontraron abriéndose paso desde Sicilia hacia el norte de Italia, hasta que al fin llegaron a Alemania. Entre las batallas y ver a sus amigos salir lesionados o ser asesinados ante sus ojos, el reloj siguió marcando el tiempo con precisión. Se convirtió en lo único en lo que Harry confiaba que se mantenía constante. Siempre y cuando escuchara el tictac del reloj, sabía que seguía vivo.

Le escribió largas cartas a Rosie en las que le decía cuánto la extrañaba a ella y al bebé. Le dijo que, en lugar de ver

su propio rostro reflejado en el reloj que ella le había regalado, veía el de ella. Pero había algunas cosas que no mencionaba, de las que sencillamente no podía escribir. Había visto montañas de cadáveres apilados y niños que habían sido enterrados vivos bajo los escombros. Había presenciado la muerte de su mejor amigo, Teddy, en el jeep frente a él, cuando explotó por una mina antipersona. Nada quedó de Teddy salvo una pierna ensangrentada y destrozada que sobresalía de una bota negra.

Cuando volvió a Bellegrove ya no era el mismo hombre que se había marchado. Se sentía extraño cuando su esposa lo abrazaba por la noche, aunque durante los años que estuvieron separados fuera justo eso lo que tanto añoraba.

Ahora ella le parecía extremadamente joven. ¿O era él quien se sentía infinitamente viejo? El optimista que había partido tres años antes regresó a casa no solo más cínico sino con una sombra adherida al alma. Cuando se encontraba en la sala de casa de sus suegros, la que con tanto orgullo decoraron cuando se mudaron de Brooklyn, a los suburbios con un sofá de tela floreada y una mesita de centro de nogal, frente a su mujer y su hijo, sabía que, desde fuera, era una imagen de serenidad; pero al interior, Harry se sentía como un cable tenso mientras trataba de adaptarse a su nueva vida. Cuando Rosie horneaba su *babka* de canela favorito, el olor de carne quemada seguía invadiendo sus fosas nasales; era imposible borrarlo.

Fue el padre de Rosie quien advirtió el creciente interés de Harry en la reparación de relojes. Aparte de la notable cantidad de revistas sobre relojes que se apilaban en el

departamento de la pareja, observó cómo el joven se interesó por el viejo reloj Ingram que llevaba décadas en silencio sobre la repisa de la chimenea. Harry se concentró en hacer que el reloj volviera a funcionar. Se lo llevó y pasó horas aprendiendo cómo cada pieza engranaba con la siguiente. Durante varios días, la mesa del comedor de la familia estuvo llena de una gran variedad de piezas pequeñas y complejas: los distintos engranes y ruedas, la elegante esfera numerada y las dos placas de bronce.

Por fin, después de revisar en la biblioteca varios manuales de reparación, y de innumerables horas de ensayo y error, lo logró.

—Tienes talento, Harry —dijo su suegro.

Él había ido a Francia en la Primera Guerra Mundial, y sabía lo importante que era encontrar algo en lo que uno pudiera abandonarse después de lo vivido; descubrir una vocación en la cual ahogar los fantasmas de la guerra. Quienes no habían experimentado algo así, pensaban que lo más difícil era sobrevivir a la batalla. Pero nadie hablaba nunca de lo difícil que era volver a casa.

La colección de relojes empezó con la excursión de una pareja que intentaba volver a familiarizarse; largos trayectos desde Bellegrove hasta Nueva Inglaterra, donde Harry empezó a adquirir relojes más grandes que su reloj de pulsera. Los padres de Rosie se ofrecían a cuidar al bebé y les prestaban su Lincoln azul. Ellos manejaban hacia el norte de Connecticut, a veces hasta Northampton, Massachusetts, en busca de relojes viejos que ya no funcionaban, en tiendas de antigüedades. Durante varios meses, mientras trataba de recuperar su vida, Harry trabajaba en los relojes hasta que lograba componerlos. Estudió cómo diagnosticar problemas mecánicos y leía guías sobre cómo limpiar los mecanismos y reemplazar

piñones. Compró libros viejos de la historia de los relojes y aprendió sobre los distintos estilos y sus diversos detalles. Tomó cursos en Manhattan de reparación de relojes de pie y de pulsera, adentrándose en el negocio gracias a la práctica y a su trabajo duro.

Pero fue en su última clase de Horología que se abrió un nuevo mundo para él. Su maestro hablaba de la historia de la «colección del tiempo». Lo que empezó con el hombre que usaba el cielo para marcar los periodos de un día, terminó transformándose en relojes de sol, donde las sombras ayudaban a calcular las horas. Harry no dejaba de sentirse fascinado por el equilibrio entre la luz del día y la oscuridad; cómo cada minuto pasaba al siguiente, cómo las horas se acumulaban para formar días. Detrás de la esfera había todo un universo conformado por piñones y engranes de metal que danzaban de manera única para lograr el equilibro y los movimientos perfectos. A Harry le atraía esta sincronicidad exquisita porque anhelaba volver a tranquilizar su mente, apaciguar lo que la guerra había alterado.

La actividad era reconfortante: la capacidad de volver a dar vida a algo inactivo. Trabajar hasta entrada la noche lo hacía feliz, en lugar de permanecer en cama, incapaz de dormir; o peor: despertar por las pesadillas.

«Las manecillas del tiempo siempre se mueven hacia adelante», le había dicho a Rosie, y más tarde también a su hijo Tom, cuando el niño tuvo la edad suficiente para comprender. Era la metáfora que utilizaba siempre que enfrentaba un desafío; lo reconfortaba. Y, en cierto sentido, estaba convencido de que lo había salvado.

Meses después abrió la tienda, a la que llamó Las horas doradas. Al principio solo rentaba la planta baja del viejo edificio de una francmasonería. Ofrecía una pequeña

selección de los relojes que había adquirido en sus viajes con Rosie. Compró una pequeña vitrina de cristal y vendía relojes clásicos que había reparado, aunque también ofrecía nuevos a precios asequibles.

Lo que inició como un pequeño negocio se expandió hasta convertirse en una fuente estable de ingresos para la joven familia de Harry. Con el florecimiento económico de la década de los cincuenta, los suburbios de Long Island se ampliaron para acoger a los soldados que volvían de la guerra y sus familias, y cada vez más personas buscaban antigüedades para decorar sus hogares. Las mujeres de Bellegrove con ambiciones sociales sabían por instinto que un reloj de la tienda de Harry Golden brindaría a sus hogares una elegancia y un encanto del viejo mundo; ideal para la primera o segunda generación de inmigrantes que llegaban al pueblo y que, firmemente adaptados a la vida estadounidense, presumían ser descendientes del Mayflower.

Grace sabía que, de niño, Tom había pasado innumerables tardes en la tienda. Al inicio de su noviazgo, él le había confiado que sus primeros recuerdos consistían en estar sentado en silencio junto a su padre, rodeado por los ritmos únicos del lugar: el sonido de un segundero que se mueve con cada tictac, el repique de los carrillones al marcar la hora y el ritmo tranquilizador del péndulo que se balanceaba detrás del cristal. Cuando tenía diez años, su padre le encomendó la tarea de darle cuerda a cada reloj con su manivela especial. Harry le explicó a su joven hijo que darle cuerda a los relojes era uno de los rituales más importantes del día, porque eso los mantenía en funcionamiento para marcar cada minuto, cada hora.

Ahora que su marido se acercaba a los cuarenta años se había vuelto aún más introspectivo y sentimental. Tom

sentía que seguía compartiendo ese espacio con Harry, a pesar del hecho de que había fallecido hacía poco en una residencia geriátrica para veteranos a veinticinco kilómetros de ahí.

Grace siempre le agradecería a Harry haber ayudado a cambiar el curso de la vida de su marido para mejor. El hombre había ayudado a Tom a volver al camino correcto poco antes de que empezaran a ser novios; le ofreció un empleo en el negocio familiar, no porque pensara que Tom tenía buena mano con los relojes o talento para repararlos, sino porque vio que su hijo había perdido el camino.

Si bien Tom había sido buen estudiante, incluso un Scout Águila, cuando cumplió dieciocho años tuvo un periodo de rebeldía. Los estrictos valores familiares le parecieron provincianos y estrechos de miras. Y aunque de niño le divertía un poco enseñarle a sus amigos las tradiciones predominantemente católicas-irlandesas de los bagels de los domingos o la sopa de bolas de *matzah*, al llegar a la adolescencia solo quería ser como todo el mundo. Se dejó crecer el cabello y se lo peinaba hacia atrás con Brylcreem. Tocaba a todo volumen música que sus padres odiaban, como Marvin Gaye y el pequeño Stevie Wonder. Se concentró menos en su último año escolar porque estaba más interesado en actividades extracurriculares como fumar cigarros detrás de la tienda A&P y andar en la motocicleta Triumph Tiger de segunda mano que se compró para impresionar a las chicas. Incluso los punk más rudos que lo llamaban *el chico judío* en la primaria estaban impresionados con esta transformación.

Pero después de tardarse cuatro años para graduarse de una universidad comunitaria que solo requería dos, Tom consideró alistarse en las Fuerzas Armadas. Estaba

seguro de que su padre estaría contento de que hubiera decidido servir a su país y al fin enmendarse, después de años de desperdiciar su potencial.

Pero la conversación resultó ser muy distinta a lo que Tom jamás hubiera anticipado. Una calurosa tarde de sábado en la primavera de 1963, él y uno de sus amigos, Bobby O'Rourke, fueron al centro comercial Ace Hardware para reunirse con otros compañeros y hacer carreras de motocicletas.

Bobby y él encendieron su moto y avanzaron a toda velocidad a la línea de meta, pero Tom perdió el control y derrapó en una curva. Cayó sobre el pavimento y su pierna quedó aplastada debajo de la pesada estructura de metal de la Triumph.

El peroné de Tom se rompió en ocho partes, lo que le provocó una cojera permanente y dolor cada vez que llovía.

Sus padres llegaron al hospital al mismo tiempo que la ambulancia. El médico examinó la radiografía con una expresión seria y les informó que Tom tendría que acudir al hospital para rehabilitación los dos meses siguientes, y que incluso si el hueso sanaba por completo, era muy probable que cojeara el resto de su vida.

Cuando despertó de la cirugía, Tom temía la reacción de su padre. Pero Harry sorprendió a su hijo por completo.

—Este tonto accidente quizá te salvó la vida —le dijo a Tom.

Harry escrutaba los titulares de los periódicos con más cuidado que la mayoría de las personas. Con los nubarrones que se cernían en Vietnam, cada vez le preocupaba más que Estados Unidos acabara participando en la guerra, como había hecho en Europa en los cuarenta y en Corea unos años después. Pero ahora sabía que, independientemente de lo que sucediera ahí, su hijo estaría exento del servicio por razones médicas.

El amigo de Tom, Bobby O'Rourke, que se había jactado de su triunfo en la carrera de esa noche mientras subían a Tom a la ambulancia, se alistaría unos años después.

Bobby pasó el examen médico con mucho éxito, para morir un año después en la selva, a las afueras de Đà Nẵng.

Capítulo 9

Nadie en Bellegrove olvidaría la tarde en la que los padres de Bobby recibieron la noticia. Todos lo sabían, incluso antes de que mencionaran su nombre en la radio unos días después. Todos los vecinos contuvieron el aliento ese día lluvioso de marzo, cuando el vehículo militar se estacionó frente a la casa de los O'Rourke y dos soldados uniformados caminaron con solemnidad hacia la puerta principal.

El fantasma de Bobby O'Rourke aún flotaba en el aire del pequeño pueblo. Adele, su hermana mayor, vivía a dos calles y le puso su nombre a su hijo. Incluso lo hizo padrino de su pequeño justo antes de que Bobby se fuera al campo de entrenamiento, esperando que un poco de agua bendita ayudara a que su hermano regresara a casa sano y salvo. Pero murió de cualquier modo, y la pérdida de la familia siguió siendo profunda hasta muchos años después.

Grace sabía que su marido pensaba con frecuencia en su amigo muerto, puesto que fue por Bobby que aprendió que la vida está conformada de accidentes aleatorios. Que un solo incidente puede alterar la vida de varias personas para siempre. Le confió a ella que, en ocasiones, cuando pasaba frente al estacionamiento del centro comercial Ace, pensaba en lo diferentes que serían las cosas si hubiera sido Bobby quien cayera de la moto y se hubiera roto la

pierna, y no él.

—No nos habríamos conocido si no te hubieras lastimado —le decía ella.

Era cierto; si no hubiera quedado cojo y no se hubiera sentido cohibido para bailar en el Mixer, en Queens, quizá ella no se habría sentado esa noche a su lado.

Grace salió de Irlanda con una maleta que contenía dos buenos vestidos, una falda, tres blusas, un par de medias de nylon, un par de zapatos negros y un abrigo de moaré azul marino. Una familia en Queens la había contratado como niñera para que ayudara con sus tres hijos, todos menores de cinco años. Cuando llegó a Estados Unidos sintió una terrible nostalgia, no porque extrañara a su familia, puesto que se había separado de ella a los trece años, cuando se fue pensionada a la escuela católica, sino por Irlanda. La exuberancia del pasto verde y las praderas llenas de delicadas amapolas rojas y brezos silvestres, el extenso cielo azul, la luz del sol que se asomaba entre los chubascos diarios. La sensación de ser ajena se intensificaba por la falta de familiaridad del cemento y el asfalto del barrio de Sunnyside, en Queens. Las interminables hileras de edificios de departamentos; los parques que tenían área de juegos para niños, pero sin césped a la vista. Sin embargo, se alegraba cuando viajaba al glamoroso Manhattan, donde podía perderse en los museos que amaba. El enorme Museo de Historia Natural, en el Upper West Side, era su refugio favorito; la colección que tenían de mariposas siempre la dejaba sin aliento.

Su amiga Fiona, otra inmigrante de Irlanda, le había hablado de un evento patrocinado por el Club Irlandés de Nueva York. Al principio, Grace no quiso ir; no tenía

ganas de quedarse ahí parada, tomando ponche caliente mientras los hombres le ofrecían whisky que llevaban en ánforas de metal en el bolsillo del saco.

Pero a Grace le encantaba bailar. Así que cuando Fiona mencionó que tenían un grupo musical en vivo y que el cantante era de Galway, ni más ni menos, no pudo negarse.

Bailó durante horas. Tenía el rostro sonrojado, su vestido azul de algodón se pegaba a su piel. Mientras uno de los chicos se alejó para traerle algo de beber, ella se sentó para recuperar el aliento y se encontró junto a Tom. Él no se había parado a bailar ni una sola vez en toda la noche; ella advirtió, en más de una ocasión, que él la miraba fijamente.

—No te gusta bailar, ¿verdad? —preguntó Grace.

Su voz era más segura de lo normal; la euforia de la música parecía infundirle valor. Le atraía su cabello castaño rizado y sus ojos color avellana. También había algo genuino en él. Su chamarra de deportes estaba arrugada, la camisa desfajada, pero cuando alzó la cabeza y le sonrió, el corazón de ella dio un vuelco en su pecho.

—No puedo bailar. Tengo la pierna rota —explicó, señalando su zapato izquierdo—. Mi amigo Lewis me trajo a la fuerza. Está en el último año en la Universidad de Fordham. Le pareció emocionante traer a su único amigo judío a un baile irlandés.

Grace sonrió. Antes de mudarse a Nueva York, nunca había conocido a un judío y le encantaba el tejido social tan exótico conformado de distintos grupos étnicos justo frente a su casa en Queens. Al mirar a Tom, pensó que parecía amable y apuesto. Por su parte, Lewis sudaba copiosamente sobre su vaso de ponche.

—Parece que para Lewis el sistema de enfriamiento

aquí es más complejo que en la universidad.

Tom lanzó una carcajada. Quizá su amigo fuera más inteligente que él, pero al menos la camisa de Tom estaba seca.

—¿Duele? —Grace miró la pierna del pantalón caqui.

—Ya no. Solo me hace un poco torpe. No funciona como debería.

Siempre que las personas les preguntaban cómo se habían conocido, era una de las pocas cosas en su matrimonio que ambos recordaban exactamente de la misma manera. Más tarde esa noche, ella lo tomó de la mano y con cuidado lo llevó a la pista de baile. Grace no daba piruetas ni movía las piernas como había hecho antes con las melodías más rápidas. En su lugar, cuando la banda tocó una balada lenta, llevó las manos de Tom alrededor de su cintura y dejó que él se acercara, y conforme él se adaptaba al ritmo de ella, su timidez desapareció.

Semanas después, cuando Tom les contó a sus padres que salía con Grace, su primer instinto fue que su hijo se estaba rebelando, de nuevo, al traer a casa a una novia católica, rubia de ojos azules, directamente desembarcada de Irlanda, por increíble que pareciera.

Pensaron que la atracción que sentía por la chica desaparecería con el tiempo y que su relación acabaría de manera natural. Pero la joven pareja demostró que estaban equivocados, puesto que su relación se fortaleció aún más.

—Vino aquí en busca de una nueva vida, igual que tus padres —dijo Tom, reuniendo el valor para enfrentar a su madre, quien aún no había invitado a Grace a cenar—. Perdió a su hermana cuando era una niña, así que quizá lo que me atrae de ella es que encarna la filosofía de la

familia Golden de que hay que encontrar la manera de seguir adelante. —Su voz era firme y llena de convicción —. Mamá, por favor, no me digas que venimos de dos mundos distintos.

Los periódicos publicaban titulares de cambio: la meta del programa espacial de llevar a un hombre a la Luna, la confirmación del primer tribunal negro en la Suprema Corte de Justicia y el aumento de las protestas en contra de la guerra de Vietnam. El cortejo de Tom hacia Grace se vio arrasado por la ola de pensamiento progresivo que sus padres no podían ignorar.

—Es una chica agradable —le dijo Harry a su esposa cuando la encontró sentada, en silencio, en la recámara con un libro sobre el regazo—. Es buena para él. Eso lo puedes ver.

—Lo sé —afirmó—. Pero sigo sin poder imaginarme ir a un bautizo en lugar de a un *Berit Milá*.

—Desde el accidente, es la primera vez que veo a Tom con un brillo en la mirada.

Ella puso el libro sobre el buró y miró a su esposo.

—Es solo que siempre quise que nuestro hijo tuviera lo que nosotros tuvimos.

Harry se inclinó para apagar la lámpara. Desde la guerra, nunca compartió con su esposa sus dudas acerca de la existencia de Dios, los horrores que presenció eran inconmensurables.

—Amor —dijo en voz baja—. Si tienen amor, Rosie, entonces tendrán lo mismo que nosotros.

Era lo único que podía decir con la confianza de una fe inquebrantable.

Rosie se permitió mostrarse amable con Grace. Llegó a amar las galletas caseras de mantequilla que Grace llevaba a su casa para la cena en un bote de metal azul reciclado. Cuando Grace le preguntó si podía enseñarle a preparar el *brisket*, Rosie se animó al ver que esta joven se interesaba más en sus tradiciones que en las propias.

Pero había algo más que tranquilizaba su aprensión inicial. Desde que Tom nació, Rosie se preguntaba si a su hijo le había afectado escuchar los gritos de su padre a medianoche, o la manera en la que el humor de Harry a veces se ensombrecía y se retraía por completo. Pero ahora, desde su silla en el comedor, veía cómo el ambiente se relajaba en presencia de esta joven. Cuando Harry contaba anécdotas de la niñez de Tom, Grace echaba la cabeza hacia atrás y aplaudía encantada. Su risa iluminaba la habitación.

En algún momento, Harry le mencionó que había visto que Grace no usaba reloj. El único accesorio que ella llevaba era una medalla sencilla de un santo que colgaba de su cuello.

Esa noche, después de que Grace ayudó a recoger los platos, Harry le dio a Tom las llaves de la tienda.

—Ve y escoge un reloj para la bella joven —le dijo con un guiño—. Se merece algo hermoso que vaya con esa sonrisa.

Grace se sonrojó.

—No es necesario, señor Golden. Ya han sido muy generosos con esta maravillosa cena —exclamó, dándose unas palmaditas en la cintura de su falda.

—Anda, ve. —Rosie sonrió y empujó a Grace y a Tom hacia la puerta.

Tom sacó del clóset el abrigo de Grace y lo puso sobre sus hombros.

—Es una caminata rápida o podemos ir en coche, ¿qué prefieres?

—¡La caminata, por supuesto!

—¡Nada de motocicletas! —gritó Rosie desde la cocina.

—No, señora Golden, ¡jamás!

La risa de Grace llenó el pasillo.

Tom metió la llave en la cerradura de la puerta principal de la tienda y le cedió el paso a Grace, cuyo rostro se iluminó al ver todos los relojes antiguos.

—Este es de Inglaterra —dijo él, señalando un pequeño reloj de carro en bronce—. Y este es del Renacimiento francés.

La mirada de Grace pasaba de un reloj a otro. En la vitrina de exhibición, Tom buscó alguno que fuera perfecto para ella y encontró uno con una correa negra de grogén.

—¿Demasiado vistoso? —preguntó Tom al tiempo que se lo ponía alrededor de la muñeca.

—Es tan elegante —murmuró.

Y cuando alzó el rostro, él la besó bajo la luz de la luna. El corazón de Tom latía con fuerza al contacto de sus labios.

Capítulo 10

Grace limpiaba la cocina cuando sonó el teléfono.

—¿Grace? —La voz de Adele parecía apremiante—. ¿Te llamo en buen momento? Traté de esperar hasta después de la cena para llamarte...

Cuando vio a Adele en la calle esa tarde, supo que volvería a tener noticias suyas. A Adele le encantaba el chisme.

—Sí... solo estoy lavando los platos...

Grace sujetó el teléfono contra su hombro y se secó las manos. Eran casi las 9:00 p. m., y todo lo que quería hacer era meterse a la cama después de ese día tan largo.

—Solo quería saber cómo estabas. Me preocupé un poco cuando te vi esta tarde con ese... niño.

—¿Preocupada?

—Oh, ya sabes qué quiero decir, Gracie. Era obvio que el niño no era de aquí, así que me preocupé.

Grace midió su tono de voz. Habían sucedido muchas cosas entre las dos mujeres. Adele fue una de las primeras en darle la bienvenida a Bellegrove cuando se casó con Tom. Esos primeros meses en el pueblo habían sido particularmente difíciles para Grace, debido a lo poco familiar que le era la vida en los suburbios de la Costa Este. Cuando vivía en Queens estaba rodeada de muchas chicas como ella, de pequeños pueblos irlandeses, que aún guardaban una botellita de agua bendita y un libro de

oraciones en sus bolsos, junto con el rosario de su primera comunión. De donde venían, a ninguna de esas jóvenes le preocupaba si la casa de alguien no tenía tuberías al interior.

Pero en Bellegrove, en más de una ocasión la describieron como *progresista*, un término que nunca antes había escuchado. Cuando le preguntó a Tom qué significaba, este rio.

—Gracie, es su manera de decir que alguien es lo suficientemente abierto como para casarse con un judío como yo...

Se inclinó y la besó.

—Me siento como una pueblerina... eso es todo —dijo.

Tom estaba enamorado de su inocencia de viejo mundo y su falta de perfidia; ella no podía evitar sentirse insegura por no ser sofisticada. Difícilmente se sentía vanguardista. Su abrigo de tela y los zapatos cómodos parecían anticuados, y su acento irlandés solo reafirmaba la idea de que era una inmigrante que acababa de bajar del barco.

Cuando Tom y su madre le sugirieron que quizá le gustaría participar en la sucursal local de la organización Ciudad de la Esperanza, un grupo de mujeres jóvenes que recaudaban fondos para el prestigioso hospital de investigación, ella lo consideró seriamente, esperando encontrar pronto un círculo de amigas dispuestas a darle la bienvenida. Adele se presentó con Grace en la primera reunión.

—¿Eres la irlandesa que se casó con Tom Golden? —preguntó con una seguridad envidiable que intimidó a Grace.

Estaba deslumbrante en su suéter verde de angora y el collar de perlas cultivadas; sus caderas estrechas entraban en la falda recta de lana y llevaba tacones de gatito. Grace casi no podía dejar de admirar la belleza del

atuendo de Adele.

—¡Bienvenida a Bellegrove!

Adele estrechó la mano de Grace y luego la llevó por la habitación para presentarla a otras mujeres, como Becky Moriarty y Roberta Dunn.

Grace se sintió afortunada de que Adele se hiciera su amiga. Hizo que Grace se sintiera en casa; le ofreció llevarla de compras para actualizar su guardarropa y compartió con ella sus recetas de guisado de ejotes y ziti al horno, para que Grace pudiera preparar comidas copiosas y familiares para su esposo estadounidense. Y cuando su hermano Bobby murió en Vietnam, Grace sufrió mucho por Adele, en particular porque sabía que el joven había sido amigo de infancia de Tom. Pero por más que Grace deseara sentir compasión por la tragedia de la familia O'Rourke, muy pronto vio la otra cara de Adele, una que era mucho menos halagadora. A Adele la motivaba el chisme. En muchas ocasiones sentía que Adele divulgaba información inapropiada que debía permanecer en el ámbito privado, como abortos naturales o problemas con los maridos. Eso hizo que Grace pensara dos veces antes de compartir cualquier tema personal con ella.

—Es muy amable de tu parte, Adele. Te agradezco que estés al pendiente de mí. —Grace tomó el trapo de la barra y se secó las manos—. Y de él.

—¡Por supuesto! ¿Pudiste devolverlo a sus padres? Seguramente estaban muy preocupados.

Grace suspiró. Adele era conocida por su persistencia.

—Vive en Nuestra Señora de los Mártires con su tía. La diócesis acogió a algunos refugiados vietnamitas.

En el silencio, se escuchó un sonido crepitante de la línea.

—¿De Vietnam? ¡Bueno!, si eso no es... —Adele hizo una pausa—. Vietnam, sin duda fue un largo camino hasta acá.

—Sí. —Grace suavizó la voz—. Lo siento... Sé que ese país te trae muchos recuerdos dolorosos a ti y a tu familia.

—No solo a mi familia —respondió Adele molesta—. Hay muchas familias que perdieron a alguien ahí. —Guardó silencio un momento—. ¿Y qué hay de ese hombre a quien Tom le dio abrigo? El veterano que vive sobre su tienda. ¿No crees que se molestaría?

El estómago de Grace dio un vuelco. Se había sentido muy mal por haber olvidado llamar a Jack y cancelar la cena. Él siempre esperaba cenar con ellos el primer domingo del mes. Las niñas le dijeron que había llegado a la casa a las 5:00 p. m. en punto, pero que rápidamente se fue cuando vio que algo había pasado. Por supuesto, Adele nunca había hecho el esfuerzo siquiera de recordar su nombre.

—No tengo idea... pero se equivocaría si se molestara. Este niño y las otras personas por las que nuestros hombres creían que luchaban, no son el enemigo —respondió de inmediato.

Sabía muy poco de la política detrás de la guerra; pero, honestamente, le enfermaba cada vez que leía el periódico o veía las noticias. No eran solo las imágenes de los innumerables ataúdes que escoltaban de los aviones con la bandera estadounidense sobre ellos lo que la alteraba, sino todo en general. La fotografía de la niña que corría desnuda en la calle con el cuerpo en llamas, los bosques calcinados, el dolor y la devastación eran demasiado.

—Bobby era tan joven...

Grace cerró los ojos y trató de imaginar al joven, al que solo conocía por las fotografías en el álbum de Tom. Era un par de años menor que Tom; alto y delgado, con

cabello despeinado igual que Tom, y compartían una sonrisa traviesa muy similar.

—Lo sé, Adele. Y este pequeño es solo un niño. Voy a llamar mañana para ver si hay algo que nuestro grupo de mujeres pueda hacer para ayudar.

—Tú siempre tan buena, Grace. —Adele hizo un esfuerzo para contener sus emociones.

—No sé qué tan buena soy, Adele... pero fui yo quien lo encontró. Quiero asegurarme de que está en buenas manos.

Katie entró a la cocina, recién bañada, con una camiseta y unos pantalones holgados como piyama.

—Ah, bien, ya colgaste. Quería llamar a Annie.

—Toma, ya terminé.

Grace empezó a limpiar la barra de la cocina con una esponja.

—¿Con quién hablabas?

—Con Adele.

Katie hizo una mueca.

—Su hijo, Buddy, ha estado saliendo con el niño nuevo, Clayton Mavis... Se la pasan lanzándonos bolitas de papel masticado a Annie y a mí.

Sacó una galleta de un frasco de cerámica que estaba sobre la barra y se la metió a la boca.

—Pues eso no está bien. ¿Quieres que le llame a la maestra?

—No, no es tan grave. Solo que es un acosador... molesta a Francis Wilson todo el tiempo, lo llama por apodos, como «Señor grasa» o «Trasero de manteca…».

—Katherine Rose... —Grace pronunció el nombre de pila completo de su hija para mostrar su desaprobación—, no es necesario usar ese tipo de lenguaje.

—Solo narraba los hechos, mamá.

Katie puso los ojos en blanco y tomó el teléfono.

Capítulo 11

La mañana siguiente, después de que las niñas se fueran a la escuela y Tom se marchara a la tienda, Grace se sentó en la mesa de la cocina y buscó el número de teléfono de Nuestra Señora de los Mártires.

Sabía dónde se ubicaba el viejo complejo de ladrillo con sus altas rejas de hierro y la estatua de la Virgen María en el patio interior. Con frecuencia, su grupo de mujeres llevaba recolectas de ropa que las hermanas franciscanas, asociadas a la iglesia, enviaban en donación a las comunidades católicas necesitadas en el extranjero. Ese lugar siempre les dio miedo a sus hijas, les parecía intimidante. Por más que ella y Tom habían tratado de hacer que apreciaran ambas religiones, parecía que no lo habían logrado. Las niñas elegían la religión que convenía a sus necesidades del momento; de pronto eran judías cuando Grace les preguntaba si querían acompañarla a misa, y luego eran católicas cuando se acercaba la Navidad. Pero a Grace, su relación con la Iglesia le inspiraba emociones complejas.

Grace no dudaba de las buenas intenciones de las monjas de Nuestra Señora de los Mártires al aceptar a los refugiados; pero hacerse cargo de una nueva comunidad, en un país tan distinto al suyo, no sería fácil. Grace no podía evitar pensar que su camino se había cruzado con el de Bảo por una razón. Se levantó de la mesa y marcó el

teléfono de la recepción de la casa generalicia, pero luego dudó. Sería muy largo explicar todo lo que había sucedido el fin de semana. Minutos más tarde, Grace estaba frente a su tocador maquillándose y retocándose el peinado; se puso una blusa recién almidonada, su falda favorita azul cielo y se subió al coche.

El largo camino de entrada que llevaba al vasto complejo de inmediato le hizo recordar sus días de estudiante en la escuela católica en Irlanda. El comportamiento severo de las monjas engendraba un miedo que invadía el cuerpo de Grace cada vez que entraba al salón de clase. De niña, durante años temió que le golpearan los dedos con una vara de madera por haber olvidado la tarea o por hablar antes de que le dieran permiso de hacerlo.

Aún ahora, parte de ella se tensaba al acercarse al edificio. A pesar de su arquitectura sombría, los alrededores eran coloridos: macizos de tulipanes y narcisos formaban hileras perfectas y muy cuidadas; los cerezos, algunos tan grandes que quizá eran centenarios, creaban suaves doseles arbóreos rosados sobre la camioneta Pontiac de Grace mientras avanzaba lentamente por el sendero.

Grace bajó del coche, se enderezó la falda y revisó su lápiz de labios en su espejo compacto plateado. No podía evitar el impulso inmediato de asegurarse de que su aspecto era impecable mientras subía los escalones de cemento hasta el área de recepción del edificio.

El olor familiar de piedra húmeda e incienso la asombró en el momento en el que puso un pie en el piso de mármol.

—¿Puedo ayudarle?

Una mujer bajita de cabello gris y lentes en forma de ojos de gato recibió a Grace.

—Hola, me llamo Grace Golden. Creo que ya nos habíamos visto antes, cuando traje ropa de parte del club de mujeres de Ciudad de la Esperanza.

La mujer le sonrió.

—Ya decía que me parecía conocida... además de que usted es la única aquí con ese encantador acento irlandés.

—Gracias, qué amable. —Grace se inclinó un poco hacia adelante como para compartir un secreto con ella—. Espero que pueda ayudarme... Vea, vine por una razón específica...

—Sin duda lo intentaré, señora Golden.

—Bien. El fin de semana, cuando regresaba a casa de misa —continuó Grace—, encontré a un niño pequeño solo en la calle. Más tarde me enteré, cuando lo llevamos a la estación de policía, de que se había escapado de aquí.

El rostro de la mujer se tensó.

—Los únicos niños que tenemos aquí ahora son los que vinieron con sus familias de un campo de refugiados de la Cruz Roja y que la diócesis patrocina.

—Sí, eso fue lo que dijo la trabajadora social. —Grace hizo una pausa—. Deben ser más de quince kilómetros desde aquí hasta la calle Maple, en Bellegrove; por eso me preocupa por qué el niño fue tan lejos... aparte de que parecía que había pasado la noche afuera.

—Es mucha distancia... —La mujer frunció el ceño —. Pero puedo asegurarle que aquí cuidamos muy bien a todas las familias.

—Esperaba ver cómo están él y su tía, Anh —explicó con amabilidad—. Recuerdo lo difícil que fue para mí cuando llegué de Irlanda sin conocer a nadie. Solo quiero ofrecerles un rostro amistoso.

—Me temo que, en general, no permitimos las visitas imprevistas.

—Bueno, si no le molesta, me voy a sentar aquí y esperaré. Avíseme cuando pueda atenderme alguien que esté a cargo.

Grace miró la banca de madera que estaba en la recepción y luego echó un vistazo a su reloj de pulsera.

Eran las 10:15 a. m. Katie volvería a casa a las 3:00 p. m. y Molly a las 3:30; prácticamente podía esperar ahí todo el día.

Grace permaneció en silencio sentada en la banca casi cuarenta minutos, hasta que apareció una de las hermanas.

—¿Señora Golden?

Frente a Grace se encontraba una mujer de mediana edad, vestida con una falda azul marino y un blazer.

—Soy la hermana Mary Alice —dijo extendiendo la mano—. Lamento haberla hecho esperar. Estamos un poco ocupadas por el momento con nuestras nuevas obligaciones.

—Claro, lo imagino.

—Me dicen que está aquí para tener noticias de la señorita Anh y su sobrino Bảo.

—Sí —respondió con voz firme—. Fui yo quien lo encontró el domingo en Bellegrove.

—Y se lo agradecemos mucho. Ahora vamos a tener mucho más cuidado con él.

Grace forzó una sonrisa.

—Debe ser difícil adaptarse aquí después de su vida en Vietnam.

—¡Oh, sí! En verdad es... No solo la barrera del idioma, sino muchas otras cosas. Estados Unidos les es desconocido de varias maneras...

—Y supongo que están tratando de enseñarles inglés...

—Sí, esa es nuestra prioridad. La mayoría tomó clases de inglés básico en el campo de refugiados antes de llegar aquí, pero aún hay mucho trabajo por hacer. Como la escuela pública ya casi cierra para las vacaciones de verano, queríamos aprovechar los siguientes meses de la forma más eficaz para que los niños puedan empezar clases en otoño. Bảo es el más grande de todos, el resto son, en su mayoría, bebés.

—¿Qué edad tiene?

—Creemos que Bảo tiene diez años. —La hermana Mary Alice sonrió—. Ha sido un poco caótico tratar de obtener la información del campo de refugiados en Malasia al que los enviaron antes de venir aquí.

—Lo puedo imaginar —asintió Grace—. ¿Tiene alguna idea de dónde están los padres de Bảo?

—Por desgracia, es huérfano. Anh es su tutora.

Los dedos de Grace tocaron su medalla; recordó cómo trató de escapar del dolor de la muerte de Bridey, acurrucándose contra una de las viejas paredes de piedra que marcaban el perímetro de su pueblo. Ahora comprendía por qué Bảo había huido.

—A veces los niños se esfuerzan mucho por ser valientes —dijo en un murmullo.

—Una compasión como la suya es un don, señora Golden.

—Mi propia infancia fue muy triste, pero tuve la fortuna de conocer también la bondad.

Hacía más de treinta años que Delilah había muerto, pero en ocasiones Grace podía jurar que sentía la piel ajada de la mano de la anciana sobre su mejilla.

—Agradecemos la misericordia de Dios al brindarle a Bảo un miembro de la familia que esté con él. No está solo. —La hermana Mary Alice extendió las manos—. ¿Le gustaría acompañarme? Le mostraré dónde reciben las clases de inglés en este momento. Tenemos a cuatro monjas que nos ayudan con su educación. De hecho, Anh

es una de nuestras mejores alumnas.

—Sí, gracias —respondió Grace.

—Con gusto. Y no es por completo desinteresado de mi parte. —Entró al salón y añadió—: Como puede ver, lo que tenemos aquí es un gran proyecto de enseñanza. Siempre nos vendría bien otro par de manos.

La casa generalicia, la sede de las monjas en Nuestra Señora de los Mártires, siempre le había parecido a Grace algo sombría, pero ahora tenía la actividad de una colmena. Siguió a la hermana Mary Alice hasta el área común, donde cuatro mujeres como matronas estaban sentadas frente a diferentes mesas donde enseñaban a los adultos, mientras los niños estaban sentados en el suelo. La habitación olía a jugo de manzana, crayolas y al calor de los cuerpos.

Al primero que Grace vio fue a Bảo. Estaba sentado al lado de dos niñas pequeñas peinadas con coletas; parecía no estar muy interesado en repetir las palabras básicas en inglés. En su lugar, jalaba las pequeñas hebras de la alfombra y las apilaba en un montoncito.

Luego vio a Anh. A diferencia de otros, que estaban divididos en pequeños grupos, Anh estaba sola frente a un escritorio en el rincón. Estaba inclinada sobre un cuaderno de pasta blanda; llevaba el largo cabello negro sujeto con una mascada. El borde de dos sandalias rosas de plástico sobresalía por debajo del dobladillo de su falda.

—Como le dije, Anh es muy trabajadora —dijo Mary Alice al advertir que Grace la miraba—. Aún no habla mucho, pero definitivamente comprende más que los otros. Me parece que ella aprovechó bien las clases en el campo de la Cruz Roja.

Grace volvió a ver en dirección de Anh.

—En fin, esto ha sido un verdadero desafío —continuó la hermana—. No entendemos ni una palabra de vietnamita, y si bien, como le mencioné, la mayoría tuvo clases en el campo de refugiados, algunos son muy tímidos para practicar con nosotros. Esperamos que eso cambie pronto... —Volteó a ver a Bảo—. El niño ha sido un poco difícil. Ve mucha televisión, pero no quiere hablar para practicar. Sigue siendo muy introvertido, pero no queremos presionarlo demasiado después del incidente de este fin de semana. —Respiró hondo—. Quizá usted pueda ayudar.

Grace observó cómo la hermana Mary Alice se acercaba a una de las mesas plegables; tocó a Bảo en la espalda y le murmuró algo al oído. Ahora que llevaba una camisa a cuadros de manga corta y un pantalón caqui, parecía más grande. Él volteó adonde la hermana señalaba, en dirección a Grace. Cuando Bảo levantó lentamente la mano y le dirigió un saludo, Grace sintió una efusión de calidez.

Capítulo 12

Anh veía cómo su hermana preparaba la lonchera de Bảo antes de que él se fuera a la escuela; agregó una pequeña cantidad de salsa de pescado para darle más sabor a la modesta sopa de arroz espeso y encima colocó tres hojas de camote para decorar. Anh había esperado el momento oportuno para compartir con ella las buenas noticias, pero podía ver lo preocupada que estaba Linh por asegurarse de que la sencilla comida de Bảo reflejara su cariño. Su hermana creía que incluso con los mínimos ingredientes aún se podía mostrar gran cuidado y amor.

Su sobrino tenía problemas en la escuela. Cada mañana, el niño se iba con una sonrisa en el rostro, pero Linh le dijo a Anh que los niños de su clase lo acosaban permanentemente. Con tan pocas oportunidades para socializar, Bảo pasaba la mayor parte del tiempo con un perro callejero llamado Bibo, que estaba tan famélico que pasaba sus días durmiendo en el piso. Varias veces, Linh había sorprendido al niño tomando la poca comida que tenía en el plato y metérsela al bolsillo para dársela después al perro.

En un esfuerzo por darle a su hijo otras oportunidades, Chung encontró una vieja bicicleta para Bảo que no tenía llantas en los rines, y el niño, como por milagro, aprendió a andar en ella. Pero un día alguien en la escuela la destrozó: hicieron añicos el rin frontal y

rajaron el viejo asiento de vinil. No era necesario que Linh le dijera a Anh que estos actos y tormentos mezquinos los cometían los mismos niños cuyos padres molestaban a Minh y a Chung en la granja cooperativa. ¿Cuántas veces habían culpado a Minh por una mala cosecha o lo habían acusado de sabotear los cultivos cuando no crecían? En medio de la pobreza y la hambruna generalizada que afectaba a la comunidad, tanto adultos como niños buscaban dónde desahogar su frustración.

—Una cosa más, *bé tí* —le dijo Linh a Bảo antes de que él se fuera; su voz era alegre para tratar de animarlo un poco. Del bolsillo de su delantal sacó un pequeño mango cuya piel era casi dorada. A pesar del tamaño modesto, era casi perfecto. Tomó el cuchillo, rápidamente lo peló y cortó un pedazo—. Guardé este solo para ti.

Esa tarde, Anh le contó a su hermana que, después de tantos años de intentarlo sin suerte, llevaba un mes sin su ciclo menstrual.

—Hermana, nuestros ancestros escucharon tus plegarias. —Linh se alegró con la noticia.

Anh resplandecía. Les había llevado mucho tiempo escucharla, pero ahora estaba tan agradecía que sentía que su corazón iba a estallar.

—No más levantar cosas ni jalar el carrito —insistió Linh—. Yo haré tu trabajo para que los demás no sepan que tú ya no haces el esfuerzo físico. Bảo por fin tendrá a un pequeñito con quien jugar.

Linh había querido tener otro hijo, pero apenas tenían suficiente comida para alimentar a Bảo.

—¡Mi hermana va a ser madre! —exclamó Linh, arrojando sus brazos alrededor del cuello de Anh para darle un beso.

Los siguientes meses, Linh cuidó a Anh con renovada energía. Rallaba raíz de jengibre en agua caliente para combatir la náusea, recogía hojas de betel para asegurarse de que su hermana ingiriera más vitaminas y le daba masajes en los pies cuando se cansaba y los tenía hinchados.

Entonces, una mañana, unos hombres en uniforme comunista llegaron buscando a Minh.

—¡Ha habido quejas contra su esposo! —uno de ellos le gritó a Anh—. ¿Dónde está? Necesita saber que, si no trabaja más duro, ¡lo enviaremos al norte!

Anh se quedó paralizada. Sabía que si se llevaban de nuevo a su marido a un campo este sería mucho más riguroso que en el que había estado la última vez.

Para distraer a los soldados, empezó a invocar la protección de sus ancestros en voz muy alta, una señal para que Minh supiera que había peligro y que debía huir.

—Dinos dónde está tu marido —empezó a vociferar uno de los soldados, empujando su rifle en las costillas de Anh.

—Mi esposo no está aquí —gimió, esperando que tuviera tiempo suficiente para escapar por el patio trasero.

Furiosos con su respuesta, los hombres agitaron la cabeza y empezaron a gritarse unos a otros. Patearon los cubos de metal y rasgaron las hamacas que estaban colgadas. Encontraron una canasta de fruta, la vaciaron sobre el piso y, con sus pesadas botas, pisotearon los frágiles longuianes y los lichis dorados. Registraron la casa; aventaron las ollas que estaban en los estantes de la cocina y la ropa que estaba tendida.

Lo más doloroso para Anh fue la destrucción del altar familiar; los hombres hicieron trizas el pequeño florero de cerámica que tenía una flor blanca y el plato donde estaba la sal, el incienso y un pedazo de fruta.

Mientras los soldados arrasaban con todo, Linh, que había escuchado los gritos de su hermana, se apresuró a su lado, agradecida de que Bảo ya se hubiera ido a la escuela y de que su esposo se hubiera marchado a la granja.

De pronto, el terrible grito de un hombre desgarró el aire. Dos soldados uniformados salieron del bosque, arrastrando a Minh por el suelo. Los hombres no escuchaban sus reclamos de inocencia, lo jalaron por el cabello hasta el pequeño patio frente a su cabaña.

Empezaron a patearle las costillas al tiempo que gritaban «capitalista traidor» una y otra vez, hasta que su sangre empapó el suelo reseco. «Eres perezoso. Debería darte vergüenza», otro le pateó la cabeza.

Linh retuvo a Anh; ambas suplicaban a los hombres que se detuvieran. Pero la golpiza era implacable. No les llevó más de cinco minutos para que las botas que golpeaban el cuerpo de su marido le arrebataran la vida.

—¡Vámonos! —ordenó al fin el soldado al mando.

Los hombres caminaron hacia el jeep; todos menos uno, quien pasó al lado de la desconsolada Anh y acercó su rostro al de Linh.

—¡Dile a tu marido que él es el siguiente! —masculló con los ojos entrecerrados. Después, se aseguró de que ambas hermanas lo vieran escupir a unos centímetros del cadáver de Minh.

Anh no recordaba qué había pasado durante las siguientes horas. Tenía la vaga idea de que su hermana había lavado en silencio el cuerpo de Minh, de que sus manos se movían con destreza para quitarle todos los rastros de tierra y sangre de la piel. Recordó los ojos enormes de Bảo cuando su padre cavó una tumba rudimentaria o al niño que sujetaba el mango que su madre le había dado para la

ofrenda, y al final, la larga repetición de plegarias. Pero Anh vivió todas las etapas del entierro como si estuviera en trance.

—Debes comer algo —le dijo Linh después del funeral.

Pero Anh no pudo hacer nada más que encontrar un colchón en el suelo y acurrucarse en posición fetal.

—Un poco de sopa de arroz... por favor —insistió, colocando el cucharón con el líquido aguado cerca de los labios de Anh.

Anh negó con la cabeza y lo rechazó. Pero cuando Bảo se acercó a ella la mañana siguiente con un pequeño cuenco de madera con el puré de arroz, ella comió algunas cucharadas.

—Eres un buen niño —le dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Ver a Bảo la reconfortaba y la apenaba. Qué suerte tenía de que su padre aún estuviera vivo, cuando ahora ella se vería obligada a criar sola a su bebé.

Tres días después, Anh despertó con un terrible dolor en el vientre. Apartó la cobija y descubrió que su pantalón de algodón estaba empapado de sangre. El hijo que había empezado a crecer en su interior, la manifestación del amor entre ella y Minh, se liberó de su útero mientras ella dormía. Se llevó la mano entre las piernas; sus dedos tocaban la masa de coágulos carmesí; Anh no podía creer que los dioses fueran tan crueles. Primero, su marido; ahora, el bebé. Los dos seres que más amaba en el mundo habían desaparecido de pronto.

La desesperación se apoderó de ella. ¿Qué había hecho para merecer ese castigo?

Anh se estremeció. En cierto sentido siempre fue supersticiosa, creía que espíritus malignos podían habitar

su cuerpo y dañarla. Tan solo unos días antes, justo después del entierro de Minh, sintió una punzada de resentimiento porque su bebé no tendría la protección de su padre, de la que Bảo gozaba. Ahora, Anh se preguntaba si ella era la culpable de ese aborto espontáneo, por haber tenido esos sentimientos terribles y egoístas. ¿Habría sido ella quien acarreó su desgracia al ambicionar ser como Linh? ¿Habría envenenado su matriz con envidia?

Cuando Linh entró con compresas frías para su cabeza y un poco de caldo caliente, Anh le dio la espalda y gimió.

A lo largo de la semana siguiente, Linh ignoró los esfuerzos de Anh por mantenerse distante.

—El bebé ya está con Minh —insistía Linh para tratar de consolar a su hermana.

—Desearía que los dioses me hubieran llevado a mí en su lugar. —Anh lloraba—. Eres tan afortunada. Tú todavía tienes a tu esposo y a tu hijo —murmuraba—. Pero yo perdí todo.

—Tonterías. —Linh trataba de alejar esos pensamientos sombríos—. Nos tienes a Chung y a mí, y tienes a Bảo.

Tomó las manos de Anh entre las suyas.

—Pero ahora todos debemos ser cuidadosos —continuó Linh en voz baja—. Tus pérdidas son terribles e injustas, pero no debemos llamar más la atención.

Esa noche, Linh mantuvo a Bảo a su lado; su pequeño cuerpo se acurrucaba contra el de ella. Cuando su esposo se acercó a ella a la mañana siguiente, con miedo en los ojos porque le angustiaba que los soldados vinieran ahora por él, ella lo escuchó con atención. Y cuando le murmuró que pensaba que deberían escapar,

ella no se opuso.

Capítulo 13

Grace les dio a sus hijas los platos para que pusieran la mesa.

—¿Cómo están todas hoy? —preguntó Tom al entrar a la cocina.

—Hoy fui a la casa generalicia. Parece que tienen mucho trabajo —respondió Grace mientras colocaba las pechugas de pollo en un platón—. Pero me gustó ver a Bảo.

—¿Quizá podríamos adoptarlo? —preguntó Molly.

Era típico de Molly preocuparse e intentar elaborar una estrategia sobre las diferentes maneras de ayudar a un desconocido. Aunque era la menor, era el tipo de niña que siempre asumía el mando en la escuela para organizar colectas de comida, campañas para recuperar juguetes para las familias necesitadas o recabar fondos para St. Jude. Katie tiró los restos de su plato en el bote de basura, haciendo mucho ruido.

—No funciona así, estúpida. Hay agencias que se encargan de niños como él.

—Tiene a su tía —recordó Grace a las niñas—. No necesita que lo adopten.

Intentaba aún poner en orden sus pensamientos de esa tarde.

—Pero no debe ser feliz en ese lugar —insistió Molly —. De lo contrario, no hubiera huido.

—Puede ser que le resulte difícil estar en un nuevo lugar. Eso lo entiendes, ¿verdad, querida?

Pensó en su propia experiencia en Bellegrove y en Jack, quien vivía arriba de la tienda. Adaptarse cuando los otros te percibían como una forastera nunca era fácil.

De pronto, Grace sintió la mano cálida de Tom sobre la suya.

—No estás comiendo —dijo en voz baja.

—No tengo hambre. Creo que hoy me iré a dormir temprano. ¿Vas a volver a la tienda?

—Iba, pero puedo quedarme aquí si no te sientes bien.

—No, ve —dijo Grace—. Por favor, dile a Jack que tenemos una cena pendiente.

—Lo haré —respondió, y le dio un beso en la cabeza.

Cuando Tom llegó a la tienda esa tarde, encontró a Jack en la trastienda; reparaba un reloj cronógrafo Breguet de la década de los sesenta. Inclinado sobre la larga mesa de madera, con el cabello más largo de lo habitual para un hombre de su edad, en una mano sostenía el reloj abierto y en la otra unas pincitas. Hendrix, su labrador negro, dormía cómodo a los pies de Jack; su respiración lenta y continua agregaba otro elemento de tranquilidad a la habitación.

Jack solo trabajaba en las noches, cuando la tienda estaba cerrada y nadie podía verlo. Dormía durante el día, en el departamento del segundo piso. Tom se lo rentaba a un precio modesto; y él bajaba a la tienda cuando estaba cerrada para trabajar durante la noche. El acuerdo beneficiaba a ambos.

Muy pronto aprendió el negocio de Tom. Primero solo el trabajo sencillo, como reemplazar las baterías de cuarzo; después reparaciones más complicadas, como

cambiar ruedas desgastadas y barriletes. Después de unos años podía hacer prácticamente todo lo que Tom hacía. Para Tom, la presencia de Jack había facilitado la vida en la tienda, quien ahora disfrutaba estar en la recepción y platicar con los clientes, muchos de los cuales conocía de casi toda la vida.

Ahora, todo lo que Tom tenía que hacer era poner una etiqueta en los relojes que necesitaban reparación, meterlos en una pequeña caja de cartón que había en el taller, y Jack los reparaba para tenerlos listos a la mañana siguiente. Si Tom quería ver a Jack y hablar con él en persona, sabía que tenía que ir a la tienda fuera del horario de apertura.

Se habían conocido cinco años antes, cuando Tom visitaba a su padre en la casa de asistencia para veteranos. Fue un encuentro fortuito, del tipo que solo sucede en una banca, en un lugar en el que la cantidad de heridos supera a los sanos; en un jardín propicio para la meditación, con flores plantadas por soldados jubilados que habían encontrado la paz en la jardinería y el cuidado de flores delicadas.

Hacía tan solo un par de meses que Tom había llevado a Harry a vivir a la residencia geriátrica para veteranos y aún tenía problemas para lidiar con el deterioro físico y mental de su padre, en particular después de perder a su madre, quien había muerto de cáncer dos años antes. Cuando Harry había sufrido más de doce episodios de desorientación, incapaz de reconocerlo, Grace y él no tenían muchas opciones más que asegurarse de que recibiera un cuidado supervisado. Y aunque les costaba creer que un hombre de sesenta y pocos años pudiera padecer de demencia temprana, los médicos de la casa de veteranos atribuyeron los problemas prematuros de la memoria a un trauma craneal que encontraron en el historial médico de Harry. La residencia geriátrica adonde llevaron a Harry se ubicaba detrás del

Hospital para Veteranos. Un jardín cuidado se extendía entre ambas estructuras; sus frondosos árboles y vegetación los resguardaban de la vista desde la calle.

No había estatuas en el jardín, aunque de lejos, algunas siluetas parecían talladas en piedra. En un día caluroso con frecuencia se podía ver a hombres en sillas de ruedas que las enfermeras o sus seres queridos llevaban a un lugar donde pudieran disfrutar un poco de sol. Hombres con rostros solemnes. A algunos les faltaba una pierna, otros tenían la manga de la camisa sujeta al hombro y otros tantos escondían los ojos detrás de gruesos lentes oscuros.

La primera vez que Tom vio a Jack sentado en la banca del jardín de la casa de asistencia para veteranos solo vio su perfil derecho. A los casi treinta años, Jack era un hombre robusto. Llevaba un abrigo militar verde olivo, pantalones de mezclilla y botas de trabajo. Su cabello oscuro rizado estaba despeinado y largo. Tenía la cabeza inclinada sobre una revista cuyas páginas estaban arrugadas y desgastadas.

—¿Le molesta si me siento aquí? —preguntó, esperando pasar unos minutos en el jardín para reflexionar.

Su padre no lo reconoció cuando Tom fue a visitarlo esa mañana. En su lugar, lo llamó «Teddy» una y otra vez, y no dejaba de preguntarle si habían apagado el incendio. Este incendio imaginario en la mente de Harry lo atormentaba desde hacía varios días. Cuando Tom le dijo que habían extinguido el incendio, sacó de las cobijas su mano blanca como papel, manchada con venas azuladas y tocó el rostro de Tom. Aún sentía el tacto de su padre en su mejilla.

Jack se tomó un momento antes de responder, un

segundo antes del asombro por el descubrimiento que sabía que llegaría. Tom siempre lo recordaría. Miró la revista que Jack tenía en las manos. Era la edición más reciente de *Newsweek*, con Bruce Springsteen en la portada.

—Born to Run es un álbum increíble... tengo que reconocérselo a Bruce...

—Sí —asintió Jack—. Hazlo.

Tom empezó a tararear algunas estrofas de la canción al tiempo que Jack marcaba el ritmo con el pie. Dos desconocidos conectados durante un breve momento por la letra de una canción.

—*'Cause tramps like us, baby we were born to run...*

Jack levantó la cabeza y volteó a ver a Tom.

Su mirada era inesperada, asombrosa. El ojo izquierdo de Jack estaba cerrado por completo. La mitad de su rostro estaba cubierto por un laberinto de violentas cicatrices rojas.

Tom calló.

Miró fijamente a Jack. Su mejilla hundida parecía un globo desinflado, un valle marcado por traumatismo. El otro lado de su rostro era suave; la forma perfecta de la pupila castaña, mientras la del otro ojo apenas era visible. Tenía el párpado caído y una parte de la frente era un domo grueso de piel rosada.

—No me molesta, hermano —dijo Jack—. La pregunta es: ¿te molesta a ti?

Tom creía que había veces en la vida en las que sientes que el tiempo se mueve en cámara lenta. Estos momentos eran raros y Tom podía contarlos con una mano, como el

nacimiento de sus dos hijas o la muerte de su madre. Incluso la primera vez que Grace le habló en el baile. Su padre siempre decía que el tiempo no podía detenerse, pero en todos esos momentos, para Tom no había sido así.

Ahora le parecía estar en una lenta y dolorosa caída libre. No quería apartar la mirada del hombre que lo miraba de frente con tanto dolor adherido a la piel. Pero tampoco deseaba que el hombre pensara que no podía quitarle la mirada de encima.

—Compré el álbum la semana que salió —tartamudeó finalmente—. Pero, ¿sabes qué?, Born to Run ni siquiera es la mejor canción del álbum...

—Sí —asintió Jack. Ahora miraba hacia el frente. El lado lesionado de su rostro volvía a estar oculto—. Es *Thunder Road*. —Sus labios dibujaron una sonrisa cómplice.

—*Hey, what else can we do now except roll down the window and let the wind blow back your hair? Well the night's busting open. These two lanes will take us anywhere*... —empezó a cantar en voz baja.

Jack aún no había vuelto a abrir la revista. Una palma descansaba en la portada; cinco dedos largos extendidos como un abanico.

—Te puedes sentar aquí si quieres.

—Gracias —respondió Tom—. La mañana ha sido larga...

Se sentó, extendió la pierna lesionada y se la masajeó.

—¿Estás aquí por esa pierna?

—No. —Tom sintió que su rostro se encendía. Siempre sentía una oleada de vergüenza cuando las personas pensaban que se había lesionado la pierna en la guerra—. Un accidente de motocicleta... se rompió en ocho partes.

Jack se sintió un poco incómodo; levantó los dedos y volvió a abrir la revista.

—Tienes suerte —dijo sincero.

Durante algunos meses, siempre que Tom iba a visitar a su papá, y si el clima lo permitía, caminaba hasta el jardín para ver si Jack estaba ahí. No siempre lo encontraba, pero la mayoría de las veces, sí. Lo veía leyendo en la banca, igual que la primera vez, inclinado sobre una revista o un libro de bolsillo desgastado; su abrigo militar cubría su alta complexión.

En ocasiones, Tom hacía algún comentario sobre la persona que aparecía en la portada de la revista; otras, no encontraba nada qué decir, salvo hablar del clima de ese día. Pero, independientemente de lo que fuera, muy pronto entre ellos empezó a haber cierta familiaridad.

A Tom le asombró cómo las heridas de guerra podían ser tan diferentes de un hombre a otro. Las de su padre eran internas. Nunca nadie sabría qué lo atormentaba por lo que había visto en Alemania, aparte de su esposa, que durmió a su lado durante cuarenta años o su hijo, que ahora lo escuchaba perdido en esos recuerdos, con mucha más frecuencia de la que hubiera querido.

Tuvieron que pasar cinco meses para que Tom conociera la historia de Jack; cuando una mañana él cerró la novela que estaba leyendo y vio a Tom directo a la cara. Tom ya no retrocedía al ver su piel dañada o su ojo cerrado. Veía a un hombre que al fin se podía desahogar; o quizá algo más profundo: sentía confianza.

Capítulo 14

El 5 de enero de 1969, seis meses antes de cumplir veintiún años, Jack recibió los documentos que confirmaban su llamado a filas. Como no lo reclutaron después de que cumplió dieciocho años, pensó que se había escapado de que lo enviaran a Vietnam, pero luego cambiaron las leyes y los hombres de hasta veintiún años, incluso casados, ya no estaban exentos de ser enviados.

Jack nunca se había considerado particularmente afortunado, así que en parte casi esperaba que el ejército lo movilizara unos meses antes de cumplir veintiuno. Le gustaba bromear que no se trataba de la «Ley de Murphy», sino de la «Ley de Jack». Si algo desafortunado iba a suceder, le sucedía a Jack con tanta frecuencia que se había convertido en una broma privada entre sus amigos.

El sobre lo esperaba en la mesa de la cocina. Su madre estaba sentada frente a él, con una taza de café negro en la mano. Parecía que había tenido una conversación de horas con ese sobre.

Desde que se graduó de preparatoria trabajaba en la automotriz de Auggie. El ingreso adicional ayudaba a pagar las facturas de la casa. Al final del mes, si sobraba algo de dinero, se lo quedaba y lo ahorraba. Seguía esperando algún día tener la cantidad suficiente para comprarse una nueva guitarra Stratocaster y rentar un lugar propio.

Al entrar a la cocina supo, sin intercambiar una sola palabra con su madre, qué decía la carta.

—Ah, ma...

Ella levantó el papel. Tenía los ojos vidriosos y el rostro blanco como papel. Empezó a decir algo, pero las palabras se le atragantaron.

Él se acercó a ella, tratando de actuar como un hombre; irguió los hombros y tomó la carta, la sacó del sobre y la leyó con rapidez.

—Parece que me tengo que alistar.

Dejó escapar una risita nerviosa, porque no sabía cómo aligerar el ambiente.

Días después, empacó su maleta de lona con lo que pensó que necesitaba: ropa interior y camisetas, calcetines blancos, los zapatos café oscuro. El dinero que ganó con Auggie permaneció guardado en el frasco de mantequilla de cacahuate.

Cuando fue a despedirse de su madre, llevó el frasco.

—Esto es para ti —dijo—. Parece que no voy a comprar pronto esa nueva Strat, ma.

—Vas a volver —respondió ella con voz quebrada—. Te vas a comprar esa maldita guitarra.

Pensó en su papá, quien dieciséis años atrás no volvió del trabajo. No regresó a empacar una maleta. Él solo tenía un vago recuerdo de su padre; las botas de trabajo que sonaban pesadas en la duela cuando volvía tarde por la noche, el rostro que nunca estaba bien rasurado, su colonia que olía a Budweiser.

Los abandonó a él y a su madre cuando Jack solo tenía cinco años. Ahora era Jack quien dejaba a su madre, y eso lo destrozaba.

—Te amo, Jack —le dijo su madre.

Él sabía que era sincera; era una mujer parca en

palabras, y creía que era más fácil hablar sin rodeos.

Jack se inclinó sobre la silla para darle un beso de despedida. Su aliento olía a café y cigarro.

—Prométeme que volverás sano y salvo —dijo tomando su mano y apretándola con fuerza.

—Lo prometo —respondió.

Lo mismo le había prometido a Becky la noche anterior, cuando yacían abrazados en la recámara y él presionaba su cuerpo contra el de ella.

No quería levantarse y dejarla. La curva de su silueta era tan hermosa. Alzó la mano y trazó su contorno desde el hombro, por la pendiente de su cintura y hasta el acantilado de su cadera.

—Becky...

La mitad de su rostro estaba oculto detrás de la cortina de su largo cabello castaño. Ella se acercó y apartó los mechones para que él pudiera verla bien. Sus ojos verdes eran suaves como piedras de río. Su expresión era tranquila.

—¿Y si no regreso? —dijo Jack.

Tenía el corazón estrujado. No quería creer que quizá esa era la última vez que tenía a Becky entre sus brazos.

—Vas a volver, y volverás en una sola pieza —respondió con firmeza.

Lo acercó a ella y lo besó en la boca. Sus labios eran tan suaves y dulces que él tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar.

En este momento de íntima desnudez antes de su partida, él quiso deshacerse de todo lo que le pesaba. Quería decirle que tenía miedo. No quería volver a casa en una bolsa para cadáveres, no quería perder un miembro y pasar el resto de su vida en una silla de ruedas. Pero no podía perder el control frente a Becky; quería que ella pensara que él era fuerte e invencible, quería que lo considerara valiente.

Cambió la conversación a temas más prácticos e

intentó mantener la compostura.

—Cuida a mamá mientras yo esté fuera.

—Por supuesto —respondió como si fuera obvio.

A él le gustaba que ella siguiera estudiando. Estaría lejos casi dos años y ella podría concentrarse en sus estudios. Nadie sería una mejor maestra que su hermosa Becky. Jack ya podía imaginarla al frente de la clase, con todos los niños mirándola en adoración.

Lo que no le dijo fue que cuando volviera, si volvía, le pediría que se casara con él. Eran novios desde el inicio del último año de preparatoria, cuando él por fin se decidió a pedirle que fueran juntos al baile de inicio de curso. Esa tarde se sintió como si hubiera ganado un premio. Becky Dougherty, la chica que iluminaba el regreso a clases con su sonrisa blanca y perfecta, y sus modos amables. Muy pronto se daría cuenta de que a ella le gustaba lo mismo que a él: el rock and roll, las donas con mermelada, los hotcakes de Silver Dollar y las películas en el autocinema.

Ahora que las últimas horas de Jack en Allentown se esfumaban, de pronto todo le parecía claro: Becky era la mujer con quien quería tener hijos. Él nunca había sido tan bueno como ella en la escuela, pero sus hijos se parecerían a ella, serían inteligentes y hermosos.

Si regresaba a casa, su vida sería buena. Estarían perfecto juntos, como una rebanada de pizza y una Coca-Cola helada. La acercó a su cuerpo de nuevo y sintió cómo el corazón de ella latía junto a su pecho.

—Te amo, Becky.

Siempre recordaría cómo ella le dijo que lo amaba. Tomó su rostro entre las manos, volvió a besarlo, esta vez profundamente, y él sintió su calidez extenderse por todo su cuerpo. Le hizo el amor una última vez antes de levantarse y vestirse.

Desde la cama, ella observó cómo se abrochaba los jeans.

—Te escribiré todos los días, lo prometo.

—Quién sabe cómo estará el servicio de correo...

—Claro que habrá correo, Jack. También te enviaré paquetes con cosas para ti.

—No te preocupes por mí. Me preocupa mi madre. Me preocupas tú.

—Yo estaré bien, ella estará bien... —Se giró y miró al techo—. Somos nosotras quienes estaremos preocupadas por ti.

Puso la palma de su mano sobre su vientre, donde minutos antes él la había besado.

—Mi mamá conservó todas las cartas que le escribió mi papá cuando estuvo en Alemania. Yo voy a guardar todas las que me escribas.

Hasta que Becky lo mencionó, había olvidado que su padre participó en la Segunda Guerra Mundial. Murió cuando ella tenía cinco años, de un cáncer de estómago, y su madre volvió a casarse unos años después. Cuando empezaron a salir juntos, Becky le enseñó una fotografía de su padre vestido con el uniforme de la Fuerza Aérea. «Tengo muy pocos recuerdos de él», le había confesado cuando le mostró la foto. «Pero de alguna manera sigue siendo mi héroe. Solo me hubiera gustado haber tenido la oportunidad de conocerlo mejor».

Jack le agradecía que no hablara de sus sentimientos antibélicos en estos últimos momentos, cuando supo que lo habían reclutado. Muchos jóvenes universitarios participaban en marchas de protesta. No le hubiera gustado nada pasar sus últimos días peleando con ella sobre si Estados Unidos debería o no entrar a la guerra. La amaba más por no hacerlo sentir peor de lo que ya se sentía por partir.

Ya estaba completamente vestido. Se fajó la camisa, respiró profundo, miró la desnudez de ella una última vez, tratando de grabarla en su memoria.

—Jack... prométeme que volverás entero. —Se puso

de rodillas sobre la cama y extendió los brazos, invitándolo a que se acercara; lo abrazó por el cuello y le dio un último beso.

Nueve meses después, cuando estaba en la jungla al este de la Ruta Ho Chi Minh, observaba las bolsas cerradas que contenían a todos los cadáveres y pensaba cuántos de ellos habían hecho lo mismo que él hizo. Apostaba que todos y cada uno de esos hombres habían prometido a sus madres o a sus novias que regresarían en una sola pieza.

Pasó ocho semanas de entrenamiento básico en Parris Island; luego ocho más de capacitación de infantería en el Campo Lejeune, antes de que le dieran su primer permiso para ir a casa. Puesto que se necesitaba gente en el cuerpo de marines, alguien en algún escritorio tomó la decisión ejecutiva de hacerlo parte de este prestigioso grupo, en lugar de que se uniera al resto de los reclutados en el ejército.

El entrenamiento le quitó a golpes lo que aún conservaba de infancia. Aprendió a acatar órdenes, a ser castigado, a comer alimentos sin sabor. Había crecido en un hogar sin padre ni hermanos y ahora aprendía a vivir y dormir en la compañía constante de hombres.

Agradecía que su complexión delgada lo hubiera salvado de las duras críticas del sargento, quien atormentaba a quienes tenían unos kilos de más. Y si bien no estaba exento de que lo llamaran «pájaro de mierda», uno de los insultos favoritos de uno de los instructores de prácticas para cualquiera que no cumpliera bien una orden, Jack era uno de los pocos reclutas que podía terminar una carrera de doce horas cargando un rifle, con cuatro cantimploras llenas de agua, casco y una mochila pesada.

Cuando no ejecutaba las órdenes cerradas de infantería, hacía entrenamiento físico o tomaba clases de tiro, pensaba en Becky. Ella cumplió su promesa y le

escribía casi todos los días. En sus cartas siempre usaba papelería bonita, a veces papel naranja, otras rosa cereza. Cuando las leía, intentaba imaginar su voz en las palabras. «Querido Jack», siempre empezaba así con su gran caligrafía redonda. Se despedía con amor y besos, y decoraba el espacio sobrante de la página con corazones.

Durante las dos semanas de permiso para ir a casa después de la capacitación de infantería en el Campo Lejeune, pasaron juntos el mayor tiempo posible. Condujeron a Atlantic City con la radio a todo volumen; Becky se soltó la cola de caballo y dejó que su cabello se azotara libre en el viento. Jack despilfarró en cenas con langosta para ambos; cubrió por completo la papa al horno con crema y mantequilla y se comió todos los dientes de elote de la mazorca. Todo era intenso para él. El olor del perfume de Becky, el destello de luz en sus ojos cuando echaba la cabeza hacia atrás y reía.

Después de la cena, bajo la luz suave y difusa del crepúsculo, caminaron por el muelle tomados de la mano. El olor del Atlántico impregnaba el olfato de Jack y el aire del agua marina lo hacía sentir vivo. Le alegraba que el Cuerpo de Infantería ya no obligara a los soldados a andar en uniforme cuando estaban de permiso. Habían ocurrido demasiados incidentes con activistas por la paz que atacaban a hombres en uniforme. Así que Jack llevaba una camisa de franela suave y su par de jeans favoritos, feliz de volver a su aspecto familiar. Encontraron una cabina de fotos instantáneas. Ella hizo gestos divertidos y le plantó un beso en el rostro. Su favorita era una foto de ella de perfil, con los ojos cerrados y los labios firmemente presionados contra su mejilla.

La mañana siguiente volvieron a Allentown para que él pudiera pasar tiempo con su madre. Durante los meses que estuvo fuera, su madre envejeció mucho.

Avanzó hacia Jack y lo envolvió en sus brazos.

—Mi querido niño... —Suspiró y alzó la vista hacia

él. Llevaba el cabello rubio corto y sedoso peinado de lado, sus ojos azules estaban vidriosos por la emoción—. Ahora pareces un hombre. —Tocó su mejilla con la mano.

—Ah, ma... —respondió y le dio un beso en la cabeza.

—Te vas a quedar aquí el resto de los días que tienes libres, ¿cierto? Le dije a Joe que no volvería al trabajo hasta que te fueras al Campo Pendleton.

—No tenías que hacer eso, ma —dijo y la abrazó con fuerza.

—No he tomado vacaciones en años —bromeó—. Creo que me merezco un poco más de tiempo con mi hijo.

Se quedó con ella; vieron televisión juntos, todos los programas que a ella le gustaban como *Mi familia*, de Carol Burnett. Le encantaba Kentucky Fried Chicken y el puré de papa, así que compraban una cubeta completa y se comían los restos fríos al día siguiente.

Por la noche, cuando su madre se quedaba dormida en el enorme y cómodo sillón con el sonido de la televisión aún al fondo, Jack vaciaba el cenicero lleno de cigarros y le tapaba las piernas con una vieja cobija tejida; luego salía en silencio de la casa. La luna iluminaba el cielo mientras manejaba al pequeño departamento de Becky, donde la encontraba dormida con un libro abierto sobre la almohada. Se aflojaba el cinturón, se quitaba los jeans y se acostaba a su lado, acurrucando su cuerpo contra el de ella.

El dulce recuerdo de estar entre los brazos de Becky sería de esa última vez que estuvo con ella. Después de su permiso del Campo Lejeune, pasó ocho semanas en Pendleton, donde literalmente tuvo que morder el polvo y templarse física y emocionalmente para lo que estaba por venir. Después del segundo mes ahí, recibió órdenes de

unirse a la División de Infantería de Marina en Vietnam, y una semana después partió con varios cientos de hombres a Đà Nẵng.

Durante sus primeros días en Vietnam, Jack avanzó hacia el norte en un camión verde de transporte abarrotado con los miembros de su nuevo pelotón. A su lado estaba un soldado tímido llamado Stanley Coates. Tenía la cabeza inclinada hacia su regazo, el rifle sujeto entre sus rodillas. Jack no lo había advertido en el campo de entrenamiento, pero esa mañana, después de que el joven sacó una pequeña Biblia forrada de piel, a Jack le sorprendió su inocencia. Miró a Stanley en silencio, casi asombrado, mientras el chico murmuraba un salmo; sus labios se movían conforme seguía las palabras impresas con el dedo índice.

Stanley se destacaba entre las conversaciones vulgares y las condiciones selváticas. Tenía grandes ojos azules que sobresalían un poco y le daban un aspecto de estar en perpetuo estado de asombro.

—¿De dónde eres? —preguntó Jack mientras el vehículo avanzaba a trompicones por la carretera 1.

—Apuesto a que nunca has escuchado hablar de ese lugar... —Stanley sonrió—. Bell Buckle, Tennessee.

Jack sujetó su rifle entre las manos y sonrió.

—Hombre, tienes razón. Nunca había oído ese nombre. —Jack miró a Stanley por el rabillo del ojo. Era alto y desgarbado, casi no tenía músculo sobre los huesos; tan blanco que su piel parecía leche—. No parece que tengas edad suficiente para estar en preparatoria.

La risa de Stanley fue suave y baja.

—Eso mismo decían todos en Pendleton. Aunque no es cierto; me alisté tres días después de cumplir diecisiete.

Los hombres en el camión iban hombro con hombro; el calor era tan agobiante que el sudor caía por sus mejillas, como si lloraran. Stanley echó los hombros hacia adelante para dejar un poco de espacio entre él y los otros.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Stanley, titubeando.

—Claro —respondió Jack encogiéndose de hombros.

—¿Rezas? —En su mirada había esperanza y una inocencia dolorosa, como si buscara a un amigo en el cual apoyarse en este entorno nuevo y extraño—. En Pendleton me di cuenta de que eras el único que no hablaba mal de las mujeres.

—No —murmuró Jack—. Yo no hago eso.

Stanley permaneció callado. Cuando volteó a ver a Jack, un rayo de sol cayó sobre el camión por un momento y lo iluminó de forma extraña.

—Mi papá es pastor bautista. No quería que viniera a la guerra, pero yo quise demostrarle que ya no soy un bebé. —Se mordió el labio inferior—. Pensé que alistarme era la mejor manera de probarle que ya era un hombre.

Jack enarcó una ceja.

—¿Tenías que venir hasta Vietnam para eso? ¿No podías solo cazar un ciervo y llevarlo a casa para la cena o algo así?

Jack trató de recordar unos años antes, cuando cumplió diecisiete años; fue la noche cuando a Becky la coronaron reina del baile de bienvenida, y Jack y ella hicieron el amor por primera vez en el coche de su madre.

Stanley se encogió de hombros.

—No sé, quizá... Pero ya estoy aquí, ¿no? —Alzó su mano pálida para ajustarse el casco—. No hay que mirar atrás, eso es lo que dicen...

Jack lo escuchaba a medias; estaba distraído por el paisaje que se desplegaba frente a él: pueblos de paja, espesos árboles tropicales y búfalos de agua enganchados a carretas.

—¿Sabes? Nunca me he tomado una cerveza —agregó Stanley, aunque para este momento a Jack le parecía que el chico hablaba para sí mismo.

—¿Oyeron eso? —interrumpió uno de los otros

hombres, golpeando la palma de la mano sobre el asiento —. ¡El jodido Stanley nunca se ha tomado una cerveza!

Todos en el camión empezaron a reír; todos menos Jack, a quien eso no le parecía nada gracioso.

El casco de acero. El chaleco antibalas. Las pesadas botas. Las cuatro cantimploras y cinco granadas. La cartuchera con balas y su básico rifle M-16. Todo pesaba. Pero nada era tan incómodo como la radio PRC-25 de once kilos y medio que llevaba en su espalda. Cada pelotón contaba con un operador de transmisiones de radio cuya responsabilidad había recaído en Jack. Cabo segundo Jack Grady, de Allentown, Pennsylvania; 1.87 metros de estatura, cabello castaño oscuro y rostro de estrella de cine. Ojos azul claro que brillaban cuando reía. «Hollywood» fue el apodo que sus compañeros le pusieron desde el principio y que luego se le quedó.

No pedía ayuda para cargar la radio, aunque el paquete era pesado y el calor diabólico. Tampoco les contaba a sus compañeros que llevaba la última carta de su novia sujeta al interior del casco. La fotografía de Atlantic City también estaba allí dentro, ahora arrugada y descolorida por el sudor.

Algunos días la temperatura superaba los 38 ºC y el pelotón se desplomaba en el suelo para quitarse el equipo empapado de sudor. Sus pies estaban acalorados dentro de las botas, empapados por caminar en los campos de arroz. La putrefacción de la jungla carcomía su piel y el teniente les ordenaba que, cuando tomaran un descanso, se quitaran las botas, exprimieran los calcetines y se secaran los pies al aire.

Su escuadrón estaba conformado por catorce hombres y tres escuadras militares que, cuando salían a patrullar, caminaban en fila india. Él estaba protegido por

algunos hombres que caminaban delante; estos eran quienes debían cortar la jungla para abrirse paso, en ocasiones con un machete y otras con un cuchillo estándar. Ser uno de los dos primeros en la fila no era un puesto muy codiciado; el primer hombre se arriesgaba a ser el primero en caer en una trampa o pisar una mina antipersona; y era muy probable que el segundo también muriera por la explosión. Pero Jack estaba en medio, protegido por cinco o seis hombres frente a él. Caminaba detrás del teniente segundo, el comandante de su pelotón, Franklin L. Bates. En todo momento, Jack debía guardar la distancia de un brazo con Bates, en caso de que necesitara comunicarse con la base para solicitar un ataque de artillería o evacuación médica.

Cuando al teniente Bates necesitaba usar la radio, Jack se la quitaba de la espalda y le daba el auricular. Cargaba esa radio solo para él.

Cuando el pelotón estaba en marcha, en ocasiones escuchaba música en su cabeza. A veces fingía que la radio que llevaba a espaldas tocaría a Jimi Hendrix, a Los Doors, a Los Rolling Stones, Los Kinks, The Who; que era un tocadiscos que exhortaba a los hombres a cantar, no a hacer la guerra.

Finalmente se la quitó, tomó el auricular, llamó y Bates dio sus coordenadas. Esperaron instrucciones, rezando por no salir volando en pedazos mientras aguardaban. A su alrededor, los animales pululaban en la jungla para agredirlos: mosquitos y sanguijuelas. El enemigo se ocultaba bajo la maleza.

Su sueño era irregular, nunca profundo. Escuchaba al enemigo por todas partes.

Cargaba la radio como si fuera un salvavidas. Aprendió a desplazarse sobre el lodo y a pasarle el

auricular a su comandante. Mantenía la radio prendida incluso en las trincheras, era su responsabilidad; era lo único que tenían para pedir ayuda, para solicitar refuerzos o un tiroteo que los cubriera, para pedir que recuperaran a los lesionados y los muertos.

De inmediato, se dio cuenta de que la vida no era lo más valioso, sino lo que llevaba sujeto a la espalda. Sin eso, todos estaban perdidos.

Capítulo 15

El día de su huida, Linh intentó que para Bảo pareciera como cualquier otro día. La leña estaba apilada fuera de la casa, las jarras de agua, llenas. Su esposo, nervioso por no llamar la atención hacia él y su familia, fue al trabajo y le puso el arnés a la mula desnutrida del pueblo para empezar a arar.

Dentro de la pretina de sus pantalones, Linh cosió un bolsillo especial para ocultar el dinero que necesitarían para los sobornos. Le pagaron todo lo que tenían al último contrabandista que les prometió sacarlos de Vietnam. Otros dos pescadores le habían prometido a Linh que sacarían a los cuatro. Cada uno de ellos había tomado el primer pago, pero nunca volvieron por el segundo. En esta ocasión era diferente, puesto que por primera vez Linh había hecho el segundo de tres pagos; el último lo haría el día de su partida.

Dos semanas antes de marcharse, Linh y Chung se dieron cuenta de que no tenían dinero suficiente para el pago final. Seguían calculando el monto que les faltaba; debatiéndose para conseguir los fondos que necesitaban. Era tarde por la noche cuando la pareja se encontró mirando sus manos.

Sus anillos de bodas de oro brillaban en sus dedos. Eran lo más sagrado para ellos, ya que creían que las alianzas eran un símbolo de su matrimonio y de su amor.

Pensar en venderlos les provocaba mucha angustia a ambos.

—Los reemplazaremos tan pronto como podamos —prometió Chung.

Se quitó el anillo y se lo dio a su esposa. Linh lo sostuvo en la palma de la mano y cerró los dedos en un puño alrededor del aro de oro. La última vez que lo había sostenido así fue el día de su boda, cuando ella y Chung intercambiaron votos para unirse uno a otro por la eternidad.

—Si los vendemos, nos traerá mala suerte —murmuró.

—No podemos quedarnos —le recordó Chung.

—Pero, ¿siquiera será suficiente?

Chung hizo un rápido cálculo mental.

—Creo que quizá tendremos que pedirle a Anh que también venda el suyo.

—No, no podemos —respondió sacudiendo la cabeza —. Ya ha perdido demasiado.

Chung no contestó al principio; luego, su rostro adquirió una expresión resuelta.

—Yo se lo pediré.

A la mañana siguiente, Linh despertó temprano; se vistió con su *áo bà ba* tradicional, la larga túnica blanca con pantalones holgados. Se cepilló el largo cabello negro y se puso el sombrero cónico para cubrir sus ojos. En la mano izquierda llevaba aún el anillo de bodas, en una pequeña bolsa de seda llevaba el de su marido, así como el anillo que Anh le dio, estoica.

Tres horas después, regresó a casa con el dinero que necesitaban para la travesía, pero le partía el corazón ver su dedo desnudo; pensar que los dedos de Chung y de Anh también estaban desnudos.

Cuando Chung se marchó, las hermanas trabajaban con rapidez; Bảo obedeció las instrucciones de su madre y se vistió con otra capa de ropa debajo de la camisa de algodón y los pantalones. Esta vez, su madre no protestó cuando él tomó un poco de comida que ella había dejado en la cocina y la puso en un plato para Bibo.

—Nos vemos pronto —le dijo al perro al tiempo que besó su oreja peluda y acarició con ternura su pelaje café con manchas. Pensaba que solo harían un viaje y que volverían en unos días.

Anh empacó una cacerola, tres limones, una caja de azúcar y algunos triángulos de arroz prensado envueltos en hojas y cubiertos con un pañuelo atado. Linh llevaba un termo de agua, un poco de queroseno y más comida. Caminaban despacio por los senderos de tierra y áreas boscosas.

—Mamá, ¿ya vamos a llegar? —preguntó Bảo a las dos horas de haber emprendido el camino.

—Sí —respondió Linh—. Ya casi llegamos.

Pero no era del todo cierto. Siguieron caminando durante una hora más. Justo cuando Bảo creyó que no podría dar otro paso, su madre señaló una pequeña cabaña.

—Es ahí —indicó.

La casa era larga y estrecha, con piso de tierra y paredes de metal corrugado. En la parte trasera, una niña pequeña con un vestido amarillo roto estaba secando hojas de plátano.

Linh le dijo a Bảo que fuera a ayudar a la niña.

—Haz una nueva amiga —lo animó.

Un hombre salió de la casa y con un gesto de la mano indicó a Linh y a Anh que entraran.

En el oscuro y húmedo interior, Linh sacó una lata de las cosas que había empacado. La abrió y vertió un poco de café. Entre los granos oscuros aparecieron dos pequeñas barras de oro. Sacó otra lata y surgieron otras

dos barras brillantes. El hombre las tomó y les sacudió el café frotándolas contra su pantalón.

Anh se disculpó y salió de la cabaña. Escuchó a la niña que acribillaba a Bảo a preguntas. Parecía menor que él; su cabello era largo y estaba enredado; su rostro estaba manchado de tierra.

—Me llamo Mai —dijo—. ¿Estás aquí para ver a mi padre? —preguntó—. La gente viene y le trae oro.

Anh guardó silencio mientras Linh le explicaba a Bảo que las dos se irían y que lo verían más tarde, cuando oscureciera.

—Tu padre nos alcanzará ahí también. Es muy peligroso para todos viajar juntos, así que tenemos que llegar por separado.

Observó cómo Linh se puso en cuclillas para besarlo en la cabeza.

—Esa niñita que está al fondo es la hija del hombre que está organizando nuestro viaje especial —murmuró—. Su padre es amigo del capitán. Ella sabe a dónde llegará el barco.

Bảo extendió la mano para tocar a su madre; la imagen de los dedos que buscaban la mejilla de Linh estrujó el corazón de Anh. Su hermana estaba de rodillas, con los brazos extendidos hacia él. Su cabello negro estaba sujeto hacia atrás y la luz se reflejaba en sus ojos.

—Quiero ir contigo... —le rogó—. No quiero quedarme aquí solo.

Linh hizo un esfuerzo por no llorar.

—Lo sé, *bé tí*, lo sé. —Intentó tranquilizarlo, hacerlo sentir seguro, como siempre lo había hecho. Metió la mano en una de las canastas que llevaba colgadas de un palo y le ofreció un mango—. Todo estará bien —dijo extendiéndolo hacia él y tratando de sonreír entre las

lágrimas.

Anh dio media vuelta. Durante años había creído en las promesas de su hermana, pero ahora no podía evitar sentirse insegura. Sin embargo, al escuchar las palabras de Linh a su hijo, supo que eran verdad.

—Bảo, sabes que tu mamá siempre aparta la fruta más dulce para ti.

Anh y Linh caminaron fatigosamente por el bosque sin intercambiar una sola palabra. Conocían el plan, lo habían repasado durante semanas en su mente. Ahora, cada paso debía ser certero y rezaban por no toparse con algún imprevisto que pudiera arruinar su huida.

El mayor riesgo era dejar a Bảo solo con el pescador y su hija. Anh sabía que Linh debía aceptar esta parte de su escape; su cuñado había dejado muy claro que todos debían llegar por separado para evitar sospechas.

Pero era una solicitud tiránica. Su hermana debía confiar en un perfecto desconocido y esperar que cumpliera su parte del soborno: llevar a Bảo al lugar desde donde zarparía el bote.

Anh se acercó a su hermana y dejó que el atado con sus pocas pertenencias se deslizara sobre sus hombros.

—Estará ahí esperándonos —prometió.

Extendió la mano para apretar los dedos de Linh.

Toda su vida había sido su hermana quien la tranquilizaba, pero ahora los papeles se invertían. Linh volteaba a verla; el blanco de sus ojos brillaba contra la oscuridad del cielo. Tomó la mano de Anh en la suya. Pero no dijo nada; por primera vez desde que Anh tenía memoria, su hermana se quedaba sin palabras.

Capítulo 16

Cuando cayó la noche, el pescador le dijo a su hija, Mai, que se llevara al niñito adonde pescaban a la puesta de sol.

Bảo seguía la niña. Su vestido amarillo era como una linterna bajo el cielo del atardecer.

Conforme se acercaron a la costa, advirtieron algunos pequeños barcos pesqueros, pero Bảo no veía ni a su madre ni a su padre.

—¿Ese es nuestro bote? —le preguntó a Mai, señalando las pequeñas embarcaciones de madera que flotaban en las aguas oscuras.

—No —respondió y lanzó una risita como si aún fuera un juego.

—¿Ese es nuestro bote? —volvió a preguntar, indicando otro que parecía vacío y estaba amarrado más cerca de la costa.

—No —respondió de nuevo.

El miedo lo atenazaba. Ni su madre ni su padre ni Anh estaban aquí para reunirse con él, y se preguntaba si el padre de Mai había engañado a los suyos de alguna manera, si tomaría el oro y los separaría de él en esta estafa.

—¿Dónde está tu padre? —La voz de Bảo era ahora una súplica—. Prometió ayudar a mis padres.

El rostro de la niña brillaba bajo la luz de la luna, sus

ojos grandes y su mirada vacía.

—No sé —dijo—. ¿Dónde está el tuyo?

Bảo no tuvo respuesta. La última vez que había visto a su padre, él salía de la casa al amanecer, cargando un palo sobre los hombros, con dos canastas en cada extremo. «Vamos a hacer un viaje», le había dicho Chung. Pero seguía sin entender por qué lo habían dejado solo.

Era de noche y el aire comenzaba a enfriar. Aunque tuviera dos capas de ropa sobre el cuerpo, no tenía una cobija que lo calentara; Bảo se acurrucó hasta hacerse un ovillo y cerró los ojos. Mai se fue. Tenía hambre e imaginó que tenía un tazón de arroz en las manos, contaba cada grano para que las horas pasaran más rápido. Se dijo que cuando amaneciera convencería a la hija del capitán para que lo llevara de regreso a la cabaña.

Si su madre no llegaba como prometió, debería pensar en otro plan para poder reunirse con ellos.

Una hora después, escuchó el crujido de la hierba y Bảo vio que su madre caminaba hacia él. Se abalanzó sobre ella y la abrazó. Ella lo envolvió entre sus brazos, su calor lo cobijó como una manta. Bảo empezó a llorar, incapaz de reprimir la emoción que tanto había luchado por controlar.

—Pensé que no vendrías —murmuró entre lágrimas.

Ella lo abrazó con más fuerza.

—Nada podría separarme de ti, *bé tí*.

Minutos después su tía salió del bosque; siguiendo las huellas de Linh, caminaba hacia ellos.

A su alrededor, los mosquitos zumbaban y picaban. Ya estaban los tres reunidos y esperaban helados.

Muy pronto, otros dos adultos aparecieron. Al igual que Linh, cargaban provisiones envueltas en telas. Una persona sujetaba contra su pecho una estatua tallada de la Virgen María, la otra cargaba queroseno.

Todos se agachaban lo más que podían; miraban hacia el agua, esperaban una señal que indicara que su

bote estaba cerca.

Chung llegó al fin. Bảo vio que su padre se acercaba por las hierbas altas; el palo cargado con las canastas llenas se balanceaba sobre su espalda. Sus ojos brillaban y parpadeaban en la oscuridad.

Su madre no se movió, pero Bảo pudo sentir su alivio. Ella lo miraba y colocaba un dedo sobre su boca, pero sus labios dibujaban una sonrisa. Metió la mano a su blusa y sacó un pañuelo amarillo, que levantó en el aire como si fuera una pequeña bandera. Su padre dejó el palo entre la hierba alta y avanzó hacia ellos. Anh estaba unos pasos más atrás.

Desde un bote, una luz brillaba como la de un faro y luego desapareció en la oscuridad de la noche. Era la señal que esperaban. Poco a poco, avanzaron en el río hacia el pequeño barco pesquero; caminaron hasta que el agua les llegó a la cintura. Linh y Chung levantaron los hatillos de comida sobre su cabeza. Bảo permaneció al lado de su madre, sujetando su pantalón. Ninguno de ellos sabía nadar y nunca antes se habían sumergido tanto en el agua.

Todos hicieron un esfuerzo por subirse al bote. La persona que llevaba la estatua de la Virgen María empujaba hacia adelante. El único pescador, con la luz sujeta a su cabeza, los jaló uno por uno al interior del barco y les dijo que habían traído muchas cosas.

El barco se balanceaba de arriba abajo, el agua lamía el borde de madera.

Levantaron a Bảo, luego a Linh y a Anh. Los hombres fueron los últimos. Se acuclillaron uno junto a otro, hombro con hombro, muy pegados para poder ocupar el menor espacio posible.

Chung pasó el brazo alrededor de su hijo. Entre sus rodillas protegía lo que llevaban para el viaje. El rostro de Linh se iluminó bajo la luz de la luna y Anh observaba a la familia de su hermana con nostalgia.

Su dolor era abrumador. Volteó hacia la franja de

tierra, hacia el país que había conocido toda su vida y el suelo en el que su marido estaba enterrado, el altar ancestral al que dedicó sus plegarias para él y su bebé. Miraba su dedo despojado del anillo y luego volteaba a ver las manos de su hermana y de Chung. Rezaba por que, al venderlos, no hubieran atraído la mala suerte.

Su cuñado mantenía a Bảo a su lado.

—¿Estados Unidos está lejos? —preguntó su sobrino en voz baja.

Chung negó con la cabeza. Como todos los demás, creía que Estados Unidos estaba a tan solo unos días en barco. El otro lado del mundo estaba justo a la vuelta de la esquina.

El capitán tomó una gran lona y la arrojó sobre ellos, para que nadie pudiera ver que llevaba un cargamento de humanos.

—Esto es solo hasta que nos alejemos de la costa, lejos de las patrullas —murmuró Chung al oído de Bảo.

Debajo de la lona, amontonados unos contra otros, les costaba trabajo respirar. Tenían la cabeza agachada contra las rodillas; el olor de los cuerpos y la comida era sofocante. El pequeño motor en la popa rugía con suavidad cuando el capitán se dirigió a las aguas profundas y la línea de la costa desaparecía en la distancia.

Horas después, cuando ya habían quitado la lona y la mayoría de los pasajeros dormían, las olas se hicieron más grandes conforme se acercaban a la desembocadura del Mar de China. Los despertó el balanceo del bote que se mecía de un lado a otro; el agua salpicaba los costados de madera de la embarcación y entraba por encima del casco.

Una de las mujeres colocó la estatua de la Virgen María al frente del bote, en un esfuerzo por que la

poderosa santidad en la que ella creía les trajera suerte y los condujera con seguridad. Pero las olas se intensificaban y la gente entraba en pánico, tratando de sacar el agua del bote. El capitán le indicó a la mujer que volviera a sentarse.

—¡Te voy a arrojar por la borda! —le gritó el capitán, pero ella permanecía en donde estaba, sosteniendo la estatua, mientras el viento le azotaba cabello y el agua se estrellaba contra la proa.

—¡Siéntate! —vociferó otro hombre desde la popa.

Por último, uno de los hombres se puso de pie y se abalanzó sobre ella, tratando de quitarle la estatua que, según él, era la razón por la que el barco se balanceaba. Pero sus propios movimientos no hacían más que aumentar la inestabilidad de la embarcación; cuando echaba mano de la estatua, el bote se inclinaba hacia un costado.

Anh salió volando a estribor y cayó de lado entre dos hombres, en tanto que Bảo, Linh y Chung cayeron al agua helada. Al escuchar los gritos de ayuda de su hijo, Chung empezó a patalear y a mover los brazos instintivamente para encontrarlo en las aguas oscuras. Sujetó a Bảo y lo jaló hasta el borde del bote; toda su concentración estaba en llevarlo a un lugar seguro. El agua helada le llegó a la barbilla.

Pero Bảo seguía aferrado a su brazo.

—Suéltame, tengo que ir por tu madre —le gritó su padre. Pero Bảo se negó. Sus dedos se clavaban en la piel resbalosa de Chung—. Tienes que soltarme —le rogó una vez más a su hijo.

En ese momento, Chung le mordió la muñeca, como un animal decidido a liberarse. Regresó a las profundidades, en busca de Linh; pero el agua los engulló a ambos en la noche.

PARTE II

Capítulo 17

Grace sale de la casa generalicia con la promesa a la hermana Mary Alice de ir al menos dos veces a la semana para ayudar a Bảo y a otros niños a leer. Puede hacerlo fácilmente, sin descuidar sus obligaciones domésticas.

Era su oportunidad de retribuir de manera significativa. Pero también sabía que al ver la labor de las hermanas despertó algo en ella, la incitó a hacer algo más que su monótona vida que consistía en cocinar, limpiar y conducir.

En el ático había guardado muchos viejos libros ilustrados de Katie y Molly; y Grace sabía que si hacía unas cuantas llamadas a la gente de su barrio podría llenar el Pontiac con cajas de viejos libros y juguetes.

Esa tarde estaba ansiosa por compartir las buenas noticias con las niñas cuando regresaran a casa de la escuela, pero le afligió que Katie no mostrara ningún interés en los nuevos empeños de voluntariado de su madre, y Molly parecía estar más concentrada en saber cómo se las arreglaban las monjas para dar asilo a hombres dentro de la casa generalicia.

—No comparten las habitaciones con las monjas,

querida. Todas las familias viven en un edificio separado.

—Ah —exclamó Molly como si estuviera decepcionada.

—¿Puedes hacerme un favor y bajar del ático las cajas de sus viejos libros ilustrados? Tú también, Katie.

Katie tenía medio cuerpo dentro del refrigerador y sacaba un budín Jello; ni siquiera se molestó en responderle a Grace.

Grace sintió que se le estrujaba el corazón. Nadie le había dicho que sería tan difícil criar a una adolescente. Todos los días se preguntaba cómo se comportaría Katie cuando regresara a casa; sus cambios de humor casi siempre daban rienda suelta en Grace. La niñita que acostumbraba salir corriendo del autobús escolar de primaria hasta los brazos de su madre había desaparecido hacía mucho y se había transformado en una joven taciturna y sarcástica. Grace extrañaba a la antigua Katie.

—Necesito que ayudes a tu hermana con los libros, Katherine. Esas cajas están pesadas.

Katie lamió el chocolate de su cuchara.

—En un segundo, mamá. Tengo que relajarme, acabo de llegar.

—Bien, pero cuando acabes de comer...

Katie puso los ojos en blanco.

—Okey, pero primero tengo que llamar a Amy para preguntarle por la tarea de Historia, y a Maggie para...

Grace se mordió el labio. Su hija tenía mil excusas en la manga para evitar ayudar; y Grace pensaba que una sola ya era demasiado.

Grace no se había preparado para tener a una adolescente sarcástica en casa ni un cuerpo que se había ablandado en varias partes; no estaba preparada para la rabia que sentía hervir en su interior, para la inquietud que le dificultaba

dormir.

Le parecía una suerte de broma cruel sentir que su propio atractivo se desvanecía justo cuando sus dos hijas empezaban a mostrar el suyo. Aunque Katie aún no reconocía su incipiente belleza, Grace podía verla crecer como un capullo en primavera, cada día más cerca de florecer por completo. Katie era alta y delgada, y los años de natación en el club de playa local habían hecho que sus hombros fueran robustos y sus piernas esbeltas. Con el cabello rubio sujeto en una cola de caballo, era fácil advertir los rasgos marcados similares a los de la madre de Tom, Rosie: la frente alta y pequeña, la nariz recta.

Grace tenía unas ganas apremiantes de tomar una toallita y quitarle el rímel Maybelline y el brillo labial rosa frambuesa que Katie se ponía siempre que salía con sus amigas los fines de semana. ¿No se daba cuenta de lo hermosa que era al natural? Le hubiera gustado que su hija apreciara lo afortunada que era de solo poder salir de la cama y pasarse un cepillo por el cabello.

Ahora, Grace veía su propio rostro como un experimento de ciencia cotidiana. Nunca antes tuvo bolsas debajo de los ojos, ni siquiera cuando las niñas estaban en pañales y pasaba toda la noche tratando de tranquilizarlas para que se durmieran. Sin embargo, ahora tenía unas almohaditas debajo de los ojos, y si bien trataba de animar a su hija adolescente para que aceptara el rostro que Dios le había dado, ella pasaba cada vez más tiempo en las mañanas con el corrector de ojos en la mano.

Escuchó una voz en su cabeza que le decía lo frívola que era por preocuparse tanto por su aspecto. Las mujeres en su pueblo de infancia jamás pasaban tiempo frente al espejo, escrutando cada centímetro de su rostro o su cuerpo. No tenía idea de si su madre alguna vez tuvo un lápiz de labios.

Se dijo que quizá no se ocupaba lo suficiente. Todos parecían necesitarla cada vez menos estos días. Molly ya

no era bebé y la escuela secundaria la había catapultado hacia la adolescencia, como a su hermana mayor. Era fácil hacer los cálculos: en seis años, Tom y ella tendrían una casa vacía y ella sería mucho más grande, se acercaría a los cuarenta y tantos. Su madre murió cuando apenas tenía cincuenta y cinco. A Grace esa edad no le había parecido ni vieja ni joven cuando volvió al pueblo, embarazada de Molly, para el funeral de su madre. En ese viaje, le pareció que casi todas las mujeres jóvenes del pueblo estaban embarazadas. Incluso su hermano menor, Joe, se las había arreglado para encontrar una esposa, y su cuñada la saludó con una panza grande y redonda, y una taza de té.

El viaje a su hogar de infancia había sido extraño y doloroso, a pesar de la emoción de su segundo embarazo, las heridas por nunca haber hecho las paces con su madre seguían abiertas.

—¿Cómo puedes hacernos esto, Gracie? —Su madre lloraba al teléfono cuando ella le informó de su compromiso con Tom. Luego siguió una pausa terrible que solo se llenó con el ruido de estática de la llamada de larga distancia—. Ya perdí a una hija. —La voz de su madre desgarrada por el dolor—. Ahora pierdo a dos.

Grace sabía que sus padres se molestarían cuando supieran que se casaba fuera de la Iglesia, pero conservaba el optimismo porque esperaba que cuando conocieran a Tom, ambos reconocerían que era un buen hombre.

—No me estás perdiendo —insistía—. Sigo siendo tu hija. Sigo yendo a misa. Sigo confesándome.

—¿Y tus hijos? —La voz de su madre era inconsolable—. Sin bautismo, ¿sabes dónde acabarán?

A Grace se le cerró la garganta. Se preguntaba si su madre no recordaba que ni una sola persona en el pueblo

ayudó en el funeral de Bridey, a pesar de que sus dos padres eran devotos. ¿Qué actitud tan cristiana habían tenido todos los hombres y mujeres de Glennagalt cuando ignoraron a una niña inocente? Su actitud no fue muy cristiana.

En la casa familiar compartida, la chamarra de pesca de su hermano Joe colgaba de un gancho junto a la de su padre. Dos pares de botas altas de goma estaban junto al par más pequeño de su sobrino. Enterraron a su madre junto a la pequeña tumba de Bridey, que ahora estaba desgastada por tantos años de viento y lluvias torrenciales.

La apariencia estoica de su padre durante el funeral de su madre, de pie frente a ambas lápidas, parecía mostrar que al fin se daba cuenta de que la vida, independientemente de cuántos años vivieras, al final siempre parecía demasiado corta.

Discreto, Tom permaneció al lado de Grace durante ese viaje: se aseguraba de que descansara y sus pies no se hincharan, cuidaba a la pequeña Katie y le recordaba que debía comer aunque no tuviera hambre. La bebé comenzaba a patear en el vientre, y cuando se acostaban por la noche uno al lado del otro, abrazados en la recámara del pequeño hostal, Tom le decía lo importante que era para él conocer finalmente el lugar donde Grace pasó su infancia.

—Casi puedo saborear la sal en el aire —dijo volteando hacia ella y colocando la palma de la mano sobre su vientre—. Y es tan fácil imaginarte de niña, recogiendo flores en el valle.

Ella sonrió, sentía la calidez de su tacto.

—Me alegra que estés conmigo ahora. Es muy difícil estar embarazada y enterrar a mi madre al mismo tiempo. Y papá... me mira con tanta tristeza...

Tom levantó la mano y le acarició la mejilla. En su oído sonó el tictac de su reloj de pulsera.

—Esto ha sido difícil para él, Gracie. Hoy vi el retrato de bodas de tu madre y por un segundo tuve que pensar y mirarlo dos veces: creí que estaba viendo a tu gemela.

Grace cerró los ojos.

—La gente me decía eso cuando yo era adolescente.

—Apuesto que una parte de él ve a tu madre... —Tomó su mano y apretó sus dedos—. Estás embarazada, tu futuro es nuevo y emocionante; él no tiene nada más qué esperar, Grace; ahora mira hacia el pasado. Dios mío, debe ser desconcertante.

Sabía que Tom tenía razón, así que en los pocos días que les quedaban en el pueblo, se calmó e hizo a un lado su dolor por la manera en la que sus padres, su madre en particular, habían reaccionado cuando ella y Tom anunciaron su compromiso.

Durante ese viaje, ella creyó ser testigo de cómo a su padre se le rompía el corazón, hasta que se dio cuenta de que su hija se había casado con un buen hombre.

—Cuida bien a mi Gracie —le dijo a Tom la noche antes de su partida—. Es la única niña que me queda.

Cuatro años después del funeral de su madre, volvió a Irlanda para enterrar a su padre. De alguna manera, fue más difícil enfrentar su muerte que la de su madre. De pie, bajo la lluvia, sujetaba a sus hijas en cada mano y Tom las cubría con un paraguas; cuando empezaron a bajar el féretro de su padre a la fosa, Grace se dio cuenta de que, a partir de ese momento, ya no sería la pequeña niña de nadie. Los dedos cálidos de sus hijas se movían dentro de sus manos, y los sujetó con más fuerza. En ese momento, la energía de sus niñas, la vitalidad que surgía de cada uno

de sus poros, era lo más valioso para Grace. Le habían pasado el relevo y sabía que, algún día, sus hijas serían madres, y que, si ella vivía lo suficiente, le dolerían los huesos y su piel se adelgazaría como la de cualquier otra persona.

Grace se consolaba con el último viaje a Irlanda antes de que su padre falleciera. Le agradecía a Tom que le hubiera aconsejado ser empática con su papá, que tratara de sanar las heridas entre ellos. Durante sus últimos días en Glennagalt, fue a los muelles con Joe y su padre y los ayudó a pintar el viejo bote pesquero de la familia. Lo habían puesto sobre unos bloques de cemento; su vientre de madera ya no estaba sumergido en las heladas aguas del Atlántico y lo habían lijado y pulido.

Compraron dos latas de pintura azul brillante y una más pequeña de color amarillo para los bordes. Cada uno tomó una brocha gruesa para cubrir la madera con el tono exacto que Grace había escogido para que correspondiera al cielo más azul.

—Papá quiere por fin ponerle un nombre al bote cuando terminemos de pintarlo —murmuró su hermano a su oído esa tarde.

Era algo de lo que su padre siempre se burlaba cuando eran más jóvenes. «Un barco es solo un barco», respondía siempre que le preguntaban si su esquife tenía un nombre. Ahora, después de todo este tiempo, ella supuso que el sentimentalismo le había ganado. Grace imaginaba que quizá su padre decidiría llamarlo Bridey; mostrar que el nombre de su hermana por fin podía alzarse sobre el mar después de todos estos años. O quizá le daría el nombre de su madre difunta, en honor a su silenciosa perseverancia. Pero cuando finalmente Joe le ofreció la lata de pintura y un pincel para que lo escribiera, la mano ajada de su padre escribió con cuidado cinco letras. Llamó al barco «Grace».

Capítulo 18

Katie Golden estaba cansada de su recámara, de sus muros rosa algodón de azúcar, el cubrecama con holanes y estampado vertiginoso de zarcillos y botones de rosa; estas últimas semanas, todo eso le parecía empalagoso y opresivo. Ahora, después de haber pasado dos años en preparatoria, Katie estaba impaciente por tener una habitación más sofisticada, quizá una con paredes lila y una colcha color lavanda y cojines que hicieran juego. El morado era el nuevo color de moda ese año. Hacía poco, su amiga Abigail convenció a su madre para que pintaran su habitación de color hortensia oscuro y Katie no dejaba de soñar en lo bien que se vería su cuarto si pudiera cambiarlo. Ahora le parecía dolorosamente infantil.

Su recámara no era lo único que imaginaba reinventar, también pensaba en sí misma. Se había prometido que este verano habría grandes cambios; ya había previsto acudir al club de playa y solicitar un puesto de salvavidas. Vestidos con trajes de baño rojo ambulancia, se sentaban en las sillas altas de madera desde donde vigilaban la alberca principal, con un silbato colgado al cuello y un envidiable par de lentes de sol Ray-Ban. Cuántas veces había observado con recelo a esas chicas bajar de sus torres para el receso del almuerzo y caer en los brazos expectantes de unos de sus compañeros varones; los chicos bronceados y sin camiseta que siempre

parecían gustosos de aplicar otra capa de Ban de Soleil en su espalda o llevarles una Coca-Cola fría de la cafetería. De pronto, la popularidad le parecía estar al alcance de su mano, y Katie no podía evitar sentirse entusiasmada por la espera.

Solo tenía que asegurarse de que el último proyecto de compasión de su madre no mermara el ascenso social que había planeado con tanto cuidado para este verano.

Sin duda, Katie estaba cansada de la incesante necesidad de sus padres de probar lo buenos y abnegados que eran. Su madre acababa de encontrar a un huérfano vietnamita en la calle, y en cuestión de segundos, después de ver al niño perdido en la cocina, Katie supo que su madre tomaría al pobre y lastimado pajarito bajo su ala.

Todo era parte de un molesto patrón. ¿Cuántas veces había escuchado a su madre contar la historia de cuando vio a su padre con la pierna lesionada en el baile irlandés, y enamorarse de él a pesar de sus antecedentes tan disímiles? ¿Qué otro milagro estaría tramando su madre? ¿Les preguntaría a las monjas si podía llevar a Bảo a su casa para que viviera con ellos? ¿Su madre no se daba cuenta de que su padre ya se había ganado el premio cuando conoció a ese veterano lesionado de Vietnam, a quien le faltaba la mitad del rostro, en la residencia geriátrica donde el abuelo Harry pasó sus últimos días?

A Katie le había tomado cinco años, dos de los cuales fueron los más difíciles de secundaria, para superar que la ridiculizaran en la escuela por la relación que su padre tenía con *el monstruo de un solo ojo*, como la mayoría de sus compañeros llamaban a Jack.

Muy pocas veces Jack salía del aislamiento de su departamento o de la seguridad de la tienda, y cuando se aventuraba al exterior, siempre llevaba una sudadera con capucha para cubrir su rostro desfigurado de la vista de todos. Con los hombros caídos, las puntas de sus botas de trabajo sobresaliendo de sus jeans raídos, avanzaba sobre

la banqueta con su perro siempre a su lado. Se sabía que compraba una rebanada de pizza en Nino's (Scottie Demarco dijo en la mesa de la cafetería que al monstruo de un ojo le gustaba la cerveza de raíz con su pizza) o que compraba alimentos en el supermercado Kepler (según Daisy Ludlum, al *monstruo de un ojo* le gustaban las galletas Ritz, la gelatina de uva Welch y los macarrones con queso Kraft). Los gemelos Gallo, cuyos padres eran dueños de la lavandería, compartían con gran placer, como si tuvieran los chismes más jugosos, que Jack llegaba con su bolsa de ropa sucia cada quince días, en domingo, y siempre dos horas antes de que cerraran. Lucy Crowley, la sabelotodo de la escuela, decía que Jack nunca esperaba mientras su ropa estaba en la lavadora o en la secadora; como relojito, regresaba justo cuando la máquina se apagaba.

Así, desde que Jack llegó a vivir arriba de la tienda del padre de Katie, se estableció que sus movimientos por el pueblo serían restringidos, aunque predecibles. Sin embargo, para los niños de Bellegrove llegó a tener un aura casi mística. Su perro también era parte del mito. Pero lo que Katie no compartía con nadie en la mesa de la cafetería era que sabía que Jack sacaba a Hendrix a caminar todas las noches, tarde; a veces tan tarde que casi era de madrugada. Después de que hacía todas las reparaciones, enganchaba la correa de Hendrix a su collar rojo de piel y sacaba al perro a dar un largo paseo, no por las calles vacías de la ciudad, sino por los senderos serpenteantes que la rodeaban. Se enteró de esa pequeña anécdota una noche, durante la cena, y esa fue la imagen que se le quedó de Jack, su pieza privada del rompecabezas que nunca compartía con nadie en la cafetería, aunque eso la hubiera hecho popular.

Una vez al mes, desde que su padre lo llevó a Bellegrove, Grace había invitado a Jack a cenar con ellos el domingo. Jack siempre llevaba a Hendrix con él. Por lo

menos el perro era una distracción bienvenida, puesto que al principio fue difícil no mirar fijamente las cicatrices de Jack durante la cena. Le daba envidia que su hermana pequeña parecía no sentirse incómoda con las lesiones de ese hombre. Molly platicaba como si no hubiera nada inusual en el rostro de Jack. Su padre les había comentado que Jack trabajó como conserje nocturno en una escuela primaria en Foxton, a dos pueblos de distancia, después de que se recuperó de varias cirugías dolorosas e injertos de piel para reparar su rostro, y Molly no dejaba de hacerle preguntas sobre cuál era la cosa más asquerosa que había tenido que limpiar en la escuela.

Molly condimentaba la conversación con joyas verbales del tipo: «¿No te daba asco limpiar las porquerías de los niños, como vómito y esas cosas?».

Jack, quien difícilmente decía una palabra cuando se sentaba a la cena, visiblemente incómodo por estar en un entorno familiar tan íntimo, consideraba que las preguntas de Molly eran divertidas, para alivio de todos los que estaban sentados a la mesa.

Katie advirtió que, cuando reía, la mitad de su rostro se suavizaba con esa expresión, en tanto que la otra mitad permanecía tensa, incapaz de movimiento. Sabía que no debía mirarlo fijamente, pero no podía evitar aprovechar toda oportunidad para mirar su cara cuando él estaba distraído, comiendo.

No fue sino hasta casi un año después, cuando Jack estaba instalado en su rutina en Bellegrove, que se tocó el tema de sus caminatas nocturnas.

—¿Te gusta Bellegrove? —preguntó Molly al tiempo que metía en su boca una cucharada de chícharos—. Es decir... ¿te gusta más que el lugar donde creciste?

Jack se quedó pensativo.

—Bueno, es diferente... Claro, antes no era la misma persona.

Grace le lanzó una mirada severa a Molly, como si la

conminara a que no hiciera más preguntas. Pero Jack parecía tomar muy en serio la curiosidad de la niña.

—Apuesto que lo mejor de Bellegrove es algo que no conoces, Molly.

—¿Qué? —preguntó Molly.

—Bueno, primero que nada, es más hermoso después de medianoche, cuando la luna ilumina todo el cielo. Me gustan los sonidos de la noche, y a Hendrix también. —Bajó el brazo para darle unas palmaditas al perro—. Es tan tranquilo que puedes escuchar el viento que acaricia los árboles; y hay un pequeño sendero detrás del estacionamiento del centro comercial que lleva hasta la presa del pueblo. Voy ahí con Hendrix y miramos el reflejo en el agua, a veces parece que la luna está ahí sentada en la superficie. Las pequeñas ondas y todo eso... es tan bello y tranquilo.

Era un poco extraño escucharlo hablar así. Incluso aunque Katie apenas tenía once años de edad en ese entonces, le había impresionado. Fue la primera vez que se dio cuenta de que a veces, cuando la gente hablaba, tenía el poder de hacer que todo lo demás desapareciera. En ese momento ya no veía las heridas en el rostro de Jack. Solo escuchaba sus palabras.

Cuando esa noche Jack se despidió de ellos, Katie sintió que él les había regalado un secreto. Era algo privado, incluso sagrado, a sus ojos. Nunca lo compartiría con nadie, ni siquiera para ganarse un lugar entre las chicas populares a la hora del almuerzo.

Jack era ahora una extensión de la familia. Cuando pasaron a preparatoria, los otros chicos hablaban menos de él, pero su figura sombría permanecía en su imaginación.

Pero ahora, con los últimos acontecimientos de su

madre cuando conoció a Bảo en la calle, Katie empezó a temer que tanto su padre como su madre se convirtieran en la pareja rara que adopta en el vecindario.

No tenía idea de por qué no podían ser como todos los otros padres y madres en Bellegrove. Todos iban a misa, todos eran generosos con los pobres y los necesitados. Pero, ¿por qué solo sus padres sentían la necesidad de llevar a todos los indigentes a su casa? ¿Qué su hogar no estaba ya abarrotado con todos los animales de peluche y muñecas Barbie de Molly, y con todos los relojes que su padre llevaba de la tienda a la casa?

Capítulo 19

Por las noches, cuando regresaba al campamento base con una linterna a su lado, en tanto los otros fumaban cigarros y Stanley rezaba, releía la última carta de Becky:

Querido Jack:
Ayer tuvimos la primera nevada y las calles parecían cubiertas de azúcar glas. ¿Cómo estás? Espero que no corras mucho peligro. Me preocupo mucho por ti y me parece difícil imaginar cómo son las cosas allá. ¿Sigue haciendo tanto calor como me comentaste en la última carta? Cuando miro la nieve por la ventana, pienso en ti ¡y me gustaría hacer una bola de nieve para enviártela! Apuesto que una bola de nieve fría en la jungla te caería muy bien.

¿Recibiste los dulces que te envié? Elegí caramelos para que no se derritieran. Aquí no hay muchas novedades. Fui a ver a tu mamá, y estaba un poco deprimida porque supo que no estarías para Pascua este año. Tiene algo de tos, ¡pero no te preocupes! Yo también me enfermé durante los exámenes finales. Las clases aquí son mucho más difíciles que en preparatoria, y no tengo mucho tiempo para hacer otra cosa más que estudiar. Ha habido muchas protestas en el plantel en contra de la guerra. El otro día llamaron a la policía porque la

gente empezó a lanzar piedras a unos hombres del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva que caminaban por el plantel. Me pregunto qué haces todos los días y trato de imaginar que estás a mi lado, que escuchamos discos y juegas con mi cabello.

Con amor,

Jack no era tan bueno para responder las cartas. Por mucho que la extrañara, incluso la amara, era incapaz de sacar una hoja de papel y decirle, como si nada, todo lo que tenía que soportar: Vietnam era el infierno, y sabía que si destapaba todas las emociones que reprimía cada día, se volvería loco.

Jack empezaba a entumecerse; ya no conocía nada más que el hambre, el agotamiento y el miedo; sus movimientos eran casi mecánicos. Cavaba trincheras y llenaba sacos de arena. Hacía todo el trabajo de soldado de infantería que le ordenaban hacer, pero esa era la parte más fácil; cuando le ordenaban a su pelotón que se adentrara en la jungla era cuando empezaba la desgracia: la adrenalina bombeaba por todo su cuerpo para advertirle que, en cualquier instante, el Việt Cộng escondido podría abrir fuego y emboscarlos a todos.

No quería que Becky supiera que su trabajo como responsable de la radio lo convertía en un blanco humano en movimiento, ni que su cuerpo estaba en un estado constante de agotamiento y dolor, así que solo le escribía cosas banales. Le pedía a Becky que estuviera pendiente de su madre; él sabía bien que ella no era buena para cuidarse a sí misma. Demasiados cigarros, nunca fue aficionada a la cocina. Sabía que probablemente pasaba mucho tiempo frente al televisor en lugar de salir; ella le había mencionado que tenía una tos molesta.

«Dile que la quiero», le escribía a Becky. Le costaba más trabajo escribir esas palabras que cuando escribía el mismo sentimiento hacia Becky, que fluía con facilidad de su pluma. A su madre le escribía por separado, pero de alguna manera sentía que Becky era un medio más sencillo para expresar sus sentimientos. Era tan adorable y tierna; él cerraba los ojos y casi podía sentir su piel bajo las

manos.

En la jungla vietnamita, cuarenta kilómetros al norte de Đà Nẵng, caminaban por un laberinto de bambú y vegetación espesa, apartando del sendero el denso follaje con sus cuchillos y rifles. Jack llevaba ya varios días patrullando y, conforme subía hacia la cresta de la montaña, podía escuchar su propia respiración acelerada que levantaba y bajaba su pecho.

Sacó un cigarro de su chamarra militar y lo encendió.

Le dolían los huesos; cada paso implicaba la amenaza de encontrarse con una mina antipersona o una estaca Punji bajo sus pies. Aún no había visto volar a un hombre frente a él, pero en el campamento vio hombres que bajaban de los helicópteros-ambulancia a quienes les faltaban más miembros de los que tenían cuando habían partido.

Después de dos horas de caminar montaña arriba en el calor opresivo de la jungla, con su radio de once kilos, su cuerpo estaba empapado de sudor. Llevaba la última carta de Becky doblada dentro del casco.

«¿Cómo está mi amor?», le escribía. «¿Piensas en mí tanto como yo pienso en ti?».

Ella no sabía, porque él no puede expresarlo en palabras, con cuánta frecuencia pensaba en ella. Cuando no pensaba en mantenerse alejado del fuego enemigo o de pisar una trampa, cuando no reflexionaba sobre lo hambriento que se sentía, Becky Dougherty era lo primero que venía a su mente y lo tranquilizaba. Conservaba la viva imagen de ella en su mente en todo momento, como una fotografía. Ella estaba sentada en su cama, con la vieja camiseta de él y unos cuantos mechones de cabello castaño rojizo sobre su rostro. Imaginaba que su dedo apartaba esa cortina de cabello, con una sonrisa en el

rostro que iluminaba la habitación. Quisiera decírselo, pero no estaba seguro de cómo escribirlo en una carta, que ella era su faro, su rayo de luz a medianoche.

Cuando se quitaba el casco, la tinta del sobre se escurría por su sudor.

Odiaba haber arruinado algo que ella le había enviado; se decía que la próxima carta la envolvería en plástico. Se preguntaba qué haría ella con sus cartas, si las guardaba y las leía una y otra vez como él hacía con las suyas. Se la imaginaba en clases, la veía reír con la cabeza echada hacia atrás y una mochila de tela a los hombros mientras caminaba por el plantel. En ella llevaba sus libros y quizá un estuche para plumas lleno de borradores y un rotulador fluorescente. Tal vez incluso una pequeña radio de transistores para cuando ella y sus amigos tomaban un descanso y podían sentarse afuera.

Él también llevaba una mochila, pero no le diría a Becky que llevaba la radio a la espalda que, con su antena de 1.20 metros, lo hacía un blanco directo para el Việt Cộng. En su arnés cargaba una pistola y un cuchillo; una M-16 colgaba cruzada sobre su pecho junto con una cartuchera.

¿Cómo podría escribirle y contar eso?

Llevaban ya dos días en la Montaña 35; un escuadrón de doce hombres comandado por el jefe Sandoval, su líder, había salido en patrulla. Desde que habían salido de la base no veían a un solo miembro del Việt Cộng; pero, después de varias horas de exploración, escucharon el ligero crujir en los árboles. Stanley fue el primero en lanzar una ráfaga de municiones y de inmediato cayó un soldado del Việt Cộng.

Cuando se sintieron lo suficientemente seguros de que no había otro soldado en los alrededores, los hombres

fueron a examinar el cadáver. Larini le dio unos golpecitos al cuerpo con su rifle.

Tirado sobre la tierra, el joven parecía ser de la edad de Stanley, no mayor de diecisiete años. Había recibido una bala en el pecho y la sangre empapaba su camisa. Sus ojos miraban al frente, vacíos y sin juicio. Sencillamente ya no había ninguna vida en ellos.

—Demonios, Coates, disparas muy bien —dijo Flannery mientras golpeaba el pecho del cadáver con su rifle—. ¿Dónde aprendiste a hacerlo?

Stanley se alejó del cadáver; su piel pálida había tomado un tono verdoso.

—Eres un maldito asesino Kong, Coates —gritó Gómez.

Stanley no respondió al apodo, aunque algunos de los hombres empezaron a corear «¡Asesino Kong! ¡Asesino Kong!».

Esa noche, cuando Stanley estaba sentado fuera de la tienda de campaña, con la cabeza inclinada sobre su Biblia y una linterna en la mano sobre las páginas abiertas, uno de los hombres hizo una propuesta.

—Tengo una idea —Flannery anunció orgulloso—. ¿Alguien tiene un marcador?

Algunos de los hombres buscaron en sus bolsillos, mientras otros hurgaban en sus mochilas. Larini fue el primero en encontrar uno y dárselo.

—Cielos, Flannery, ¿qué estás planeando? —Mike Djiokonski, el médico del pelotón a quien todos llamaban «Doc», no podía ocultar su escepticismo.

—Por Dios, déjalo tranquilo —masculló Jack.

—Sí —agregó Doc—. No es fácil ver el primer cadáver, sobre todo si fuiste tú quien lo mató.

Nadie más que Jack o quizá el jefe había pensado en

el hecho de que Stanley había infringido esa tarde uno de los Diez Mandamientos y lo difícil que debía ser para él. Sin embargo, algunos de los hombres no podían resistirse a lo que pensaban que sería la última buena diversión que los sacara del aburrimiento y el agotamiento. Flannery tomó el marcador y tomó el casco de Stanley; cuando lo tuvo en la mano, escribió sobre él las palabras «Asesino Kong» sobre la tela que lo cubría.

Horas después, cuando Stanley fue a buscar su casco para la patrulla nocturna, lo encontró profanado con las palabras de su nuevo apodo.

Los otros lo miraron mientras se lo ponía con solemnidad sobre la cabeza y ataba la correa bajo su barbilla.

Permaneció en silencio, sin condenar a quienes habían escrito esas palabras que despreciaba. No obstante, sin incidentes, sin ira, se ajustó el casco y caminó hasta su puesto. Pero Jack podía ver cómo Stanley bajaba la mirada hacia sus botas y con cuidado se sacudía el lodo; cómo portaba ese casco con una profunda vergüenza.

Capítulo 20

«Otra vez esos chicos que se comportan mal», eso fue lo que Grace pensó cuando vio el rostro de Kate después de clases y pudo leer en él que estaba molesta.

—¿Buddy te volvió a molestar?

Katie asintió.

—Siempre ha sido difícil —continuó Grace negando con la cabeza.

Recordar los pequeños incidentes con él en todos estos años la enojaba, y eso empeoraba por la incapacidad de Adele para ponerle límites.

Sin embargo, a pesar de sus diferencias, Grace trataba de sentir empatía por el dolor de la familia de Adele. Nunca podría olvidar esa mañana en la que vio el vehículo militar avanzar por la calle hacia la casa de la familia O'Rourke. Grace acababa de meter a Katie a la cuna para su siesta cuando vio el coche pasar frente a su ventana, y Tom aún no salía al trabajo. «Oh, Dios mío, no...»; ella recordaba haberlo escuchado exclamar en voz alta, seguido de un lamento terrible. Se acercó a su marido y supo al instante que los hombres en uniforme traían malas noticias de su amigo, Bobby O'Rourke.

Grace sintió un nudo en el estómago. Igual que su marido, sabía que la aparición de ese vehículo era como observar una carroza fúnebre en el pueblo.

Aun antes de que las noticias de la muerte de su tío llegaran a Bellegrove, «Buddy», como lo habían apodado, no era un niño fácil para Adele. Como las fechas de parto de ambas eran muy cercanas, Grace esperaba que ella y Adele pudieran salir a pasear juntas con sus bebés en la carriola, pero incluso eso era difícil. Buddy lloraba constantemente, su expresión era desafiante y nada, ni el biberón ni los abrazos, lo tranquilizaba.

—No es un niño fácil —confesó Adele en un raro momento de vulnerabilidad—. Llora como demonio en las mañanas, cuando tiene hambre, y golpea el aire con sus pequeños puños como si fuera boxeador.

Había sido idea de los padres de Adele que le pusiera al bebé el nombre de su hermano, Bobby, quien se había enlistado ocho semanas antes de su nacimiento; toda la familia estaba angustiada de que muriera en combate. Cuando nació el niño con cabello pelirrojo brillante, tan distinto de los rizos oscuros de Bobby, la familia quedó desconcertada, como si este pequeño bebé llorón hubiera de alguna manera traicionado sus expectativas de que fuera la viva imagen del hermano y el hijo.

—Mi madre pintó el cuarto del bebé del mismo tono de azul que Bobby tenía en su recámara de niño —le confió Adele a Grace una tarde que caminaban con las carriolas al pueblo—. Incluso llevó los viejos libros de Bobby y llenó los estantes. —Adele se inclinó para tratar de consolar a Buddy, quien blandía su pequeño puño mojado en el aire—. Sencillamente no sabe qué hacer para tranquilizarse ahora que Bobby se fue y las noticias son cada día peores.

Pero cuando el bebé solo tenía seis meses, la noticia de la muerte de su tío devastaría a toda la familia O'Rourke. Después del terrible anuncio, su dolor se concentró en el nuevo bebé que se agregaba al árbol

genealógico. La Navidad siguiente, a Buddy le regalaron el tren de juguete American Flyer de su tío, todos los rieles, interruptores y vagones de tren estaban reempacados en sus cajas originales y envueltos para la ocasión en papel festivo y un listón de satén rojo. Adele no tuvo el corazón de decirle a su madre que, después de que su marido había pasado horas construyendo el tren en el suelo, a Buddy le tomó solo unos minutos destruir la máquina de vapor con unos bloques de madera y sacarla de las vías negras, y rompió de manera permanente una de sus ruedas.

Aunque las madres de Bellegrove nunca lo dirían en voz alta, todas sabían que Buddy no era un niño a quien les gustaba invitar a su casa. Cuando una tarde, una misteriosa piedra rompió la ventana de la casa de los Finnegan, la mayoría de la gente pensó que era obra de Buddy, en ese entonces de ocho años, que vivía en la casa de junto. Nunca se encontró evidencia en su contra y los Finnegan terminaron por presentar un costoso reclamo al seguro para que la reemplazaran.

Grace odiaba excluir a cualquier niño cuando celebraba fiestas de cumpleaños para alguna de sus hijas. Pero en el momento en el que Buddy rompió la imagen del juego «ponle la cola al burro» que estaba pegada en la pared, cuando pensó que nadie lo veía, ella lo atrapó con las manos en la masa.

Ella confrontó a Buddy directamente sin hablar antes con Adele, quien bebía ponche en un vaso de plástico con las piernas cruzadas debajo de su vestido rojo cereza y suéter blanco.

—Explícame, ¿por qué hiciste algo tan malo, jovencito?

Grace acorraló al joven Buddy en la sala, mientras otros niños pasaban corriendo con aros de plástico en las

manos que ella les había dado para jugar.

—No sé de qué habla, señora Golden —respondió, abriendo grandes los ojos verdes en un esfuerzo por parecer más inocente. Era una expresión bien practicada.

—Te vi con mis propios ojos, Buddy. —Le enseñó la hoja de papel rasgada con el burro estampado en él—. Fuiste directo a él y le arrancaste un pedazo.

—No fui yo... —insistió con tanta convicción que su capacidad de mentir la estremeció.

Adele debió verlos intercambiando palabras, porque segundos después estaba frente a Grace, con los brazos en jarras. Unas pequeñas gotas de ponche manchaban su suéter blanco.

—¿Qué pasa, Gracie? Parece que estás molesta por algo.

—Tuvimos un pequeño incidente con el cartel del burro. —Trató de forzar una sonrisa al tiempo que alzaba el pedazo de papel rasgado para que Adele lo viera.

—Bueno, es espantoso. Pero no piensas que Buddy lo hizo, ¿o sí? —Su voz se agudizaba con incredulidad—. Quiero decir... hay tantos niños aquí, ¿cómo podrías en realidad saber quién lo hizo?

—Lo vi cuando lo hizo, Adele.

Buddy se deslizó al lado de su madre.

—Siempre lo acusan injustamente... —Adele lo pegó más a su lado y Grace estaba segura de que Buddy la miró con los ojos entrecerrados y sonrió.

—Vámonos a casa, Buddy... —dijo Adele, tomando a su hijo de manera protectora a su lado.

—En verdad no quería hacer tanto escándalo por esto, Adele —explicó Grace—. Por eso decidí hablar con él directamente.

Pero Adele ya no escuchaba. De pronto se distrajo con la mancha del ponche en su suéter. Estaba visiblemente consternada por la línea de gotitas rojas que, sin duda, sería difícil quitar y se fue de la fiesta con su

hijo. Grace esperaba que Adele no recordara ese incómodo intercambio a la mañana siguiente, puesto que parecía que el suéter era un asunto mucho más importante.

Capítulo 21

Grace estaba molesta, pero no le sorprendía saber que Buddy, a los quince años, seguía causando problemas para Katie y su amiga. Sus travesuras habían empezado desde que ella tenía memoria. Desde que su hija mayor empezó la escuela, Grace siempre contenía el aliento el primer día, esperando que a Katie no le tocara en la misma clase con él. En esos años, eso solo significaba una serie de llamadas telefónicas a la escuela para quejarse con el director. Adele había perdido más amigos de lo que le hubiera gustado, debido a la propensión de Buddy a hacer maldades. Ahora, en su primer año de preparatoria, el chico era más alto que su padre. Katie le dijo que les decía a los compañeros que iba a tener una motocicleta cuando cumpliera quince. Grace no podía imaginar lo que esa conversación provocaría en la mesa durante la cena familiar.

Ahora que ya era mayo, Grace esperaba dejar el año escolar detrás y contar con los pocos meses por venir para tomar fuerzas. El verano siempre era el mejor momento en Bellegrove. La proximidad del Club de la Bahía del pueblo le facilitaba la vida. Subía a las niñas al viejo Pontiac, nunca antes de las 10:00 a. m., para que pudieran dormir hasta tarde y ella pudiera lavar otra tanda de ropa y doblarla, para luego pasar el resto del día al lado de una de las dos albercas. En la cafetería pedían sándwiches de

atún que no costaban mucho y grandes vasos de té helado. Grace ponía Coppertone en la espalda de las niñas y cepillaba el cabello de la menor. Aunque Katie ahora se negaba a ponerse un traje de baño parecido al de su hermanita, era un alivio verlas a ambas pasar horas juntas sin el estrés de tareas o exámenes.

Apenas podía creer que Katie tuviera edad suficiente para conseguir un trabajo como salvavidas. ¿Cómo era posible que obtuviera el trabajo este año y se sentara en esas altas torres de madera, en lugar de estar en una poltrona de plástico con ella y Molly? Cuando Grace se lo imaginaba, la distancia que sentía entre ella y Katie parecía pronunciarse más.

Pero si Katie obtenía un empleo y se hacía más independiente, entonces era una señal más de que Grace necesitaba encontrar otras cosas que hacer fuera de casa. ¿El sacerdote no dijo en el último sermón que tener un propósito en la vida les daría una mejor sensación de paz y bienestar en sus corazones y hogares? Grace pensaba que cuando su camino se cruzó con el de Bảo podría ser una señal del cielo.

Cuando juntó todos los viejos libros de ilustraciones de sus hijas del ático, se dispuso a cumplir su promesa a la hermana Mary Alice para ayudar a enseñar en la casa generalicia. Prometió acudir dos veces a la semana, pero no estaba segura de cuántas horas necesitaría. Tendría que hablar con Tom sobre el tema, él era bueno para esas cosas.

Una de las cualidades que más amaba de Tom era su gran corazón; lo había demostrado varias veces en todos estos años. Como cuando le ofreció a Jack el departamento que estaba sobre la tienda y después pasó horas enseñándole el oficio. Ahora, este hombre lastimado que había tenido que padecer tanto sufrimiento, tenía sus propias habilidades.

Esta línea de pensamiento la llevó a preguntarse si las

hermanas de Nuestra Señora de los Mártires la dejarían llevarse a Bảo y a Anh a su casa, donde podrían practicar inglés en un entorno más cómodo. Ella sabía que se estaba adelantando, pero este nuevo propósito la hacía sentirse viva.

Ese lunes, Grace despertó con energía. Durante el fin de semana organizó las cajas de libros que sacó del ático. Luego encontró los cuadernos del año pasado que todavía tenían varias hojas en blanco; arrancó las páginas usadas para que lo que quedara entre las pastas de cartón estuviera limpio y nuevo. Pero lo más importante fue que reflexionó cómo usar su tiempo libre de la mejor manera.

Una vez que pasaron los autobuses escolares que recogían a Katie y a Molly, Grace se puso un hermoso vestido verde claro, se sujetó el cabello con un pañuelo blanco de seda, se maquilló y eligió un lápiz labial rosa brillante que animaba su rostro.

Antes de tomar las cajas de libros y dirigirse al coche, sacó un paquete de galletas Oreo de la alacena, pensando en que las tareas de sus propias hijas siempre fueron más fáciles con un bocadillo. Cuando se sentó detrás del volante de su camioneta Pontiac, encendió la radio y se vio en el espejo retrovisor. Sintió cómo sus buenas intenciones la inundaban; subió el volumen y se dirigió a la casa generalicia, con las ventanas abajo y los bordes de su pañoleta de seda ondeando en el viento.

El recuerdo que tenía Grace de la semana anterior, cuando las hermanas enseñaban de manera diligente el idioma inglés a quienes estaban a su cuidado, fue por completo distinto que lo que descubrió en esta ocasión.

Ahora, Bảo estaba acurrucado en una de las grandes sillas tapizadas, mirando tranquilo la televisión. La imagen de Shazam animaba la pantalla.

La habitación era un alboroto. Cuando la hermana Mary Alice se acercó a ella, no parecía la misma mujer que Grace había visto tan solo unos días antes: parecía exhausta.

—Señora Golden... —saludó la hermana Mary Alice apresurándose a su lado—. Me da mucho gusto que haya venido esta mañana... en verdad nos ayudaría mucho otro par de manos.

—Traje algunos libros que quizá puedan ayudar...

Grace levantó la caja.

—Ahora solo estamos usando libros con imágenes... ¿eso es lo que trajo? —Miró al interior de la caja—. Me temo que tendremos que dejar la fonética a los profesionales.

La hermana Mary Alice señaló a los niños de varias edades que estaban diseminados en los sofás y lanzó una risita nerviosa.

—Como puede ver —continuó—, unos días son mejores que otros.

Grace recorrió la habitación con la mirada; de pronto le pareció más claustrofóbico y sin duda menos estructurado de lo que recordaba. Se sintió ingenua con su alegre vestido veraniego, con la caja de libros y las galletas sobre ellos. ¿Qué pensó que pasaría en realidad…? ¿Que podía llegar para hacer que la vida de estos niños, quienes viajaron miles de kilómetros desde su hogar, de pronto fuera más fácil con un lápiz de labios brillante y unas galletas? ¿Qué tan tonta era?

—Vine a ayudar —murmuró, aunque toda la confianza que sintió en el camino ahora había desaparecido—. Pero no sé si estoy calificada para hacerlo.

La hermana Mary Alice la miró, serena.

—No estoy segura de que ninguna de nosotras esté en realidad calificada, pero debemos seguir nuestro corazón.

Miró sobre su hombro hacia donde Bảo estaba sentado en la silla, viendo indiferente el televisor.

—¿Dónde está Anh? —preguntó Grace.

La hermana Mary Alice señaló hacia la puerta a la izquierda.

—Está preparando el almuerzo. Esa joven es impresionante. Es capaz de preparar comidas deliciosas con muy pocos ingredientes. Cuando ella cocina, comemos delicioso.

Grace inhaló profundamente y advirtió el refrescante aroma a hierbas en la habitación.

—Ese olor me abre el apetito —dijo.

Su nariz detectó el aroma de jengibre fresco y cilantro; su estómago gruñó.

—Está dedicada a él —agregó la hermana Mary—. Esta mañana caminó desde aquí hasta el pueblo solo para ver si podía encontrar un poco de fruta para su desayuno. Pero él está muy retraído, todo lo que quiere hacer es ver televisión.

—Ese es un problema incluso con mi propia hija de diez años —dijo Grace, pensando en Molly, quien pasaba horas frente a la tele.

La hermana Mary Alice negó con la cabeza.

—Aquí tenemos a otros niños, pero de alguna manera su interés por la televisión parece ser distinto al de los demás. —Volvió a mirar a Bảo—. ¿Puede creer que el otro día una de las hermanas lo vio tratando de desatornillar la parte de atrás? Estaba decidido a echar un vistazo al interior. —Lanzó una risita—. Por suerte, lo atraparon antes de que hiciera algún daño real.

—Parece que Bảo es un reparador; conozco bien el estilo.

Grace no podía evitar pensar en Harry y Tom,

incluso en Jack. Tenían una curiosidad infinita en saber cómo una pieza engranaba en la siguiente, cómo cientos de pequeñas piezas podían formar algo funcional y completo.

—Sin duda es su fascinación —dijo—. Está por completo absorto.

Bảo se acurruca al fondo de la silla, sus ojos están fijos en la pantalla. Tiene las uñas de los dedos en carne viva por las horas que pasó tratando de quitar la placa trasera sin las herramientas que su padre usaba en la radio cuando estaban en casa.

Con manos hábiles, su padre desatornillaba la placa trasera de metal y ajustaba los tubos en miniatura, como un cirujano que sabía el intrincado funcionamiento anatómico. A Bảo le maravillaba el sonido que producía al final; primero la incómoda confusión de la estática y luego voces claras como el agua. Él pensaba que había pequeñas personas atrapadas dentro. Ahora, la televisión le ofrecía un alivio similar; Bảo se deja ir al mundo mágico de superhéroes y batallas. Su mente le daba la bienvenida a la distracción. No deseaba recordar a su madre que contaba el oro en la cabaña del pescador. No quería pensar en la niña del vestido amarillo de algodón saltando entre los juncos. Pero, sobre todo, no quería recordar el bote que se volteaba, ni a él ni a sus padres cayendo en el mar frío y oscuro. Sigue imaginando que hay una forma de devolverle la vida a sus padres, sacarlos del agua y resucitarlos. Cree que, si estudia a estos guerreros, que parecen brujos en la televisión, aprenderá sus secretos y podrá recuperar a su madre y a su padre en el otro mundo.

Los personajes en la televisión son un eco de los campeones míticos de las historias que a su madre le

gustaba contarle cuando vivían en casa. Su favorita era la de la anciana que estuvo embarazada durante tres años y finalmente dio a luz a un pequeño niño al que llamó Giong, quien en lugar de despertar y jugar como todos los otros niños del pueblo, durmió durante quince años. Fue hasta que el peligro acechó el país cuando Giong despertó de pronto, se levantó y aceptó los desafíos que enfrentaban. Pidió una espada de hierro y un caballo de hierro que exhalaba fuego, y utilizó ambos con gran habilidad para derrotar al enemigo.

Bảo cree que la historia de Giong es verdadera. Después de todo, su madre le dijo que el pueblo de Sóc Sơn aún tenía un bosquecillo de bambú donde los tallos no eran verdes como en el resto del país, sino color naranja, debido a que el caballo de Giong había exhalado fuego sobre ellos.

«Ciertos chicos nacen con poderes mágicos», le había dicho su madre antes de darle el beso de las buenas noches. Bảo ahora escuchaba en su mente la voz que murmuraba esas palabras, se las había arreglado para que reemplazaran sus gritos en el bote aquella noche.

Fue Anh quien sacó a Bảo del agua, después de que Chung se esforzó para acercarlo al bote. Sus dedos fueron los que con fuerza sujetaron la mano de él y lo subieron a bordo, cuando Chung lo mordió para que el niño lo soltara.

Luego volvió al borde, esperando ayudar también a Chung y a Linh. Gritó sus nombres al tiempo que urgía a los demás que seguían a bordo a que hicieran lo mismo. Pero las súplicas desesperadas de Anh cayeron en oídos sordos. El capitán concentraba toda su atención en tratar de evitar que el bote se hundiera y pedía a todos los pasajeros que usaran cualquier cosa que encontraran para sacar el agua que inundaba la cubierta.

Bảo yacía en sus brazos, empapado. De su muñeca escurrían hilos de sangre, en el lugar en el que su padre lo había mordido; la herida empezaba a hincharse. Alguien llevaba hojas de betel, que tienen propiedades antibacteriales, así que Anh colocó una de las hojas sobre la herida antes de envolver su brazo en un paño de tela que cortó de su blusa. Iba vestida con varias capas de ropa; se quitó la camisa superior de algodón y cambió la ropa mojada de Bảo por su vestimenta seca. Quienes seguían en el barco lloraban, en tanto otros gritaban al capitán, quien los conminaba a callarse porque de lo contrario los capturarían a todos y los matarían si no dejaban de lamentarse.

El resto de la noche, el motor del barco resopló avanzando hacia el sur del Mar de China. Más ligeros del peso de dos personas que cuando comenzaron la travesía, quienes seguían a bordo murmuraban que era una maldición. Anh sostuvo a Bảo con fuerza entre sus brazos mientras él navegaba entre la conciencia y la inconsciencia. Sin saber qué hacer, rezaba a sus ancestros para pedirles ayuda, y a Chung y a Linh les prometió su devoción.

Cuando Bảo finalmente despertó, le preguntó una y otra vez dónde estaban sus padres.

—Están en el cielo con nuestros ancestros —respondió, usando las mismas palabras que Linh alguna vez usó para tranquilizarla a ella.

Él empezó a llorar, largos y violentos gemidos que hacían que todo su cuerpo se estremeciera.

—Mi brazo...

Bajó la mirada hacia su antebrazo, que ahora estaba vendado con un pedazo de la camisa de Anh. Aún no estaba seguro de que los recuerdos que tenía de su padre en su último momento fueran o no reales.

Anh permaneció en silencio; no tenía ni el corazón ni las palabras para decírselo.

Capítulo 22

Jack colocó su libro sobre el buró y miró el reloj de pared. Eran casi las 6:30 p. m., en unos minutos Tom terminaría su turno en la tienda, empacaría sus cosas y volvería a casa a cenar con su familia. Guardaría sus herramientas y organizaría los papeles sobre su escritorio, pero dejaría la lámpara de latón encendida para Jack.

La primera vez que Tom le dio las llaves de la tienda y le dijo que podía entrar a la hora que quisiera después del horario de apertura, Jack pensó que Tom había olvidado apagar la luz. Pero la suave iluminación que lo acogió la primera noche muy pronto se hizo costumbre; era una invitación silenciosa para que entrara en un lugar que para él era sagrado.

Jack no se consideraba un hombre espiritual, pero era innegable que Tom había llegado a su vida cuando él más lo necesitaba. Le había dado a Jack un lugar donde quedarse y los medios para mantenerse económicamente. Trabajar en la tienda le había hecho recuperar una parte fundamental de él mismo, la más vulnerable, aunque la menos visible: su dignidad.

Antes de que Tom le ofreciera capacitarlo, Jack había sido empleado en la primaria Foxton como conserje nocturno.

Aceptó el empleo por algunas razones, una de las cuales era que podía hacer su trabajo después de los horarios de servicio, cuando la escuela estaba casi desierta. Toda su vida tuvo problemas en la escuela, aprendió tarde a leer. Las palabras en la página eran un código que le llevaba descifrar muchos meses más que a otros niños. Prefería sentarse al fondo del salón, lejos del pizarrón y del escritorio del maestro, donde creía que nadie se percataría de su presencia. En preparatoria, Becky fue quien floreció en ese entorno, no él.

Sin embargo, trabajar como conserje fue mucho más agradable de lo que se había imaginado. Cada noche, cuando la escuela estaba vacía y él podía empujar libremente su carrito de limpieza de un salón de clase a otro, no podía evitar sonreír cuando veía todas esas hermosas señales de vida de los niños o los colores brillantes en los tableros de anuncios que mostraban el cuidado con el que los maestros claramente trabajaban para hacer que el aprendizaje fuera divertido.

Trabajó ahí durante dos años, limpiando escritorios, puliendo los picaportes pegajosos de las puertas, vaciando basureros y limpiando baños. Era justo el tipo de trabajo que necesitaba porque le ofrecía un sueldo seguro y un horario nocturno que le permitía estar lo suficientemente cerca de la vida sin tener que participar en ella. Respiraba la inocencia de esos niños mediante los dibujos a lápiz que estaban sobre sus escritorios y los restos de manzana que lanzaban al bote de basura. Todo eso le hablaba de una alegría que a él se le había escapado de las manos durante su propia niñez y los años posteriores.

En particular, amaba el salón de clase número 8, al final del pasillo. En la puerta colgaba un letrero que decía «¡La magia empieza detrás de esta puerta!». Unas varitas mágicas largas y amarillas con brillantina, sombreros de copa cortados en cartulina negra y dorada, y estrellas confeccionadas en papel aluminio adornaban la entrada.

Jack sabía que si él hubiera sido un alumno del salón número 8 le hubiera encantado aprender mucho más que cuando vivía en Allentown.

De todas las cosas que extrañaría de Foxton, una sería la proximidad de ese salón de clase. Siempre hacía todo lo posible para limpiarlo con más cuidado que todos los otros. Era fácil amar a esta maestra en particular a la distancia, porque era claro cuánto amaba a sus alumnos y su trabajo.

Así que cuando Billy Flodstrom, el jefe del personal del plantel de la escuela, se sentó con él al final de ese mes de junio y le informó que tendrían que despedirlo, Jack estaba devastado. Sintió como si hubiera perdido lo último bueno que le quedaba en esta vida, en particular la oportunidad de entrar cada noche al salón 8. En realidad creía que, como el letrero decía, había magia detrás de esa puerta.

—Con todos los recortes de presupuesto en el distrito este año solo queda dinero para un conserje nocturno el siguiente otoño —dijo Billy en voz baja—. Lo siento, realmente lo siento.

Bajó la mirada hacia sus manos, que estaban plegadas sobre el escritorio de metal, evitando tener contacto visual con Jack; su malestar se mostraba en su piel mediante el sudor.

Jack estaba sentado frente a él, con la espalda erguida y los ojos fijos al frente, una posición que asumía cuando estaba estresado. Esto había resultado ser uno de los remanentes más positivos de la guerra.

—Me gustaría que me miraras a los ojos cuando me despides. Eso es lo correcto.

A regañadientes, Billy alzó la mirada.

—Me siento muy mal por esto, Jack. Siempre has hecho un excelente trabajo aquí —tartamudeó.

Jack vio cómo Billy se movía inquieto y desviaba la mirada. Siempre había sido incapaz de concentrarse en el

rostro de Jack más de un segundo, y ahora sus ojos viajaban en dirección de la ventana. Era más fácil despedir a un hombre que era invisible.

Jack se preguntó si alguien en Foxton lo había mirado alguna vez.

Para Jack, desde que volvió a casa, su vida había sido una serie de retos que le ofrecían regalos inesperados para sanar. Cinco años después de que Tom se sentara junto a él por primera vez en el hospital para veteranos, Jack ahora era consciente de hasta qué punto esa reunión había mejorado su vida. A menudo se preguntaba si aún estaría vivo de no ser porque Tom iniciara la conversación con él ese día.

Porque esa tarde Jack no estaba realmente leyendo su ejemplar de *Rolling Stone*; en su lugar, había enterrado su rostro en las páginas de la revista como un escudo mientras pensaba si aún tenía o no la fuerza de seguir viviendo. Había padecido varios dolorosos injertos de piel después de su lesión, y aún seguía luchando para aceptar que los médicos habían hecho todo lo posible para reparar su trauma facial. Lo único que lo hacía levantarse de la cama cuando se mudó de vuelta al Este era su empleo en la primaria Foxton. Pero ahora, hasta eso le habían arrebatado.

Así que lo que probablemente Tom creyó que era solo un sencillo intercambio entre dos desconocidos sobre las letras de una nueva canción, tuvo mucho más significado para Jack. Ese día, la mirada de Tom nunca rehuyó el rostro de Jack, incluso después de haber visto la total devastación de sus lesiones. Permanecieron ahí mientras hablaba emocionado de Bruce Springsteen, platicando de muchas otras canciones que le gustaban de E Street Band. Era tan mundano como extraordinario al

mismo tiempo. Tom había tratado a Jack como si fuera cualquier otra persona.

Ya llevaban varios años trabajando de esta manera, incorporando un ritmo natural a lo que funcionaba bien para ambos. Era un conjunto de movimientos sincronizados en los que uno de ellos entra en un lugar justo cuando el otro se marcha.

Jack se relaja cuando cruza el umbral, con Hendrix trotando a su lado; no sabe exactamente qué es, pero hay algo en ese entorno que le permite quitarse su armadura de protección y el peso de sus recuerdos. De inmediato se siente cómodo cuando entra al fondo del taller. Quizá es la luz especial que proviene del cielo de la tarde, al otro lado de las ventanas de la tienda, o el suave tictac de los relojes que laten al unísono. Tal vez era el sentido que da tener un propósito, que Tom le había ofrecido cuando le enseñó el oficio. Pero lo seguro es que, a diferencia de en su departamento, donde sus recuerdos lo acosan cuando duerme, en este taller se siente aliviado, se siente libre.

Hendrix lo seguía a la trastienda y se echaba al suelo mientras Jack encendía la radio, la frecuencia FM sintonizada en la estación favorita de Tom y la suya. La música llenaba el aire y se sentaba a trabajar, respirando la soledad como si fuera oxígeno.

Los exuberantes sonidos de *Lucy in the Sky with Diamonds* sonaban al fondo:

Picture yourself in a boat on a river
with tangerine trees and marmalade skies.
Somebody calls you, you answer quite slowly,

a girl with kaleidoscope eyes.

Y justo en ese momento, cuando pensaba que se iba a perder en su trabajo con los tornillos alineados, las telas para limpiar, las pinzas y los calibradores listos para su uso, ella vuelve.

Becky.

Ahora está ahí; el recuerdo lo invade, penetra su corazón como navaja afilada. Mira a Hendrix, cuyo largo hocico descansa sobre sus patas negras y aterciopeladas. Sus grandes ojos miran a Jack como si él también sintiera esa transformación en la habitación; quizá advierte el cambio en el latido del corazón de su amo, como si fuera un reloj; tal vez se debe a que su respiración es diferente. La canción hace que Jack rememore la época en la que sostenía el rostro de Becky cerca del suyo; sus ojos brillaban como caleidoscopios, un prisma de luz verde y dorada. Aunque han pasado muchos años desde que vio su rostro tan cerca, aún puede cerrar los ojos y recordar cada detalle.

Pegado con cinta adhesiva a la pared, frente a la mesa de trabajo, hay un letrero deslavado que el padre de Tom colocó ahí cuando abrió la tienda: «Los relojes de sol pueden medir las horas del día y las presas cada gota de agua. Pero nadie nunca ha inventado un instrumento para medir el amor».

Para Jack era un cálculo inconmensurable.

Capítulo 23

Bảo nunca habló de la razón por la que había huido de la casa generalicia. No era que las hermanas no lo cuidaran ni lo alimentaran correctamente; de hecho, habían sido amables y pacientes con él desde su llegada. Pero Bảo pensaba que nadie más podría entender, puesto que ninguno de ellos se había sentido tan fascinado con la caja eléctrica como él, la que las hermanas llamaban «la televisión». Mantuvo el secreto de su escape porque necesitaba que su plan permaneciera intacto.

Su deseo de marcharse surgió solo después de que experimentó la maravilla de la televisión. De la misma manera en la que alguna vez escuchó voces atrapadas al interior de la radio de su padre, ahora le maravillaba ver que hombres y mujeres cobraban vida dentro de esta máquina especial. Un programa en particular fascinaba a Bảo: presentaba a unos gemelos adolescentes, un chico y una chica, vestidos con uniformes similares morado oscuro y negro, que eran capaces de lograr hazañas increíbles y desconcertantes. Cuando sus puños se conectaban, sus poderes se intensificaban. Zan, el hermano, podía transformarse en cualquier tipo de agua; Jayna, la hermana, podía convertirse en cualquier animal. No había nada que no pudieran lograr juntos, como el guerrero Giong con su espada y caballo de hierro. Así, cada tarde, a las 4:00, la magia lo inundaba cuando se

sentaba inmóvil frente a la caja y esperaba que aparecieran. Bảo pensaba que si, de alguna manera, pudiera encontrar a estos espíritus místicos, podrían usar sus poderes para recuperar a sus padres del océano y devolverles la vida.

La mujer que lo encontró en la calle había sido muy amable; al principio, Bảo pensó que ella podría llevarlo a conocer a Zan y Jayna, y que quizá la había enviado uno de sus espíritus ancestrales para ayudarle en su plan. Pero solo lo devolvió a la casa que para él era fría y desconocida. Ahí no había árboles frutales ni un altar ceremonial. Recorrió la casa para ver si podía encontrar algo que le fuera familiar, pero no encontró nada. La mujer también era por completo distinta a los espíritus coloridos de la televisión. Y sus dos hijas no tenían nada de magia.

Capítulo 24

Todos los hombres esperaban con emoción el cumpleaños de Stanley.

—El soldado Coates por fin cumplirá dieciocho. —Larini sonrió—. Parece que el joven infante de Marina va a crecer —bromeó con los otros—. Le daremos un regalo a ese chico que nunca olvidará.

—Uno que lo hará un hombre hecho y derecho —agregó Flannigan.

Stanley se mantenía a distancia de los otros hombres, hincado y cavando con una mano la tierra con una pequeña pala.

—¿Qué hace ahí? —preguntó uno de los hombres al tiempo que lo observaba.

Stanley tenía en la cabeza el casco con el letrero «Asesino Kong», pero debajo de la visera, su piel permanecía intacta del sol.

—Esta mañana encontró a un mono muerto —explicó Wes Sandoval, un nativo americano de Sioux City de 1.93 metros de estatura a quien los hombres llamaban con afecto «Jefe»—. Estaba a unos pasos de su trinchera —continuó entrecerrando los ojos—. Los vietnamitas creen que el espíritu del mono trae buena suerte.

—¿Y qué tal el cadáver de un vietnamita? —bromeó Larini; encendió el cigarro que tenía entre los labios y aspiró profundamente.

—No tanto —respondió Jefe.

Los hombres formaron un grupo y miraban a Stanley enterrar al animal. Muy pronto, dio unos golpecitos a la tierra removida con la pala; parecía que mascullaba algo sobre el pequeño montículo funerario.

—¿Es broma? —dijo Flannery con evidente incredulidad—. ¿En verdad está rezando por el mono muerto?

Larini lanzó una carcajada.

—Se va a volver loco cuando vea los magníficos regalos de cumpleaños que le vamos a dar. Lo sorprenderemos con una mujer... la vamos a traer cuando anochezca. Esta noche dormirá en la tienda de campaña, no en una maldita trinchera, porque Bates lo sacará del patrullaje del perímetro por su cumpleaños.

Jack sintió vergüenza cuando hacía unos meses escribieron «Asesino Kong» en el casco de Stanley. En este joven había algo puro que él quería proteger; le parecía que era la única constante en la jungla. Cada mañana se le veía inclinado sobre su Biblia, leyendo un pasaje para sí mismo; en sus otros momentos de descanso, Jack veía que escribía cartas para su familia.

—¿Están seguros de que eso es lo que quiere?

Flannery lo miró perplejo.

—Mierda, Hollywood... ¿A ti no te gustaría un regalo de cumpleaños como ese? ¿O piensas que sería mejor darle un pastel helado de Carvel con entrega a domicilio? Vamos, ¿en serio crees que eso le gustaría más?

Jack no respondió. La verdad era que él creía que, en efecto, a Stanley le gustaría más.

Esa noche, dos miembros del escuadrón de Gomez metieron a hurtadillas al campo a la hermosa joven vietnamita. Jack la vio de perfil cuando cruzaba el

alambre de púas, una silueta delgada en piyama de seda, con largo cabello negro y lacio sujeto en una cola de caballo que le llegaba a media espalda.

Ella entró en la tienda de campaña al tiempo que los hombres reían y se daban palmadas en el hombro.

Jack no era un mojigato. Antes de Becky había estado con algunas chicas, e incluso a las que no amó sin duda le proporcionaron placer. Pero, aunque Stanley hubiera decidido ir a Vietnam para hacerse hombre, Jack dudaba que hubiera considerado el sexo como parte de esa ecuación. Después de todo, el chico se sonrojaba cada vez que alguien decía «tetas».

Doc compartía el escepticismo de Jack.

—Esto no me gusta —dijo sacudiendo la cabeza—. Y no puedo evitar pensar que esa chica tal vez sea también una niña.

Pasaron los minutos y Jack seguía observando la tienda de campaña. Pero la lona de la entrada permanecía cerrada. Tenía que admitir que le sorprendía que no hubiera corrido a la chica en el momento en el que llegó. Jack no podía concebir que Stanley aceptara la oferta; en particular sabiendo que era resultado de una transacción monetaria. Pero el tiempo pasaba; miró a Doc y se encogió de hombros.

—Supongo que nos equivocamos. Parece que Stanley está disfrutando su regalo.

Un poco más de una hora después, la chica salió; asomó la cabeza por la entrada de la tienda de campaña con una enorme sonrisa en el rostro. Antes de marcharse, volteó hacia Stanley y le agradeció en un murmullo.

—¿Cómo se portó mi chico? —preguntó Flannery, esperando que la mujer le diera un informe completo.

Ella sacó una baraja de su bolsillo y se lo mostró a Flannery.

—No querer bum bum. —Sonrió—. Dijo... chico con suerte... juega cartas con chica bonita.

Capítulo 25

La habitación que les proporcionaron las hermanas era espaciosa y tenía dos grupos de literas. Anh dormía en la litera baja y Bảo en la de arriba. Las otras estaban ocupadas por una pareja que no había salido en el mismo bote pesquero que ellos. Habían pasado varios meses en el mismo campo de refugiados adonde los enviaron después de que una embarcación más grande los recogió cuando se quedaron varados sin combustible, al sur del Mar de China.

La pareja tenía una hijita que dormía acurrucada contra su madre, en tanto el esposo dormía en la litera superior.

Gran parte de la noche, Anh no podía dormir. Aparte de los ronquidos del marido, pensaba en su recién adquirida responsabilidad de cuidar de su pequeño sobrino, quien presenció el trauma de ver cómo el océano engullía a sus padres. Cada vez que veía la cicatriz en la muñeca de Bảo recordaba aquella noche terrible. Sin embargo, desde el momento en el que lo rodeó con sus brazos mientras él navegaba entre la conciencia y la inconsciencia, se prometió a sí misma que lo protegería y cuidaría de él como si fuera su propio hijo.

Aunque Anh no tenía conocimientos médicos, cuando se terminaron las hojas de betel limpió la herida con agua salada para evitar la infección. Pero incluso con

sus diligentes esfuerzos, aún quedó una cicatriz rosada, recuerdo permanente del dolor y el sacrificio de su travesía.

A menudo, la tristeza empapaba las sábanas de su cama, el sudor de su insomnio. La pequeña hija de la pareja lloraba con frecuencia, a pesar de los mejores esfuerzos de su madre para tranquilizarla con canciones de cuna que a Anh le recordaban las que su propia madre le cantaba cuando ella era niña. Algunas veces también escuchaba a Bảo quejarse en su sueño, pero ella no se permitía contribuir a esta sinfonía de lamentos.

Si bien sabía que Bảo presenció cómo se ahogaron sus padres, y su brazo era la lápida de los últimos momentos de su padre, la pesadilla de haber visto cómo mataron a golpes a Minh la seguía obsesionando.

Anh seguía muy preocupada por haber tenido que abandonarlo incluso en la muerte, puesto que la costumbre vietnamita era que un marido y su esposa fueran enterrados uno al lado del otro para poder reencontrarse en la otra vida. Al abandonar a Minh para irse a Estados Unidos, ¿volvería a estar con él alguna vez? Pensar en pasar la eternidad sola era mucho más aterrador que esta nueva vida en Estados Unidos.

Sin embargo, ahora Anh se daba cuenta de que en realidad no estaba sola en este mundo. Ella, una madre sin hijo, y Bảo, un hijo sin madre, ahora estaban vinculados para siempre, y ella haría su mejor esfuerzo para honrar el espíritu de su hermana. A pesar de que Bảo se comportaba retraído y distante con ella, intentaría con todas sus fuerzas encontrar una manera de edificar una vida con él en este nuevo país desconocido.

El amor tenía su propia arquitectura: los primeros cimientos siempre eran la base de cómo honrar a la familia.

Capítulo 26

A los tres meses de la expedición, Jack y doce hombres de su pelotón fueron transportados en helicóptero a la jungla densa y húmeda, plagada de insectos y miedo, casi cincuenta kilómetros al suroeste de Hue. Su misión era realizar un patrullaje de reconocimiento de cinco días en el área para confirmar e investigar la posible presencia del Việt Cộng en las montañas al oeste de Phú Lộc.

Los hombres llevaban todo a sus espaldas: la cobija enrollada, cantimploras de agua, cartucheras y el rifle. Nadie dormía más de un par de horas al día y sus cuerpos estaban exhaustos y hambrientos.

Mientras caminaban, una espesa neblina envolvía el follaje y la tierra a sus pies se transformaba en espesas huellas de lodo.

La mayoría de los marines padecían pie de atleta; la lluvia incesante y demasiados días y noches de recorrer el bosque tropical habían dejado su piel con dolorosas ampollas enrojecidas que supuraban. Doc pasaba la mayor parte de su tiempo tratando de asegurarse de que estas úlceras no se infectaran, puesto que eso daría como resultado complicaciones más graves.

Jack ya no tenía calcetines secos en su mochila, y le preocupaba padecer también el temible pie de atleta. Sus pies ya estaban amoratados y en carne viva por llevar las botas mojadas durante días. Aparte, la radio no había

estado funcionando bien estos últimos días, y había pasado las primeras horas de esa mañana secando los cables y cambiando la batería para que siguiera funcionando. Lo último que quería era que el teniente Bates lo regañara porque la radio no funcionaba. La mayor parte de la misión parecía como si hubieran caminado entre vapor; sin duda era verosímil que la intensa humedad, incluso más extrema que de costumbre, hubiera provocado que la batería funcionara mal. Por suerte, la nueva batería solucionó el problema y muy pronto se restableció la comunicación.

Durante varias horas, los hombres avanzaron lentamente hacia Razor Ridge. El cabo Gomez, líder del escuadrón, se aseguró de que Jefe alternara posiciones con Flannery; ambos tomaban turnos a la vanguardia y la retaguardia de la patrulla para que quien iba al frente siempre estuviera alerta.

Esa mañana, Jefe había descubierto una trampa. Mientras subían la montaña, él a la vanguardia, y cortaba con su cuchillo las espesas enredaderas y el follaje, tuvo la sensación de que algo andaba mal. Se detuvo de pronto, alzó la mano para señalar que dejaran de caminar, con una pierna levantada sobre una pequeña maleza. Sin decir una palabra, hizo una seña a Larini, quien estaba a cargo de desactivar explosivos, para que se acercara a inspeccionar esa capa sospechosa.

Todos se detuvieron y agacharon para cubrirse. Por encima de su cabeza, un halcón de ala ancha dibujaba círculos sobre las copas de los árboles.

Larini se puso de rodillas y con cuidado levantó la espesa capa de hojas. Debajo de ellas había un fino entramado de ramitas. También lo quitó mientras los demás observaban alrededor. Debajo del enramado había un pozo profundo con una granada pegada a una de las paredes. Un paso más habría activado el detonador y destrozado la pierna de Jefe.

Larini trabajó muy despacio y con mucho cuidado para desactivar la granada; luego, la colocó a un lado.

—¡Puta madre! —maldijo Flannery, mirando la granada cuando el peligro había pasado—. Jefe, gracias a Dios que se dio cuenta de esta.

—Tuve un presentimiento... —Su voz era solemne.

Stanley retrocedió y se recargó contra un árbol. Había cojeado toda la mañana e iba dos hombres más delante de Jack. Su cuerpo temblaba bajo el peso del chaleco antibalas y la mochila. Horas antes había vomitado cuando se acercaron a un arroyo a rellenar sus cantimploras. Su piel pálida había palidecido aún más por su malestar y sus labios habían empezado a amoratarse un poco.

Justo después del incidente de la granada, Doc lo llamó aparte para saber si estaba bebiendo suficiente agua.

—Te estás sobrecalentando, Stan. Mantente hidratado.

Doc le dio una palmada amistosa en el casco, provocando que las palabras «Asesino Kong» cayeran sobre los grandes ojos azules de Stanley.

—Estoy bien, Doc —respondió con amabilidad—. No tengo más calor que todos los demás.

—Hazme un favor y termina tu cantimplora. Luego ve a rellenarla, como todos los demás.

—Okey, Doc.

—Sigues sin haber probado nunca una cerveza, ¿verdad? —Doc sonrió.

—Nop. —Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Stanley—. Voy a esperar para tomarla mi último día aquí.

Doc trató de ocultar su cinismo.

—¿Es realmente sensato, soldado?

—Sí, señor. Creo que lo es.

—Eres un chico extraño, Stanley —dijo, dándole un empujoncito hacia el arroyo—. Mientras tanto, toma más

agua, ¿okey?

Stanley se arrodilló junto al arroyo y llenó sus dos cantimploras; luego se desabrochó el casco, tomó un poco de agua en él y se la echó sobre su cabeza rubia. Se sacudió el agua lanzando gotitas en el aire. Flannery lo maldijo por ninguna razón más que para hacer conversación; después de todo hacía tanto maldito calor que cualquier agua en su cuerpo, aparte de los pies, era un alivio bienvenido.

—En marcha... —ordenó el teniente Bates.

Enrolló el mapa, lo metió a su mochila, revisó la brújula que colgaba de su cinturón e hizo una seña al escuadrón para que avanzara. Los hombres inspeccionaron sus rifles M-16 para asegurarse de que estaban cargados y con el seguro. Jack levantó la radio y se la echó a la espalda. Poco a poco, como una fila de hormigas, empezaron a subir la colina.

Jefe y Flannery iban en la vanguardia cuando escucharon el primer disparo enemigo.

En cuestión de segundos, los hombres abrieron fuego en dirección del ataque.

—¡Médico, aquí! ¡Médico, aquí! —gritó Larini.

Murphy había recibido un balazo en la pierna. Doc corrió para atender al hombre herido mientras continuaba el tiroteo.

Pecho a tierra, Jack se encargaba de la radio mientras Bates sostenía el micrófono frente a su boca y gritaba su ubicación, solicitando refuerzos. La jungla, antes oscura y verde, ahora se iluminaba con miles de rayos naranjas y rojos.

La ráfaga de municiones les pareció que duraba horas; pero, en verdad, el intercambio solo duró unos minutos. Dos soldados del Việt Cộng murieron a tiros y parecía que Murphy era el único hombre herido, hasta que Jefe advirtió que Stanley no estaba detrás de él, como pensaba.

—¡No! —gritó Flannery cuando se topó con el cadáver de Stanley a unos cuantos metros de los demás.

Yacía sobre la espalda y sus ojos azules miraban fijamente el cielo.

Doc llegó corriendo y rompió la chamarra de Stanley.

—Estás bien, hermano. Estás bien —repetía mientras sus manos se empapaban con la sangre de Stanley.

La bala había entrado en el peor lugar posible, justo en el pecho, rasgándole la aorta. De inmediato, Doc trató de impedir el sangrado con una gasa gruesa. Stanley gorgoteaba, tratando de decir algo que Doc no entendía. Se ahogaba en su propia sangre al tratar de pronunciar sus palabras.

Jack fue quien se dio cuenta de lo que quería decir en su último aliento.

—Quiere su Biblia, hombre. Su Biblia.

Jack se movió rápidamente. Sacó la mochila de debajo de su amigo agonizante, hurgó al interior hasta que encontró el pequeño libro encuadernado en piel que había visto a Stanley leer cada mañana desde que lo conoció.

—Toma, amigo. Aquí está.

Jack tomó el brazo que Stanley se esforzaba en mover y lo ayudó a tomarlo mientras Doc le inyectaba una dosis de morfina para aliviar el dolor.

Jack colocó la Biblia sobre su pecho. Lo último que Stanley hizo fue cubrir el libro con su mano temblorosa.

El silencio envolvió al escuadrón cuando todos se dieron cuenta de que Stanley había muerto. Jack y Flannery ayudaron a envolver su cuerpo en la cobija, su sangre manchaba sus manos y ropa. El olor a muerte llenaba el aire.

—Carajo, esto huele horrible —maldijo Flannery mientras envolvían el cadáver sangriento de Stanley.

Jack tenía arcadas desde que vio los ojos vacíos de Stanley y su pecho destrozado, pero pudo combatirlas.

—Solo cállate y hazlo —espetó.

Cuando terminaron, Jefe levantó el cuerpo de Stanley en sus fuertes brazos, lo pegó a su pecho y se lo echó al hombro.

Durante la siguiente hora, subió la montaña hasta llegar a la cresta donde debía aterrizar el helicóptero que se llevaría a Murphy y a Stanley.

Jefe se rehusó a dejar que alguien más cargara el cadáver. Esa noche, cuando instalaron el campamento, les dijo a los demás que cargar el cuerpo de sesenta y ocho kilos de Stanley no era un fastidio, sino un honor.

—Uno de nosotros pudo ayudarte —insistió Larini mientras el teniente Bates repartía cervezas calientes.

Cuando su pelotón volvió al campamento, tomó una caja de cervezas en honor a la memoria de Stanley.

—Ese chico era el mejor de todos nosotros. —Jefe movió la cabeza y apartó la mirada—. No quería siquiera que su cabeza tocara el suelo... que ni una sola parte de su cuerpo rozara la tierra. No podía confiar en que nadie hiciera eso más que yo.

Jack tomó una cerveza. No podía borrar de su cabeza la última imagen de Stanley. Debido a la poca visibilidad, el helicóptero tuvo que enviar un instrumento especial para avanzar entre la neblina. Cuando la camilla al fin surgió de entre las nubes, bajó colgando como si surgiera del cielo. Observó cómo Jefe bajaba el cuerpo envuelto de su hombro y lo colocaba sobre la camilla, como una

ofrenda. Poco a poco lo subieron entre la neblina.

Ahora, mientras todos bebían cerveza en honor de Stanley, Jack se dio cuenta de que el escuadrón había perdido algo que lo diferenciaba de los otros: habían perdido su inocencia, la pureza de Stanley había desparecido.

Capítulo 27

Buddy, hijo único, había pasado innumerables horas preguntándose cómo sería tener hermanos con quienes tener una relación. Glorificaba la energía masculina que buscaba en sus revistas *Soldados de la Fortuna*, en las películas de guerra que devoraba en televisión.

Así, cuatro días después de que acabara el ciclo escolar, mientras la mayoría de las familias en Bellegrove pasaban los días de verano llevando a sus hijos en sus espaciosos vehículos estadounidenses a las playas o clubes de natación, cargando canastas para días de campo llenas de sándwiches de atún o de huevo con lechuga, y termos de té helado dulce, Buddy empezó a buscar otras formas de pasar el tiempo. Con malas intenciones, robaba navajas y paquetes de chicles, incluso los paquetes de cigarros de la tienda de abarrotes que estaba junto al supermercado Kepler. Su compinche era Clayton Mavis, el nuevo chico de Bellegrove, quien había llegado a medio año escolar del este de Texas, después de que transfirieron a su padre por el trabajo en el negocio del petróleo; para él, al igual que para Buddy, la vida suburbana de la Costa Este era sofocante. Aunque Clayton le había contado cómo disparaba a latas de cerveza y ardillas con un rifle de caza, Buddy había llamado el interés de su nuevo amigo al sugerirle que construyeran un búnker tipo fortaleza en el viejo bosque cerca de la presa, una idea que ya llevaba

tiempo contemplando.

Tan solo pensarlo hacía que Buddy se emocionara. Un lugar que pudiera llamar suyo, construido con sus propias manos. Un refugio lejos de su madre dominante. Lo imaginó por primera vez una tarde que estaba acostado en su recámara. El sonido de la aspiradora que su madre usaba en la planta baja, el ronroneo del motor mientras ponía toda su energía en movimientos furiosos y largos contra la alfombra. Adele lo había atrapado comiendo papas fritas en la sala y desencadenó un torrente de furia contra él.

—¡En esta casa comemos en la cocina, jovencito! ¡En la cocina!

Para su madre, las apariencias lo eran todo. Perdió a su hermano en la guerra, pero ahora haría que sus padres estuvieran orgullosos porque ella sería el pináculo de la perfección. Adele mantenía impecable cada habitación de la casa con un vigor envidiable. Desde que se despertaba cada día, tenía un orden rígido al que se atenía: se maquillaba, se ponía un vestido limpio (odiaba a las mujeres que pasaban la mañana en bata), hacía el desayuno para su marido y su hijo, y luego se aseguraba de que su casa en Byron Lane brillara desde el interior hasta el exterior. Incluso las macetas de flores a la entrada estallaban con una rotación de flores durante las distintas estaciones, y el columpio del porche estaba pintado de amarillo brillante.

A menudo, Buddy se preguntaba qué pensarían de ella las amigas de su madre en las reuniones de la iglesia, si supieran cómo se transformaba de una muñeca de papel perfecta a una harpía de cara enrojecida que le gritaba a puerta cerrada. El sonido de la voz aguda de Adele resonaba en sus oídos y Buddy con frecuencia sentía que la rabia le hervía al interior, a tal punto que tenía que luchar para controlarla. Cuando era niño, nunca dudaba en defenderlo en público, pero una vez que regresaban a

casa, su afecto maternal desaparecía. Nunca le pegó, pero siempre decía cosas que él sabía que sorprenderían a sus amigas del grupo de tejido. Su padre, que iba a la ciudad todos los días, solo estaba en casa para la cena, y parecía disfrutar del estricto orden que su madre mantenía.

Esa tarde, cuando tuvo la idea del fuerte, lo había regañado una y otra vez; los ojos se le salían de las órbitas, su mano sacudía la manguera de la aspiradora en su dirección, como si fuera un arma peligrosa. Buddy escapó de su ira subiendo la escalera a toda velocidad hasta su recámara. Azotó la puerta y se aventó a la cama.

Incluso su cuarto no le parecía suyo. Adele había entrado cuando él estaba fuera con Clayton y lo *desinfectó*, como le gustaba decir siempre que invadía su espacio de manera rutinaria. Revisaba los cajones de su escritorio, recogía todos los lápices que estaban por todas partes y los alineaba en hileras perfectas. Había tomado los antiguos ejemplares de *Soldados de la Fortuna* y los apiló en montones por orden cronológico; incluso hizo su cama, cuando él, a propósito, la había dejado sin hacer.

Hasta olía diferente. El aroma a limón del desinfectante flotaba en el aire, un olor que él odiaba. No entendía por qué a ella le desagradaba tanto el olor de sus calcetines de gimnasia; para él era un olor reconfortante, como el de su sándwich favorito de mortadela y queso amarillo.

Buddy se quitó los zapatos y dejó que cada uno cayera en el piso con un golpe seco. Extendió el brazo, encendió la radio a todo volumen y miró al techo.

La idea del fuerte le vino como por instinto. Odiaba estar solo en la casa con su madre. En cuestión de segundos, había tramado un plan. Le diría a su madre que estaría en casa de Clayton para poder pasar unas horas cada día construyendo su fuerte. Estaba seguro de que su nuevo amigo estaría feliz con esta oportunidad. Clayton aún era nuevo en el pueblo y le decepcionaba que ninguno

de los chicos de Bellegrove tuviera un arma; se lamentaba de que sus actividades recreativas hubieran disminuido de manera tan drástica.

Buddy se sentía atraído por el aspecto de forajido de su nuevo amigo y ahora por lo menos tenía a alguien con quien pasar el tiempo después de la escuela. La fortaleza sería un proyecto que podían planear juntos y al cual dedicar su energía. Imaginaba que sería algo que su tío había hecho en Vietnam: construir un escondite camuflado desde donde vigilar al enemigo.

El bosque detrás de la presa era espeso; tenía altos pinos y abetos, robles y juníperos. Él y Clayton recogerían palos caídos y ramas para crear los cimientos y luego construirían hacia arriba, capa por capa. Usarían todo lo que pudieran encontrar. Serían ingeniosos y fuertes, igual que los personajes de las revistas de *Soldados de la Fortuna* que aparecían en las portadas. Creía que la idea era una forma de honrar a su tío, un hombre al que nunca conoció, pero cuyo retrato aparecía en todos los marcos de su casa, que su madre lustraba y pulía con amor. Vestido en su uniforme, con el rostro noble que miraba desde el otro lado del cristal.

Capítulo 28

Jack estaba en el campamento de base cuando llegó el telegrama de la Cruz Roja. Esos últimos días habían sido un poco difíciles desde la muerte de Stanley, y la mayoría de los hombres no podía creer que ya no estuviera con ellos, escondido en algún lugar con la Biblia entre las manos o poniéndose a regañadientes el casco con las palabras ofensivas grabadas al frente.

Pero esa mañana Jack descansaba unos minutos al exterior; su camisa de servicio se secaba en el tendedero y llevaba una toalla verde oscuro alrededor del cuello. Apreciaba el sol sobre su piel, después del catastrófico patrullaje en el que la lluvia fue implacable y las sanguijuelas habían sido peores que de costumbre. Hacía tiempo que los hombres habían descubierto que las sedientas chupasangre podían reptar por sus piernas y pegarse a sus extremidades y pecho, en cualquier lugar que pudieran alcanzar. Todo el cuerpo de Jack era ahora una constelación de llagas abiertas, enrojecidas y dolorosas que tardaban en aliviarse; la única manera de quitarse a esas bastardas de la piel era quemándolas con la brasa de un cigarro, cubrirlas con sal o empaparlas con repelente de insectos. Los hombres casi siempre optaban por usar el cigarro.

Jack seguía considerándose más afortunado que algunos. Jefe, quien había cargado el cadáver de Stanley

todo el camino sin ninguna ayuda, parecía exhausto. Tenía bolsas bajo los ojos y los hombros ligeramente caídos.

Jack no esperó ver de pronto al teniente Bates de pie frente a él.

—Cabo segundo Grady... —Su voz, que siempre fue aguda y desprovista de emoción, sonaba extrañamente distinta en los oídos de Jack.

Llevaba un sobre delgado en la mano.

Años después, cuando Jack recordaba cómo se enteró por primera vez de la noticia, reconocería en el tono poco familiar de la voz de Bates algo que en realidad era amabilidad.

Jack se puso de pie, medio desnudo, con los pantalones a la cadera y la placa metálica de identificación sobre su pecho desnudo.

—Esto acaba de llegar para usted.

Bates le dio el telegrama a Jack impreso en papel delgado. El sobre cayó en sus manos como una piedra.

Jack tomó el telegrama y sacó el mensaje.

«Lamentamos informarle la muerte de su madre, Eleanor Grady. Su muerte se reportó esta mañana a las 7:00. La Cruz Roja organizará el transporte para que regrese a casa. Se le ha autorizado un permiso de dos semanas por luto».

A Jack le llevó varios segundos darle sentido a esas palabras; no dejaba de pensar que había leído mal.

—Mi más sentido pésame, cabo segundo Grady.

Bates extendió el brazo y apretó el hombro de Jack.

Durante meses, Jack vivió en un mundo lleno de incomodidades y peligro. Había experimentado el terror indescriptible de cohetes y granadas que explotaban a tan solo metros de él y había sido testigo de la insensatez de que envolvieran a jóvenes en bolsas para cadáveres, cuyas vidas habían sido trágicamente breves. Pero algo con lo que Jack contaba era saber que las dos personas que más

amaba estaban seguras en casa. Después de todo, ese era el orden natural de las cosas.

¿Cuántas veces había imaginado que su madre recibía la noticia de su propia muerte? Tan pronto como supo que había sido reclutado, Jack imaginó que dos oficiales vestidos con uniforme militar subían los escalones del porche, saludaban a su madre con solemnidad y le ofrecían una bandera doblada a la perfección, como sucedía en las películas. Era una escena que había memorizado porque era creíble en esas circunstancias. Pero Jack nunca imaginó que sería él quien leyera el telegrama que le anunciaba la muerte de su madre. Se suponía que sería al revés.

—El helicóptero llegará a las 13:00 horas para recogerlo y llevarlo al campo aéreo de Đà Nẵng —le informó Bates.

Jack asintió con la mirada perdida. Había sudado todo el día, pero ahora ya no sentía el calor opresivo. Sentía frío, como si sus venas estuvieran llenas de hielo.

La noticia de la muerte de la madre de Jack se extendió por todo el campamento. Nadie quería decir que sentía envidia de que se fuera a casa con un permiso de dos semanas, pero la idea de dormir en una cama caliente, comer algo distinto a las raciones de combate y encontrar la tranquilidad en los brazos de una novia les parecía una ventaja en medio de esa noticia dolorosa.

—Hombre, no te sientas mal. Estoy seguro de que estaba muy orgullosa de ti.

Doc fue el primero en acercarse a él y ofrecerle unas palabras de aliento. Flannigan también trató de ser positivo.

—Al menos vas a poder ver de nuevo a tu novia, Hollywood.

Jack mentiría si no admitiera que Becky cruzó por su mente segundos después de saber la noticia de su madre.

Pero estaba perplejo. ¿Por qué hasta ahora se

enteraba que su madre estaba enferma? ¿Por qué Becky no le dijo en ninguna de sus cartas que la salud de su madre se estaba deteriorando? O ¿lo había hecho, pero él no lo advirtió? Después de todo, ella le había comentado que su madre tenía tos, pero él pensó que solo era un resfriado.

Abrió su mochila de tela y buscó la bolsa de plástico donde guardaba todas sus cartas; sacó las más recientes.

«La tos de tu madre es bastante preocupante. El otro día le llevé pastillas de limón de la farmacia. Me dijo que los médicos dijeron que no era grave, pero parece que está mal. No la visito tanto como quisiera porque estoy muy ocupada con la escuela, pero cuando lo hago, toda nuestra conversación es sobre ti. Guarda todas tus cartas, igual que yo...».

Y en la última, que llegó al campamento apenas hacía un par de días, escribió: «Me parece que tu madre está débil. Le preparé una sopa Campbell's. Estaba contenta. Le hice la de pollo con estrellas, era la única lata que quedaba en la alacena. Y tu mamá dijo algo muy tierno. Dijo que le pediría un deseo a una de las estrellas para que volvieras a casa sano y salvo. Jack, ahora solo quiero comer sopa de pollo con estrellas. Quiero pedir el mismo deseo con cada una hasta que vuelvas a casa».

Él sabía que los cigarros que su madre se había fumado desde que tenía dieciséis años habían hecho que su voz se volviera rasposa; cuando él se fue al campo de entrenamiento tosía mucho, pero eso fue hace meses. Algo que sabía de cierto era que su madre jamás les mencionó a los médicos o que estuviera enferma; sus cartas eran más bien guías de programas de televisión con las descripciones detalladas de todo lo que veía, y de vez en cuando una referencia a los cachitos de lotería que compraba con las propinas de la cafetería. «Voy a ganar un millón de dólares y compraré una casa móvil para llevarte a recorrer el país», escribió en su última carta, como si al poner sus deseos en papel se volvieran realidad.

«Asegúrate de comer bien, Jack», le recordaba. «Pero, sobre todo, no hagas nada estúpido», lo regañaba como si él estuviera ahí en la sala, a punto de salir con sus amigos. Ella no tenía la menor idea de cómo era su vida en Vietnam, el peso de la radio que llevaba a espaldas; el absoluto terror de no saber si lo mataría el fuego enemigo o si quedaría destrozado al pisar una mina antipersona. Nunca le escribiría eso a su madre porque quería ahorrarle el dolor y la constante preocupación de cosas que estaban fuera del alcance de ella y del control de él.

Quizá él tenía la culpa, igual que ella. Quería que ella pensara que él estaba bien, cuando la verdad era justo lo contrario.

Entró a su tienda de campaña y empacó rápidamente; tomó la ropa que se secaba en el tendedero, metió su equipo, su diario y las cartas de Becky, un paquete grueso atado con un cordón.

Imaginó volver a casa desde el momento en que puso un pie en Vietnam. Cuando rellenaba costales de arena o cavaba letrinas; pensaba en su hogar como si fuera un lugar idealizado de Navidades perpetuas. Y aunque su casa nunca fue el lugar perfecto de los programas de televisión, empezó a concebirla como más acogedora y cálida. Cambió sus recuerdos de la sala y borró el sofá raído o los platos astillados en los que comían que no hacían juego. Se concentró solo en lo bueno. Imaginó a su madre haciendo hotcakes premezclados y friendo salchichas Frankfurt en la sartén. La veía volver a casa después de su trabajo como mesera en el O'Hara, sacar los billetes arrugados de su bolso y alisarlos sobre la barra con movimientos rápidos de la mano. Esto le encantaba cuando era un niño, cuando ella contaba sus propinas y le decía que había suficiente para un helado. Incluso ahora,

cuando pensaba en ellos dos caminando a la heladería para comprarse unos conos, lamiendo los hilillos de vainilla que goteaban, eso lo devolvía a un lugar en el mundo en el que no había preocupaciones.

Mucho había cambiado desde entonces.

Recordó la fotografía de ellos dos que su madre tenía en su buró. Tenía el cabello hacia atrás, en una cola de caballo, y él no tendría más de cuatro años. Está acurrucado en sus brazos, con la mejilla presionada contra la de ella; su cabeza es una corona de rizos castaños. La fotografía es un estallido de color: el cabello de su madre es dorado y sus ojos azul profundo; pero para cuando él ya estaba en preparatoria, su belleza de color Kodak se había desteñido. Sus ojos se nublaron y su cabello parecía de paja; el antiguo brillo se perdió con los años que pasó criándolo sola.

Esa soleada tarde en que tomaron la fotografía, su madre tenía solo veintidós años, la misma edad que él tiene ahora que empacaba su mochila para ir a enterrarla. Jack se echó el bulto al hombro y fue a esperar el helicóptero que lo llevaría a un hogar sin madre.

En los dos días que le llevó volver a Estados Unidos, los pensamientos de Jack pasaron del dolor de haber perdido a su madre a la alegría de poder ver a Becky de nuevo.

Su tiempo en Vietnam había hecho que su cuerpo se volviera delgado y firme; el calor abrasador cambió su piel blanca germano-irlandesa en un profundo castaño oscuro. Vestido con el uniforme Clase A, se sentía mucho más distinguido que cuando salió al campo de entrenamiento hacía tan solo nueve meses. Sus músculos llenaban el

pecho y las mangas de la camisa. Su cinturón acentuaba su cintura estrecha. Podía ver su propio reflejo en sus botas perfectamente pulidas.

Anhelaba que Becky se diera cuenta de lo mucho que había cambiado. Esperaba que ella se asombrara al ver la fuerza de su cuerpo, y no podía esperar a sentirla entre sus brazos. Sin embargo, en el avión, cuando cerraba los ojos, la mujer que imaginaba no era Becky, era su madre. Su rostro joven y terso, sus manos extendidas como si lo exhortara a acercarse cuando él daba sus primeros pasos. Su risa llenaba el aire.

Cambió de avión en California. Una empleada de la aerolínea lo sorprendió al preguntarle si viajaría a Pittsburgh vestido con ese uniforme.

—Hay un baño al final del pasillo. Puede cambiarse ahí si lo desea... Le apliqué la tarifa militar.

—No, señorita —respondió—. Eso no será necesario.

Jack tomó su boleto, se echó la mochila al hombro y caminó hacia la puerta de embarque. Tenía cuarenta y cinco minutos antes de abordar y quería comer una buena hamburguesa en uno de los restaurantes. Minutos después, mientras caminaba en dirección a uno de los restaurantes del aeropuerto, sintió pasos a su espalda que le parecieron inhabitualmente cercanos. Por instinto, Jack disminuyó el paso y dio media vuelta.

—¿Puedo ayudarle?

Estaba frente a una joven que llevaba un par de lentes oscuros de gran tamaño sobre el rostro pálido y redondo; dos trenzas largas color castaño colgaban detrás de sus orejas.

—¿Regresas de Vietnam? —preguntó con desprecio.

Jack ya había visto a chicas como ella: la falda larga

de campesina, la blusa holgada sin brasier. Antes de partir, no odiaba a la gente de los movimientos pacifistas, ¡por Dios!, él no quería ir a Vietnam. Pero nunca esperó que lo confrontaran cuando volviera a casa.

Un brazo con pecas que sostenía una bebida salió de su colorido poncho tejido; un montón de pulseras doradas tintinearon en su muñeca.

—Te estoy hablando a ti —continuó. Jack volteó a verla y ella le gritó a la cara, salpicando saliva—: ¡Asesino de bebés! ¡Asesino de bebés!

Jack estaba a punto de quitarla de su camino cuando ella le lanzó la bebida a la cara. Se quedó paralizado mientras la limonada helada de la chica goteaba por sus mejillas y su pecho.

—¿Qué demonios? —vociferó con el rostro enrojecido.

Pero ella ya se alejaba por el pasillo; la parte trasera de su poncho revoloteaba a su espalda como si fuera una capa ridícula.

Jack miró su uniforme empapado, el líquido pegajoso había mojado su camisa y parte del pantalón.

Exhausto por el cambio de horario y completamente asombrado, se quedó ahí parado, estupefacto.

«El vuelo 509 a Pittsburgh abordará en diez minutos», se escuchó la voz de una mujer en el altavoz.

Todas las miradas se desviaron de Jack. Una madre con un niño pequeño, no mayor de cinco años, lo jaló por el brazo y lo acercó a las ventanas que daban a las pistas.

¿En verdad esa mujer acababa de llamarlo «asesino de bebés»?

Acababa de pasar cinco meses con una radio sujeta a su espalda que lo hacía el blanco del enemigo; había temido por su vida cada segundo del día. Él no había matado a un solo Việt Cộng, y la idea de matar a un niño era ridícula. Pero ahora volvía a casa, al país por el que supuestamente peleaba, para que lo acusaran injustamente

de esos actos abominables.

—Allá hay un baño, hijo. —Escuchó la voz suave de un hombre mayor. Sacó unas servilletas de papel de su bolsillo y se las ofreció a Jack—. Es solo una hippie ignorante, no le hagas caso.

Jack tomó las servilletas y se limpió el pecho.

—No es la bienvenida que esperaba cuando volviera a casa.

—Imagino que no. —El hombre sacudió la cabeza—. ¿Tienes ropa limpia en esa mochila?

Jack asintió.

—Ve a cambiarte y a limpiarte. Me aseguraré de que el avión no se vaya sin ti —agregó.

Las emociones se mezclaban en su interior; ese hombre era la única persona que le demostraba un gesto de amabilidad.

—Gracias, señor. Se lo agradezco.

—Suboficial tercera clase de la Fuerza Naval —dijo el hombre extendiendo el brazo para estrechar la mano aún mojada de Jack.

Capítulo 29

Esa mañana que Clayton y Buddy salieron en busca del mejor lugar para construir su fuerte, se encontraron con Katie Golden, quien se dirigía emocionada a su primer día de trabajo como salvavidas. Aunque iba vestida con una sudadera blanca, con el traje de baño rojo oculto debajo, llamó la atención de los chicos mientras pedaleaba en su bicicleta por Main Street.

Clayton fue quien le gritó primero:

—¡Oye, bombón, ve más despacio! —Una sonrisa cínica atravesó su rostro como queroseno derramado.

Katie había advertido a los chicos por el rabillo del ojo y trató de evitarlos. Buddy nunca le cayó bien, pero lo conocía desde que eran niños y para ella era un molesto mosquito que solo la irritaba. Pero desde que comenzó a salir con Clayton, ella percibió algo más amenazador en él. Ambos se habían vuelto inseparables, y sospechaba que sus intenciones no eran nada buenas.

A Buddy siempre le gustó causar problemas, pero este nuevo chico, Clayton, le producía escalofríos. Sus ojos pálidos se entrecerraron al mirarla, como si la estuviera cazando. La tomaron por sorpresa en el cruce con la calle Blythe. Era evidente que pensaban que sería divertido tomar un atajo y volver aparecer frente a ella.

—¡Ey, Katie! ¿Adónde vas? Espero que lleves algo debajo de esa sudadera. —Buddy sonrió—. Eres mucho

más bonita que esa vieja bicicleta tuya.

Ella sintió repulsión.

—Eres asqueroso. Váyanse al diablo.

Odiaba todo de ellos: el cuello enjuto de Buddy, su piel blanca como de vampiro y su cabello pelirrojo.

—¿Qué dijiste? No te escuché —se burló Clayton. Se adelantó y puso una mano en el centro del manubrio—. Me gusta cuando te enojas. Tu nariz se arruga como si fueras un hurón.

Ella les dijo que se largaran.

—Son patéticos, ¿lo sabían?

Clayton se acercó más. Ahora, su rostro estaba a tan solo centímetros del de ella.

—Te lo diré de nuevo: me gusta cuando te enojas —repitió con una risita.

—Entonces, esto te va a gustar —espetó Katie antes de lanzar una patada contundente a su espinilla.

Clayton retrocedió por el dolor, gritando groserías. Pero Katie apenas pudo escucharlo; salió volando en dirección al club de playa. Se había esforzado mucho para obtener el trabajo de salvavidas; era el empleo de verano más codiciado en el pueblo, porque era el paso intermedio para obtener popularidad en preparatoria. Nadia la detendría, nadie; ni siquiera un par de niños molestos podrían amenazarla con quitarle eso.

Capítulo 30

Después de explorar el bosque durante casi una hora, los chicos encontraron el lugar donde construirían el fuerte. Clayton quería escoger un sitio un poco elevado, y Buddy quería uno un poco escondido. Ambos acordaron que no podía estar muy cerca de la entrada, donde las personas que llegaban al estacionamiento pudieran verlo; tampoco podía estar muy cerca de la presa, en caso de que se desbordara.

Por último, Buddy se sometió a las instrucciones de Clayton, porque él nunca había construido antes algo como eso. Aceptó de buena gana que organizaran sus tardes, esa estructura tenía algo que ver con las interminables horas libres del verano que lo diferenciaban de sus compañeros de clase. Pero quizá lo que más atraía a Buddy era el hecho de que la fortaleza significaba un secreto que compartía con Clayton.

En las tardes, llevaban serruchos y cortaban árboles para hacer leños y comenzar a formar la estructura.

—Traeremos la radio —anunció Clayton— para que podamos escuchar la música que queramos.

—Es una lástima que no podamos dormir aquí —se lamentó Buddy—. Daría cualquier cosa por pasar una noche fuera de mi casa.

—De acuerdo —masculló Clayton al tiempo que sacaba un serrucho de su mochila; los dientes plateados

brillaban bajo la luz tenue del bosque. Había tomado algunas herramientas de su padre, las que él todavía no desempacaba en el cobertizo, porque sabía que no las extrañaría—. Solo tenemos que trabajar duro para terminar pronto.

Colocó el serrucho frente a un árbol y movió la hoja de adelante hacia atrás. Buddy observaba cómo el rostro de Clayton se transformaba por el esfuerzo.

—¡No te quedes ahí parado, pedazo de flojo! —ordenó Clayton después de cortar el tercer leño—. Haz algo útil.

Buddy fue a recoger más ramas y varias materias primas en el bosque. Encontró un pedazo de triplay y unas cajas de Coca-Cola tiradas y las apiló con ramas pegajosas de pino y otras ramitas secas.

En algún momento, Buddy se sintió cansado. No estaba acostumbrado a hacer ejercicio. La espalda de su camiseta estaba empapada en sudor y su rostro manchado de tierra. Su piel brillaba como si fuera materia viscosa. Incapaz de mantener el ritmo de Clayton (quien ya había cortado siete leños rectos para los cimientos), se sentó sobre uno de los troncos para recuperar el aliento.

Clayton se acercó y miró las ramas que Buddy había encontrado.

—Buen trabajo. Si no encontramos una lona, quizá usemos estas para el techo —dijo, evaluando el botín—. Tenemos que asegurarnos de tener privacidad.

Salieron del bosque más apestosos y sucios de lo que jamás habían estado y disfrutaron pensando en lo que sus madres harían para limpiarlos. La camiseta de Buddy estaba rasgada en la espalda porque el delgado material se había enganchado con una rama baja. Tenían hojas y ramitas en el cabello, y el rostro manchado de tierra.

El calor que se desprendía del asfalto del estacionamiento ondeaba el aire, y los chicos veían a los peatones ir y venir como si lo hicieran a través de un grueso vitral.

—¿Cuándo quieres que nos veamos la próxima vez? —preguntó Clayton mientras levantaba su brazo pecoso para limpiarse el sudor de la frente.

—¿Qué tal mañana? —respondió Buddy con una sonrisa.

Clayton tomó una rama y empezó a dibujar en el piso.

—Estaba pensando que deberíamos ponernos un nombre, como una sociedad secreta o algo así.

Buddy sopesó la idea durante un momento.

—¿Qué tal «La manada de lobos» o «El diente de dragón»?

—Eso suena muy estúpido —espetó Clayton de inmediato—. ¿Qué tal «El escuadrón víbora»? Si me preguntas, pienso que suena bastante intimidante.

—Sí —afirmó Buddy—. Podríamos grabar las iniciales «EV» en la entrada del fuerte.

—¡Genial! —exclamó Clayton—. Esto es mucho mejor que esa tonta alberca.

Capítulo 31

Grace sentía que tenía un nuevo propósito desde que empezó a visitar la casa generalicia y a enseñar ahí una vez a la semana. Y por primera vez desde que se convirtió en madre, descubrió el efecto positivo de la televisión. Podía ver cómo Bảo aprendía inglés mucho más rápido que los demás, debido a su obsesión por los *Gemelos fantásticos*.

—La secundaria está organizando que un maestro de inglés como segundo idioma venga a enseñar pronto —le informó la hermana Mary Alice a Grace—. Esperamos que los niños puedan empezar la escuela en septiembre, y esta enseñanza les ayudará a entrar a su grado. Pero son los adultos a los que no queremos dejar atrás. —Miró a Grace—. Así que esperaba que pudiera ayudar a Anh con conversaciones en inglés. Ella es quien más nos preocupa, puesto que básicamente es la madre soltera de Bảo, una vez que salgan los papeles oficiales de adopción. Tendrá que salir al mundo laboral para mantenerse los dos.

—Por supuesto —aceptó Grace—. Pero pensaba que quizá sería mejor que lo hiciera con la práctica. Tal vez podría salir con ella un día, ir al supermercado para que aprenda cómo pedir las cosas o que escuche una plática común con la cajera. Ya sabe, intercambios sencillos; cosas que todos tenemos que hacer todos los días.

—¡Es una idea excelente! —exclamó la hermana

Mary Alice.

Muy pronto, Grace y Anh organizaron su cita semanal. Cada martes, ella le recordaba a Katie que Molly estaría en el club de playa con la familia Connor, y que ella debía estar atenta a su hermana menor cuando no estuviera en la torre de salvavidas. A regañadientes, Katie aceptó.

Al principio, Anh permanecía callada y solo seguía a Grace en sus quehaceres diarios; solo asentía mientras Grace seguía su rutina.

—¿Tiene cambio de un billete diez dólares? —preguntó Grace a la cajera cuando iba a pagar sus artículos.

Quería que Anh escuchara la conversación para que pronto adquiriera la confianza de hacerlo ella misma.

La siguiente vez que quedaron de salir juntas, Grace encontró a Anh esperándola en la sala común, muy elegante para su excursión. Anh llevaba un vestido amarillo de algodón con pequeñas margaritas blancas bordadas que Grace le había regalado junto con otra ropa usada de su clóset.

El vestido, que era uno de los tantos que a Grace ya no le quedaban, había sido uno de sus favoritos, uno que utilizó antes de embarazarse de Katie. Ahora, al verlo en la joven Anh, apenas podía creer que alguna vez hubiera sido tan delgada. ¿En verdad su cintura fue tan esbelta?

—Te ves hermosa, Anh. El amarillo te va muy bien.

—Gracias, señora Grace. —Sus ojos se dirigieron a su sobrino, que veía la televisión—. ¿Está bien si Bảo viene hoy con nosotros?

Grace estaba enojada con ella misma. Había querido encontrar la manera de incluir a Bảo en sus salidas. En sus planes, contemplaba llevar a Anh a nadar al club.

—Por supuesto. Debí pensarlo. Molly me ha estado preguntando si Bảo podría venir al club de playa para nadar. Pero hoy solo iremos a la tienda.

Anh tomó la lista del supermercado y se concentró en los artículos que Grace había escrito con cuidado en letras grandes y claras:

Huevo

Mantequilla

Pan

Leche
Ensalada de papa

—Veamos si puedes encontrar estas cosas —sugirió Grace, tomando una de las canastas de plástico que le pasó a Anh —. Si hay algo que no encuentres, puedes preguntarle a él... —continuó, señalando a Karl, quien acomodaba los estantes de comida enlatada—. ¿Okey?

Anh asintió y miró a Bảo.

—Tú también ayudas —dijo, practicando su inglés.

Los ojos de Bảo volaban por los estantes. En lugar de responder, metió las manos en los bolsillos de sus shorts y se encogió de hombros.

—Bien, está bien, pero no te alejes de nosotras —dijo Grace.

Las dos mujeres caminaron hacia la vitrina de charcutería. Detrás del vidrio se alineaban en hileras perfectas tazones con macarrones, ensaladas de papa, de col y de lentejas. Fred se limpió las manos en su delantal de carnicero.

—Veo que esta mañana tengo una nueva clienta.

—Así es —respondió Grace con una sonrisa—. Anh está practicando su inglés. Igual que yo necesité practicar el acento estadounidense cuando llegué por primera vez.

—Ah, sí. —Fred lanzó una carcajada—. Ese acento irlandés suyo me sigue confundiendo a veces. Bien, ¿en qué puedo ayudarlas, señoras?

Grace tocó con suavidad el hombro de Anh.

—Anda —dijo.

De pronto, escuchó una conmoción que provenía de la entrada de la tienda.

—¡Oye, niño! Regresa eso. ¡No puedes tomar las cosas así nada más! —gritó la cajera.

—Ladronzuelo —agregó otra mujer—. Aquí en Estados Unidos pagamos por las cosas.

Grace reconocería esa voz en cualquier parte. Era Adele.

—¡Yo misma vi que lo robó!

Adele estaba de pie junto a Bảo y lo sujetaba con fuerza de la muñeca. Sus uñas pintadas de rosa apretaban la piel del niño, justo encima de la cicatriz.

—¡Suéltalo! —dijo Grace—. ¿Qué está pasando aquí?

—El niño tomó una barra de Hershey de la caja sin pagarlo...

Grace fulminó a Adele con la mirada.

—Por favor suéltalo. Viene conmigo.

Anh estaba al lado de Grace; seguía sujetando la lista de compras en la mano.

—Señora... Bảo buen niño —le dijo a Adele. Metió la mano a su bolso para sacar uno de los billetes que le dieron las hermanas—. Por favor... tome... aquí.

Le temblaba la mano mientras se acercaba y ponía el dinero sobre la caja; luego jaló a Bảo para alejarlo de Adele.

—Esto es un malentendido —intervino Grace, mirando fijamente a Adele—. Estoy segura de que Bảo iba a ponerlo con el resto de nuestras compras.

—Señora, se lo metió al bolsillo. Estaba robando. —La bomba del chicle de la cajera explotó en su boca—. El señor Kepler se ha dado cuenta de que últimamente han desaparecido muchas cosas de los estantes.

—Pues si es así, no es culpa de Bảo —protestó Grace —. Hoy es la primera vez que viene a esta tienda.

Fred rodeó la vitrina de charcutería para tratar de arreglar las cosas.

—¿Qué es todo este alboroto? La señora Golden estaba ahí atrás comprando charcutería con su amiga.

—Pues su «amiga» debería cuidar más a su hijo —

intervino Adele.

Fred le dio a Grace la charcutería envuelta.

—Tratemos todos de comportarnos como gente civilizada —dijo, modulando el tono de su voz—. De hecho, estaba a punto de llamarla —continuó mirando a Adele—. El otro día vi a su hijo Buddy con su amigo; estaban en la trastienda tratando de sacar un par de cervezas.

—Me cuesta trabajo creerlo, Fred. Tú sabes que mi Buddy jamás haría algo así.

Fred volteó a ver a la cajera.

—Amy, ¿te acuerdas de esos dos chicos que estuvieron aquí el otro día tratando de robarse unas cervezas?

—Sí —respondió mirándose las uñas—. Recuerdo algo así.

—Entonces, debió ser otro chico —se quejó Adele—. De cualquier forma, Fred, necesito salchicha de Bolonia y queso. ¿Me puedes ayudar con eso, por favor?

Sujetó su bolso con fuerza a su costado y caminó pasando al lado de Grace y Anh.

—Le pagaremos esto y la barra de chocolate —dijo Grace, acercándose a la caja.

Al salir, Anh empezó a disculparse.

—Dice que su padre le dijo, antes de irnos... que los estadounidenses regalaban barras de chocolate.

Grace sintió un nudo en la garganta. Recordaba que alguna vez Jack le contó un incidente que tenía que ver con una barra de chocolate que uno de los soldados le ofreció.

—Toma —dijo Grace, ofreciéndole a Bảo el dulce—. Mejor cómetelo antes de que se derrita en el coche. —Apretó un dedo contra otro—. Si se calienta demasiado se va a derretir en tus manos.

Capítulo 32

Jack se acomodó en el suave asiento del avión y trató de cerrar los ojos. En cinco horas y media, si el viaje salía como estaba planeado, estaría de regreso en Pennsylvania y la única mujer que ahora tenía en su vida le daría la bienvenida: Becky. El incidente en el aeropuerto lo había confundido mucho, e incluso después de ponerse ropa limpia, sentía que el veneno de la mujer se le pegaba a la piel. Lo había hecho sentir sucio, y la odiaba por ello. Por más que trataba de olvidar el evento, era como si lo hubiera contaminado con algo horrible.

Desde el momento en que llegó al campo de entrenamiento, lo habían capacitado para contraatacar con violencia a cualquiera que lo atacara a él. Si un hombre le hubiera arrojado una bebida y le hubiera llamado «asesino de bebés», no estaba seguro de que no lo hubiera derribado y golpeado el rostro.

Antes de esta experiencia, nunca había sido peleonero. Pero ahora, conforme volaba por los cielos sobre su propio país, Jack se dio cuenta de que el ejército lo había transformado de manera permanente. Y si bien al principio solo le asombró y confundió la manera en que esa mujer lo abordó, ahora sentía una furia retrasada.

—¿Le puedo ofrecer algo de beber, señor? —La voz amable de la azafata lo devolvió a la realidad.

Pidió un ron con coca y dejó que el dulce líquido lo recorriera y suavizara la férrea determinación que pensó que había dejado atrás en Vietnam. Recordó que solo tenía dos semanas de permiso, la mayor parte de las cuales las pasaría durmiendo en una cama caliente al lado de Becky. Se despertarían, prepararían hotcakes con miel de maple y volverían a la cama. Cuando por fin se levantaran, ella lo llevaría a su escuela y le mostraría su nueva vida, para que él tuviera un hermoso recuerdo que para cuando volviera a filas.

No quería pensar en las otras cosas que debía hacer cuando volviera a casa, como enterrar a su madre. Seguía luchando por comprender que en realidad se había ido. Su mente podía con facilidad evocarla sentada en su cómoda silla, con el cenicero a su lado mientras se llevaba uno de sus cigarros Camel a la boca. Sin problema recordaba su risa profunda y ronca, así como los sonidos que hacía en la cocina, por las noches, cuando volvía del trabajo. Por una parte se preguntaba si no debió regresar a enterrarla, porque era más fácil fingir que seguía viva mientras él permanecía en Vietnam, esperándolo junto con Becky a que volviera a casa.

Cuando salió al vestíbulo de llegadas nacionales en el aeropuerto de Pittsburgh, él la vio de inmediato. Era un faro de luz blanca en medio de un mar de sombras. Becky estaba al frente de la multitud, su cabello castaño estaba más largo de lo que lo recordaba, pero tan peinado que parecía lustroso. No llevaba un overol descuidado y camiseta, como muchos otros entre la muchedumbre, sino un vestido verde pasto con una diadema del mismo color. En una mano sujetaba un ramo de margaritas blancas; en la otra, un letrero escrito a mano que decía: «¡Bienvenido a casa!».

Una de las cosas que más amaba de Becky era su quietud. Esa tarde, ella lo llevó al departamento que compartía con otra estudiante fuera del plantel universitario, y después de que él se bañó, ella lo llevó a su cama, lo beso profundamente y dejó que solamente la abrazara.

Él aspiró su olor. Inhaló su dulce fragancia y saboreó la suavidad de su piel contra la suya. Ella colocó sus manos a ambos costados de su rostro y lo miró un momento antes de besarlo.

—Siento mucho lo de tu madre, mi amor —murmuró antes de besarlo de nuevo.

Fue hasta ese momento, en la seguridad de su abrazo, que pudo liberar todo el dolor que había intentado reprimir en su interior. Lloró a rienda suelta entre sus brazos.

Capítulo 33

Cuando esa tarde Grace volvió a casa después de su salida con Anh y Bảo, seguía alterada por el comportamiento de Adele. Esa mujer había condenado sin pestañear a un niño inocente cuyo único error había sido creer lo que su padre le había dicho. Aunque después ni siquiera quiso comerse el chocolate. Cuando los llevó de vuelta a Nuestra Señora de los Mártires, advirtió que la barra de chocolate seguía en el asiento trasero, sin abrir. Al sacarla, pudo sentir que estaba suave debajo de la envoltura.

El corazón se le hizo nudo. Adele había arruinado lo que se suponía debía ser un paseo feliz fuera de la casa generalicia.

Había empezado de forma tan positiva. Encendió la radio, y la camioneta se inundó con las últimas canciones del verano. *La bailarina de la caja de música*, de Frank Mills, llenó el ambiente y por el espejo retrovisor Grace vio que Bảo sonreía. Cuando bajaron en el supermercado Kepler, Anh se detuvo frente a la sección de fruta. Al frente exhibían pirámides de manzanas y peras. Sobre una larga mesa de madera había pequeñas canastas de plástico con fresas, así como montones de duraznos y ciruelas. Anh extendió el brazo, tomó un mango y lo puso frente a su rostro. Inhaló profundamente dos veces en busca de su rica fragancia.

—No maduro —dijo sencillamente, sonriendo hacia

Grace.

Después, ambas se dirigieron a la sección de charcutería, el primer paso para que Anh usara el inglés que sabía con un desconocido.

Estaban haciendo su pedido cuando empezó el desorden con Bảo.

Grace repitió el incidente en su cabeza, luego tomó un vaso de la alacena y lo llenó con agua de la llave. Miró el reloj; en una hora saldría hacia el club de playa para recoger a Katie y a Molly. Afuera, las macetas de flores estaban secas y en el jardín habían crecido algunos dientes de león que no debían permanecer ahí. No podía evitar sentirse un poco melancólica. ¿Habría ido demasiado lejos solo para fracasar, a pesar de sus mejores intenciones? Se sentó y terminó su bebida. La próxima vez irían todos a nadar al club. Grace imaginó la escena: el agua salpicada, las risas. Quería borrar de su memoria lo que había pasado hoy y reemplazarlo con algo mejor.

Escuchó la voz de su suegro fallecido en su cabeza y recordó que el tiempo no retrocedía, solo avanzaba.

Capítulo 34

Anh entró a la casa generalicia evitando la mirada de las hermanas. Sabía que le preguntarían cómo le había ido en su salida y no tenía ni las palabras ni las ganas de tratar de explicar lo que había sucedido. Bảo encontró su lugar favorito frente al televisor; se quitó los tenis y se sentó sobre sus pies. Ella podía ver que él ya estaba tratando de olvidar el incómodo incidente y de escapar en la trama de su programa favorito.

Había esperado que la salida con Grace le ayudara con la nostalgia que sentía desde que había llegado aquí. Extrañaba tanto Vietnam, no solo el consuelo de su familia, que alguna vez fue tan unida, sino la relación tan estrecha con su hermana, la calidez de su esposo a su lado. Pero también las copas de los árboles, el olor de las plumarias y la comida. En este extraño país, la fruta no tenía ni olor ni sabor. Al principio pensó que era solo la fruta que las hermanas les servían en la casa generalicia, pero la salida con esa mujer tan amable, Grace, había confirmado sus sospechas: en este país la fruta no era dulce.

Extrañaba su vida anterior, o las partes que no eran difíciles o peligrosas. ¿Dónde estaban los suculentos mangos? ¿Los longuianes dulces y las jugosas toronjas rojas? Comer una fruta que había sido cosechada demasiado pronto era un terrible desperdicio; parecía que

el sabor había quedado abandonado en el árbol.

En Estados Unidos comían todo lo que les ponían enfrente, nunca pensaban en lo que hacía falta. Pero Anh sabía que ella no era la única que advertía esta diferencia; esa mañana, Bảo había dejado los arándanos flotando en la leche de su cereal. Dinh, un hombre soltero de casi treinta años a quien el Việt Cộng había golpeado tanto durante un interrogatorio que seguía cojeando, también hizo un comentario durante el desayuno sobre cómo desearía cultivar un huerto en el enorme jardín trasero de la casa generalicia, porque extrañaba mucho la fruta madura.

—Estos estadounidenses deben ser muy tristes porque comen alimentos sin sabor —se lamentó mientras comía el pan tostado con mermelada que las monjas servían con té cada mañana. Cómo me gustaría comer un poco de arroz *congee* y verduras en escabeche...

Anh rio. Ella también extrañaba su desayuno habitual, el tranquilo ritual de preparar atole de arroz y aderezarlo con hierbas frescas y cacahuates rostizados. Su apetito había disminuido desde que llegó a Estados Unidos, algo que la sorprendía porque, mientras viajaron en el bote pesquero, pasaron casi cada hora soñando con toda la comida que comerían cuando los rescataran. Incluso en el campo de refugiados donde estuvieron antes de escuchar la maravillosa noticia de que una iglesia católica estadounidense los recibiría, comieron una dieta similar a la que consumían en casa, en su mayoría arroz y verdura hervida. Por eso, el cereal insípido y el pan esponjoso que ahora les ofrecían cada mañana era poco apetitoso, igual que el pollo o la res desabridos que les daban en la cena.

La dieta que consumían en casa también tenía propiedades medicinales, que Linh siempre recomendaba: jengibre para náusea o infección, chile para tener energía o mantener los huesos fuertes. Desde que llegó, Anh se

había sentido muy cansada, y sospechaba que eso se debía al cambio de dieta.

El molesto incidente en el supermercado Kepler la alteró el resto de la tarde. Había esperado comprar pollo para cocinarlo en la casa generalicia. La hermana Mary Alice le dio veinte dólares para que comprara algunos ingredientes; sabía que Anh disfrutaba preparar la comida en la pequeña cocineta. Anh había planeado lo que cocinaría antes de salir con Grace; cocería el pollo esa noche, con todo y hueso, y lo guardaría para que les diera a ella y a Bảo la fuerza de la que carecían. Pero después de ir al Kepler ya nunca hicieron la segunda parada.

—Si quieres, podemos ir a la carnicería.

Grace se lo ofreció con amabilidad, pero Anh solo negó con la cabeza.

—Hoy no, señora —respondió.

Por la expresión de Bảo sabía que él solo quería volver a la casa generalicia. Hasta ella podía escuchar aún el tono acusador de esa mujer de uñas rosas y rostro empolvado que le martillaba la cabeza. Anh también quería volver.

Lamentaba terminar tan pronto con el día. Esa mañana, antes de que Grace llegara, imaginó la voz de Linh en su cabeza que le recordaba que fuera menos tímida, que fuera valiente, y que aprovechara la tarde para practicar el inglés. Anh quería sentirse más cómoda en este nuevo país, aprender sus costumbres y su idioma, pero no le era fácil.

Por su parte, Dinh había sido muy sociable con las hermanas de Nuestra Señora de los Mártires. Su sonrisa fácil y risa rápida ayudó a establecer una relación inmediata con las mujeres, y con frecuencia contaban con él para que organizara a los demás cuando necesitaban que ayudaran en la limpieza general. Por la manera rápida en la que ayudaba a limpiar los pisos o lavar los platos, se convirtió en el favorito de la casa.

Algo en él le recordaba a su esposo fallecido. Quizá su entusiasmo por ayudar siempre. Su marido era igual, en particular cuando empezaron a salir juntos y él quería mostrarle a los padres de ella que era un buen partido. Anh recordaba con cariño cómo llegaba a su casa y cortaba leña para sus padres o realizaba otras tareas que eran difíciles para los ancianos, como ayudar a reparar el techo de hojalata cuando tenía goteras.

Anh había evocado tantas veces su noche de bodas, cuando se superó a sí mismo con un acto muy caballeroso. Era la primera vez que hacían el amor y, para aflicción de ella, no manchó de sangre la sábana marital. La costumbre dictaba que, la mañana siguiente, debía mostrar a sus suegros la prueba de su virginidad, pero no había ninguna sangre que enseñar.

—No te preocupes, bella esposa —murmuró Minh, con cuidado de que nadie fuera de la recámara nupcial pudiera escucharlos.

Lo vio ponerse de pie, tomar un pequeño cuchillo que estaba en el estante, rápidamente se picó el dedo y lo apretó para que goteara un poco de sangre.

—Nadie sabrá —prometió, besándola de nuevo.

Ahora, por primera vez desde la muerte de su marido, Anh fue consciente de la amabilidad de otro hombre hacia ella. En particular apreciaba la manera en la que Dinh disfrutaba jugar con Bảo; lo había apodado afectuosamente *Bi*, que significaba *pequeña canica*. Tomaba pedazos de papel y hacía pequeños soldados de origami, a veces agujereaba el papel con palillos de dientes de madera para que pareciera que llevaban espaditas.

Aquella terrible mañana en la que Anh se despertó y vio que Bảo había desaparecido, cuando llevaban apenas una semana con las monjas, fue Dinh quien la consoló en su idioma natal mientras las hermanas gritaban y agitaban las manos al aire, hablando frenética y rápidamente cosas que ella no entendía.

Y mientras Dinh la tranquilizaba, arrodillado a su lado cuando ella tenía la cabeza entre las manos y lloraba, le decía que pronto encontrarían a Bảo. Fue Grace quien lo devolvió sano y salvo.

Anh tenía un vago recuerdo de haber visto a Grace en la estación de policía, pero había estado tan angustiada hasta que finalmente Bảo entró a la habitación, que apenas le lanzó una mirada y se concentró en su sobrino.

Cuando Grace se presentó al día siguiente en la casa generalicia, el pánico se apoderó de ella. ¿Esa mujer quería separarlos? ¿Pensaba que ella había hecho algo para que él huyera?

Pronto se enteró de que Grace solo quería ayudar. Llevó libros nuevos para que practicara inglés, e incluso algo de ropa.

Cuando Grace llegó con una bolsa llena de vestidos, Anh tuvo la suerte de que toda la ropa fuera de su talla. Las otras dos mujeres vietnamitas no eran tan altas como Anh, y hubieran tenido que subirles la bastilla. Como no quería parecer muy codiciosa, Anh se ofreció arreglar uno para cada una. Había un vestido rojo sencillo al que era muy fácil subirle la bastilla y hacer unos pliegues a la altura del pecho; el otro era un hermoso vestido estampado de flores con falda amplia, cuyo largo podía recortar y reducir de los costados. Después de que Anh pasó varias horas trabajando en ellos para que las dos mujeres también pudieran tener algo especial que vestir, Dinh le murmuró al oído, con una sonrisa amable: «los dos se verían más bonitos en ti».

Aunque ahora Anh se sentía más confiada hablando en inglés, Dinh fue el primero de los adultos en empezar a hablar con las hermanas desde el momento en que llegaron a la casa generalicia. Más tarde, él le confió que

había esperado sentar un precedente y mostrarles que estaba dispuesto a cometer errores para poder aprender. Una vez que dominó las frases básicas como «tengo hambre, quiero comer», formuló lo que todos estaban pensando: «quiero trabajar. Quiero...», hizo un gesto con los dedos, «quiero dinero».

Anh estaba agradecida de que Dinh hubiera dicho lo que todos pensaban. ¿Cómo llegarían a ser autosuficientes en este nuevo país? Necesitaban trabajar, necesitaban ganar su propio dinero. Ninguno de ellos quería vivir bajo el techo de las monjas para siempre. Cuando la trabajadora social llegó a visitarlos de nuevo, Dinh hizo la pregunta en nombre de todo el grupo; estaban contentos de tener a un líder, confiaban en que Dinh se aseguraría de que había un plan que los ayudaría a encontrar el camino.

Capítulo 35

Jack no durmió tan bien como pensaba que lo haría la primera noche en el departamento de Becky. Despertó a medianoche, sudando; el corazón le latía con fuerza. El ruido fuera de la ventana, universitarios inofensivos que tiraron un par de botellas de cerveza en la calle, dispararon toda la adrenalina en su cuerpo. Se levantó de un salto en la cama de Becky con los ojos bien abiertos; por instinto, extendió la mano para tomar su rifle que, por supuesto, no estaba ahí.

—¿Qué pasa, amor? —preguntó Becky incorporándose y acariciándole la espalda.

Su silueta desnuda bajo la luz de la luna lo devolvió a la realidad.

—Nada, solo una pesadilla.

Se frotó los ojos. Becky trató de jalarlo hacia ella, pero su cuerpo aún estaba intranquilo; una fina capa de sudor cubría su piel. Becky había dejado la ventana medio abierta y la brisa de inicios de otoño que entraba a la habitación lo hizo estremecerse.

Jack salió de la cama y fue al baño; regresó unos minutos después con un vaso de agua que colocó sobre el buró, junto al retrato de ambos que se tomaron cuando fueron a Atlantic City, justo antes de que él se fuera al Campo Pendleton. Volvió a meterse a la cama, de frente a la fotografía, recordando esa tarde cuando caminaron

tomados de la mano por el muelle y comieron algodón de azúcar, cómo la beso después, el cabello de Becky revuelto por el aire salado.

El chico de la fotografía ahora le parecía un desconocido.

—Trata de dormir —le dijo ella; esta vez lo rodeó con sus brazos—. Necesitarás estar descansado mañana.

Permaneció inmóvil y Becky se acurrucó contra él; su aliento rozaba su cuello. Le sorprendió sentir que quería apartarse de ella; había anhelado tener la oportunidad de vivir esta intimidad con ella de nuevo, pero ahora se sentía intranquilo. Aunque sabía que estaba a salvo en su departamento, su cuerpo luchaba por calmarse, tenía que renunciar a esa adrenalina, a la constante necesidad de estar alerta. Cuando un coche hacía un sonido sordo pensaba que se trataba de una granada de mortero; cuando un radiador silbaba, imaginaba que había un soldado del Việt Cộng bajo la cama. Quería tener el rifle a su lado porque se había convertido en otra de sus extremidades; sin él se sentía desprotegido e inseguro, aunque supiera que estaba en un tranquilo pueblo universitario en las afueras de Pittsburgh, tan lejos de Vietnam como era posible.

Para tranquilizarse, trató de mirar la fotografía de ellos, las amplias sonrisas en sus rostros. No pudo evitar advertir cómo eran sus ojos en esa foto. La gente siempre le había dicho que tenía ojos hermosos. Eran verdes con destellos dorados, y Becky le decía que eso fue lo que llamó su atención cuando estaban en la preparatoria.

«Brillaban. Como si me sonrieran», le dijo ella la primera vez que se besaron detrás de las gradas; ella lo miró profundamente y tocó su rostro. «Y con tus rizos castaños», pasó sus dedos por el cabello de él.

«Se supone que soy yo quien debería hacerte halagos», respondió con dulzura, acercándose para darle otro beso.

«¿Una chica no puede decirle a su hombre que es apuesto?», dijo entre risitas.

Pasó el resto de la noche contemplando al chico que estaba en la fotografía sobre el buró. La diferencia en su expresión era lo que ahora lo obsesionaba más. Envidiaba esa despreocupación, la ligereza de su expresión. Y no podía evitar preguntarse si alguna vez se sentiría así de nuevo.

Enterró a su madre en una ceremonia al pie de la sepultura. Los deudos eran solo él, Becky, un puñado de amigos de ella, y quienes la conocían de la cafetería. Había trabajado como mesera desde que Jack tenía memoria, pero no tenía idea de que sus clientes la quisieran tanto. La mujer con la sonrisa permanente que te sirve café y recuerda si el pan te gusta con mantequilla adicional o con mermelada de fresa tiene un lugar especial para algunas personas, en particular los solitarios que desayunaban en la barra cada mañana, en lugar de en casa con una familia. El jefe de su madre, Joe, quien en todos esos años siempre había sido muy amable con ambos, y generoso con los bonos de Navidad o con un sobre con dinero adicional en su cumpleaños, también asistió a presentar sus respetos.

—Tu madre era una buena mujer. —Joe extendió los brazos y le dio un abrazo a Jack—. Qué elegante te ves en tu uniforme, hijo. Ella hubiera estado muy orgullosa.

Para el funeral, Jack se había puesto el uniforme completo de gala de la Marina. El saco azul y rojo con sus medallas nuevas, los pantalones con la raya color sangre y la gorra con borde blanco. Mientras se abotonaba el saco

y se miraba en el espejo, sintió todo el peso del uniforme, el escudo protector que le permitía poner una barrera entre su dolor y sus responsabilidades como hijo.

Había enterrado a su madre con la frente en alto y sin dejar que sus emociones lo sobrepasaran, como el soldado de Marina que ahora era en verdad.

Esa tarde, cuando vio cómo bajaban el ataúd de su madre al interior de la tierra, no pudo pensar en todas las otras cosas que se enterraban con ella: su voz, su risa, su preocupación por el bienestar de su hijo. Él siempre quiso estar pendiente de su madre, protegerla como ella lo protegió a él. Solo habían sido ellos dos durante casi toda su vida.

Becky, con un vestido negro sencillo y guantes, había conducido al cementerio. El Volkswagen sedán naranja avanzaba por su pueblo de infancia, las calles familiares no habían cambiado. Jack no tenía necesidad de hablar y Becky dejó que el silencio se instalara; de vez en cuando, extendía la mano para tocarle la mejilla cuando esperaban en un semáforo rojo.

En el crucero de Main Street y la avenida Hanson, él miró por la ventana del asiento del copiloto y sintió que se le cerraba la garganta al ver la heladería donde su madre acostumbraba comprarle un cono de helado suave con los pocos dólares adicionales que ganaba con sus propinas. Casi hizo que Becky detuviera el coche para poder hacer algo que enlazara su corazón al de ella antes de decirle adiós. Era tonto, un cono de helado... pero de alguna manera simbolizaba todo para él. Toda la devoción y los sacrificios personales de su madre.

¿Se lo había agradecido todas esas veces? Ahora no estaba tan seguro. Sabía que le había dicho que la amaba, pero ¿alguna vez se había sentado y le había agradecido cómo lo había criado con casi nada?

Entendía que el dolor era parte del duelo de un ser querido, pero ¿la culpa también? De pronto sintió que

había sido un hijo terrible.

Notando que Jack estaba pensando en su madre, Becky entrelazó sus dedos con los de él y apretó su mano. Su silencio era otra cosa que él amaba de ella; el silencio tiene su propio lenguaje, y Becky lo sabía; su tacto reemplazaba la necesidad de palabras.

En el cementerio, tragó saliva cuando el sacerdote le pidió que echara la primera pala de tierra sobre el ataúd. Su madre siempre había amado el agua, odiaba la sensación de la tierra sobre sus manos. Nunca hizo jardinería, nunca se arrodilló en una caja de arena para jugar en el parque. A Jack le daban escalofríos pensar que estaba enterrada debajo de tanta tierra oscura. Cerró los ojos, tomó la pala y el sonido de la tierra que golpeaba el féretro le rompió el corazón.

Capítulo 36

Justo cuando Jack había empezado a tranquilizarse al final de esas dos semanas en casa, cuando se estaba acostumbrando a sacar una cerveza fría del refrigerador y a escuchar discos con Becky después de hacer el amor entre sus clases, y después de que ella le hablaba de cómo sería su vida cuando volviera a casa —«Yo terminaré mi diploma de maestra, luego nos casaremos, y en un par de años empezaremos a tener hijos»—, él sabía que pronto tendría que regresar a ese infierno viviente, excavar trincheras y preguntarse si sobreviviría a la guerra.

Los últimos dos días con Becky fueron los más difíciles. El fin de semana, ella lo ayudó a empacar su casa de infancia. El dueño no había sido tan comprensivo como Jack esperaba, y tuvo que pasar los últimos días de su permiso vaciando la casa. Lo que no pudo meter en cajas y meterlo a una bodega, lo sacó al jardín y lo vendió por unos cuantos dólares.

Lo más difícil fue lidiar con las cosas de su madre. Ella nunca había sido una despilfarradora, y su clóset contenía solo dos vestidos de algodón, unas cuantas blusas, un par de pants y, por supuesto, sus uniformes de mesera. Pero en el estante superior encontró muchas fotografías de cuando él era niño y algunas baratijas a las que le tenía cariño: un sombrero de Mickey Mouse, su muñeco de Evel Knievel y unas cuantas tarjetas postales

que él le hizo cuando iba en la primaria.

Dos semanas antes, cuando fue por primera vez a la funeraria, el gerente le dio un sobre con el reloj y los aretes de su madre.

—Pensé que querría recuperarlos —le dijo a Jack al darle el sobre.

No reconoció los aretes de plata, pero el reloj era especial. Él se lo había comprado para su cumpleaños treinta y cinco, un Timex sencillo con correa delgada de piel y esfera blanca, con el dinero que había ahorrado de sus modestas mesadas y con lo que había ganado quitando la nieve de las banquetas de los vecinos en invierno. Como a su madre siempre se le hacía tarde para recogerlo o cuando tenían que salir, pensó que sería un buen regalo para su cumpleaños.

Desde ese día, ella nunca se lo quitó. Se sentía muy orgullosa de que le hubiera comprado algo con su propio dinero. Lo presumía en la cafetería a todos sus clientes, henchida de orgullo.

«Crié a un buen chico», dijo abrazándolo. Él tenía quince años en ese entonces y ya era bastante más alto que su madre.

«Ya nunca llegarás tarde, ma», le dijo bromeando.

Ahora, al tocar la correa desgastada de piel, recordó la sonrisa de su madre. Miró la esfera y vio que aún marcaba bien la hora.

—Gracias —dijo en voz muy baja—. Le agradezco que me lo haya devuelto.

Esa última noche, después de que Becky y él llegaron al departamento de ella y pusiera su disco favorito de Joni Mitchell, él le dio el reloj de su madre. Acababan de terminar de cenar lo que ella cocinó para esa última noche, un filete asado para el que probablemente tuvo que ahorrar solo para la ocasión, y crema de espinacas, su favorita.

Lo sacó del sobre blanco y lo sostuvo un momento

entre sus dedos. No valía mucho, pero en ese momento parecía lo más valioso que tenía en su posesión.

—Cuídalo por mí —murmuró, inclinándose para besarla. Se lo puso en la muñeca y lo abrochó—. Se lo compré a mi mamá cuando era un niño. Hay algo especial cuando sabes que lo sigue usando alguien a quien amas.

Capítulo 37

El amor y la tristeza se entremezclaban para Grace. Se sentía afortunada por haber encontrado a Tom, haber pasado veintidós años casada con él, tener dos niñas sanas y un hogar del que estaba orgullosa. Sin embargo, algunas noches volvía al río que estaba detrás de su casa de infancia, las olas que lamían las rocas no eran lo suficientemente estridentes como para cubrir los lamentos de su madre en la recámara.

Odiaba tener esos accesos de depresión; sentía como si el corazón fuera un nudo y confundiera todo lo que sabía que era bueno en su vida. Se ponía taciturna y malhumorada, les gritaba a las niñas más de lo que se merecían, y cuando Tom se acercaba a ella en las noches, lo alejaba.

Algunas de esas noches hacía cálculos y pensaba en la edad que tendría Bridey si estuviera viva. Grace pensó que este año Bridey cumpliría cuarenta, y eso la golpeó duro. Muchas cosas murieron cuando Bridey se ahogó. Cuando era niña, solo lo había visto desde su perspectiva: el cambio en el matrimonio de sus padres; el velo gris que cubrió la mirada de su madre; la tristeza de su padre, que llevaba a cuestas como el rompevientos con el que envolvió a su niña cuando la sacaron del río. Pero ahora, como madre y esposa, Grace lamentaba la muerte de su hermana de otra forma. Que Bridey nunca tuviera la

oportunidad de enamorarse y casarse, o tener hijos. Todo lo que le había dado alegría a Grace en su vida parecía manchado con algo agridulce al saber que a su hermana le habían robado la oportunidad de vivirlo. Y aunque sabía que no debía culparse por ese trágico accidente, sobre todo porque solo era una niña cuando sucedió, el hecho de que ella estuviera haciendo coronas de margaritas cuando su hermana cayó al río seguía obsesionándola.

Sus hijas sabían muy poco de su hermana. Grace no quería agobiarlas con el dolor de saber que se había ahogado. En su primer embarazo, jugó con la idea de llamar Bridey al bebé si era niña; luego hizo lo mismo con Molly. Sin embargo, después de pensarlo mucho decidió no hacerlo; creía que era mucho peso para una niña. Pero no anticipó las profundas emociones que seguiría sintiendo al paso de los años. Molly ya tenía diez años, cinco años más que los que tenía su hermana cuando murió, y mucho en su hija le recordaba a su hermana: la risa, la curiosidad, incluso el amor por los animales. Grace había considerado seriamente conseguir un perro para las niñas el próximo año. Todos amaban a Hendrix, el labrador negro de Jack, que entraba a la tienda cuando él trabajaba en la noche. Era un animal muy noble y ella pensó que, quizá si tenían un perro propio, estrecharía la relación entre sus hijas.

Tarde o temprano tendrían que tomar la decisión; después de todo, Katie estaría en casa solo dos años más para después irse a la universidad. El tiempo pasaba muy rápido, necesitaba recordar que para ella no era bueno volver a la tristeza de su pasado. Las palabras favoritas de su suegro rondaban por su cabeza «El tiempo siempre se mueve hacia adelante». En realidad era la única manera de sobrevivir.

Capítulo 38

Cuando Jack volvió del permiso de dos semanas para enterrar a su madre, lo golpeó la cruel realidad del servicio de combate. La comodidad de una verdadera cama y la piel suave de Becky se veían cruelmente reemplazadas por la realidad de dormir en una trinchera con la radio al oído y la compañía de uno de los hombres que montaba guardia a su lado.

Flannery fue el primero en darle la bienvenida. Se acercó y le dio a Jack una palmada en la espalda.

—Es bueno tenerte de vuelta, Hollywood. Me hicieron cargar esa maldita radio cuando te fuiste. Hombre, ¡es una mierda! —Dio una patada al suelo—. Siento mucho lo de tu mamá.

Jack asintió en silencio.

—Ahora entiendes por qué la llaman Mierda-25.

—Sí, ¡no jodas! Cargar trece kilos y medio en este calor ya es malo, pero agregarle otros once a la espalda, carajo, hombre... —Flannery sacudió la cabeza—. Es una joda.

Los hombres estaban igual que cuando los dejó: hambrientos, mojados y cansados. Doc acababa de regresar de la población de Camino Ranh para el Año Nuevo judío. Nadie de ellos había escuchado hablar antes de esta festividad, pero el ejército decidió hacer un esfuerzo para que los judíos enlistados pudieran celebrar

el Año Nuevo y la Pascua judías. Así, enviaron por aire a los soldados a un lugar idílico donde un capellán celebró un servicio para unos cien hombres judíos.

Según Doc, también había tres mujeres judías, una con un sentido del humor particularmente bueno que se tomó una Polaroid para enviarle a su madre, con una leyenda en la parte trasera: «¿Quién diría que tenía que venir a Vietnam para conocer a un chico judío agradable?».

Doc tenía algo poco convencional pero adorable. Quizá era el hecho de que no parecía tan endurecido como el resto de los hombres del escuadrón; casi nunca decía groserías, algo muy anormal. Los otros marcaban cada oración con una maldición. Si bien el entrenamiento y la vida en Vietnam habían sacado a golpes cada milímetro de debilidad en los hombres, él aún tenía una sensibilidad infantil que lo hacía parecer más joven de lo que era.

A Jack le parecía extraño que un médico del ejército como Doc, cuya madre aún le enviaba paquetes con M&M, se hubiera enlistado un día antes de cumplir dieciocho años para ser médico en campo.

Sabía que los médicos de la Marina tenían que hacer un entrenamiento exhaustivo en la escuela del ejército, aprender primeros auxilios de emergencia y protocolos de intervención antes de salir al campo. Ofrecerse como voluntarios para ese trabajo implicaba un compromiso mínimo de tres años de dedicación.

—¿Por qué no fuiste a la universidad, a la Escuela de Medicina, si ni siquiera te reclutaron, Mike? No lo entiendo —dijo Jack incrédulo, sacudiendo la cabeza—. Esta mierda no te puede gustar, ¿o sí?

—Crecí escuchando historias de mi papá y de mi tío sobre la Segunda Guerra Mundial. —Doc trataba de encontrar las palabras para explicarse—. Los idealicé a ambos... Papá era médico y estaba muy orgulloso de servir

en el ejército del general Patton cuando cruzaron Francia. —Bajo la luz de la luna, parecía pensativo al recordar la tradición familiar, las historias que lo inspiraron para que se enlistara—. Pero fue la historia de mi tío, un médico de 1.90 de estatura llamado Tex que lo salvó durante la invasión de Pellalou, quien creo que en verdad me inspiró para entrar en el ejército. —Cerró los ojos y el relato salió de sus labios, la historia oral que había escuchado de su tío y ahora era parte de él—. Tex estaba curando a Tío Nate de una lesión de metralla y luego cayó sobre él durante una ráfaga de municiones para protegerlo, como un escudo humano... el doctor dio su propia vida, así nada más —explicó Doc—. Supongo que escuchar cosas así cuando eres niño me hizo querer hacer mi parte.

Jack no creció escuchando las historias gloriosas de la Segunda Guerra Mundial que habían alimentado a tantos de sus compañeros soldados. Casi todos ellos eran hijos de veteranos y eso les daba las bases, el propósito que a él le hacía falta. Pero quizá era mejor, no quería hacer explotar ninguna de esas burbujas, pero sabía de primera mano, por el incidente en el aeropuerto, que para ellos no serían los bombos y platillos que sus padres recibieron al regresar a casa.

—Quieres ser médico cuando vuelvas a Estados Unidos, ¿verdad?

Jack podía imaginarse fácilmente a Doc sentado detrás de un escritorio de madera, hablando con amabilidad a sus pacientes. Tenía esa apariencia gentil que se adapta a la imagen típica del programa de televisión sobre los doctores devotos de pueblos pequeños.

—De hecho, estoy pensando en ser pediatra. Me encantan los niños.

—Serás genial. Yo quiero tener cinco hijos con mi novia —dijo Jack y rio.

—Tú solo piensas en hacer cinco niños —bromeó Doc.

—Hombre, tienes razón —respondió Jack.

Luego, la conversación cambió y hablaron de comida. Doc soñaba con el estofado de su madre, Jack con un filete con queso Philadelphia. El hambre se manifestaba de tantas maneras.

Capítulo 39

La cocina de Jack contenía solo una cacerola y una sartén. En su refrigerador había pocas cosas: huevos para el desayuno, leche para el café y unas rebanadas de jamón para sus sándwiches, junto con una lata de alimento húmedo de perro para Hendrix. Había aprendido a limitar sus necesidades al mínimo y así evitar los supermercados para ahorrarse las miradas dolorosas de los niños y sus madres, quienes murmuraban entre ellos en silencio. En el pequeño supermercado Kepler podía entrar rápido, comprar lo poco que necesitaba y salir antes de que algún otro cliente lo advirtiera. Sabía exactamente dónde estaban las cajas de macarrones y queso Kraft y las galletas Ritz, los frascos de mermelada Welch y el pan Wonder. Se sentía afortunado de que Fred, quien trabajaba en el área de comidas preparadas y charcutería, estuviera pendiente de él y a menudo cortaba el rosbif y el queso provolone antes de que él llegara hasta ahí.

La comida que otros conocían y disfrutaban, para él era diferente. Comía para vivir, para prolongar su vida, no por ningún tipo de placer. Algo tan sencillo como un chocolate Hershey ahora lo llevaba a un lugar difícil de entender para cualquier otra persona que no estuvo ahí para vivirlo.

En Vietnam, todos trataban de olvidar el hambre, las raciones de combate nunca fueron adecuadas. Sin

embargo, a pesar de sus propios estómagos famélicos, con frecuencia los hombres guardaban parte de su comida para dársela a los niños que llegaban mendigando cualquier cosa que los hombres quisieran compartir.

Una tarde, poco después de que Jack volvió de enterrar a su madre, estaba viajando con algunos exploradores de su batallón en un camión de transporte. Conforme el vehículo avanzaba a trompicones por el camino rocoso, los hombres se daban empujones unos a otros, hombro con hombro, los rifles pegados al pecho. En un momento, cuatro niños pequeños salieron corriendo del bosque. Uno de ellos, recordaba Jack, era una niña que llevaba un vestido blanco de algodón; se veían sus largas piernas morenas mientras corría rápido y experta sobre el terreno accidentado, con los otros tres niños a su espalda.

—¡Dulce! ¡Dulce! ¡Cigarros! —gritaban los niños con las manos extendidas.

Ya conocían las palabras de la comida que les gustaba o de los cigarros que podían intercambiar en el pueblo.

Jack tenía algunas raciones de combate y Doc una barra de chocolate que Hershey había inventado para que soportara el intenso calor del sureste asiático. Los exploradores aventaron la comida y los dulces a los niños. Flannery rio y se agachó para sacar una lata de habas que nunca se comería. Gomez les lanzó un par de cigarros. Pero la niñita del vestido blanco atrapó el premio tan codiciado: la barra de chocolate. En el momento en que sus manos tomaron el tesoro envuelto en el papel plateado de aluminio, su rostro brilló de alegría. Era tan puro, tan lleno de inocencia, que hizo que Jack se agachara para ver si en su mochila tenía otro chocolate; sabía que valía la pena ver la misma expresión en el rostro de otro niño.

La niña no podía tener más de ocho años; con el chocolate en una mano, corrió desenfrenada, adelantando

a los otros. Su cabello negro volaba a su espalda y sus piernas delgadas volaban sobre la hierba y las flores silvestres.

—¡Dulce! ¡Dulce! ¡Cigarros!

Los gritos de los niños resonaban en los oídos de Jack mientras la niña corría frente a ellos sobre el sendero de tierra que bordeaba la carretera. Doc y él miraban por la ventanilla del vehículo, admirados por su velocidad en un esfuerzo por alcanzar al camión; su vestido blanco se ondulaba a cada zancada. Pero cuando el conductor redujo la velocidad para evitar chocar contra ella, el pie de la niña golpeó el cable detonador de una mina. Ahí, frente a todos ellos, estalló la explosión mortal. Al instante, la niña y sus tres amigos se vieron envueltos en una llamarada naranja, destrozados por la metralla.

En ocasiones, cuando Jack pasaba los canales en la televisión y se topaba con un anuncio de chocolate Hershey, le daban náuseas. Que algo tan dulce, tan inocente, pudiera convertirse en un recuerdo tan brutal; la imagen del rostro de la niña estaba cauterizada en su mente; su alegría justo antes de ser destripada frente a los ojos de Jack. ¿Cómo deshacerse de un recuerdo así? Una vez, mientras limpiaba un salón de clase en la primaria Foxton, encontró una envoltura arrugada de Hershey, y cuando la recogió para tirarla en el bote de basura de su carrito, se dio cuenta de que lloraba como un bebé. Cerró la puerta, se llevó las manos al rostro y estalló en llanto.

No estaba seguro si fue por la envoltura de Hershey o por la ficha que había sobre el pequeño escritorio de madera que tenía un nombre escrito en letras negras: Stanley.

Capítulo 40

El calor estival aumentaba. Katie llevaba tres semanas trabajando en el club de playa, cuando a su madre se le ocurrió la maravillosa idea de invitar a Bảo a nadar con Molly ese día. Las temperaturas en Bellegrove habían ascendido a casi 32 °C y Grace pensó que el niño disfrutaría una tarde refrescándose con otra niña de su edad, y ella podría pasar un poco de tiempo con Anh, junto a la alberca.

—No te importa, ¿verdad, cariño? —preguntó a Molly en el desayuno, al tiempo que le servía dos hotcakes en su plato.

—No, mami. Me gustaría mucho ir a nadar con él.

—Gracias, mi amor. Y tal vez podrías presentarle a algunos de tus amigos. Entre más inglés escuche, más fácil será para él. Es probable que el año próximo vaya contigo a la secundaria.

Katie echaba chispas por los ojos. Hizo a un lado lo que quedaba de sus hotcakes cubiertos de miel.

—¿Tiene que venir al club, mamá? ¿Por qué no los invitas aquí y prendes el aspersor del jardín trasero? —Su voz era rasposa, como una soga desgastada—. Estoy segura de que eso le gustará más que una alberca abarrotada.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan mala, Katherine Rose? —preguntó Grace, agitando la cabeza; le

molestaba el egoísmo de su hija—. ¿Esto qué tiene que ver contigo? Le pedí a Molly que pasara un rato con Bảo, no a ti.

Katie se desplomó en su silla con el ceño fruncido. ¿Por qué su madre siempre tenía que ser tan santa? ¿Qué no podía solo concentrarse en su propia familia y dejar al resto de los bichos raros del mundo al otro lado de la puerta?

—Voy a ir a recoger a Anh y a Bảo a mediodía.

Katie sonrió. Esa era su hora de comida; y permanecería lo más lejos posible de la alberca cuando su madre llegara con su vergonzoso séquito.

Ahora que Katie tenía su primer empleo, el verano de Molly había sido tranquilo y un poco solitario. A diferencia de su hermana, que siempre parecía tener a un grupo de amigos a su alrededor, con frecuencia para Molly era difícil encontrar a alguien con quien sentarse en la cafetería de la escuela o pasar el recreo.

Su hermana había heredado el cabello rubio y la complexión atlética de Grace que, de inmediato, la hacían sobresalir de la multitud; Molly, por su parte, se vio obligada a usar lentes gruesos para su miopía, y su cabello castaño caía lacio alrededor de sus orejas. Los nuevos frenos en los dientes solo aumentaban su aspecto extraño y, la cereza del pastel, no era buena en la clase de gimnasia. Todas las tardes, ella era la última a la que elegían para hacer los equipos. Cuando su madre sugirió que invitaran a Bảo a la alberca, a ella le gustó la idea; aunque Molly apenas recordaba al niñito vestido con la camiseta de Hulk que vio parado en su cocina hacía algunos meses, esa tarde que su madre lo encontró en la calle.

Grace la dejó sentarse en el asiento del copiloto

cuando fueron por Bảo a Nuestra Señora de los Mártires.

—Te agradezco mucho que hagas esto, mi amor —dijo, dándole una palmadita a Molly en la pierna—. Tú eres mi hija buena.

Molly sonrió, aunque los frenos no le facilitaban las cosas. De su mochila sacó cera y se la puso sobre los frenos. Sus labios estaban rajados al interior por los pedacitos filosos de metal.

—¿Podemos subirnos al trampolín?

El coche entró al sendero sinuoso y por fin se detuvo. De pronto, Grace sintió un nudo en el estómago. ¿Bảo sabría nadar?

El chapoteadero estaba abarrotado de niños pequeños que llevaban flotadores color neón en los brazos; algunas madres sostenían a sus bebés con los pañales empapados, y Molly y Bảo estaban parados con el agua hasta los tobillos.

Molly se había puesto el traje de baño de la Mujer Maravilla, su compra favorita de la temporada, porque pensaba que ese uniforme rojo, azul y oro la hacía verse como la superheroína. Se alegró al ver que el rostro de Bảo se iluminaba cuando ella se quitó la bata de toalla.

Al principio, Molly pensó que no había escuchado bien a Bảo cuando cerró el puño y exclamó:

—Poderes de los gemelos fantásticos acti...

—¿Actívense? —Molly lanzó una carcajada—. Te equivocaste de superhéroe, Bảo. Pero eso es genial.

Bảo movió los pies de un lado a otro, haciendo pequeñas olas en el chapoteadero.

—Soy la Mujer Maravilla... bueno, no de verdad, pero estoy vestida como ella.

Se arrodilló en el agua y salpicó a uno de los niños. El agua estaba tibia, mucho más caliente que la de la

alberca grande. Se preguntó si no estaría parada en orines.

—¿Quieres comer algo? Tengo hambre —preguntó.

Bảo asintió.

Cuando se acercaron a las sillas de playa, advirtió que Bảo no se puso la toalla alrededor de la cintura, sino que la llevaba como si fuera una capa. Él también se veía como superhéroe y caminaba a su lado con una sonrisa.

Anh estaba sentada en silencio debajo de un parasol, con un vaso de limonada en la mano. Grace había encontrado un lugar para ellas en un rincón, lejos de las mesas abarrotadas que estaban más cerca de las dos albercas.

—Pensé que sería agradable para ti y para Bảo venir aquí... cambiar un poco el entorno.

Anh sonrió. Para ella, parecía que cada día el mundo se hacía un poco más grande. Pensó en cómo antes creía que Estados Unidos era solo otro pedazo de tierra, a poca distancia de Vietnam, al que se podía llegar en barco en pocas horas. No había tenido idea de que se encontraba al otro lado del mundo, ni de las dificultades que tendrían que soportar solo para llegar aquí. La primera tragedia fue la pérdida de los padres de Bảo, pero el sufrimiento continuaría mucho tiempo después.

Muy pronto se quedaron sin combustible; el capitán no calculó bien la distancia del trayecto y las provisiones de comida se agotaron. Se encontraron a la deriva, flotando durante días sin comida; tuvieron que racionar el agua a una cucharada cada uno. Compartieron un limón y mordieron la fruta ácida para chupar el jugo durante unos días. Ella renunció a su parte para dársela a Bảo, quien la mayor parte del viaje pasaba de la conciencia a la inconsciencia. Cuando el buque estadounidense por fin los encontró, estaban al borde de la muerte; todos estaban deshidratados y hambrientos. Después de diez días, el

buque salió de las aguas como un espejismo, y cuando subieron el cuerpo de Bảo al bote salvavidas que los llevaría a bordo, su piel quemada por el sol estaba cubierta de llagas.

El niñito que caminaba con la capa improvisada pasó al lado de Anh; no se mezclaba con el mar de cuerpos blancos, en sus trajes de baño en tecnicolor y chanclas de plástico que golpeaban el suelo mojado de concreto. Pero la niña vestida como la Mujer Maravilla, con lentes gruesos y mechones de cabello castaño, tampoco lo hizo. Juntos, fueron a la cafetería. Anh vio que Bảo sonreía, feliz y desinhibido, no como cuando lo hacía solo para decirle que estaba bien; era una sonrisa de verdadera felicidad. Tomó un sorbo de la limonada con el popote, y cuando Grace le preguntó si necesitaba algo más, pensó con cuidado cuál sería la respuesta correcta en inglés. Luego, respondió con amabilidad:

—No, señora. Gracias.

Capítulo 41

Bảo aún no tiene las palabras en inglés para decirle a la niña del traje de baño rojo y azul, con el cinturón de estrellas doradas, que algo que sabe que es bueno y confiable en Estados Unidos es la caja mágica de madera que está en la sala de la casa generalicia. Todos los días cuenta los minutos hasta que dan las 4:00 p. m., cuando las hermanas acaban las clases de inglés con los otros y lo dejan encender el televisor y sentarse en la silla grande y espaciosa. Luego, todas las figuras animadas cobran vida.

Por eso, su rostro se iluminó de inmediato con una sonrisa cuando supo que ella conocía la frase «Poderes de los gemelos fantásticos, actívense». Quizá conoce a Jayna y a Zan. Él recuerda la última vez que aparecieron cuando, de ser una niña, Jayna se transformó en delfín y Zan, de niño, a una cubeta de agua. Si uno de ellos puede convertirse en agua y el otro puede viajar en sus profundidades, ¿no podrían encontrar a sus padres en el fondo del océano?

Pero a pesar del obstáculo de no compartir aún el idioma, los gestos de Molly sirven como otra forma de comunicación. Él la sigue a la cafetería, sus pies mojados dejan huellas oscuras en el concreto. Ella pide dos sándwiches con pan blanco esponjoso para ambos, uno de atún y el otro de huevo, y no hay intercambio de dinero entre ella y el adolescente que está al otro lado de la barra,

cuyo cabello es color trigo blanqueado por el sol y su rostro blanco como la leche.

Ni siquiera voltea a ver a Molly cuando ella escribe su apellido en el pagaré. El niño de ojos y cabello oscuros es solo una sombra invisible para él.

—¿Quieres ir a sentarte allá? —Molly señala una mesa blanca de plástico que está debajo de un enorme parasol amarillo—. Creo que estará más fresco.

Bảo se sienta y mira el sándwich de pan blanco que ella puso frente a él. Lo toma, come un bocado de ensalada de atún y se hunde en la silla.

A su alrededor, los niños gritan, el trampolín sube y baja, y las niñas giran y dan vueltas hacia atrás al borde de la alberca; sus madres les recuerdan que tengan cuidado. El olor a cloro del agua llena el aire. Molly mira a una de las amigas de Katie que toma trozos de limón de la bebida de su madre y los exprime sobre su cuero cabelludo y el cabello rubio.

Sus ojos recorren el aspecto de la chica y Bảo sigue su mirada, aunque le desconcierta el ritual del jugo de limón aplicado a su cabello ya dorado. Los limones disparan algo en su memoria, el rostro de una mujer que se inclina sobre él con un pequeño pedazo de limón entre los dedos; su voz es suave y le pide que abra la boca. Y el jugo, tan solo unas gotas, resbala por su garganta mientras el bote de madera abarrotado avanza a la deriva en el mar.

Capítulo 42

Son las 2:00 a. m.; Jack pone un disco en el tocadiscos y el ambiente se llena de música. Hace lo mismo una noche tras otra, después de sacar a Hendrix a caminar por la presa; deja sus botas enlodadas junto a la puerta, se baña y se cambia de ropa. Sin embargo, a pesar de todos estos rituales su mente sigue ansiando la paz.

Mira su cama, no como una invitación al sueño, sino como un lugar en el que sus fantasmas lo visitan cada noche. En parte no quiere ver los rostros de su pasado, pero tampoco desea olvidarlos. Así, deja que la canción se desprenda del vinil y facilite su transición al mundo de los sueños. Y luego, cuando cierra los ojos, de inmediato están ahí, sofocándose en el aire caliente y húmedo con sus compañeros que flotan a su alrededor.

En la confusión del calor intenso, son tan jóvenes e increíblemente inmortales. Las placas de identificación de Flannery brillan bajo el sol, su pecho está húmedo por el sudor y un cigarro cuelga de sus labios. Flannery está limpiando su arma y Doc revisa con cuidado su mochila médica. Stanley ya no está, pero sigue siendo un ángel incluso para los no creyentes.

En su mente, Jack puede ver a Jefe, fuerte y alto como una secuoya, que le dice en el desayuno:

—El pájaro negro me visitó anoche.

Las enormes manos de Jefe toman una taza de café

aguado calentado en una hornilla, que llena el aire con un humo acre.

Jack y todo el pelotón sabían que Jefe era sensible a los malos presagios, sueños y visiones de todo tipo, pero un pájaro negro podría ser un helicóptero, ¿cierto?

—Quizá solo soñaste con Huey, Jefe —bromeó Flannery, aventando al suelo la colilla de su cigarro—. Oye, el cielo aquí siempre está lleno de pájaros negros...

El rostro de Jefe es inquietantemente plácido; sus ojos oscuros y vidriosos reflejan una sabiduría tan antigua que trasciende las palabras.

Le devuelve a Flannery la mirada en silencio y Jack parece desconcertado. No cree en las profecías ni en la mala suerte, ¿o sí? Todos los días corren peligro, entonces, ¿qué diferencia hay en soñar un pájaro negro para cualquiera de ellos? Él quiere pensar que no cree en la buena o la mala suerte; no obstante, tiene sus propias supersticiones. Todos las tienen.

Aún tiene una carta de Becky dentro de su casco. Hace mucho tiempo que su sudor hizo que la tinta negra se escurriera por el papel cuidadosamente doblado, que ahora está tan desgastado y frágil que, cuando lo abre, casi se deshace entre sus manos. Los otros se burlan de él por aferrarse a esa carta que ya no puede leer, pero de todas formas la conserva, como un talismán, y las palabras ya las ha memorizado tanto en su corazón como en su mente.

Durante una reunión esa mañana, después de que el teniente Bates les anuncia que llevará un escuadrón reforzado de dieciséis hombres para hacer un patrullaje de reconocimiento en una de las montañas aledañas, él también trata de olvidar el sueño del pájaro negro de Jefe.

El teniente Bates no les dice a los hombres que el batallón de inteligencia sospecha que el ejército del Việt Cộng se encuentra en esa montaña, o que hay arsenales ocultos enterrados entre la maleza. Meses antes, incluso

antes de la muerte de Stanley, Jack sabía que nunca le dirían nada más de lo que necesitara saber.

—Trae la radio y prepárala, Jack —dice Bates.

En cuestión de minutos, él y otros hombres están equipados y listos para salir.

Llevan puestos los chalecos antibalas, sus rifles están limpios y cargados, las cartucheras rodean su pecho. Sus cascos de acero son un arcoíris oscuro de palabras y mantras que les dan valor, igual que «Asesino Kong» adornó el de su amigo caído en batalla. Uno dice «Nacido para matar», otro tiene un signo de paz cruzado por una daga: «Matar por la paz». Flannery lleva escrito en letras negras: «Desde Texas con jodido amor».

No comparten lo que llevan escondido en los bolsillos, como patas de conejo para la buena suerte que les dieron sus hermanos más jóvenes al salir de casa. La buena suerte se expresa de mil maneras, y todos se aferran al consuelo de su pensamiento mágico para ayudarlos a sobrevivir. Gomez lleva una pequeña bolsa de tela que contiene diecisiete monedas vietnamitas que simbolizan los diecisiete días que le quedan de servicio. Su plan era deshacerse de una moneda de la suerte, arrojándola sobre su hombro cada mañana hasta que volviera a casa.

—Gomez, mierdecilla afortunada —bromea Jack—. No puedo creer que te hagan ir de nuevo.

Él sacude la cabeza y mete la mano al bolsillo. Sale del campamento ligero del peso de una moneda menos.

La columna marcha hacia el Norte.

Jefe no menciona de nuevo al pájaro negro mientras asume la primera posición. Él es el hombre en quien confían para que abra paso, es su entrada y salida de la muerte. Lleva un hacha Lakota que le regalaron cuando tenía doce años, y conforme corta el grueso bambú y la

maleza de la jungla, sosteniendo su mango de madera bien aceitado, cree que sus ancestros viven en la navaja pulida.

Como es el primero en la línea, solo tiene ojos y oídos para lo que está frente a ellos. Vuelve a colgar el hacha de su cinturón y apunta su rifle hacia adelante. Todos escuchan cada sonido, cada grito de mono, cada animal que se escabulle por la rama de un árbol, ya que a cada paso podrían caer en una trampa.

El cabo Gomez odia en secreto al teniente Bates.

«¿No podía dejarme en el campamento?», piensa. Su esposa tiene veintidós años y lo espera en casa, y tiene una hermana menor que le escribe cartas en donde le dice que su madre reza todas las noches para que vuelva sano y salvo. Odia este maldito lugar con todas sus fuerzas, y todo lo que quiere ahora es regresar a casa, a las tortillas hechas a mano y la cerveza helada.

Pero a Bates no le importa que a Gomez le queden menos de tres semanas de servicio; es uno de sus mejores fusileros y lo necesita.

Sus botas se hunden en el lodo; largos rayos de luz blanca perforan las copas verdes de los árboles. Conforme avanza, Jefe piensa que es una luz sobrenatural, como si entraran a un lugar en el que se supone que no deberían caminar.

Siguen subiendo la colina. El sudor escurre por sus rostros, la adrenalina les sale por los poros.

La radio sigue sujeta a la espalda de Jack. En un momento, el teniente se detiene, consulta su brújula y frunce el ceño.

Una hora después toman un descanso de cinco minutos junto a un arroyo de agua clara para rellenar sus cantimploras y quemar algunas sanguijuelas que cubren su cuerpo. Unos se quitan el casco para llenarlo de agua y lo vuelven a colocar en su cabeza para refrescarse.

Jefe limpia su cuchillo con un pedazo de seda de paracaídas, y el nuevo chico, Danny Donovan, tararea

White Bird in a Golden Cage, tan bajo que nadie más que Jefe puede oírlo.

—No es chistoso, hombre —dice Jefe entre dientes.

Les da la espalda y se aleja unos metros del hombre al que considera un tonto.

El teniente Bates mira su reloj, alza los ojos al cielo y se da cuenta de que solo les quedan cuatro horas más de luz. Están retrasados, los hombres han caminado más despacio de lo que hubiera querido. Observa a Jack, quien tiene la mirada puesta en la radio como si pensara usarla para llamar al comando, pero decide no hacerlo.

—En marcha —dice—. Muévanse. Jefe, a la vanguardia.

Su rostro está tenso, está agitado.

Siguen la orilla del río hacia lo alto de la montaña; prefieren las rocas sueltas a la maleza de la jungla. Luego de tres horas de caminata, el aire cambia. Largas franjas de neblina flotan a la distancia y Jack escucha que Gomez murmura:

—Demonios, estamos caminando en las nubes.

Luego, otra cosa cambia, aparte del viento. Jefe se detiene. Presiente algo antes que el resto. La jungla se ha vuelto muy silenciosa. Levanta su rifle. Gomez se detiene detrás de él y hace lo mismo.

En ese momento, Jefe ve el rostro camuflado de un soldado del Việt Cộng; su casco está cubierto de hojas, su rifle apunta directamente hacia él. Jefe comienza a disparar.

Esto es lo que Jack recuerda de aquel momento:

El estallido de balas rasga el aire y destroza las hojas que lleva en el casco. Se desploma en el suelo y la radio cae de su espalda; el teniente Bates grita por el receptor que han caído en una emboscada de una unidad del

ejército del Việt Cộng.

Jack está echado bocabajo, levanta la cabeza de la tierra mojada y ve que Jefe y Flannery devuelven la ráfaga de balas. Las granadas llegan por todos lados.

—¡Médico! ¡Médico! —La voz de Flannery sobresale por encima del caos—. ¡Un herido! ¡Le dieron a Gomez!

La jungla ruge con ráfagas de disparos y gritos de terror y rabia de los hombres a todo pulmón. Doc corre en medio de la tormenta de fuego con su mochila médica entre sus nudillos blancos hasta que llega a donde está Gomez, quien yace de espaldas y mira al cielo.

—Aquí estoy, hermano. —Lo tranquiliza Doc. Sus ojos, bien abiertos, están llenos de miedo—. Te tengo, hombre. Háblame.

Gomez murmura algo sobre su esposa y «todas esas malditas monedas que no funcionaron». Doc sigue exactamente su entrenamiento: abre el chaleco antibalas y la camisa de Gomez para ver si puede encontrar la herida y descubrir la entrada y salida de la bala. La encuentra sobre el abdomen y con rapidez coloca una venda de compresión sobre ella.

Saca una pequeña jeringa con morfina y la inyecta en el brazo de Gomez; después, según dicta el protocolo médico, moja uno de sus dedos en la sangre de Gomez y dibuja una «M» sobre su frente para que los doctores del batallón médico sepan que ya recibió una dosis.

El teniente Bates está bocabajo, sobre el lodo, al lado de Jack; tiene el auricular de la radio presionado contra la oreja. Da las coordenadas, las grita en la radio, solicitando refuerzos de artillería y evacuación médica, mientras Jack reza por que la conexión de la radio no se corte.

Escondido detrás de un matorral cercano, un joven soldado camuflado del Việt Cộng sostiene una granada que le habían dado unos días antes. No tiene idea de que se trata de una «Willie Pete», una bomba de fósforo

blanco que arde con tal intensidad que abrasa todo lo que está en su camino y no se extingue con agua, solo con la eliminación de oxígeno.

Le quita el seguro y la arroja hacia Bates, quien sigue ocupado en la radio. Explota en una bola de llamas y prende fuego. Jack, quien como siempre está a menos de medio metro de distancia de su teniente, también se ve parcialmente envuelto en el abrasador fuego blanco.

La granada arde a 1 300 ºC y su fuerza es tan extrema que incinera a Bates y quema parte del rostro de Jack, cegándole el ojo izquierdo y arrancando una parte de su cabello y cuero cabelludo. Su piel se derrite sobre cada músculo, hasta el hueso.

Jack no recuerda que Doc corriera hasta él; las manos de su amigo que se apresuraban a quitarse el chaleco antibalas para con él sofocar el fuego que quemaba el rostro y el cuero cabelludo de Jack. Nunca recordaría los pasos que siguió Doc para administrarle la morfina ni cómo selló sus heridas con tiras de vaselina, o cómo su amigo se dio cuenta de que ya no había lugar en su cuerpo para escribir la letra «M».

Los helicópteros ya forman círculos en lo alto y descargan una ráfaga de artillería para aniquilar al enemigo. Uno de ellos baja para recuperar a los heridos y a los muertos. Nadie sabe qué hacer con el teniente Bates, quien está irreconocible, hecho una bola de cera derretida.

Jefe y Doc hacen camillas con los ponchos de los hombres muertos y los llevan al helicóptero. Jefe se lleva a Flannery sobre el hombro y se apresura a subirlo a bordo.

—¡Hay otro hombre herido! —grita alguien. Doc se apresura para ver quién es—. Es Danny —dice esa persona.

Exhausto y siguiendo el código de los médicos

militares, Doc busca entre los cadáveres para encontrarlo.

El pequeño Danny solo tiene dieciocho años, es un nuevo recluta que llegó hace solo unas semanas para reemplazar a Stanley. Llora y grita que se va a morir, pero Doc puede ver que solo es una herida en el hombro, que, aunque dolorosa, no es mortal.

—Vas a estar bien, Danny. Vas a estar bien.

Venda su hombro mientras Jefe y los otros hombres ayudan a cargar hasta el helicóptero a los lesionados y los muertos que quedan. No dejarán un solo cuerpo atrás.

—Doc, ¿me estoy muriendo? —Los ojos de Danny están inundados por el miedo.

—Tienes una larga vida por delante, te vas a casa. —Lo tranquiliza Doc, al tiempo que ve al jefe del equipo del helicóptero haciendo gestos para que se apuren y salir de ahí lo más rápido posible.

Ayuda a cargar al soldado Donovan, esperando llevarlo rápido al helicóptero, cuando, de la nada un soldado enemigo que estaba tirado en el suelo y que todos creían muerto, se incorpora y le dispara a Doc en la cabeza.

Capítulo 43

La mañana de Katie empezó mal. Incluso antes de que saliera de su casa, sintió que sería un muy mal día. Su madre había roto la yema de su huevo frito; se negó a hacerle otro y la llamó desperdiciada y malagradecida. Enojadas, azotaron los platos sobre la mesa y nadie levantó su vaso de jugo de naranja para beberlo. Molly miraba su tazón de cereal como si rezara en silencio. Minutos después entró el padre de Katie, se tomó una taza de café, indiferente a la tensión entre su esposa y su hija mayor; despreocupado, besó las tres mejillas antes de salir.

El huevo masacrado seguía sin que lo probaran; una masa amorfa y blanda en blanco y amarillo. Katie sabía que muy pronto empezaría la guerra para saber si el huevo terminaría en su estómago o en el bote de basura. Era obvio que sería uno de esos días.

Grace miró a su hija y sintió que estaba llegando a su límite. Toda la semana, Katie la había hecho sentirse frustrada y ahora se encontraba más que exasperada con su primogénita. Katie había metido su traje de baño rojo en la lavadora, en lugar de lavarlo con agua fría en el lavabo, y arruinó toda la carga de ropa.

—Katie Ann, espero que termines ese huevo —dijo Grace entre dientes.

Katie puso los ojos en blanco y apuñaló el huevo para luego moverlo sobre el plato. Algo pasó entre ambas

hijas porque, de pronto, Molly gritó:

—¡Deja de patearme!

¿Por qué todo siempre tenía que ser una pelea con su hija mayor?

El ruido de las niñas peleando era lo peor de todo. Grace arrojó la sartén al fregadero.

—La próxima vez, Katie, ¡te puedes preparar tu propio desayuno! Yo le daba de comer a mi hermana y a mi hermano cuando tenía siete años.

El rostro de Grace estaba enrojecido. Le alegraba que Tom ya no estuviera para que no la viera así. Se preguntaba si el cambio de hormonas era lo que la hacía tener esos accesos de ira para luego deshacerse en lágrimas.

—Mamá, yo me comeré el huevo.

Molly jaló el plato hacia ella y en unos minutos el huevo había desaparecido.

Con el enojo de su madre palpable en el aire, Katie se puso de pie y le dio un ligero golpe a su hermana en el brazo. Lo hizo porque podía hacerlo, y de alguna manera se sintió un poco mejor. Aunque sabía que era infantil de su parte, si de cualquier manera iba a ser la hija mala, por qué no hacerlo.

Estaba cansada de tener una hermana menor perfecta, sobre todo porque ella tenía sus propios problemas y parecía que a nadie le interesaban. Su periodo menstrual llegó dos días antes, y eso era algo más que la ponía de mal humor. Odiaba ponerse una toalla sanitaria voluminosa en el traje de baño y luego tener que taparse con un par de shorts holgados. El informe meteorológico había pronosticado temperaturas por encima de 32 ºC para esa tarde y ya se sentía pegajosa al pensar en que se rostizaría ahí arriba en la torre de los salvavidas. Sintiéndose hinchada e irritable, Katie salió echando humo al garaje por su bicicleta, pero la cadena se había salido del engrane trasero. Trató de colocarla en su

lugar, pero después de varios minutos, y a pesar de su mejor esfuerzo, no pudo componerla. Una ola de frustración la inundó y Katie le dio un empujón a la bicicleta. Al caer, el sonido del metal al golpear el suelo del garaje fue lo suficientemente fuerte como para que todos lo oyeran en la casa.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó Grace cuando Katie entró a la cocina.

Estaba lavando la sartén en el fregadero y disfrutando de unos minutos de calma. Cerró la llave y miró a su hija, que estaba parada, con la mirada perdida junto a la puerta de la alacena de productos de limpieza.

—¡Mamá... mi bicicleta está descompuesta! —La voz de Katie era una dolorosa mezcla de enojo adolescente y desesperación egoísta.

—¿Qué le pasó? No dijiste nada ayer cuando llegaste a la casa.

Grace miró el reloj de pared. Ya eran las 7:30 y se suponía que Katie debía estar en el club a las 8:00. Sabía lo que venía incluso antes de que su hija lo dijera.

—¿Me puedes llevar?

Se recargó contra la barra, suplicándole a Grace con un gran efecto dramático.

Grace suspiró. Llevaba apenas una hora despierta y ya estaba exhausta por lo que había pasado entre ellas esa mañana.

—No puedo llegar tarde, mamá. ¡Linda quiere quitarme el turno del miércoles para dárselo a su sobrina!

Grace dejó la sartén y se quitó los guantes.

—Katie Ann, siento mucho lo que le pasó a tu bicicleta, pero con un «por favor» antes de lo que me pides ganarías mucho más.

Katie puso los ojos en blanco.

—Está bien, mamá. Por favor...

Grace agitó la cabeza, disgustada. Cada día su hija era más insolente. Se había negado a ir a saludar a Bảo y a

Anh el otro día, cuando Grace los llevó al club. Parecía que a Katie solo le interesaba ganar el dinero suficiente para poder salir con sus amigas o ahorrar para comprarse un par de jeans de diseñador cuyo precio Grace consideraba un insulto.

¿Qué seguía? ¿Qué Katie le pidiera una bicicleta nueva? Grace ya había decidido que le diría a Katie que esperaba que pusiera parte del dinero que ganara para comprarse un nuevo modelo si no quería reparar la vieja bicicleta todo el tiempo. La niña tenía que darse cuenta de lo afortunada que era de tener una vida que disfrutaba. La última vez que Grace fue a la casa generalicia y llevó unos panqués hechos en casa, a pesar de su inglés limitado, todos los refugiados vietnamitas ya sabían decir «por favor» y «gracias». ¿Era mucho pedir que su hija hiciera lo mismo?

Grace tomó un trapo y empezó a secar la sartén. Podía sentir que la impaciencia de Katie aumentaba y salía de sus poros como vapor.

—¡Mamá!

—Si esperas un segundo y cambias el tono, jovencita, iré a vestirme y te llevaré.

—Lo siento, mamá, ¡por favor!

Había relojes más que suficientes en la casa de los Golden como para que Grace se diera cuenta de que necesitaba apurarse para que Katie no llegara tarde.

Capítulo 44

Hay lagunas en la memoria de Jack, pequeñas fallas que absorben momentos que no puede recordar con claridad. Su mente es una constelación de imágenes mezcladas y de palabras que no está seguro de haber escuchado realmente o si las imaginó bajo una nube de morfina. Ha pasado años tratando de descifrar si el sueño recurrente que tiene casi cada noche en realidad pasó o si sueña una escena con tanta frecuencia que ahora cree que es un hecho. Pero, ya sea un recuerdo que ha conjurado o algo que vivió, lo sigue obsesionando. En el sueño está en el helicóptero de evacuación, minutos después de que Doc apagara el fuego de su cabeza. Jefe está subiendo la camilla de Gomez a bordo. Jack escucha una voz que dice «No lo va a lograr», pero hay un tercer soldado sin nombre acuclillado a su lado. Toma la mano de Jack y la aprieta; siente un débil latido de vida en sus dedos. «Está vivo», dice a los otros, y el helicóptero se eleva.

El resto es confusión, mientras lo trasportan a un campamento hospitalario donde lo intuban y le quitan las vendas con vaselina con las que Doc le envolvió el rostro. Las enfermeras lo cubren con una espesa pasta de sulfadiazina argéntica y envuelven su rostro con gasa.

«Si pasa la noche tendremos que enviarlo en el siguiente avión a Japón», dice alguien. «Aquí no podemos hacer nada por él».

En menos de veinticuatro horas, Jack está en un avión médico camino a Okinawa, donde permanece fuertemente sedado hasta que puedan enviarlo a la mejor unidad militar para pacientes quemados en Estados Unidos: el Hospital Médico Militar Brooke, en San Antonio, Texas. No escucha a los médicos ni a las enfermeras preguntarse si están leyendo su historial correctamente; su formulario de registro de información de emergencia tiene un solo nombre, el de su madre, Eleanor Grady. Una hora después se enterarán de que ella había fallecido.

—¿Me está diciendo que este soldado no tiene ningún pariente vivo? ¿No hay ni una sola persona más en este formulario? —pregunta el médico incrédulo.

—Sí —responde la enfermera.

Su voz está teñida de tristeza al mirar a Jack, que sigue sedado en la cama de hospital con el rostro envuelto en capas de vendas de gasa blanca que lo hacen parecer una momia.

—Gime en las noches —agrega—. Es horrible escucharlo.

—No hay nada más doloroso que una quemadura. Y esto... Dios mío... el fósforo blanco le quemó la mitad del rostro casi hasta el hueso. —El cirujano respira profundamente—. En verdad es un milagro que este hombre siga vivo.

En unos días, el rostro y el cuero cabelludo de Jack están limpios de cualquier resto de tejido muerto y recibe su primer injerto de piel. El equipo de cirujanos toma piel de sus nalgas y muslos, y la colocan, pieza por pieza, sobre sus lesiones. No pueden restaurar la vista del ojo izquierdo, pero hacen todo lo posible para crear algo que

parezca un párpado.

Al despertar de una cirugía larga e intensa, se escucha a Jack maldecir y gritar. En su delirio, sigue creyendo que su rostro se está incendiando. Ruega una y otra vez a las enfermeras y a los médicos que lo dejen morir.

El tiempo pasa entre la conciencia y la inconsciencia y solo se da cuenta vagamente de un grupo de enfermeras que, al saber que no tiene ningún familiar, vienen a sentarse junto a su cama y lo toman de la mano. Una de ellas le pone música en una pequeña radio de transistores que coloca sobre el buró, junto a la jarra de agua, una caja de pañuelos desechables y un montón de vasos de plástico.

—¿Cómo te llamas? —pregunta con trabajo porque las palabras luchan por salir de sus labios secos.

Aunque sigue envuelto como una momia, puede ver el rostro de ella con su ojo sano.

—Bárbara —responde suavemente—. Bárbara Starr.

Ella se inclina hacia la radio y ajusta la antena hasta que el sonido cambia de estática a una canción.

La canción *Fire and Rain*, de James Taylor, llena la habitación y la música baja le provoca algo al interior. Sus emociones habían estado dormidas por la magnitud del trauma y los analgésicos.

Los ojos de Jack se llenan de lágrimas.

Bárbara toma unos pañuelos desechables y le seca los ojos. Debajo de la sábana blanca, el pecho de Jack sube y baja con cada respiración.

—Es raro. No puedo ver con el ojo izquierdo, pero ¿aún puedo llorar con él?

Estaba afectado por la extraña angustia de que su ojo fuera incapaz de realizar su función principal, pero que pudiera seguir mostrando emoción.

—Supongo que la glándula lagrimal no está muy dañada —explica la enfermera con amabilidad—. Pero esas son buenas noticias, ¿no?

Jack permanece en silencio. Puede contar con los dedos de una mano las veces que ha llorado en su vida. Incluso de niño era muy raro que mostrara emoción cuando estaba alterado. Sabía que su madre llevaba mucho a cuestas y trataba de no agobiarla más con lo que a él le preocupaba.

Era una pequeña misericordia que ella no viviera para verlo quemado como estaba. Esa era la única verdadera buena noticia que podía admitir. No el hecho de que una pequeña glándula dentro de su ojo aún pudiera derramar lágrimas.

La música en la radio cambia a las últimas noticias sobre una incursión especial de la Fuerza Aérea en una prisión al norte de Hanoi.

Bárbara levanta la mano de la cobija y apaga la radio.

—Ahora tienes que descansar.

Sabe que ella no quiere que se agite al escuchar las noticias sobre la guerra. Pero en realidad fue la música la que removió algo en su interior, no las noticias.

La letra de la canción penetró incluso en sus quemaduras más graves. Sentía que las palabras de la canción las habían escrito para él.

No había espejos en la unidad de quemados del Hospital Militar Brooke. «Solo queremos que se concentre en su curación», le dijeron a Jack cuando preguntó a las enfermeras cuándo tendría la oportunidad de ver su nuevo reflejo una vez que le quitaran los vendajes.

Sabía que nunca volvería a parecerse en nada a su antiguo yo. Después de todo, el médico le había dicho varias veces antes de la primera operación que no debía esperar que su recuperación fuera completa. Pero aún se preguntaba si volvería a tener un aspecto normal.

Los médicos y las enfermeras no sabían que Jack Grady había sido nombrado «el más guapo» en el instituto, ni que sus compañeros de pelotón le llamaban Hollywood. Y, desde luego, tampoco tenían idea de que al otro lado del país había una chica llamada Becky, quien ignoraba por qué no había recibido respuesta de Jack a sus cartas más recientes.

El cirujano plástico en jefe trata de preparar a Jack de la mejor manera posible. Con voz suave, le habla de la posibilidad de hacer más cirugías para fomentar el crecimiento de la piel.

—Jack, es importante que te des cuenta de que lo que ves en el espejo no es el resultado final. Seguiremos atentos al tejido cicatricial y a la compresión. Nos aseguraremos de hacer más injertos para obtener los mejores resultados y que puedas tener una vida plena.

«Una vida plena». Jack escucha las palabras y de inmediato piensa que eso nunca será posible.

No les hablará de Becky Dougherty, la chica de cabello castaño cuya carta llevó en el casco durante todo su servicio, antes de perderla en una explosión en la jungla de Vietnam. En su lugar, permanece en silencio y entierra ese pensamiento de ella hasta el fondo de su ser. Segura, resguardada en un pequeño pueblo universitario, solo espera que Becky lo olvide y que debido a su silencio, se haya dado por vencida y lo crea muerto.

El doctor le quita las vendas con lentitud. El aire sobre sus heridas es doloroso. La carne viva lo sigue atormentando y piensa, aunque no lo dice en voz alta, que ojalá no hubiera sobrevivido.

—Todavía estás muy hinchado, Jack; solo recuerda lo que te dije: en unas semanas todo esto se verá mejor.

—Doc, ¿por qué no nos hizo un favor a todos y me inyectó demasiada morfina para que pareciera un accidente?

—Jack... —La voz del doctor se hizo un susurro—. Soy médico... Hice el juramento de salvar vidas, no de terminarlas.

El silencio que sigue es en sí mismo doloroso.

—Me gustaría ver mi reflejo —insiste Jack.

—Todavía no —repite el cirujano—. Necesitas sanar más; luego podremos decidir cuándo darte el espejo.

Permanece en la unidad para quemados varias semanas más. Ya se dio por vencido de que las enfermeras le limpien la piel nueva y cambien las vendas para evitar la infección. Usa un collarín para asegurar que su piel no se contraiga mientras sana, y en algún momento le retirarán los analgésicos.

Durante todo este tiempo, no escribe una sola carta ni hace una sola llamada telefónica.

Jack está con su pelotón en la jungla. Jefe y Flannery. Stanley y Doc. A veces conversa con ellos en su mente. Ve los ojos de Gomez brillar traviesos cuando saca una baraja de su bolsillo o a Stanley inclinado sobre su Biblia, recitando un pasaje o murmurando las palabras reconfortantes de un salmo.

Las noches en que la sala del hospital está envuelta en una oscuridad silenciosa, salvo por las ruedas del carrito de medicamentos al avanzar, Jack trata de borrar sus recuerdos de Jefe caminando por la montaña bajo la

lluvia, con el cuerpo de Stanley en los brazos, envuelto en un poncho bañado de sangre, los músculos tensos por el esfuerzo para garantizar que la cabeza de Stanley no toque el suelo.

Cuando el cirujano de Jack por fin le dice que está listo para ser dado de alta, él pide de nuevo un espejo.

—Me gustaría verme antes de irme, Doc —dice—. Es justo que pueda hacerlo antes de que lo haga cualquier otra persona fuera del hospital. ¿No le parece?

El doctor respira profundo.

—En general esperamos que eso suceda cuando el paciente vuelve con su familia, Jack —dice entre dientes —. Pero le pediré a una de las enfermeras que vea si puede hacer algo.

Jack asiente, le parece que ha ganado una pequeña victoria. Necesita saber cómo lo verán los demás para averiguar cómo reconciliar la pérdida de su antigua apariencia física con su realidad actual.

Esa tarde, Bárbara llega y le da a Jack un pequeño espejo con mango de plástico que saca del bolsillo de su uniforme. Por respeto, baja la mirada cuando Jack lo pone frente a su rostro.

Levanta un dedo y traza todos los nuevos valles y las protuberancias de la piel que alguna vez fue su mejilla y su frente. El lado izquierdo de su rostro está hipertrofiado y enrojecido, la topografía de su dolor y lesión se leen como braille. La línea del cabello es irregular, y la parte frontal donde antes estaban sus rizos oscuros ha desaparecido por completo. Aún hay una cantidad considerable de hinchazón donde alguna vez estuvo su párpado, y parece uno de esos villanos sobre los que leía en sus revistas de historietas cuando era niño, como Dos Caras en Batman, o algo peor: un ogro de un cuento de los hermanos Grimm.

—Carajo —murmura—. Ni siquiera parezco humano.

La tarde que lo van a dar de alta, Bárbara Starr le dice que planearon algo especial para su partida.

—No quiero nada —le dice.

Solo pensar en una suerte de fiesta de despedida lo hace sentir incómodo.

—Te mereces algo —responde con amabilidad—. Por favor, Jack. Ya está todo organizado.

Una hora más tarde, después de que el médico lo examina una vez más, cinco soldados vestidos en uniforme azul entran a la habitación. Cada uno de ellos lleva la gorra debajo del brazo.

—Cabo segundo Jack Grady —anuncia el guardia de honor—. En nombre de una nación agradecida, estamos aquí para condecorarlo con el Corazón Púrpura... —Empieza a leer una carta en la que se describe la lesión de Jack y su servicio al país—. «Al servir como el hombre de la radio, el cabo segundo Grady enfrentó al enemigo en la provincia de Quang Tri y fue gravemente lesionado el 27 de noviembre de 1969... Toda la nación está en deuda por su servicio...».

El sargento de artillería abre una pequeña caja café y muestra un cordón púrpura del que pende un corazón de metal brillante con la efigie de George Washington en el centro.

Puesto no que hay miembros de su familia que presencien la ceremonia del Corazón Púrpura, tres de sus enfermeras y dos de sus médicos están de pie al fondo de la pequeña habitación de hospital. La enfermera Starr llora cuando el guardia de honor saluda a su paciente y sujeta la medalla de metal sobre su pecho.

Cuando se muda a un pequeño departamento no muy

lejos del hospital, Jack pone la medalla en una caja de cartón en el estante superior de su clóset, junto con la condecoración de la Campaña de Vietnam, la Cinta de Acción de Combate y la Mención al Mérito. Para él no significan nada; una cinta no traerá de vuelta a sus amigos; una medalla no resucitará una vida ni curará sus heridas.

Escucha a Walter Cronkite en televisión, que informa sobre los esfuerzos cada vez más grandes de los veteranos de Vietnam en contra de la guerra. Estos hombres no eran nada parecido a la joven hippie que le aventó una bebida en el aeropuerto; eran hombres como él que habían estado en el país y sabían de primera mano que todo eso era demente: la falta de directivas claras o de una razón convincente para estar ahí. Con tanta ira en su interior, Jack deseaba poder unirse a ellos. Había perdido todo: sus amigos, su futuro, la mitad del rostro. Pero, ¿cómo podría salir y levantar un puño al aire y unirse a la protesta? El camarógrafo pasaría todo el día haciendo un acercamiento a sus cicatrices. Jack sabía que lo harían el consentido de los carteles de la maldita guerra.

Los siguientes diez meses vive de su pensión de discapacidad. Entierra sus pensamientos de Becky junto con los recuerdos de los amigos que dejó atrás en el campo de batalla.

Maldice a los médicos y a las enfermeras que olvidaron decirle lo doloroso que sería el tejido cicatricial y las cirugías de escisión para eliminarlo. Le enfurece recordar cuando uno de los soldados de infantería le preguntó a un oficial, justo antes de que los enviaran a casa: «¿Para qué luchamos?», y el mayor respondió la falsedad de todo eso: «Hemos perdido a demasiados hombres valiosos como para volver atrás».

Hierve de rabia.

Hay noches en las que consume demasiado whisky y toma el teléfono para llamar a Becky. Pero cuenta los meses que ella ha estudiado para obtener su diploma de maestra y se da cuenta de que debió graduarse el mes anterior.

Una tarde, después de anestesiarse con dos vasos de Jack Daniels, marca su teléfono y se da cuenta de que está desconectado.

Llama a información y le dan tres números de teléfono posibles para Rebecca Dougherty en el oeste de Pennsylvania. Por último, escucha su voz al otro lado de la línea y su dulzura provoca que su corazón dé un vuelco de dolor en su pecho.

—¿Becky?

Su voz de tenor suena tan frágil como el cristal.

El silencio envuelve la línea.

—Soy yo... Jack.

De nuevo, solo silencio. Todo el cuerpo de Jack se tensa en ese silencio punzante.

Becky tiene un nudo en la garganta.

—Pensé que estabas... —Su voz se quiebra, pero después de unos segundos recupera el sentido estoico de la compostura—. Jack, pensé que estabas muerto. Traté de obtener información en todas partes, pero nadie pudo decirme nada.

Había preparado una excusa; practicado en su mente, a lo largo de varias noches, una que pudiera medir la situación antes de enfrentar el dolor de que ella lo viera desfigurado.

—Estoy en un hospital en Texas. Uno de mis amigos aquí tiene el rostro completamente deshecho. Dios, es horrible verlo. —Sostiene el aliento y cierra los ojos—. En unos días lo darán de alta y no tiene familia, Becky. Por eso desaparecí, tenía que quedarme con él. —Se acomoda el auricular—. Mi amigo no tiene adónde ir y me

preguntaba... Sé que ha pasado mucho tiempo desde que te vi y estuvo muy mal de mi parte que dejara de escribirte. Pero, ¿crees que los dos podríamos ir a tu casa y pasar un tiempo juntos? —Traga saliva—. Quería decirte que te extrañé mucho...

Se hacen unos segundos de silencio entre ellos. Ella está tan confundida, lo había esperado y durante catorce meses se preguntó qué había sucedido; había pasado innumerables noches llorando en su cama por alguien que no sabía si estaba vivo o muerto. Ella había hecho más que extrañarlo... le había guardado luto.

—¿No puedo verte antes a solas, Jack? Déjame verte y luego podemos hablar de tu amigo. No he visto tu hermoso rostro en tanto tiempo...

Pero las únicas palabras que él escucha son «tu hermoso rostro».

Ella no sabe que inventó la historia de su amigo para probarla, para medir su respuesta y así poder protegerse de ser lastimado más de lo que ya ha sufrido.

La línea enmudece.

—¿Jack?

Él cuelga el teléfono y se dice que tiene la respuesta que necesitaba. Pero esta vez no es su ojo bueno o el ciego el que derrama lágrimas, es su corazón el que se abre como una herida en carne viva que solloza dentro de su pecho.

Capítulo 45

Desde que dejó San Antonio, Texas y a sus médicos del Hospital Militar Brooke, Jack desarrolló una debilidad por las cosas rotas. Con el tiempo, aprendió que había dos clases de personas en el mundo: quienes desechaban las cosas cuando dejaban de funcionar y quienes intentaban rescatarlas. Jack pertenecía al último grupo. Su amigo, Tom Golden, también. Esa era de las muchas cosas que unía a los dos hombres y añadía más significado a su trabajo en Las horas doradas. Cuántas veces Tom había contado cómo llegó un cliente a la tienda, desolado porque el reloj de bolsillo de su tío abuelo ya no funcionaba, o que el reloj de pulsera que le regaló uno de sus padres en la graduación ya no marcaba bien la hora. Tom sostenía el reloj en la mano y se lo mostraba a Jack.

—Tenemos que repararlo —anunciaba con firmeza.

Ser capaces de insuflar una nueva vida a esos objetos queridos había hecho que Jack se sintiera útil y le dio una vida después de sus lesiones.

Él había sentido un tipo de llamado similar cuando trabajó en la primaria Foxton. A pesar de haber abandonado sus sueños de casarse o de tener hijos, la estrecha cercanía de la esperanza y posibilidad que enseñaban en los salones de clase le había infundido un sentido de mudo optimismo. Cuando la decoración de la puerta del salón 8 cambiaba de hojas estivales a copos de

nieve, su corazón se alegraba y sentía que algunas partes de él que se habían endurecido por la lesión se suavizaban y se descongelaban.

Hendrix también había ayudado en la recuperación de Jack. Adoptó al labrador negro poco después de que se mudó arriba de la tienda. Le dijeron que el antiguo dueño había maltratado al perro y que llegó al refugio esquelético y con una herida en la pata trasera. Estaba en la lista para eutanasia cuando Jack lo advirtió en su jaula, sus ojos tristes buscaban amabilidad en la mirada de Jack.

Ninguna de las familias que echaban un vistazo en las jaulas metálicas, con los hijos detrás, se interesó por Hendrix; se enamoraban de los animales que no tenían cicatrices evidentes: los que no tenían heridas abiertas o no se acobardaban en un rincón de su jaula.

De inmediato, Jack sintió amistad por Hendrix. Consideró su abandono como una invitación para amarlo. Vio más allá de la horrible llaga abierta en su pata y de la osamenta descarnada. Jack llevó a Hendrix a casa y el animal, herido y asustado, mantuvo su distancia; siempre se iba al rincón más apartado del pequeño departamento y se acurrucaba en un ovillo, como si tratara de ocupar el menor espacio posible. Incluso cuando Jack colocaba el tazón de comida y agua fresca, el perro no se acercaba sino hasta que Jack salía de la habitación. Como solo había una pequeña cocineta y una sala-comedor, eso significaba que Jack tenía que irse a su cama o al pequeño sofá que estaba frente al televisor cada vez que Hendrix comía.

Finalmente, ambos terminaron por conocerse mejor cuando Jack empezó a sacar al perro en las caminatas nocturnas. Salían alrededor de las 10:00 p. m. para sus largos paseos por el área boscosa que bordeaba la presa. Para Jack, esas salidas eran contemplativas; mientras caminaba bajo el dosel arbóreo, escuchaba el sonido de sus instructores de entrenamiento que les ordenaban

«cadencia», en Parris Island, y coreaban: «Izquierda. Derecha. Izquierda. Derecha. Izquierda, es un día fácil, pelotón segundo, día fácil...». Era una sensación catártica cuando su cuerpo se movía y su mente se rendía a la tarea.

Parecía que Hendrix también disfrutaba de esos largos recorridos y muy pronto aprendió a trotar al lado de Jack. Empezó a engordar, y lo que alguna vez fue solo un costal de huesos apenas cubierto por un abrigo de pelaje seco y negro, se fortaleció e incluso engordó un poco.

—Vamos, chico —le murmuraba Jack al cerrar la puerta de la tienda a su espalda.

Ataba la larga correa roja y empezaba a caminar hacia el centro comercial Ace. Pasaban frente al estacionamiento vacío de automóviles y peatones a esa hora tardía, y recorrían la zona detrás de la ferretería, donde se apilaban cajas vacías encima de los contenedores de basura. Cuando la banqueta de concreto se convertía en tierra seca y suave, seguían adelante.

Izquierda. Derecha. Izquierda.

Hendrix, con su largo hocico negro, olisqueaba la tierra, emocionado al experimentar los ricos aromas del bosque. Áreas de tierra húmeda, fragante con el olor de hongos y pino. Alzaba los ojos hacia las ramas donde las ardillas pasaban veloces hasta atrapar una bellota que sujetaban entre los dientes.

Les llevaba casi cuarenta minutos llegar a la cúspide, donde terminaba la línea de los árboles y el agua centelleaba en la presa.

Jack se sentaba y Hendrix se echaba a su lado. Acariciaba el lomo del animal, sintiendo la longitud de su columna vertebral hasta que su mano tocaba la cola, que ahora era sedosa y exuberante, gracias a la dieta mejorada. Sentía que Hendrix se tranquilizaba con su tacto y el perro le devolvía el afecto lamiendo la mano de Jack. En esos momentos, Jack sentía una silenciosa

perfección entre ambos. Habían recorrido mucho camino juntos desde la primera vez que se conocieron en el refugio animal, hacía casi cuatro años. Ahora era su mejor amigo.

Capítulo 46

Para Katie había sido una tarde larga en la alberca, y contaba las horas que faltaban para que acabara su turno. Buddy había llevado a Clayton al club como su invitado y ambos pensaron que sería una excelente idea llevar pistolas de agua al chapoteadero para dispararle a los niños. Sabían que solo tendrían pocos minutos para rociarlos hasta que alguien los detuviera. Hoy, esa tarea recaía en Katie, quien sopló en su silbato de manera clara y rotunda para detener su ridícula travesura.

Buddy dejó caer su pistola al piso y alzó la vista hacia la torre. Para él, Katie parecía una Valkiria, una diosa nórdica lista para elegir a quién dejaría entrar a su reino y a quién desterraría. A Buddy le alegraba que le llamara la atención, si eso le brindaba la más mínima oportunidad de verla en traje de baño.

—La próxima vez quedarán expulsados para siempre de la alberca —advirtió entrecerrando los ojos y señalándolos con el dedo.

Le gustaba el poder, y nada le habría alegrado más que asegurarse de que ninguno de los dos volviera a asomar la cara en el club. Buddy era un pesado, pero Clayton la miraba de una manera que hacía que se le helara la sangre.

—Disculpe, su majestad —se burló Buddy, tratando de impresionar a su amigo—. Por favor, no nos destierre

de su reino.

—Cállate —respondió ella de inmediato—. ¿Por qué los dos son tan tarados?

Clayton le hizo un gesto obsceno que ella respondió alzando el dedo medio. Lo lamentó en ese instante, porque sabía que, si uno de los adultos la veía comportándose así, la despedirían.

Así que cuando Buddy le gritó algo, decidió ignorarlo. Una cosa era segura: ninguno de ellos valía la pena para que ella perdiera su trabajo.

Capítulo 47

El departamento no tenía cuadros ni decoración, las paredes blancas eran como las de un monasterio. Tenía una línea telefónica, aunque nadie, salvo Tom, le llamaba. Y casi nunca salía, excepto para comprar comida, ir a la lavandería y, en ocasiones, comprar un pedazo de pizza en Nino's; también un domingo al mes, para la invitación a cenar que le hizo Grace.

Amaba esas cenas más de lo que quisiera admitir. La casa olía a galletas recién horneadas y a infancia. Aparte del olor de carne crujiente y papas rostizadas en la cocina, la sala olía a lápices a los que recién se les sacó punta para el lunes en la mañana, a hojas de carpeta y marcadores. Le hacía recordar sus días en la primaria Foxton, e incluso antes, a las comidas de los domingos que su madre acostumbraba preparar en su día libre. Su madre no era tan buena cocinera como Grace. Nunca en su vida preparó rosbif aderezado con páprika y polvo de ajo ni zanahorias glaseadas con miel. Pero había dominado el arte de las pechugas de pollo empanizadas y ambos terminaban una bandeja completa de cuernitos Pillsbury con mantequilla en medio.

La primera vez que llegó a cenar a casa de los Golden pasó casi todo el domingo en la tarde muerto de ansiedad. ¿Cómo podrían las niñas disfrutar su cena con él sentado del otro lado de la mesa? Pensó en ponerse una gorra de

beisbol para crear una sombra sobre su rostro, pero luego pensó que podrían considerar irrespetuoso que usara una en la mesa.

—A las niñas les encantará conocerte —le dijo Tom con tanta amabilidad que era difícil negarse.

Sí, incluso ahora que sus injertos de piel por fin eran parte de su pasado, sabía que sería una visión horrible para ellas. Su piel estaba roja y era irregular; su párpado izquierdo colgaba sobre el ojo malo. En una parte del cuero cabelludo cerca de la frente, el pelo nunca le volvió a crecer. Recordaba la primera vez que acarició a Hendrix y vio las áreas pelonas de piel blanca y escamada; era como si sus dedos también tocaran una parte de sí mismo.

Su rostro había sanado considerablemente con los años. Ese primer momento en el hospital en Texas, cuando le quitaron las vendas, no había estado preparado en ningún sentido. Su reflejo podía haber sido del planeta Marte, puesto que no evocaba en nada a su antiguo ser. La piel de su rostro que alguna vez estuvo bronceada por el sol de Vietnam, ahora estaba manchada; las mejillas que Becky había acariciado y besado ahora estaban quemadas como un lienzo irreconocible. Pero en ese momento la piel, aunque dañada y la mitad de la cara claramente deformada, no estaba tan fea como lo había estado los meses posteriores al accidente.

Odiaba pensar en cómo era antes. Escondió las fotografías que tenía de esos días, aunque conservó una solo foto de Becky y él en su buró. A veces, cuando se sentía particularmente mal, la sostenía entre sus manos. Durante esas noches, el tiempo se detenía de forma diferente a las de sus terrores nocturnos o los recuerdos de Vietnam. Era como echar un vistazo en una cápsula del tiempo a otra vida, sus bordes irregulares suavizados como vidrio pulido por el océano en la palma de su mano. Podía atisbarlo y recordar qué se sentía ser tocado, ser amado.

Capítulo 48

Tom metió la bicicleta en la cajuela de la camioneta de Grace y le aseguró a su hija que era muy fácil reparar la cadena.

—Randall se encargará de inmediato, querida.

Katie forzó una sonrisa, su mirada bajó hasta sus tenis Tretorn. Llevaba seis días trabajando y había registrado cincuenta horas, a tres dólares la hora, lo que le daba una ganancia de ciento cincuenta dólares; ya había investigado y sabía que en la tienda de bicicletas de Randall vendían una nueva Schwinn con manubrio de carreras en ciento diez dólares. Katie en verdad quería decirle a su papá que no gastara dinero en repararla; en su lugar, quería usar su sueldo recién ganado para comprarse una nueva.

No estaba segura de cómo decirle a su padre que no lo hiciera, puesto que él había sido muy amable. También sabía que estaba fuera de discusión pedir a sus padres una nueva bicicleta, sobre todo desde que le dedicaban a ella mucho para cosas que no estaban en el presupuesto familiar. Su padre ganaba bien, pero era un sueldo modesto comparado con el de los padres de la mayoría de sus amigos.

—¿Papá? —Su voz se alzó desde su interior y la tomó un poco por sorpresa—. ¿Crees que podría ir contigo?

Tom se alegró. Le parecía una eternidad desde que

Katie le había pedido pasar un poco de tiempo con él.

—¿Bromeas, mi niña? ¡Por supuesto!

Se deslizó sobre el asiento rojo ladrillo y la piel crujió debajo de ella. Cuando Tom miró a su hija adolescente, su corazón casi explotó, porque hacía meses que ella apenas se dignaba a mirarlo. En el momento en que entró a preparatoria, el año pasado, parecía que el mundo de Katie giraba en torno a sus amigos, y él y Grace eran planetas que ella había desterrado de su órbita.

—¿Quieres escoger la música?

Katie extendió el brazo, encendió la radio y sintonizó una de las estaciones populares. Sonaba Blondie, un grupo que él conocía porque ella ponía su último álbum una y otra vez, con tanta frecuencia que Grace y él querían romperlo por la mitad. La música ahora llenaba el aire, Katie sonrió y miró por la ventana.

—Arreglarán esa cadena, quizá mientras esperamos —dijo él, tratando de incitarla a conversar.

Ella no respondió, sino hasta que el semáforo de la calle Salisbury cambió a verde.

—¿Sabes, papá...? Ya gané cien dólares este verano... y estaba pensando que tal vez podría comprarme una bicicleta nueva...

El semáforo cambió a rojo.

—Eso es muy responsable de tu parte, Kat..., pero ¿no crees que sería más prudente ahorrar el dinero para otra cosa? En verdad no pienso que cueste mucho reparar la que tienes ahora.

Ella no respondió.

Había algo ensordecedor en el silencio de una adolescente. Tom sintió que podría interpretarlo de cien maneras distintas. Pero eligió tomar el camino más sencillo, que era solo apreciar que su hija estaba sentada a su lado. Era un trayecto de quince minutos. Trató de disfrutar cada segundo y de no echarlo a perder con palabras que ella no quería escuchar.

La tienda de bicicletas de Randall se parecía mucho a Las horas doradas, un pequeño negocio familiar que existía desde que todos tenían memoria. Tom compró ahí su primera bicicleta del viejo Randall, quien ahora ya casi tenía setenta y cinco años. Su hijo Pete trabajaba al frente, en las ventas, en tanto que el anciano seguía insistiendo en hacer todas las reparaciones. A Tom le producía nostalgia entrar, no solo por el olor del hule de las llantas y el metal, sino porque le hacía extrañar a su padre. Nunca apreció en verdad esos años cuando su padre trabajaba en la trastienda con él, y ahora era demasiado tarde.

—Hola, Tom —saludó Pete desde el otro lado de la caja registradora. Katie mantuvo la puerta abierta mientras su padre metía la bicicleta—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Se le cayó la cadena a esta... —respondió Tom afable.

Por el rabillo del ojo, vio a Katie pararse en el rincón junto a la Schwinn azul con el manubrio de carreras y diez velocidades. La bicicleta era un Cadillac, comparada con lo que había pedaleado los últimos cinco años.

—Esa es una belleza —intervino Pete—. La pintura metálica brilla a la luz del sol.

Tom observó a su hija, que miraba la etiqueta del precio.

—¿Cuánto cuesta, cariño? —le preguntó.

—Ciento ochenta dólares —respondió con un suspiro.

Su decepción le partía el corazón.

—¿Cuánto es por la reparación?

—Diez dólares. Podemos tenerla lista mañana.

Odiaba ver la mirada triste de su hija frente a la nueva bicicleta; podía reparar la vieja y dársela a Molly, a quien de cualquier manera la suya ya le estaba quedando

chica. Miró a Pete.

—¿Por qué no te sientas en ella y ves cómo se siente? —sugirió Pete, guiñando un ojo discreto a Tom.

Katie levantó el caballete de la bicicleta, la movió hasta el centro de la tienda y la montó; las puntas de sus pies apenas tocaban el suelo. Tom vio cómo su rostro se transformaba frente a él, su ánimo sombrío se levantó de repente y su cara se llenó de luz.

—Tengo casi todo el dinero, papá. Si trabajo dos días más, lo tendré todo.

—Podemos hacerle un 10% de descuento —ofreció Pete—. Nos gusta que esas sonrisas perduren en el rostro de nuestros clientes.

—¿Qué tal si dividimos la diferencia? Sé que tu mamá piensa que es importante no consentirlas demasiado... Pero creo que podré convencerla si le digo que es parte de tu regalo de Navidad adelantado.

Katie bajó el caballete y se bajó de la bici.

—¿En serio, papá? Eso sería... maravilloso.

Se acercó a él e hizo algo que hacía ya mucho tiempo él no recibía de ella: le dio un abrazo.

El olor a fresa de su champú, su felicidad, todo el peso del que ella se liberaba. Mientras Tom sacaba la cartera de su bolsillo, pensó que era uno de esos momentos que tenía que grabar en su memoria y saborearlo.

Dejaron la vieja bicicleta para reparación y sacaron la nueva rodando hasta el coche; ambos unieron esfuerzos para subirla a la cajuela. Cuando él de nuevo le dio la oportunidad de poner su estación favorita en la radio, ella respondió:

—No, tú escoge, papá.

Sintió que le corazón le daba un vuelco. Ahora

entendía a qué se refería Grace cuando decía que sentía que el tiempo se resbalaba entre sus dedos demasiado rápido. Solo le quedaban tres días antes de que Katie se fuera a la universidad. Sentía que había sido ayer cuando la vio entre la decoración rosa del hospital y se había sorprendido tanto por las emociones tan fuertes que sentía de ser un padre joven. No solo era la nueva y agobiante responsabilidad, era una maravilla total haber creado algo tan perfecto con Grace. Cuando sostuvo a Katie contra su pecho por primera vez, la bebé alzó el meñique para tocar el suyo y su corazón se abrió de una manera que incluso ahora le era difícil expresar.

En esos primeros días, su padre era pura sabiduría. Cuando llegaba con los ojos soñolientos por la falta de sueño, tratando de ayudar a Grace para darle por lo menos el biberón nocturno mientras ella se recuperaba del parto, Harry le decía que esa época de problemas del recién nacido era finita.

—Piensas que serán bebés el resto de tu vida, pero no es así.

En realidad, en ese entonces no entendía muy bien, e incluso ahora trataba de averiguar qué era la paternidad. Nadie le había dado instrucciones para ser padre, y sabía que Grace seguía luchando para encontrar la manera de lidiar con sus emociones de tener a una adolescente bajo su techo.

La canción *Tupelo Honey*, de Van Morrison, empezó a sonar en la radio; el corazón de Tom se abrió de una manera que solo puede hacerlo una buena canción.

—Eres tan dulce como la miel de tu pelo… —canturreó desafinado y entre risas.

—Vamos, papá... ¡eres tan cursi!

Cruzaron la calle Delaney hasta Main Street y se detuvieron en el letrero de alto. Tom no advirtió a Anh y a Bảo, que se dirigían al supermercado Kepler con una canasta de compras; su mirada estaba concentrada en

echarle otro vistazo a Katie. Conforme la risita de su hija llenó el coche, dejó que su corazón se llenara de cariño.

Capítulo 49

Anh por fin había reunido el valor para aventurarse en el pueblo con Bảo a su lado. Ya era mediados de julio y sabía que no sería más fácil si no se esforzaba lo suficiente para practicar su inglés fuera de la casa generalicia. Bảo empezaría la secundaria en poco más de un mes y él también necesitaría sentirse más cómodo hablando en el mundo exterior. Como Dinh les recordaba constantemente cuando las hermanas los dejaban solos para que socializaran entre ellos: «No vamos a volver a Vietnam. Como retoños en tierra nueva, debemos echar raíz y crecer».

Con frecuencia, Anh sentía que Dinh le hablaba específicamente a ella, incluso cuando estaban rodeados de otras personas. Sus ojos la miraban cuando hablaba y su sonrisa siempre estaba llena de esperanza.

Los momentos en que ella se confesaba con él y le decía que se sentía agobiada por su nueva responsabilidad como tutora de Bảo, él la tranquilizaba y le decía que florecería en su nueva tarea.

—Encontrarás tu camino, *Em* —le prometía, tocando suavemente su muñeca.

La calidez de su tacto, por breve que fuera, siempre la hacía sentir bien.

Aparte de Dinh, también se había confesado con Grace. Al principio, Anh expresó su preocupación sobre la fascinación de Bảo con las caricaturas estadounidenses, en particular los episodios de *Los gemelos fantásticos* que siempre absorbían su atención. Pero Grace la calmó diciéndole que el programa era popular entre muchos de los niños de esa edad. Anh se sintió aliviada al ver que cuando Bảo veía el programa con la hija de Grace, Molly, eso les hacía tener algo en común.

El lenguaje de Bảo estaba ahora salpicado de frases que no existían en su libro de texto, como «¡Santo cielo!» y «¡Obvio!»; eso hacía reír a las hermanas cuando trabajaban su inglés conversacional con todos ellos.

Sin embargo, hoy era el primer día en que salían juntos, solos, y ella quería asegurarse de que todo saliera bien. Se sintió nerviosa cuando la hermana Mary Alice los llevó al centro del pueblo, donde muchas tiendas pequeñas bordeaban las calles. El incidente en el supermercado Kepler la había hecho sentir muy incómoda, y quería reemplazarlo con algo más positivo.

—Nos vemos en este mismo lugar a las 3:00 p. m. — dijo la hermana Mary Alice, mostrándole tres dedos y señalando su reloj de pulsera.

Luego señaló el enorme reloj verde que estaba sobre el edificio de ladrillo donde se ubicaba Las horas doradas.

Anh asintió y Bảo salió del coche.

Bajo la clara luz de julio, ambos caminaron lado a lado. Al cruzar la calle, la camioneta de los Golden iba pasando. La ventanilla estaba abierta a la mitad y Anh escuchó una risa en el viento.

Estiró la mano para tomar la de Bảo y, por primera vez desde que llegaron aquí, él entrelazó sus pequeños dedos con los de ella.

—Hoy vamos a comprar mangos. Encontraré uno dulce para ti, *bé tí* —prometió.

Anh señaló en dirección del mercado, pero Bảo negó con la cabeza.

—No tardaré —le explicó en vietnamita—. Encontraré el más dulce y luego regresaremos a casa.

Pero Bảo la jaló hacia la tienda cuyo escaparate estaba lleno de relojes.

Se acercaron; los pasos de Bảo se hacían cada vez más rápidos hasta que llegó directamente frente a ella.

Anh sintió la misma curiosidad que su sobrino al ver la asombrosa gama de relojes. Dos grandes relojes de pie flanqueaban ambos lados del escaparate. Uno era elegante y rectangular, y tenía un sol y una luna en su centro dorado; el otro tenía la forma de un reloj de arena.

Sobre una mesa de pedestal había un reloj blanco pintado de flores. Pero el más curioso era un reloj color castaño tallado en forma de pajarera. Justo cuando los relojes marcaron la media hora, un pajarito salió del agujero tallado.

Bảo presionó el vidrio con el dedo. Anh sabía que el padre de Bảo a veces lo había llevado en secreto al cobertizo para mostrarle cómo funcionaba el interior de la radio; ahora, ella podía ver la misma curiosidad en él.

—¿Quieres entrar? —preguntó.

Pero al tratar de cruzar la puerta, esta estaba cerrada. Sobre ella colgaba un letrero que decía «Cerrado por el día». Ella miró las letras verde y bronce pintadas sobre la puerta. Las horas doradas. Estaban frente al negocio familiar de Grace.

Anh compró fruta y algunas provisiones más.

—La próxima vez iremos a la tienda de relojes —prometió—. Quizá la señora Grace podría llevarnos.

Tomó el mango que pensaba que era el más maduro y se lo dio; su corazón se llenó del recuerdo de Linh.

Esa tarde, Anh le contó a Dinh cómo tuvo que buscar al menos entre una docena de mangos en el supermercado Kepler hasta que encontró tres mangos dignos de llevar a casa. Troceó la fruta en la cocina que todos compartían.

Dinh tomó la fruta entre sus dedos y se la metió a la boca.

—Tenemos que encontrar una manera de llenar nuestro cuerpo con dulzura en esta nueva vida... De lo contrario es mucha tristeza.

Su rostro estaba lleno de una esperanza que le transmitió a ella.

—Recolectan la fruta antes de que tenga tiempo de madurar, ese es el problema —continuó Dinh mientras se chupaba los dedos—. Nosotros sabemos que entre más tiempo se quede en el tallo, mejor. —Le sonrió con amabilidad—. Como los niños, ¿verdad? Creo que ese supermercado Kepler necesita un poco de ayuda con la fruta. —Sonrió—. Y tenemos que ayudarlos.

Anh sonrió. Se imaginaba su pueblo en mejores épocas, con las canastas de bambú tejido, llenas a rebosar de variedades exóticas de fruta.

—Extraño tantas cosas —dijo para acabar con el silencio.

Su voz estaba llena de nostalgia. Cerró los ojos e imaginó el interior de su casa de infancia, el olor del arroz cocido, las manos delgadas de su madre al cortar el cilantro y los rábanos sobre la tabla de madera. Los sonidos de los tordos y los verderones en las ramas de los árboles.

Le dolía no haber podido llevar con ella ningún objeto del altar ancestral. El incienso, el pequeño florero, las dos fotografías enmarcadas. Todo eso había quedado atrás.

—No podíamos traer mucho, ¿verdad? —dijo

abriendo los ojos como si mirara a Dinh—. Y casi todo lo que traje se perdió en el barco o en el campo de refugiados. Ingenuamente pensé que Estados Unidos estaba a pocas horas de viaje, no al otro lado del mundo.

—Todos lo pensamos, Anh —respondió—. Yo me fui con un amigo que construyó nuestro bote con madera de un piano abandonado y un pequeño motor. Incluso utilizó partes del teclado y las cuerdas para hacer un pequeño barco. ¿Te imaginas? —Dinh cerró los ojos—. Mi amigo lo encontró en unos de los salones abandonados de un viejo hotel colonial. Lo destrozó con un hacha y construyó el bote durante las noches, cuando nadie lo veía. Pensó que nos mantendría a flote un par de días... el tiempo que él pensaba que nos llevaría llegar a Estados Unidos.

—Todos creímos la misma tontería —dijo Anh con voz suave.

Tomó el último mango, el cuchillo para pelar y empezó a quitarle la piel.

—Mi amigo murió al décimo día que estuvimos a la deriva. En ocasiones, en las noches que no puedo dormir, aún puedo verlo tirado sobre la espalda, con los ojos vacíos mirando al cielo. Me dice en un murmullo que cree que ya estamos muy cerca... que tenemos que escudriñar el horizonte mañana. Escucho su voz en mi cabeza, Anh, y luego veo cómo tiro su cadáver al mar.

Capítulo 50

El verano se acercaba rápidamente a su fin, y el club rebosaba de niños. Katie disfrutaba su trayecto diario en la bicicleta nueva y resplandeciente; sus diez velocidades y manubrio de carreras la hacían sentir como si manejara un Rolls Royce.

Grace había encontrado un nuevo ritmo ahora que las niñas estaban de vacaciones, y le satisfacía ayudar a Anh a practicar su inglés. Habían creado su propia relación especial cuando salían a hacer juntas las compras.

Un día, después de regresar del Kepler, a Grace se le ocurrió que quizá a Anh le gustaría probar otra manera de practicar el inglés.

—Quizá te gustaría cocinar algo aquí alguna tarde —mencionó de manera casual mientras sacaba las compras de la bolsa para meterlas al refrigerador—. Podría darte algunas de mis recetas y tal vez tú podrías enseñarme algunas de Vietnam.

A Anh se le iluminó el rostro.

—Sí, por favor.

Decidieron verse una vez a la semana. Al principio, Grace le mostró cómo hacer platillos estadounidenses fáciles que le gustaban a su familia, como pechugas de pollo empanizadas o espagueti con albóndigas. Pero un día, le preguntó a Anh si le gustaría preparar algo que tomara un poco más de tiempo.

—Es un poco pesado para el verano, pero me trae buenos recuerdos de mi difunta suegra, cuando me enseñaba a preparar algo de su familia. —Grace sonrió—. Se llama sopa de bolas de *matza* y estoy segura de que nunca has probado algo así. Es suave y reconfortante cuando te sientes triste. Yo la preparo a menudo para mis hijas cuando están enfermas.

Grace siempre sentía una ola de nostalgia por Rosie al preparar su sopa. Cuando le preguntó cuál era su secreto para que las bolas quedaran tan suaves y esponjosas, Rosie le decía:

—Un chorrito de agua mineral y un poco de amor...

Las palabras de su difunta suegra habían permanecido cálidas en su interior.

Anh disfrutaba formar las bolas redondas y suaves con sus manos y las colocaba en el agua hirviendo hasta que flotaban en la superficie. Una vez que las echaron a sus tazones de caldo de pollo, Anh se sentó y las probó.

—Es muy bueno —dijo—. Sabe como comida... para aquí —agregó llevando su mano al pecho, sobre el corazón—. Próxima vez, yo enseño a hacer sopa vietnamita llamada *phở*. Para que aprendas también.

La idea de poder ampliar sus conocimientos culinarios y aprender de Anh emocionaba a Grace. Así como Rosie le había enseñado a preparar la sopa de bolas de *matza* y el *brisket*, unos platillos de los que nunca había escuchado hablar antes de llegar a Nueva York, ahora disfrutaría de la oportunidad de aprender algo nuevo bajo la guía de Anh. Las sesiones de cocina ya no se trataban únicamente de que Anh ampliara su vocabulario en inglés, sino que se convirtieron en una oportunidad para que dos amigas prepararan juntas una comida para la gente que amaban.

Mientras las mujeres cocinaban, Molly y Bảo pasaban tiempo juntos en la sala, la mayor parte del tiempo viendo televisión. Molly sabía que *Los gemelos*

fantásticos era el programa favorito de Bảo, pero también era feliz viendo cualquier cosa en la televisión.

—En verdad ama a esos superhéroes —comentó Grace a Anh una tarde mientras limpiaba unas hojas de menta del jardín en un tazón. Estas últimas semanas sus conversaciones eran más fluidas y la relación entre ellas se había fortalecido—. Es curioso que eso sea lo que más le gusta hacer aquí...

Anh alzó la vista y trató de buscar las palabras correctas.

—Señora, él piensa que le ayudarán a encontrar a sus padres.

—Pero ellos murieron, ¿no? —preguntó perpleja.

—Sí... pero cree que el niño y la niña de la caricatura se convierten en agua y los encuentran en el océano. Tienen poderes para... ya sabe... ayudar a que vuelvan, como guerrero especial con poder mágico.

Grace dejó el cuchillo sobre la mesa.

—Eso me parte el corazón, Anh.

Volteó a ver a Bảo, quien estaba echado bocabajo sobre la alfombra. Estaba completamente absorto por lo que veía en la pantalla.

—Pero ya debe presentir que lo que ve no es real...

Grace pensó en sí misma, después de enterarse de que su hermana se había ahogado. Cómo aventó el hueso de gaviota blanqueado por el sol porque creía que tenía poderes mágicos, pero descubrió que no podía ayudarla.

Anh se encogió de hombros.

—No sé, señora.

—Pero sin duda entiende que no van a volver...

Anh miró hacia la ventana y advirtió un pequeño pájaro blanco posado en el alféizar, que picoteaba algo entre sus patas.

—En mi país creemos que los muertos no están realmente muertos. Están alrededor de nosotros. Los espíritus de nuestros ancestros. ¿Sabe lo que quiero decir,

señora Grace? No se han ido de verdad.

Grace permaneció en silencio. Pensó en su madre y su padre fallecidos. Pensó en su hermana Bridey. Entendía a la perfección lo que Anh quería decir. A menudo sentía que sus espíritus la rodeaban.

—Yo siento a mi hermana cuando llueve —le confesó Grace—. No ha desaparecido incluso después de todos estos años. Me despierto y la humedad dispara todo sobre ella. Antes solo la recordaba el día que se había ahogado. Veía su rostro enmarcado por los rizos de su cabello, con un panecillo dulce entre los dedos, y después veo a mi padre con el cuerpo sin vida entre sus brazos, antes de que alguien pusiera un rompevientos sobre su pequeño cuerpo.

Anh cerró los ojos.

—Lo siento, señora. Usted tiene terrible dolor también.

—Es extraño, porque cuando era más joven, antes de tener a mis hijas, solo podía imaginar su pérdida a través de mis ojos de niña de diez años, como la niña que perdió a su hermana. Pero ahora que tengo a mis propias hijas, también lo veo con la mirada de mi madre. —Grace respiró profundamente—. Es terrible, más allá de las palabras.

La luz cambió en la cocina cuando las nubes cubrieron el sol.

Anh tomó unas zanahorias del montón que Grace había pelado y lavado para echar a la sopa que preparaban juntas. Agarró un cuchillo y empezó a cortarlas; luego se detuvo y giró para mirar a Grace.

—Yo perdí bebé después de que mataron a marido —dijo con voz temblorosa—. Creo que su muerte es peor cosa que podía pasarme, pero me obligo a levantarme... Me levanto, como unas cucharadas de arroz y me limpio las lágrimas, porque tengo niño que cuidar. —Dejó el cuchillo sobre la mesa, levantó las manos hasta sus ojos y empezó a llorar—. Pero cuando ese bebé dejó mi cuerpo,

siento que no tengo nada.

La lluvia empezó a golpetear la ventana. Grace levantó los brazos y abrazó a Anh.

—Ahora debo ser una madre para Bảo —continuó entre lágrimas—. Pero, ¿cómo? Sé muy poco.

—Sabes más de lo que crees, Anh —murmuró Grace suavemente, sin dejar de presionar a Anh contra su pecho —. Tú te aseguraste de que cruzara el mundo seguro y harás una vida nueva para ustedes aquí. Estoy segura de que todo va a salir bien.

Anh se apartó y volteó para terminar de picar las zanahorias restantes, recuperando la compostura.

Grace tomó una cebolla. Cuando su cuchillo la cortó por la mitad, agradeció tener una excusa para enjugarse las lágrimas.

Capítulo 51

Jack dudó solo unos segundos cuando Tom lo invitó a cenar el domingo. Esta vez habría otros dos invitados además de él.

—¿Recuerdas que te conté de ese niño, Bảo, que Grace encontró en la calle Maple? —dijo Tom de manera informal—. Bueno, ella ha estado trabajando como voluntaria en Nuestra Señora de los Mártires; les ayuda a él y a su tía a aprender inglés.

—Es muy amable de su parte. Grace siempre trata de hacer lo correcto.

Tom lanzó una carcajada.

—Sin duda... de cualquier forma, también queremos invitarte a ti. Va a preparar algo llamado *phở*. Es un tipo de sopa de fideos, creo.

Jack colocó el calibrador sobre el reloj en el que estaba trabajando; hacía tiempo mientras trataba de pensar en una excusa para no asistir.

Tom sintió la incomodidad de Jack.

—Sé lo que estás pensando, pero ellos son de la parte sur de Vietnam... así que eso los hace los buenos, ¿no? Por eso pudieron obtener ayuda aquí, porque pelearon al lado de los estadounidenses.

Jack forzó una sonrisa. En los años desde que había vuelto a casa ya no pensaba en la guerra en términos tan

simples. Quizá cuando llegó a Vietnam creía en la guerra como una película de John Wayne donde era fácil distinguir a los buenos de los malos, pero la guerra no había sido más que un esfuerzo fútil y sin sentido del gobierno en el que se perdieron demasiadas vidas. Lo único de lo que Jack estaba seguro era de que todo el dolor persistía. En el norte y en el sur, los soldados estadounidenses, todos habían sufrido.

—Lo sé, Tom... pero sabes que es más que eso. —Jack señaló su rostro con el dedo—. Es difícil conocer a nuevas personas, ¿entiendes lo que quiero decir...?

—Entiendo, pero Grace ha estado practicando esa sopa con Anh, y creo que para ella significaría mucho que estuvieras ahí.

—Últimamente he estado más solitario de lo normal... No estoy seguro de estar a la altura este fin de semana.

Hendrix se acurrucó debajo de la mesa de trabajo, levantó el hocico y resopló, como si dudara de que su amo estuviera diciendo la verdad.

—Bueno, piénsalo, Jack. No tienes que decidirlo hoy. Reflexiona y dame una respuesta en uno o dos días. —Tom se puso de pie y guardó sus herramientas en el cajón —. Nos vemos mañana.

Se inclinó y le dio unas palmaditas a Hendrix.

Jack escuchó que la puerta se cerraba detrás de Tom; regresaba a casa, con su familia, y los dejaba a él y a Hendrix solos en la trastienda. Dejó escapar un profundo suspiro y Hendrix levantó la cabeza, estudió a su amo un segundo, y volvió a acurrucarse en el piso.

—¿Qué quieres oír, amigo? —preguntó al perro, mirándolo—. ¿Qué no tengo una respuesta? Supongo que tendré que decidir... —Jack tomó una caja de zapatos en la

que guardaba sus casetes favoritos. Sacó uno del álbum Drift Away, de Dobie Gray, y lo puso en la pequeña casetera que estaba sobre su mesa de trabajo. El título de la canción, con su letra esperanzadora, empezó a flotar en el aire. La música empezó a relajarlo y el malestar de la invitación a cenar disminuyó con cada nota.

Frente a él descansaba un viejo reloj Elgin de la década de 1950, cuyo dueño lo había llevado a reparar.

Era evidente que ese reloj era muy amado. El tiempo había suavizado y cuarteado la correa de piel color coñac; una persona menos sentimental la habría cambiado años antes por una nueva. La caja de oro había adquirido una hermosa pátina y en la parte posterior estaba grabada una inscripción que rezaba: «Con amor», y unas iniciales debajo.

Jack pasó un dedo sobre el grabado. Siempre disfrutaba leer las palabras que la gente elegía para que fueran permanentes en un reloj. Para él era casi sagrado, igual que lo que sentía cuando, durante sus caminatas nocturnas, se encontraba un árbol con unas iniciales grabadas en el tronco, una fosilización de la adoración de alguien más.

El reloj Elgin era mecánico, así que no era fácil repararlo como lo era cambiar una batería de cuarzo. Consideró que quizá tendría que sacar y limpiar el mecanismo. Bajó el visor de aumento que llevaba en la cabeza y poco a poco empezó a desatornillar la caja y la colocó sobre la mesa, dejando al descubierto el interior del reloj.

Los mecanismos internos del reloj le parecían hermosos: el engranaje, el muelle espiral y el barrilete. Todos los frenos en funcionamiento, enmarcados en el puente, se unían en una armonía envidiable. Cuando abría un reloj, Jack sentía como si echara un vistazo a un mundo perfecto donde una parte se ajustaba perfectamente con la siguiente, donde todo confluía para

hacer avanzar las dos manecillas.

Veía toda esta belleza a través de la lente de su ojo bueno. E incluso cuando un reloj no funcionaba como debía, siempre tenía la esperanza de poder resucitarlo con el cuidado adecuado. Pero, ¿también esto podría hacerse con una vida?

Nada en su vida había sido como el funcionamiento de un reloj. Pero si bien la tristeza y el aislamiento lo habían destruido antes de conocer a Tom y a su familia, Jack se dio cuenta esa tarde de por qué ya no consideraba su vida como una tragedia. La invitación a cenar ese domingo no era por compasión, como alguna vez creyó; en su lugar, tenía la impresión de que cuando Tom lo invitó a ir, quería que estuviera ahí porque él y Grace ya lo consideraban parte de la familia.

Ese domingo en la tarde, en lugar del acostumbrado pollo rostizado o al horno, Grace puso en la mesa unos grandes tazones de sopa y los palillos chinos que guardaba de todas las veces que pedían comida china en el restaurante Charlie Suey. La casa olía a nuevos aromas y sabores. Horas antes, ella y Anh tomaron la vieja camioneta para ir a Queens, donde ella vivió antes de casarse con Tom. Sabía que ahí encontraría todos los ingredientes que necesitaban para esa receta. Anh había escrito su lista de compras en vietnamita.

—Recuérdame de nuevo qué necesitamos para esta noche —preguntó Grace.

—Fideos. Ajo. Cilantro...

El día anterior, Anh había practicado con la hermana Mary Alice para recordar la traducción al inglés de los ingredientes.

Grace había olido algunas de las cosas que Anh cocinaba en la casa generalicia, y siempre se le hacía agua

la boca.

—Todo suena maravilloso —dijo—. No puedo esperar a probar lo que prepararás esta noche.

—Me alegra cocinar para usted y su familia. —Anh sonrió y dio unas palmaditas a la lista de compras que llevaba en la mano.

Se sentía casi mareada al bajar la ventanilla y la brisa hizo ondear el cabello de ambas. Grace vio cómo Anh sonreía al ver que cambiaba el paisaje, las hileras de casas suburbanas eran reemplazadas por casas dúplex, edificios de departamentos de ladrillo rojo y escaparates de tiendas que reflejaban la diversa comunidad de inmigrantes. Grace señaló un bar junto a un restaurante indio que tenía una bandera irlandesa en una de las ventanas.

—Acostumbraba ir ahí con mis amigas —explicó entre risas—. Me alegra que el viejo Malachy siga por aquí.

Unos minutos después, Grace vio el letrero del supermercado Lo.

—Ya llegamos.

Bajó la velocidad y se estacionó justo enfrente. Anh miró el letrero.

—Esta tienda a la que vamos, ¿es de vietnamitas?

—En realidad es china —aclaró Grace—. Pero llamé esta mañana y me dijeron que tienen los fideos y las especias.

Las dos mujeres bajaron del coche y entraron. Antes era Grace quien se encargaba cuando cruzaban el umbral del supermercado Kepler. Pero ahora caminaba detrás de Anh, quien avanzaba con confianza por los estrechos pasillos, tocando ligeramente con los dedos los recipientes de productos y hierbas que le eran familiares. Sonrió al llevarse una pequeña raíz de jengibre a la nariz.

—Este lugar muy bueno —le dijo a Grace mientras observaba los paquetes de celofán de fideos finos en el estante—. Podemos hacer *phở* como lo hacía en casa.

Ahora, la casa de los Golden estaba llena de aromas que flotaban de la exquisita sopa que Anh había enseñado a Grace a preparar cuando regresaron de la tienda asiática.

Jack bebía una cerveza fría con Tom en la sala y, unos minutos después, sonó el timbre de la puerta. Era Anh, quien había vuelto a la casa generalicia una hora antes para recoger a Bảo.

—Ayer preparé con las hermanas frijol dulce machacado y pastelitos de arroz. —Anh le ofreció a Grace un frasco lleno del postre—. Ya tenemos una comida vietnamita completa. —Sonrió.

—Qué amable, Anh. Gracias —dijo Grace.

Tomó el frasco y lo llevó a la sala, donde esperaban Tom y los demás. Katie no había vuelto del trabajo, pero Molly se apresuró a saludar a Bảo.

—Bueno, ya conocen a Molly... y Katie llegará pronto. —Grace trató de alegrar su tono de voz—. Y este es nuestro amigo Jack. Él trabaja con Tom en la tienda.

Anh avanzó juntando las palmas de las manos e inclinó ligeramente la cabeza. Sus ojos no reaccionaron cuando percibieron el lado izquierdo desfigurado del rostro de Jack.

Después de saludar a Molly, Bảo giró para considerar por un momento al hombre que estaba rígido, de pie, en la sala, mirándolo con un ojo y el rostro marcado de cicatrices. Alzó la mirada desde el piso y recorrió la silueta de Jack por completo.

—Hola señor. Un gusto conocerlo. —Articuló las palabras con una dicción cuidada y practicada.

Vestido con una camisa a cuadros abotonada y pantalones caqui que le llegaban encima del tobillo, Bảo extendió la mano. Jack la estrechó con firmeza.

—Un placer, jovencito —respondió Jack en voz baja.

Le sorprendió cuánta emoción le provocaba un gesto

tan simple. Pero había algo al ver a los dos niños, ambos de mundos diferentes, uno al lado del otro y con una relación de amistad que produjo en Jack una emoción que no había sentido desde que había dejado la primaria Foxton: un hermoso sentimiento de esperanza.

Grace y Molly colocaron con entusiasmo los tazones humeantes de sopa, llenos de tiras de fideos de arroz, hojas de cilantro y rebanadas delgadas de res.

Jack se sentó a la mesa.

—Sin duda esto huele delicioso.

—Anh le enseñó a mamá cómo hacer todo —canturreó Molly—. Ya necesitábamos platillos nuevos por aquí, ¿verdad, papá?

Acercó la cabeza al tazón y aspiró el olor del jengibre, clavo y cilantro que se elevaban de la superficie, luego tomó una rebanada de limón para exprimirla en el caldo y un poco de germinado de soya. Anh le había dicho que los agregara antes de probarla.

Tom se acomodó en su silla.

—Bueno, estoy emocionado. Esta es la primera vez que como comida vietnamita.

—Por favor —dijo Anh, poniéndose de pie frente a la mesa con Grace, quien sonrió al ver a Molly tomar el limón y la soya—. No buena albahaca en tienda, pero hicimos lo mejor posible.

Jack pensó en mencionar que él había tenido la fortuna de probar *phở* algunas veces, pero decidió no hacerlo. En su lugar, separó los palillos y miró con cariño a Grace y luego a Anh.

—Gracias, señoras, por invitarme esta noche. Parece que las dos trabajaron muy duro... —Volteó a ver el asiento vacío de Katie—. Espero que Katie no se lo pierda.

—Solo se le hizo tarde. Hubo una reunión con los

salvavidas en el club a la que tenía que acudir —respondió Tom—. Nada de qué preocuparse, a menos que nos comamos su parte, ¿cierto? —Tom miró a su esposa y sonrió—. En serio, querida, se ve y huele delicioso.

Incluso con solo un ojo bueno, Jack tenía una gran capacidad de advertir pequeños detalles en el comportamiento de otras personas. Cuando finalmente Katie entró en el comedor, se dio cuenta de que apenas volteó a ver a nadie cuando se sentó.

—Muero de hambre —se quejó mientras Grace se ponía de pie para servirle un tazón de *phở*.

En cuestión de segundos, tomó una cuchara (era la única en la mesa que no intentó usar los palillos que Grace les dio). Tom se había dado por vencido después de unos incómodos intentos para llevarse los fideos a la boca, pero Molly y Grace se adaptaban poco a poco. Por su parte, el niñito apartaba con frecuencia la cabeza del tazón para mirar a Jack. Eso no le molestaba a Jack tanto como en otras ocasiones; de hecho, en parte prefería que la gente estuviera dispuesta a mirarlo que evitarlo deliberadamente.

—¿Bảo estará en el mismo grado que tú? —preguntó Jack.

—Sí —respondió Molly antes de que Bảo pudiera contestar.

—Tendrá tutoría en la escuela —intervino Grace—. Pero ya va muy bien. —Lo miró y sonrió—. Me gusta pensar que estaba destinada a encontrar a Bảo esa tarde. —Miró al otro lado de la mesa, a Anh—. No estaríamos disfrutando de una cena tan agradable como esta de no haber sido así.

Jack vio cómo Katie ponía los ojos en blanco. Grace también se dio cuenta y Jack advirtió que se sonrojaba.

—La vida es un poco así, ¿no? —intervino Jack para cambiar la conversación incómoda—. Cuando conocí a Tom ese día en el hospital para veteranos, sin duda mejoró mucho mi vida...

—¡Ah, vamos! —Tom soltó una risita y levantó su cerveza en dirección de Jack—. Tampoco exageres. Me alegra que ahora seas mi amigo. —Tomó un sorbo de su trago—. Y no olvidemos que puedes reparar el reloj que da más dolor de cabeza mejor que nadie que conozca.

Bảo parpadeó; Jack advirtió que había reconocido algo porque se iluminó todo el rostro del niño.

—¿Tú reparas reloj? —preguntó el niño tocándose la muñeca.

Jack observó a Bảo.

—Así es —respondió—. Trabajo en la tienda de Tom.

Jack miró la muñeca del niño y pensó haber visto una cicatriz en forma de herradura, pero no estaba seguro de que no fuera un engaño de su visión.

—La vimos el otro día. Vimos por la ventana —dijo Anh con una sonrisa—. La señora Grace me dijo que era negocio familiar. Tienen muchas cosas bonitas.

—¿Los haces nuevos otra vez? —preguntó Bảo lleno de curiosidad.

—Bueno, en realidad sí. —Levantó un dedo hacia el lado desfigurado de su rostro—. Solo tengo un ojo bueno, pero puedo ver de cerca. Y también uso un visor de aumento.

Para explicar sus palabras, hizo como si se llevara algo imaginario hasta el ojo y lo entrecerró.

—El padre de Bảo también era bueno para arreglar cosas —agregó Anh—. Mi esposo no tanto, pero era mejor agricultor.

El niño sonrió y asintió.

—Radios. No reloj.

A Jack se le hizo un nudo en el corazón. Tan solo la mención del padre de Bảo que trabajaba con radios en

Vietnam lo hizo recordar la radio que llevaba cargando sobre la espalda, y los momentos finales cuando tomó el auricular de manos del teniente Bates justo antes de la terrible explosión.

—¿Estás bien, Jack? —Tom lo miraba preocupado—. Pareces un poco pálido...

A Jack le llevó unos segundos responder. Cuando finalmente alzó la mirada de su plato; Molly estaba a su lado y le ofrecía un vaso de agua. Jack aceptó el vaso y bebió.

—Sí —respondió. Los recuerdos empezaban a borrarse—. Solo pensaba en el tipo de paciencia que se necesita para arreglar cosas. No todo el mundo puede hacerlo, ¿sabes? Tener el deseo de arreglar lo que está descompuesto.

Las palabras de Jack quedaron flotando, nadie percibió el sentimiento. Pero Tom bajó la mirada y las reconoció en silencio; luego, el niño también asintió. Sus ojos brillaban.

Capítulo 52

Jack pasaba horas en la tienda Las horas doradas, donde Tom trabajaba duro durante el día en su labor de reparación y ayudando a los clientes; igual que Harry, su padre, quien antes pasó años haciendo lo mismo. El espacio se había convertido en el santuario de Jack, donde encontraba paz, donde ambos reparaban relojes y él se perdía en la faena.

Aunque vio a Harry solo una vez, el recuerdo de su visita le era sagrado. Era como si el hombre, en su memoria confusa, de alguna manera le hubiera mostrado que sus pesadillas no eran únicas, que muchos hombres que sobrevivieron a la guerra se sentían tan perseguidos como él.

Conoció al papá Golden al inicio de su amistad con Tom, en las semanas siguientes de que perdió su trabajo en Foxton, se ofreció a visitar a Harry en el hospital para veteranos cuando Tom estaba ocupado en la tienda.

—Con gusto —le dijo a Tom—. No tengo mucho que hacer en estos días.

Conocía muy bien las instalaciones del hospital para veteranos, ya que había ido en innumerables ocasiones para que evaluaran su tejido cicatricial y su recuperación. Sin embargo, nunca antes tuvo una razón para visitar la residencia geriátrica. Jack tomó el elevador hasta el piso en el que vivía Harry y se encontró caminando por

pasillos verdes, echando un vistazo a las habitaciones donde había hombres que dormían, o algún miembro de la familia sentado leyendo o jugando cartas con el padre o el abuelo. Vio a las enfermeras empujar las sillas de ruedas de los ancianos vestidos con batas de algodón, hacia las salas comunitarias y a voluntarios entregar comida a quienes no podían salir de la cama, y sintió como si tuviera una premonición de él en cincuenta años. Como no tenía a nadie que lo cuidara cuando fuera viejo, sabía que sería inevitable que él también terminara en un lugar como ese.

La habitación de Harry estaba al final del pasillo; habitación 707, según lo escribió Tom en un pedazo de papel.

—¿En serio irías a visitarlo? ¿Quizá leerle un poco o algo así?

—¡Claro! —respondió Jack; le agradaba ser útil cuando tenía tanto tiempo libre—. Llevaré unas revistas y periódicos y le leeré en voz alta algo que parezca interesante.

—Eres un buen hombre —le dijo Tom.

La verdad era que Jack pensaba lo mismo de Tom.

La tarde que fue a visitar a Harry, Jack intentó verse un poco decente. Se puso un pantalón caqui y una camisa que había comprado en el Ejército de Salvación. Llevó el último ejemplar de *National Geographic*, pensando que Harry podría disfrutar escuchar sobre los aborígenes en Australia. Pensó que las fotografías de los guerreros con sus lanzas de caza y joyería nativa quizá motivaran una conversación interesante.

Pero cuando entró a la recámara de Harry encontró a un hombre que no tenía ningún interés en la revista que llevaba bajo el brazo.

Harry, quien estaba cubierto por una cobija amarilla y unas almohadas le sostenían la cabeza, volteó para saludarlo.

—¿Teddy? ¿Teddy Connelly? ¡Dios!, ¿eres tú? —dijo con voz aguda; un destello de emoción cruzó el rostro del anciano—. Pensé que no llegarías... Todo lo que vi fue tu pierna y la bota después de que tu jeep explotó... —Entrecerró los ojos llenos de lágrimas hacia Jack—. Dios mío, no tienes idea de lo feliz que me hace saber que sobreviviste —agregó agitando la cabeza.

Jack se paró junto a la cama, paralizado, sin saber si debía decirle a Harry que él no era Teddy o dejar que el hombre tuviera la oportunidad de recordar a alguien que, sin duda, le importaba y había quedado atrapado en su memoria.

—Supongo que sí te heriste de gravedad —continuó, tocando su rostro y mirando con compasión al hombre que estaba de pie frente a él.

—Sí, las heridas fueron graves —respondió Jack con honestidad.

—Siéntate. —Harry dio unas palmaditas sobre la cama—. No tengo muchas visitas que hayan vivido lo que nosotros... Las únicas personas que vienen son mi hijo y mi familia.

Jack negó con la cabeza.

—Sé que es difícil encontrar a alguien que entienda por lo que hemos pasado.

—Sí —asintió Harry—. Así es. Siempre despierto a mi esposa Rosie con mis pesadillas, pero nunca le he dicho de qué tratan. ¿Para qué preocuparla? ¿Cierto?

—Ajá.

Jack sabía demasiado bien qué era despertar gritando en medio de la noche, aunque su cama estaba vacía. Aunque no vivía con nadie, estaba seguro de que nunca abrumaría a otra persona con lo que él llevaba dentro.

—Te traje una revista. Podría leértela si quieres... —

dijo, tratando de aligerar la conversación. Levantó el ejemplar para que Harry pudiera ver la portada—. Pensé que las fotografías eran bastante interesantes...

Harry echó un vistazo y se encogió de hombros.

—Solo estoy contento de ver que estás vivo, Teddy. No puedo decirte cuánto he pensado en ti todos estos años. —Entrecerró los ojos conforme estudiaba a Jack más de cerca—. Esa quemada parece que estuvo muy fea. —Bajó la voz—. Lo siento mucho. Nadie entiende la guerra aquí... Pero tú la llevas escrita en todo el rostro...

Jack bajó la mirada. El deterioro mental de Harry superaba su tacto social, pero irónicamente, le permitía hablar con la verdad. Otro tipo de Vietnam podía caminar por la calle y nadie sabría nunca que había regresado del infierno. Pero Jack no podía escapar de él; estaba ahí, a los ojos de todos, grabado en su piel.

—No es fácil, eso es seguro —respondió Jack.

—¿Cómo duermes?

Jack alzó la vista.

—¿Cómo duermo?

—Sí. A veces tengo unas pesadillas terribles. Despierto y sigo pensando que estoy entre cadáveres. Tengo ese olor en la nariz —explicó, tocándose la punta de la nariz—. Ya sabes, el hedor de la muerte.

—Sí —respondió Jack.

No era algo que pudiera olvidar jamás.

—Y, ¡Dios!, te vi en llamas... No entiendo cómo pudiste sobrevivir a eso...

Jack sintió un nudo en el estómago.

—No fue fácil. Muchas cirugías. Mucha rehabilitación.

—Me imagino —dijo Harry empático—. Al menos no estás muerto, ¿no? —agregó con una sonrisa.

Jack lanzó una carcajada. En cierto sentido disfrutaba el humor negro.

—Sí, es la ventaja de estar atado a una cama como

esta...

Se acomodó en la silla, miró alrededor en la pequeña recámara, a la jarra de agua sobre el buró, la fotografía de Tom con Grace y las niñas, la televisión sobre una pequeña cajonera. Harry también tenía una buena vista al agradable paisaje del jardín. Se preguntaba si alguna vez vio a dos hombres sentados en la banca de afuera y se dio cuenta de que uno de ellos era su hijo y el otro Jack, alguien que había sobrevivido a una guerra, a diferencia del verdadero Teddy.

—Me alegra que hayas venido a visitarme, Teddy —dijo Harry, mirando por la ventana—. Me alegra que no tengo que imaginar a tus padres enterrándote, como imaginé tantas veces después de que volví a casa.

—Gracias —murmuró Jack—. A mí también me alegra haber venido.

Harry asintió.

—¿Alguna vez piensas en el tiempo, Teddy?

—¿El tiempo?

—Sí. En cómo pasamos nuestro tiempo allá, contando los días hasta volver a casa. Y ahora, no sé tú... pero yo paso mis días tratando de llenar las horas; me parecen tan lentas...

—Entiendo lo que quieres decir —respondió Jack.

—Mi hijo, Tom, es solo un adolescente, pero no entiende... Los jóvenes de hoy...

—Les cuesta trabajo comprender lo que no vivieron —agregó Jack; sabiendo que su respuesta era honesta.

Harry dejó escapar un suspiro.

—Lo siento, pero ya estoy un poco cansado.

—No hay problema, puedo volver otro día.

Jack se puso de pie y dejó la revista en el buró de Harry, mientras este se quedaba dormido.

Dos días después, Tom le dijo que había fallecido.

Capítulo 53

Cuando Clayton llegó a casa encontró a su padre tumbado en el sofá, bebiendo whisky; el suave tapiz de terciopelo se hundía bajo su cuerpo fibroso. Con el cinturón a medio abrir, Ross Mavis levantaba el vaso de Jack Daniels hasta sus labios y miraba las noticias de la tarde.

—Hola, chico —dijo levantando el vaso para saludar a su hijo.

Clayton había pasado las últimas horas dando los toques finales al fuerte, con Buddy. Tenía el cuerpo adolorido y cubierto de tierra. Una fina capa de sudor hacía que le brillara la piel.

Su padre levantó su gruesa muñeca de su regazo y miró su reloj.

—Llegas tarde.

Clayton entrecerró los ojos.

—Estaba ocupado con algo —respondió con sequedad; se quitó los zapatos que estaban embarrados de lodo y los dejó en el pasillo—. ¡Uf!, ojalá me dejaras en paz...

—No me hables así o haré que te tragues unas piedras para callarte.

El hombre resopló y se llevó la bebida a los labios. El bigote pelirrojo abrazó el borde del vaso al darle otro sorbo.

En una época, quizá apenas hace unos tres meses, Clayton hubiera temblado ante las amenazas de su padre. Pero esta vez algo había cambiado en él. Su cuerpo se había transformado estas últimas semanas por serrar ramas y construir el fuerte con Buddy. Los músculos de sus brazos, antes flacos y pecosos, ahora eran tensos y largos. Así, mientras se quitaba la camiseta húmeda y sudada que mostraba un físico más robusto, deseó que su padre se diera cuenta de que ya no era el niño pequeño que alguna vez fue, un debilucho que se encogía de miedo bajo su sombra.

Miró a su padre fijamente y pensó que quizá esta sería la tarde en la que él lo derribara y le enseñara qué se siente que le den un puñetazo. Ha soportado las golpizas de su padre durante demasiados años. Lo ha alimentado de ira y menosprecio desde que tiene memoria. La primera vez que su papá lo golpeó no debía tener más de cuatro o cinco años. No recordaba qué había hecho para desatar su cólera, pero se acordaba de las consecuencias, la fuerza de su mano larga y carnosa apaleándolo; cómo el dolor cruzaba su cuerpo y hacía que le brotaran lágrimas de los ojos.

Seguirían muchas más palizas, una danza de ira entre su vaso de whisky y su hijo.

Mientras su madre se acobardaba en la cocina con las manos enredadas en un trapo, a él lo obligaban a contar el número de azotes que recibía. Lo que primero comenzó con el dorso de la mano de su padre, pronto incluyó la correa de piel de su cinturón. Últimamente, su padre se había graduado con el puño cerrado.

—Necesitas un escarmiento, niño —le gustaba decir a su padre antes de quitarse el cinturón o soltarle el puñetazo al ojo. Pero ahora, Clayton quería hacerle lo mismo al viejo. Quería castigar a su padre.

Ross Mavis, de 1.80 metros de estatura, cabello pelirrojo y bigote del mismo color, se levantó del sofá color mostaza. El hielo en su bebida tintineó mientras trataba de mantener el equilibrio y empezó a caminar hacia la mesa.

—¿Qué estás viendo, Clayton? —se burló mientras se acercaba, hasta que quedaron solo a unos centímetros uno de otro.

Clayton podía oler el alcohol en su aliento.

Su padre había estado de pésimo humor durante casi tres meses, desde que lo transfirieron al noreste. Todo en Bellegrove le desagradaba, quizá incluso más que a Clayton. Odiaba tener que tomar el tren para ir al trabajo; odiaba a sus vecinos, quienes vivían tan cerca de ellos que podía escuchar su televisor cuando las ventanas estaban abiertas. En Texas, vivían en varias hectáreas de terreno y él podía hacer o decir lo que le diera la gana sin preocuparse de que alguien se metiera en sus asuntos.

La madre de Clayton salió de la cocina, pálida y pequeña como un ratón de iglesia; levantó la mano hasta su boca, pero no dijo nada. Con los años, Clayton había llegado a considerar a su madre como una de esas muñecas *matrioshkas* rusas; se había encogido tantas veces en sí misma, que pensaba que algún día desaparecería.

Clayton apretó los puños a sus costados. Su corazón latía con fuerza por la adrenalina. Su padre le había enseñado muchas cosas, como disparar a un venado, despellejar a una ardilla y limpiar el cañón de un arma de fuego. Pero también le había enseñado algo que no pretendía: cómo infligir dolor.

—Tu padre... —dijo al fin su madre. Sus palabras flotaban en el aire como algodón de azúcar, ligeras y sin sustancia—. No habla en serio...

Clayton levantó el brazo justo cuando su padre se acercó; sus amenazadores ojos inyectados en sangre le

eran demasiado familiares. En el momento en que su puño golpeó la mejilla de su padre, sintió que la emoción del impacto le rebotaba por el cuerpo. Ross cayó de espaldas y su bebida salió volando. El vaso cayó al suelo y se rompió en docenas de esquirlas diminutas y peligrosas.

—¡Maldito idiota! —gritó su padre mientras trataba de levantarse del suelo.

Clayton irguió los hombros y miró al viejo que se esforzaba por ponerse de pie. Estaba borracho y maldecía de forma incoherente; el lado izquierdo de su cara estaba rojo y empezaba a hincharse.

—Ajá —dijo Clayton mientras su madre se apresuraba a regresar a la cocina en busca de la escoba—. Dime algo que no me hayas dicho antes.

Capítulo 54

Grace abrió la puerta de la camioneta para que Bảo y Molly entraran al asiento trasero. Anh iba al frente, con las piernas cruzadas con cuidado y una bolsa de rafia sobre el regazo. Molly había pedido que Bảo las acompañara de nuevo a la alberca.

Ya era mediados de agosto y Grace podía contar con una mano cuántos días quedaban antes del regreso a clases. Siempre le sorprendía lo rápido que pasaba el verano. Una vez que llegaban al fin de semana del 4 de julio, parecía que todo se aceleraba hacia la recta final.

Bảo salió del coche con Molly. Sus chanclas de plástico rechinaban en el piso en su camino hacia el área de la alberca.

—¡Aparten unos camastros en la sombra para nosotras! —gritó Grace mientras se alejaban. En la mano llevaba un sombrero rosa flexible.

Las dos mujeres caminaron por el corto sendero que conducía del estacionamiento a las albercas. Grace podía ver a Katie en una de las torres altas. Llevaba el cabello rubio sujeto en una cola de caballo y estaba concentrada en la alberca abarrotada de gente.

Por todas partes se escuchaban gritos y risas, junto con el golpeteo de pies mojados sobre el concreto caliente.

Bảo y Molly se acercaron al chapoteadero, donde algunas madres levantaban a sus pequeños y los envolvían

en toallas.

Grace se dirigió a uno de los camastros que Molly había apartado y se quitó la bata. Miró sus piernas e hizo una mueca. Estaban tan pálidas como cuando el verano había empezado; sus muslos parecían masa para pan, suaves y regordetes, con pequeños hoyuelos en la superficie. Lanzó un profundo suspiro, extendió la toalla sobre el camastro y se consoló con el calor del sol.

—Es muy agradable que a los niños les guste estar juntos —dijo estirándose.

Pero parecía que Anh no la escuchaba. Estaba inmóvil al pie del camastro de plástico, mirando a Molly que llevaba a Bảo a la alberca principal, que ya estaba llena de nadadores. En los dos carriles reservados, algunas mujeres con gorras de flores brillantes nadaban de largo; unos adolescentes se hacían los graciosos en grupos al borde de la alberca. Anh vigilaba con cuidado; Molly lo llevaba a la entrada de la sección poco profunda. Él avanzó y sus tobillos se sumergieron en el agua azul pálido; con una mano se sostenía del barandal de metal. Molly estaba unos metros más adelante, el agua le llegaba a la cintura.

—Ven un poco más hondo —lo animó con una seña de la mano—. Quiero enseñarte unas brazadas —agregó, haciendo el gesto con ambos brazos.

Al escuchar a Molly, los dedos de Bảo se aferraron con más fuerza al barandal. Dudó un momento antes de que su cuerpo se tensara y avanzara unos pasos.

Sobre ellos, en su torre salvavidas, Katie se llevó el silbato a la boca y le advirtió a un grupo de chicos que dejaran de salpicar o, de lo contrario, los sacaría de la alberca.

—Estás bien —animó Molly a Bảo al regresar unos pasos para tratar de convencerlo de que avanzara a lo más hondo.

Bảo estaba paralizado. Podía ver y escuchar a los

otros niños, cómo se divertían en el agua fresca. Pero para él, la idea de que el agua le llegara más arriba de los tobillos, como lo hizo varias semanas en el chapoteadero, era aterradora.

El agua estaba llena de vida: las risas de los niños, las pelotas de playa con franjas multicolores que lanzaban al aire, los niños pequeños con flotadores en los brazos, que pataleaban hacia los brazos abiertos de su madre.

Pero para Bảo, el agua lo llevaba a la noche en la que estuvo parado entre juncos, con su padre y su madre a su lado y la mano de esta última entrelazada con la suya.

El recuerdo lo abrumaba, penetraba en su piel y serpenteaba en cada recoveco de su cabeza. Ya no olía el cloro de la alberca sino la pantanosa humedad de la costa vietnamita, el cieno bajo sus pies.

—¡Bảo! —Molly lanzó una carcajada—. ¡El agua solo llega hasta aquí! —dice señalando su cintura.

Bảo dio otro paso y el agua le llegó al muslo. Anh no dejaba de verlos en una vigilancia autoimpuesta. Consideró si debería acercarse a Bảo para poner fin a este ejercicio; creía que quizá aún no estaba listo.

Finalmente, después de varios minutos en los que Molly lo animaba, Bảo decidió soltar el barandal y avanzar por la alberca. El agua fría envolvió sus piernas y sintió que su mente se dividía en dos secciones: una mitad veía a su madre a su lado y la otra a su nueva amiga. Molly extendió los brazos abiertos y sonrió; sus frenos reflejaron la luz del sol cuando dibujó una ancha sonrisa.

—¡Ya casi llegas! —lo exhortó Molly.

Intuyó que hoy no era el día para pedirle que sumergiera la cabeza o enseñarle a voltearla para tomar aire. En su lugar, solo lo salpicó. Ambos rieron cuando Katie sonó su silbato para decirle a Molly que esa era la primera advertencia.

Capítulo 55

Dentro de las paredes del fuerte, detrás de la lona de plástico que los chicos pusieron para marcar la entrada, Clayton y Buddy estaban acostados de espaldas con brazos y piernas extendidos sobre el piso de tierra. Las últimas tres semanas se las habían arreglado para construir la estructura usando cualquier cosa: desde las pequeñas ramitas del bosque hasta pedazos desechados de triplay y latas de Coca-Cola. Sentían una intensa satisfacción personal porque esa mañana le habían dado los toques finales.

Clayton estaba muy orgulloso de haber podido crear un techo con la vieja lona de un bote que encontró en el contenedor de basura del vecino. Ahora, con la cubierta de plástico sobre su cabeza y el suelo oscuro bajo su espalda, respiraban satisfechos.

—Por fin está terminado —exhaló Buddy; su pecho subió y bajó dentro de su camiseta amarilla.

—Necesita algo que lo haga verse aún más genial que esto —se quejó Clayton—, como un hoyo para hacer fogatas en el centro, o algo así de estupendo.

Giró sobre el costado y su overol cayó un poco debajo de su cadera. Buddy advirtió un gran moretón un poco arriba de su cintura.

Clayton tomó una ramita y dibujó un círculo entre ellos.

—Podríamos construirlo aquí. Cavar un hoyo en el centro y marcar el perímetro con unas piedras.

Buddy estaba cansado y apenas escuchaba, pero Clayton ya lo jalaba para levantarlo.

—¡Vamos, idiota! —continuó—. Tenemos que terminarlo. Cuando lo hagamos podemos robar unas cervezas del refrigerador de mi papá y celebrar que construimos un castillo increíble nosotros mismos.

Pasaba los dedos por su cabello rubio pálido; sus ojos eran tan acerados como azules.

—Quiero terminar todo esto antes de que empiecen las clases.

Buddy se incorporó y se sentó en el suelo.

—¿No podemos esperar a mañana? Estoy muerto.

Clayton se acercó a Buddy con los brazos cruzados.

—¡Dije que te levantaras! —Su voz, afilada como un cuchillo, cortó a Buddy con precisión fría—. ¿Pues qué tipo de víbora eres?

Recogían cada guijarro que encontraban, las piedras grandes también, sílex con motas de mica. Clayton hundió las manos en la tierra y excavó hasta encontrar piezas de cuarzo y rocas más lisas del color de la luna. Jaló el borde de su camiseta para formar una canasta improvisada y llevarse el botín. Luego, piedra por piedra, formaron un perímetro alrededor del agujero que Clayton cavó de algunos centímetros de profundidad. El resultado parecía prehistórico, como un Stonehenge en miniatura que crearon con sus propias manos.

En cuclillas en uno de los rincones, Clayton sonreía satisfecho.

—Si alguna vez prendemos una hoguera, tendremos que imaginar algo para jalar la lona y dejar que salga el humo. Sin embargo... —rio—. ¡Diablos!, somos increíbles.

Buddy deseaba poder mostrarle a alguien más lo que habían hecho. Después de todo, era bastante asombroso que hubieran podido crear algo con cuatro muros y un techo únicamente con material reciclado que habían encontrado.

—Entonces, ¿crees que alguna vez podamos invitar a alguien aquí? —Era evidente que, de los dos, Buddy era el ingenuo—. Quiero decir, es una lástima desperdiciarlo solo con nosotros.

—¿Y a quién más piensas traer?

Buddy se encogió de hombros, pero en el fondo sabía exactamente a quién le gustaría invitar. Las imágenes de Katie Golden cruzaban su mente, con su cola de caballo rubia y perfecta, su físico bien torneado y lengua afilada que de alguna manera lo excitaba. Cuántas veces había fantaseado imaginándola sola en su recámara o sentada en la torre alta de salvavidas, arrogante como siempre, mirándolo desde arriba como una reina.

—Nadie... solo pensé que quizá algún día podríamos...

—Vamos por esas cervezas —interrumpió Clayton con una sonrisa burlona.

Buddy abandonó la idea de probar los labios de Katie por primera vez, y en su lugar, se concentró en el alcohol. Se sentía más grande cuando estaba con Clayton y gozaba de sus actividades clandestinas. Ahora que ya habían mejorado el fuerte, le parecía que ya no eran niños; creía que después de haber trabajado tan duro las últimas semanas, ahora podían considerarse hombres.

Capítulo 56

La última semana de verano estaba sobre ellos y todo estaba cargado del «último», como le gustaba a Grace decir. La «última» carne asada, el «último» viaje a la playa, la «última» semana para dormir hasta tarde.

De pronto, el clima también había amainado. El calor agobiante de principios de julio y agosto había dado paso a las primeras brisas de otoño.

—Huele a inicio de clases.

Grace levantó la barbilla y olió la brisa. Detrás de ella, Bảo y Molly esperaban que abriera la puerta trasera de la camioneta para subir y acudir a la invitación de Tom para mostrarle a Bảo los relojes de la tienda.

—¡Ay, mamá!, no seas tan cursi —dijo Molly con una risita—. La escuela no se puede oler.

Hubo una época, hacía no mucho, quizá el año pasado, cuando a Molly le habría dado gusto y le hubiera seguido la corriente. Pero cada día que pasaba, su hija menor se acercaba más a la adultez y se alejaba de ser su niña pequeña. Tan solo la otra tarde, Molly entró a la cocina con una blusa floral estampada y unos shorts deportivos verdes. Parecía que sus piernas habían crecido cinco centímetros más en las vacaciones y los shorts apenas le cubrían el trasero.

—Esos shorts ya no te quedarán el siguiente verano —comentó Grace, sorprendida por lo rápido que estaba

creciendo—. Deberíamos dejarlos en la tienda de beneficencia de la iglesia antes de que empiecen las clases.

Molly estuvo de acuerdo, pero no pensó en la observación de su madre más de un minuto para después preguntarle si podía llevar a Bảo a Las horas doradas.

—Me gustaría enseñarle todos los relojes del abuelo que tiene papá en su colección. Tal vez podría enseñarle cómo darle cuerda a los relojes de pie.

Grace estuvo de acuerdo, pensó que sería un paseo agradable para Bảo. La hermana Mary Alice mencionó que Anh y los otros vietnamitas adultos habían empezado a tomar clases de inglés en la biblioteca local. La visita a la tienda era una buena manera de mantener ocupado al niño. Así que hoy, Grace cumplía su promesa. Recogió temprano a Bảo en la casa generalicia para que almorzara con Molly antes de visitar la tienda.

Cuando eran más pequeñas, Las horas doradas siempre había sido un lugar mágico para las niñas. Les encantaban todos esos relojes diferentes, las imágenes claras del sol y la luna en las esferas de unos, mientras otros tenían bordes más delicados, con diminutos botones de rosa o arabescos.

También les fascinaba el sonido de las distintas campanadas cada hora, y rápidamente aprendieron cómo su padre había creado un sistema para garantizar que el pequeño espacio interior no fuera una cacofonía de sonidos en competencia a cada hora que pasaba. Tom silenciaba algunos de los relojes una semana y dejaba el sonido en otros para que todos pudieran rotarse y así liberar su melodía única desde su cámara interior.

—Ya llegamos —anunció Grace.

Los tres entraron a la tienda. Tom salió de detrás de la cortina y sonrió.

—Papá, ¿le puedo enseñar a Bảo cómo darle cuerda a los relojes de pie?

—Por supuesto, cariño.

Era difícil ocultar su placer ante su solicitud. Darle cuerda a los relojes de pie había sido un ritual que Tom amaba desde que era niño, uno que había heredado a Katie y Molly. También había sido la primera tarea que le había dado a Jack cuando llegó a trabajar a la tienda, antes de que empezara a enseñarle reparaciones más complicadas que, en esa época, no estaba seguro de que Jack pudiera hacer.

Vio cómo Molly se acercaba al rincón para tomar el banco que las niñas siempre usaban para alcanzar la corona del reloj y sintió que por fin podía ver todo el panorama de lo que su padre siempre deseó que fuera la tienda.

—Estoy dejando un legado —había dicho su padre—. Un día comprenderás que lo único en el mundo que desearías tener más no es dinero. Es tiempo. Ninguno de nosotros sabe cuánto tiempo tiene en esta tierra —agregó —. Pero puedo asegurarte, hijo, que tu trabajo aquí te hará apreciar cómo cada minuto empuja al otro y lo rápido que se mueven, más que cualquier otra persona que hace un tipo de trabajo diferente.

Su padre le había apretado el brazo con afecto cuando le dijo esto, y Tom ahora comprendía las palabras de su difunto padre. No esperaba que ninguna de sus hijas quisiera encargarse de la tienda cuando él ya no estuviera, pero esperaba que, si aprendían a apreciar lo rápido que se iba la vida, les habría transmitido algún tipo de valor. Y, en sí mismo, eso era un legado.

Molly llamó a Bảo para que la siguiera.

—Primero tienes que encontrar la manivela —le explicó con asombrosa confianza—. Todos los relojes tienen una; papá las vende con el reloj.

Tom siempre pegaba un sobre con la manivela en la parte trasera del reloj.

Molly condujo a Bảo hasta un alto reloj de pie de madera de nogal tallada. Majestuoso y orgulloso, medía casi dos metros y medio.

—Este suena como las campanas de Whittington.

Parecía que estaba dando una clase en la escuela, orgullosa por el conocimiento que podía compartir.

—Nunca debes dejar que los carrillones se caigan, no es bueno para el reloj —explicó, señalando el péndulo de latón suspendido por cadenas de oro en la caja con puerta de cristal.

No estaba segura de que Bảo comprendiera todo lo que decía, así que trataba de hablar despacio y de señalar todo con la mano.

—Aquí está. —Tomó el sobre adherido en la parte posterior, sacó la llave y se la dio a Bảo—. Ahora, usamos la manivela para levantar los carrillones que hacen funcionar el reloj.

Molly se subió al banco y abrió la puerta de cristal que protegía la esfera. Insertó la pequeña llave y empezó a girarla en sentido de las manecillas del reloj hasta que se levantó el péndulo derecho. Cuando quedó suspendido por completo, metió la llave en la ranura izquierda e hizo lo mismo.

Luego empujó con suavidad el péndulo de latón en el centro para que comenzara a marcar de nuevo.

De inmediato, Bảo puso manos a la obra y pasaba de un reloj a otro, asegurándose de que a cada uno le daba cuerda correctamente, con su llave respectiva.

—Son casi las 3:00 —anunció Grace, dando unos golpecitos con el dedo en su propio reloj de pulsera, el mismo que Tom le había regalado años antes, por

instrucciones de su suegro.

Molly juntó las palmas de las manos.

—Oh, Bảo, esto te va a encantar.

Miró hacia el alto reloj de pie presidencial y esperó hasta que fueran exactamente las 3:00, cuando de pronto el espacio se llenó de una sinfonía de campanadas.

Cuando la tienda explotó en melodías, la sonrisa de Bảo era radiante.

—¿No es maravilloso? —exclamó Molly con gran alegría en la voz. Al ver la reacción de Bảo recordó su propia infancia, cuando escuchó ese reloj por primera vez.

Tom se acercó a Grace y rodeó sus hombros con el brazo.

—¿Escuchaste que en la rotación de esta semana tengo a *Aura Lee*, Gracie? —preguntó con un guiñó coqueto—. ¿Recuerdas ese, mi amor?

Grace se sonrojó porque los niños estaban ahí. ¿Cómo podía olvidar la primera vez que su marido le murmuró las palabras «Te amo» al oído?

Habían vuelto a la tienda de relojes cuando el padre de Tom le sugirió a su hijo que escogiera un reloj para ella. Esa tarde, mientras miraba las vitrinas de exhibición y admiraba los distintos relojes antiguos, la melodía de *Aura Lee* se escuchó de pronto. Tom la acercó a él y empezaron a bailar al ritmo de las campanadas. Luego, le murmuró al oído:

—¿Sabes que la melodía de *Aura Lee* es la misma que la de *Love me Tender*, de Elvis Presley?

Y empezó a cantarla: *Love me tender, love me sweet. Never let me go...*

Incluso después tantos años, ella aún recordaba cómo le susurró «Te amo» al dulce sonido de las campanadas y cómo levantó la mano de ella hasta los labios de él y besó sus dedos con suavidad, uno por uno, antes de besarla con más pasión en la boca.

Todo su cuerpo se estremeció al recordarlo.

Desde que conocía a Tom, sabía cuánto Las horas doradas habían ayudado a quienes habían hecho de ella el trabajo de su vida. Primero su suegro, luego su marido y ahora Jack. Ahora veía cómo su hija volvía a descubrir su magia al enseñarle a Bảo cómo cada minuto empujaba a otro con la manecilla del reloj.

Sonrió. Lo que quería decirle a Tom, pero que debía esperar hasta que estuvieran solos, era que lo que más amaba de él era la melodía de su corazón. Todas las noches, ella escuchaba cómo latía en su pecho, y nunca dejaba de maravillarla.

Capítulo 57

Cuando terminó la clase de inglés, Anh tomó su cuaderno de pasta dura y lo metió a su mochila. Dinh estudiaba sus movimientos como un observador de aves; cada gesto de su mano, cada mirada muda le provocaba placer.

Siempre había creído que uno tenía que cosechar las pequeñas alegrías de la vida donde pudiera encontrarlas: una sopa de fideos perfecta o la sonrisa de un desconocido. Cuando llegó a este nuevo país sin conocer a una sola alma, su mente aún atormentada por las pesadillas del viaje y el año y medio que pasó en el campo de refugiados, la pequeña alegría aquí siempre fue Anh.

Los días en que podía sacarle una sonrisa, él sentía como si hubiera ganado una montaña de oro, y las pocas tardes en que podía hacerla reír, sentía que lo coronaban como emperador.

Ahora, después de vivir bajo el mismo techo con ella durante tres meses en la casa generalicia, cada día deseaba más felicidad para, por último, poder edificar un hogar con todos esos momentos de alegría.

Se imaginó a los tres, Anh, Bảo y él, bajo este techo imaginario, avanzando para empezar una nueva vida en Estados Unidos.

Entre ellos se estableció fácilmente una suerte de comodidad mientras salían de la biblioteca, donde la hermana Mary Alice los recogería. Dinh levantó la cabeza

y sintió cómo la luz del sol le acariciaba la piel.

—¿Bảo está disfrutando su nueva bicicleta? —preguntó Dinh, metiendo las manos a los bolsillos.

Grace le había comentado a Anh que, ahora que Molly se quedó con la de Kate, les sobraba una bicicleta.

—Me preocupa que no le guste el color —dijo, refiriéndose al morado oscuro con el asiento blanco floreado—. Pero está en el garaje si la quiere.

Cuando Molly sacó la bici para que Bảo la viera, se dio cuenta de que su amigo no estaba decepcionado por el color; por el contrario, le encantó. No tenía idea de que en Vietnam él había aprendido a andar en una bicicleta que solo era el marco de metal.

Bảo tocó las llantas negras y firmes, luego pasó la mano sobre el brillante acabado metálico. Una ancha sonrisa apareció en su rostro.

—¡Como gemelos fantásticos! —exclamó al ver que el color era el mismo que el del uniforme de los superhéroes.

—¡Sí! ¡Exactamente! —respondió Molly, feliz de que a su amigo no le desagradara el color.

De inmediato, Bảo saltó sobre la bici y sujetó el manubrio sin prestar atención al círculo de flores estampado en el asiento.

—Le encanta —le dijo Anh a Dinh.

Durante un momento, su mente volvió al momento en que vio la reacción de Bảo cuando Grace y Molly sacaron la bicicleta y se la enseñaron. Una enorme sonrisa se dibujó ahora en el rostro de Anh. Al ver su boca, Dinh olvidó todos los errores que había cometido con el profesor de inglés. Parecía que le ofrecían otro momento de felicidad y él lo aceptaba con entusiasmo.

Capítulo 58

Muy pronto, Bảo iba casi a todas partes en su nueva bicicleta. Nunca había manejado una con tanta facilidad, gracias a las llantas firmes que giraban debajo de él. Fue en ella al club de playa para reunirse con Molly y jugar juntos al avión. Aceptó la invitación de la hermana Mary Alice de poner una pequeña canasta frente al manubrio y empezó a hacer mandados para la casa generalicia, a cambio de algo de dinero. Ahorraba cada centavo que ganaba, salvo por los paquetes de chicles que se compraba en ocasiones. Pero la mejor noticia fue cuando Anh le habló de la posibilidad de trabajar unas cuantas horas cada semana en Las horas doradas.

—La señora Grace dice que puedes ayudar a darle cuerda a los relojes, y quizá también ayudar a limpiar las herramientas y guardarlas en los cajones. —Se acercó a Bảo y le despeinó el cabello—. Jack dijo que con mucho gusto te mostraría cómo funcionan todas las piezas de relojería.

Bảo se irguió.

—Trabajaré duro.

—Sí, lo harás —dijo Anh.

—Y aprenderé a reparar relojes, igual que papá reparaba radios.

Anh miró la expresión de Bảo, la alegría brillaba en sus ojos. Ni una sola vez su sobrino mencionó las heridas

en el rostro de Jack; solo vio la posibilidad de aprender algo nuevo de una persona que estaba dispuesta a compartir.

A Bảo le encantaba sentir el viento en su espalda; levantaba el trasero del asiento y se inclinaba hacia adelante para bajar rodando sin pedalear las sinuosas colinas hacia el centro del pueblo. Era un trayecto de treinta minutos a la tienda, pero nunca se sentía cansado.

Cuando llegó esa primera tarde, Tom acababa de salir a casa y Jack estaba inclinado sobre su última reparación.

Se quitó el visor de aumento. A su lado, Hendrix se levantó y trotó hasta el nuevo visitante para saludarlo.

—Hola, bienvenido —dijo Jack; su voz se alzó sobre la música de su casetera. Bajó el volumen y *Landslide*, de Fleetwood Mac, se desvaneció—. Me alegra que puedas ayudarnos aquí.

Bảo sonrió y se agachó para acariciar a Hendrix.

—Quiero aprender —respondió mientras exploraba el taller con la mirada.

—¿Recuerdas cómo darle cuerda a los relojes, como Molly te enseñó? —Jack señaló la puerta que daba a la tienda—. ¿Por qué no empiezas ahí? Es el lugar en el que yo empecé con Tom, antes de aprender cosas más importantes.

—Okey —dijo Bảo—. Empiezo ahí.

Le dio una última palmadita a Hendrix y pasó a la siguiente habitación, donde lo recibió el sonido de una docena de minuteros que marcaban la hora en perfecta sincronización.

En las semanas siguientes, cada vez que llegaba a Las horas doradas, Bảo se esforzaba en hacer su mejor trabajo. Limpiaba las herramientas con desinfectante y las organizaba con cuidado. A veces, cuando arreglaba la estación de trabajo de Tom o de Jack, pensaba en su madre, cómo siempre se ocupaba de cada objeto en el altar familiar con mucha ternura y respeto. De la misma manera en la que ella lo crio para honrar a sus ancestros, él quería mostrar su veneración a los dos hombres que le permitieron trabajar en la tienda.

En ocasiones, cuando trabajaba al lado de Jack, sentía una pequeña onda en el aire, como un soplo en el hombro. Bảo escuchaba la voz de su padre que le respiraba al oído, murmurándole lo orgulloso que estaba de su hijo. Aunque era más una sensación que una experiencia tangible, Bảo sabía que era real. Y cuando Jack le mostraba unas tareas sencillas como la manera de cambiar una correa usada o un broche roto, se sentía un paso más cerca de creer que este nuevo lugar sería su hogar.

Pero una tarde, mientras se dirigía a Las horas doradas, dos niños empezaron a molestarlo. Buddy y Clayton acababan de entrar al supermercado Kepler a comprar dos sándwiches de huevo para llevarse al fuerte cuando Bảo pasó frente a ellos.

Bảo no entendió el significado de la palabra *maricón* cuando el pelirrojo se lo gritó. Pero sí entendía los escupitajos y el veneno con el que lanzaban la palabra al aire.

Y cuando el más desgarbado de los dos, el que llevaba el pelo rubio a ras, tomó una piedra y la lanzó en su dirección, eso también lo entendió. La piedra falló el tobillo de Bảo por pocos centímetros y rebotó en la salpicadera de metal de la bicicleta.

—¿Quién conduce una maldita bicicleta morada? —murmuró Clayton, le dio una mordida al sándwich con

los dientes frontales, se tragó el bocado y su manzana de Adán pulsó como si tuviera un pequeño sapo atorado en la garganta.

—Un estúpido vietcong —continuó con desdén.

Clayton hizo bola el papel encerado de su sándwich y lo lanzó al basurero sin atinarle.

—Apuesto que mi tío mató a un montón de esos cuando estuvo en Vietnam —presumió Buddy. Le dio una patada a la banqueta—. Y ahora están en nuestro patio trasero. Mi mamá dice que llegó un barco lleno de ellos y que se están quedando allá arriba con unas monjas.

A la luz del sol, los ojos de Clayton parecían transparentes y escalofriantes, como si el color azul se hubiera drenado como el agua de una alberca, dejándolos casi blancos. Buddy lo miró, mudo y asombrado. Todo en él parecía peligroso y genial: el overol que le colgaba debajo de la cadera, la camiseta blanca con la rasgadura en el dobladillo y los tenis Puma. Incluso su acento texano lo hacía parecer duro. Conforme Bảo pedaleaba más rápido para alejarse de ellos, Buddy se colgaba a cada palabra de su amigo.

Capítulo 59

En la mesa de la cocina de la casa de los Golden, una sola hoja de papel amarillo anunciaba el baile anual de la preparatoria para recaudación de fondos.

Katie levantó el papel y sonrió. El año pasado, a insistencia de su madre, asistió y se sintió incómoda, sola con su amiga Millie, que era amable pero no un dechado de diversión. Pero tan solo ayer, Ellie Atkinson, la chica más popular de su grado y de quien se hizo amiga en el club de playa porque sus turnos como salvavidas se superponían, le preguntó si iba a ir.

—No estoy segura —respondió Katie, tratando de sonar desinteresada—. El año pasado fue una lata.

Ellie puso los ojos en blanco e infló una bomba de chicle hasta que tronó con el sonido de una salamandra que atrapa a una mosca.

—Sí, ¿verdad? Pero mi mamá me obliga a ir para ayudarle a vender pastelitos como parte de mi castigo por llegar tarde a casa la semana pasada.

—¡Qué mal!

—Ni me digas. —Ellie miró el reloj en su muñeca—. Tenemos que regresar a nuestro puesto en diez minutos. Pero piénsalo, podríamos vender pastelitos juntas y luego quizá salir por helado o hacer algo después. —Se levantó y estiró sus largos brazos bronceados sobre la cabeza y se ajustó la cola de caballo rubia—. Por favor, trata de venir,

Katie. Será mucho mejor si tuviera a una amiga ahí.

«Amiga». Solo escuchar que Ellie la llamaba amiga la emocionaba. Tomó el papel amarillo y lo pegó al tablero familiar, luego escribió la palabra «Baile» en el calendario de la pared. En ese momento Grace entró a la cocina.

—¿Qué pasa, querida?

Katie volteó y le sonrió a su madre.

—El baile de la Asociación de Padres y Maestros. Ellie Atkinson me preguntó si quería vender pastelillos con ella ahí. Su madre los llevará para la recaudación de fondos.

—¿La hija de Shelby Atkinson? No sabía que eran amigas.

Grace estaba sinceramente sorprendida, tomando en cuenta que la niña siempre se había negado a asistir a los cumpleaños de Kate cuando iban en primaria. Y Grace recordaba cómo, una vez que Ellie se negaba, el resto de las niñas de pronto decían que tampoco podían ir.

—Bueno, nos hicimos amigas cuando empezamos a trabajar como salvavidas —explicó con una sonrisa.

—Ah, eso es un cambio... —respondió Grace, tratando de ocultar sus sospechas.

Se había criado en un mundo que le enseñó desarrollar una sensibilidad que le permitía discernir que Ellie había mostrado su verdadera naturaleza a muy temprana edad.

—Es solo que no era muy amable contigo cuando estaban en...

—¡Mamá! —interrumpió Katie—. Eso fue hace siglos. ¿Por qué no puedes alegrarte de que me haya pedido ir con ella?

A Grace le dolía la cabeza. Nadie le había explicado que ser madre de una adolescente sería tan cansado. Se

mordió la lengua tratando de evitar decir cosas que ella sabía que solo llevarían a otra pelea con su hija mayor. ¿Katie no entendía que solo quería lo mejor para ella? ¿Que no quería que lastimaran sus sentimientos? Casi podía anticipar la escena en el baile, cuando Ellie le pedía a Katie que estuvieran juntas hasta que alguien mejor y socialmente más ventajoso apareciera en su camino.

¿Qué había en la maternidad estadounidense que parecía paradójicamente distinto a su propia experiencia de cuando era hija en Irlanda? Nunca se hubiera atrevido a responderle a su madre; aunque hubo veces, muchas veces, que quiso hablar sobre algo que sentía injusto o que la frustraba, pero se callaba por respeto. Su niñez estaba llena de palabras tragadas y emoción enterrada. Pero aquí en Estados Unidos, los niños expresaban todos sus pensamientos y sentimientos. El espacio entre ella y Katie a menudo era tan denso que apenas podía respirar.

Pero antes de que pudiera explicarse con su hija, Katie salió echando humo de la cocina. Grace escuchó cómo pisaba con fuerza los escalones mientras iba hacia su recámara. Azotó la puerta y Grace miró el reloj. No eran todavía las 10:00 a. m. y ya estaba agotada.

Por mucho que añorara la indolencia de las vacaciones de verano, ahora no podía esperar que empezaran las clases y la estructura que esto implicaba.

Minutos después, cuando Molly entró en la cocina vestida en piyama y los ojos aún soñolientos, Grace trató de pensar en algo que las hiciera felices a las dos.

—¿Qué tal si vamos a la papelería a comprar cuadernos y lápices nuevos para la escuela? —sugirió mientras vertía leche en un tazón de cereal.

—También necesito una nueva mochila.

—Bueno, podemos ir al centro comercial de Foxton para eso y tal vez también comprar unos zapatos nuevos...

Molly despertó de pronto.

—Nada de zapatos de charol este año, mamá. ¿Está

bien? Quiero unos mocasines.

Eran solicitudes fáciles de complacer. Grace se sirvió una taza de café; podía escuchar las pisadas enfurecidas de Katie y cómo azotaba los cajones en su recámara.

La preparatoria de Bellegrove, con su fachada de ladrillo y techo plano, era el testamento de la arquitectura funcional de la década de los sesenta. Atrás habían quedado los pilares neoclásicos que flanqueaban muchos de los colegios circundantes en el pueblo que se construyeron entre la década de 1930 y 1940. Al otro lado de sus pesadas puertas, después de las hileras de casilleros metálicos y por el largo corredor, se encontraba el gimnasio, donde se celebraría el baile de la Asociación de Padres y Maestros. Incluso después de las largas vacaciones de verano, el aroma de los almuerzos escolares y el sudor de los equipos deportivos aún estaban adheridos a las paredes. Antes de dirigirse al baile, Kate roció un poco de perfume en su muñeca, esperando poder oler algo más delicado que el aroma de hamburguesas y calcetines de gimnasia.

Esa tarde, Grace se había anotado como voluntaria para ayudar con la decoración y había regresado a casa feliz, para informar que el gimnasio se había transformado en un oasis hawaiano, repleto de enormes flores de papel hechas de banderines coloridos y antorchas *tiki* falsas que alguien hizo con tubos viejos de cartón.

Katie se sentía aliviada de que el trabajo voluntario de su madre hubiera terminado temprano; nada quería menos que su madre estuviera por ahí merodeando mientras ella y Ellie vendían pastelillos.

Feliz, se sentó en el asiento del copiloto de la Pontiac; su padre tomó el volante y escuchaba a John Denver en la radio.

—Te ves tan grande, querida.

Le resultaba difícil verla caminar hacia el coche en su minifalda y blusa pegada. Si parpadeaba, hubiera podido imaginar a Grace vestida igual, veinte años antes, aunque quizá con una falda un poco más larga. Podía oler que también llevaba perfume.

—Gracias —respondió Katie, indiferente. Bajó la visera de sol, se miró en el espejo y se volvió a poner brillo labial—. Debemos irnos, papá. No quiero llegar tarde.

A varias cuadras de ahí, Clayton tomó una camiseta limpia del cajón y se la puso. Seguía oliendo el aliento de su padre, cargado del olor a cigarros Marlboro y a Jack Daniels. No podía creer que había aceptado ir con Buddy a ese ridículo baile de la escuela. Pero se dio cuenta de que no era el baile a lo que su amigo quería asistir, sino a la oportunidad de estar cerca de Katie Golden.

Sin embargo, a Clayton no le interesaba perder un solo minuto más de lo necesario en esa estúpida preparatoria. La odiaba absolutamente: los casilleros abollados, las vitrinas con décadas de viejos trofeos y la cafetería, con sus patéticas mesas y bancas de metal.

Pero si tenía que escoger entre pasar la noche en casa con su padre, su aliento a whisky y sus insultos, o pasar el tiempo con Buddy para ver si podía llegar a algo más íntimo con esa chica, elegía esto último. Después de todo, Buddy le había prometido que solo estarían una hora y después podían ir al fuerte.

—Tenemos que tomarnos unas cervezas antes de ir —dijo Buddy, tratando de no darle importancia.

Debajo de su cama, en su mochila, Clayton guardaba cuatro latas de cerveza Pabst Blue Ribbon; Buddy prometió que llevaría otras cuatro.

Dio vuelta, se echó la mochila al hombro y se dirigió

a la salida; su padre le lanzó un insulto cuando él se fue azotando la puerta.

Capítulo 60

Afuera. En el estacionamiento de la preparatoria, el olor a hojas de maple llenaba el aire de principios de septiembre. Katie sacó de la parte trasera del Lincoln café uno de los contenedores de plástico llenos de pastelillos glaseados. La madre de Ellie apagó el motor, pasó una mano por el cuello de su blusa y se ajustó la correa del brasier, después revisó su lápiz labial en el espejo.

—¿Tienen todo, niñas?

La señora Atkinson, con su blusa de mangas abullonadas y pantalón de tiro alto, quizá tenía tantas ganas de ir al baile como las chicas. Pero Adele se aseguró de que todas las mujeres de la Asociación de Padres y Maestros participaran en el baile anual para la recolección de fondos.

—Y no los pongan uno sobre otro —agregó—. No quiero que el glaseado se arruine. Pasé horas arreglando los que Ellie trató de decorar.

Ellie hizo una mueca; se había delineado los ojos color turquesa y en los labios llevaba un brillo rosado.

—Ya. Vamos a preparar la mesa —masculló entre dientes.

Katie sonreía de oreja a oreja, absorbiendo cada palabra de su nueva amiga, disfrutando su nueva popularidad.

—Por supuesto —respondió; su rostro brillaba como

la luna—. Te sigo.

El gimnasio estaba decorado con banderines de un lado a otro, papel azul eléctrico y crepé blanco se entrelazaban y formaban bucles por todo el perímetro, y unas pancartas anunciaban todos los campeonatos que había ganado la preparatoria Bellegrove. Frente a las puertas, el comité de la Asociación de Padres y Maestros puso unas mesas donde había latas de refrescos y charolas de galletas con chispas de chocolate hechas en casa. Ellie y Katie pusieron las charolas de pastelitos y quitaron las cubiertas de plástico.

—¡Ah!, eso se ve delicioso, chicas —dijo Adele, mirando los glaseados perfectos—. ¿Tú hiciste todo esto, Ellie?

Ellie soltó una carcajada.

—Oh, no, los hizo mi mamá.

—Bueno, pero claro que tú ayudaste, querida —interrumpió Shelby Atkinson—. Ellie siempre es muy comedida.

Adele sonrió.

—Igual que mi Buddy. Siempre ayuda en la casa.

Tan solo horas antes, Adele le había pedido a Buddy que le ayudara a decorar el gimnasio con las otras mujeres del comité, pero él le dijo francamente que ya tenía otros planes. No le dijo a su madre que iría a comprar cervezas con Clayton en la licorería local y a emborracharse antes del baile. Y por supuesto que no le habló de la segunda parte de su plan, que implicaba acercarse a Katie Golden y decirle que le gustaba.

—Las otras mujeres no son lo suficientemente altas

como para colgar las banderillas —se quejó Adele—. Y nadie va a querer subirse a una escalera con tacones. ¿No puedes venir aunque sea una hora, Bud? Podrías invitar a Clayton.

Él la miró con una frialdad apática y negó con la cabeza.

—No.

Adele echaba chispas por los ojos.

—Si mis padres me pidieran hacer lo más mínimo, ¡los ayudaría de inmediato! —Suspiró profundamente para hacer énfasis en su enojo—. Y tú, jovencito, ¡eres incapaz de hacer nada por mí!

Pero hacía mucho tiempo que Buddy había aprendido a ignorar a su madre. Se ató las agujetas de sus nuevos tenis, se puso su nueva chamarra de mezclilla y ni siquiera la observó sobre su hombro mientras Adele lo fulminaba con la mirada. Despreocupado, cruzó la puerta.

Clayton ya estaba esperando detrás del pequeño supermercado C&P cuando Buddy llegó y estacionó su bicicleta junto al contenedor de basura. Vestido con una chamarra Member's Only y pantalones de mezclilla Wrangler deslavados, el labio inferior de Clayton estaba hinchado por el tabaco de mascar que acababa de meterse a la boca.

—Hola —saludó y escupió en el pavimento—. Le pagué a un viejo para que nos comprara un paquete de cerveza.

—Bien. —Buddy le pasó un fajo de billetes arrugados de un dólar.

Clayton tomó el dinero y lo metió en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Creo que deberíamos echarnos unos tragos antes de ir.

—Excelente plan —asintió Buddy, y miró alrededor para ver si alguien los veía.

—¿En serio quieres ir a perder el tiempo en ese estúpido baile? Quiero decir, podríamos emborracharnos y olvidar que tenemos que ir.

Buddy hizo un gran esfuerzo para parecer indiferente.

—Vamos solo un rato.

—Es esa chica... quieres con ella, ¿verdad? —Escupió un poco más de tabaco—. Pensé que era judía.

Buddy hizo una mueca.

—Solo quiero ver quién más va.

Clayton pateó el asfalto con su bota. Imaginó que ir al baile sería como estar atorado en el zoológico y no le interesaba en lo más mínimo. Quería regresar a Texas, donde la parte trasera de su casa bordeaba un enorme terreno baldío donde podía cazar y practicar tiro, donde podía empalar su botín y ponerlo sobre una hoguera. No quería ser un animal enjaulado. Quería deshacerse de las riendas, soltar todos los rincones oscuros de su mente y ser libre.

—No me dieron cambio —dijo el viejo cuando le dio a Clayton el paquete de cervezas envuelto en papel de estraza—. No se lo beban todo en un solo lugar —aconsejó, con una sonrisa de dientes cascados, antes de volver a su coche, que estaba estacionado frente al supermercado.

Clayton metió la mano a la bolsa y sacó una cerveza para cada uno.

—Supongo que no le vamos a hacer caso...

Buddy tomó la cerveza y la abrió. Ambos bebieron toda la lata en cuestión de segundos. Clayton tragaba con fuerza, su nuez de Adán palpitaba mientras pasaba el líquido.

—Hombre, odio la Pabst, pero es la más barata.

Buddy sintió la cabeza ligera.

—Funciona.

Metió la mano a la bolsa para sacar la segunda lata, la abrió y se la terminó aún más rápido que la primera.

Borrachos, Clayton y Buddy se las arreglaron para llegar en bicicleta a la preparatoria, ambos trataron de pasar por encima de la basura y las latas que estaban en el pavimento. Cuando entraron al gimnasio, el DJ había puesto a los Bee Gees y unas chicas, incluidas Katie y Ellie, formaban un grupo debajo de la canasta de basquetbol, tomando refrescos y cerveza sin alcohol.

Los ojos de Buddy se fijaron en Katie. Iba vestida con una minifalda rosa y una blusa blanca; su rostro estaba iluminado por el brillo de las luces de la fiesta. Buddy había entrado al gimnasio con Clayton a su lado; ambos estaban sonrojados por el alcohol que les quemaba en las venas. La cerveza envalentonaba a Buddy; lo hacía sentirse confiado y emocionado; más alto al lado de su amigo, quien se movía por el gimnasio como un lince.

Las últimas noches habían pasado horas en su nuevo fuerte, con un círculo de guijarros entre ellos. Pero mientras Clayton soñaba con disparar a ardillas y despellejarlas con su navaja suiza solo por diversión, la mente de Buddy estaba llena de fantasías acerca de cómo llevar ahí a Katie sin que Clayton estuviera.

Ella había ocupado cada centímetro de su pensamiento todo el verano, desde que la vio esa primera semana en su traje de baño rojo en el club de playa. Cuando la veía, Buddy se sentía igual que cuando su padre lo llevó al mecánico para recoger su coche y advirtió un cartel de Farrah Fawcett en traje de baño rojo. Ya no existía la Katie de trenzas y frenos que conoció en

su infancia. Ahora, cada vez que la veía, sentía como si le quitaran el oxígeno y su mente se disparara en mil direcciones. No podía evitar imaginar cómo se vería sin el traje de baño.

Su corazón latía con fuerza por la adrenalina mientras consideraba si debía invitarla a bailar; después de todo, ya había tres parejas en la pista. Frank Lafferty tenía las manos tiesas sobre la cadera de Jenny Rodano y los brazos de ella rodeaban su cuello; las otras dos parejas se movían como robots. Buddy imitaba los movimientos sigilosos y desinhibidos de su amigo para ganar confianza. Pensaba en un coyote, en la manera en la que Clayton describió al animal durante una de sus noches en el fuerte, cuando la luna brillaba por las grietas de la estructura y su amigo contó con detalle el círculo de la vida como se lo imaginaba: «a los débiles se les caza para que los fuertes puedan sobrevivir. Acechan en silencio, cada paso es casi indetectable, antes de atacar a su presa».

Buddy se alejó de Clayton, quien ahora estaba de pie en un rincón del gimnasio, y se acercaba poco a poco hasta que quedó a espaldas de Katie y su círculo de amigas. Su risa era un lenguaje practicado de popularidad, su olor, una combinación de talco y chicle. Escuchaba a Ellie Atkinson que decía que Brian Flannigan la había invitado al cine el fin de semana y todas las otras chicas lanzaban risitas, atentas a todo lo que decía.

—Hola —saludó y se abrió paso en el círculo, con un movimiento que había practicado en su mente casi todo el verano—. Katie, ¿puedo hablar contigo un segundo?

El rostro de Katie cambió de inmediato de tranquilidad estudiada a algo que casi parecía humillación personal.

—¿Qué quieres? —masculló; era evidente que su

intrusión la molestaba.

Él siguió decidido; la cerveza lo hacía sentirse invencible.

—Clayton y yo tenemos unas cervezas y nos preguntábamos si te gustaría venir a tomarlas con nosotros.

Se hizo un silencio incómodo, pero él lo ignoró.

—Trae a algunas de tus amigas, si quieres...

Ella lo miró como si estuviera loco. Peor aún, su rostro se transformó en una expresión de disgusto.

—¿Estás bromeando, Buddy? —dijo entre dientes. Se inclinó hacia él y su boca estaba a solo unos centímetros de su oído. Él pudo oler su champú de fresa—. ¿Me puedes dejar en paz? —Y luego agregó algo que lo hizo trizas—: Buddy, me estás haciendo quedar en ridículo.

Afuera de la preparatoria, Buddy encontró a Clayton en cuclillas entre las dos bicicletas; transpiraba su furia contra Katie como si fuera sudor.

—Se estaba poniendo un poco doloroso el asunto —masculló Clayton—. Pensé que sería mejor tomar un poco de aire.

Buddy se arrancó la cutícula con los dientes y el dolor agudo le ofreció una extraña sensación de placer.

—Es una perra.

Los ojos de Clayton brillaban como dos puntas de flecha afiladas.

—Estaba pensando en cómo vengarnos si te rechazaba...

Lanzó una carcajada y abrió su mochila. Faltaba una de las dos latas sobrantes de Pabst.

—Perdón, hermano, me bebí la mía; pero mira lo que robé del clóset de suministros. —Metió la mano a la bolsa

de nylon y sacó una lata de pintura blanca en aerosol, como las que se usan para marcar las líneas de la cancha de futbol en la escuela—. Pensé que podríamos divertirnos con esto.

Levantó el largo cilindro metálico a la luz de la luna, como una granada.

Buddy miró la lata de aerosol, pero primero tomó la última cerveza. La abrió, la bebió de un trago y la arrojó al suelo.

—Vamos allá —dijo señalando la parte trasera de la escuela, cerca de la salida de emergencia.

Tomó la lata de aerosol de las manos de Clayton y buscó un lugar donde dar rienda suelta a su humillación, que sentía como una herida fresca.

—Le voy a hacer lo que ella me hizo a mí —masculló —. La voy a poner en un ridículo del infierno.

Capítulo 61

Bảo prometió a Anh y a las hermanas de Nuestra Señora de los Mártires que volvería a casa a las 8:00 p. m., antes de que oscureciera. Su nuevo trabajo le permitía pasar unas cuantas horas a la semana en Las horas doradas, dando cuerda a los relojes, asegurándose de que las manecillas siguieran avanzando, que los péndulos de latón siguieran balanceándose y que los carrillones siguieran sonando. Disfrutaba cada vez que las distintas campanadas repicaban en toda la tienda o cuando Jack lo llamaba para enseñarle algo nuevo.

El generoso sueldo de seis dólares que recibía a la semana hacía que Bảo se sintiera tanto útil como orgulloso de trabajar para sobrevivir. También le daba la sensación de que se preparaba para la vida fuera de la casa generalicia. Hacía poco había escuchado a Anh hablar con la hermana Mary Alice sobre qué podría hacer para tener ingresos y empezar a ahorrar para rentar un departamento.

—Algo no muy grande —dijo lentamente—, solo con dos recámaras. Una para Bảo y otra para mí.

En la cultura de Bảo, las emociones del corazón pocas veces se expresaban con palabras. Su madre nunca dijo «te amo»; ni a él ni a su padre. En su lugar, mostraba su amor mediante una innumerable serie de gestos mudos. Su madre demostraba su afecto al ofrecerle un mango

perfecto que había pelado solo para él, o cuando sacrificaba su tazón de arroz para que se lo comiera él.

Y siempre que Bảo miraba la cicatriz donde su padre lo mordió, se preguntaba si eso también había sido un gesto de amor parental. Ese acto, por doloroso que fuera, salvó la vida de Bảo porque aseguró que el océano no se lo tragara esa noche.

Era consciente de que su tía se veía obligada a ser su cuidadora debido a las trágicas circunstancias. De manera estoica, ella lo cuidó desde el momento en que el mar lo dejó huérfano. En su mente apareció la imagen de ella limpiando su herida y envolviéndola con pedazos de la tela de su blusa de algodón. Recordó cómo le ponía hojas de betel y salpicaba agua salada en la muñeca para evitar la infección.

Pero, cada vez más, sus gestos mudos y generosos empezaban a hacerle recordar a Bảo el amor que sus difuntos padres siempre le mostraron. También pensó en cómo Anh lo había ayudado a obtener su empleo en Las horas doradas. Y ahora, cuando Bảo la escuchó hablar de preparar un futuro para ellos, tener un lugar propio y buscar un trabajo para darle lo básico, su corazón sintió profundamente las acciones de Anh; era como el amor de una madre.

Todos los días, Anh hablaba de su deseo de ser independiente y autosuficiente. Bảo escuchaba las conversaciones de su tía con Dinh, cómo se apoyaban uno a otro para seguir estudiando y practicando inglés. También escuchaba las pláticas que tenía con Grace y lo entusiasta que estaba Anh para ver si era posible que empezara a trabajar medio tiempo en el supermercado Kepler. Apilaría las pirámides de frutas, con las más maduras hasta arriba para que los clientes nunca

estuvieran decepcionados. Se esforzaría por dar alegría a quienes entraban a la tienda, igual que Dinh le dijo que debía cosechar un poco de felicidad cada día para ella misma.

Por su parte, Bảo amaba pasar tiempo dentro de la tienda de relojes. Sobre todo las dos horas que pasaba solo con Jack. Cuando él ponía la radio mientras trabajaba y una música extraña y maravillosa de grupos llamados Los Beatles o Los Rolling Stones llenaban el aire. Sus nombres poco comunes lo hacían sonreír cuando los traducía al vietnamita, las palabras significaban algo para él.

También lo tranquilizaba estar cerca de Hendrix, ver cómo el perro se acurrucaba junto a Jack y metía sus patas debajo del hocico. Al ver a Hendrix no podía evitar pensar en Bibo y cómo el animal había sido un compañero tan amado para él.

Pero lo que más amaba de todo era observar a Jack inclinado sobre la mesa del taller, trabajando en uno de los relojes que necesitaban reparación. Le recordaba cómo su padre había trabajado tanto en sus radios.

Una tarde, después de que Bảo llevaba ya dos semanas seguidas yendo a la tienda, Jack lo invitó a pasar al taller. Cuando Bảo entró a ese espacio, Jack se levantó el visor de aumento del rostro, dejando descubierto su lado izquierdo enrojecido y moteado y anunció:

—Quiero mostrarte algo que creo que te va a interesar.

Bảo se acercó. Jack dio unas palmaditas sobre el banco que estaba a su lado y Bảo se sentó de un salto.

—Mira esto, pequeño... —Jack levantó el cristal con la mano izquierda. Justo en el centro tenía una ligera grieta—. ¿Ves esto? El cristal está roto y necesito cambiarlo.

Le pasó el reloj de bolsillo dañado a Bảo; este tomó el cristal y empezó a examinarlo con cuidado,

maravillándose de cómo el vidrio quebrado seguía unido.

—Tom me dijo que el dueño vino y le dijo que había encontrado el reloj en un cajón de su padre. Quería saber si valía algo.

Bảo le devolvió el reloj a Jack y escuchó.

—Cuando Tom le dijo que la caja no era de oro, el tipo no quiso gastar dinero en repararlo. —Negó con la cabeza—. Así que ahora... está aquí con nosotros. —Jack pasó un dedo por la fractura—. De los Golden aprendí que no hay ninguna pieza de relojería que no valga la pena salvar. —Hizo una pausa para sopesar sus palabras —. Tom le dio unos dólares al señor por el reloj y, una vez que esté reparado, encontraremos a un nuevo dueño que lo valorará.

—Tú puedes hacerlo funcionar —exclamó Bảo con optimismo.

—Sí —respondió Jack—. Eso es lo bello de todo esto, de reparar objetos descompuestos... para mí es como medicina.

Bajo la tranquila luz de la luna del taller, Jack sacó un sobre cuadrado de uno de los cajones y sacó un cristal nuevo e inmaculado.

—Vamos a hacer que este viejo reloj quede tan elegante que nunca nadie va a volver a confundirlo con basura. —El nuevo cristal descansaba en la palma de su mano—. Ahora, déjame enseñarte cómo se hace.

Sacó una prensa para cristal de un estante; luego, paso a paso, le enseñó a Bảo cómo colocar el nuevo cristal en el bisel.

—Lo siguiente es hacer que dé bien la hora —explicó riendo—. Esa es la parte complicada, Bảo. —Sacó su juego de herramientas y alineó los alicates y las pinzas—. Tienes que imaginar que el interior del reloj es como un

corazón humano: cuando está roto, necesitas repararlo con mucho cuidado.

La energía entre ambos cambiaba conforme trabajan lado a lado.

Conforme Jack lo guiaba, Bảo sentía la misma calidez que alguna vez sintió con su padre cuando estaban en Vietnam. Una ola de fascinación y emoción lo inundaba, estaba ansioso por aprender algo nuevo y agradecido con Jack por compartir su sabiduría.

Jack no decía cuánto la presencia de Bảo en la tienda lo había ayudado. No decía que cuando escuchaban las canciones juntos en la radio, la música lo llevaba a otra época, a una parte de su historia en la que hombres como Doc o Stanley seguían vivos a su lado. O que Becky estaba acurrucada junto a él en su cama.

Le daba una gran satisfacción que Bảo ahora considerara el taller como un lugar seguro para practicar inglés, que le preguntara si podía organizar la caja de herramientas o darle cuerda a los relojes más pequeños que estaban en la vitrina, no solo los grandes que se exhibían en la sala de exposición. Le reconfortaba el afecto que el chico le tenía a Hendrix, su capacidad de quedarse callado y quieto cuando estaba muy concentrado.

Pero lo inesperado, y que casi se quedaba sin palabras para expresarlo, era darse cuenta de que el niño le hacía sentir que tenía algo valioso que ofrecer.

—Reparamos juntos —dijo Bảo.

Y el corazón de Jack casi explotó dentro de su pecho, porque era la misma dulzura e inocencia que veía a distancia cuando limpiaba los escritorios en Foxton, o cuando se sentaba junto a Stanley con su Biblia. Era tan puro y brillante que iluminaba la habitación.

Se dio cuenta de que Las horas doradas se había convertido en un espacio sagrado para una persona más. Un lugar donde dos almas más trabajaban duro juntas para hacer que las horas siguieran avanzando. Un refugio para que las almas rotas sanaran.

Capítulo 62

Buddy tomó la lata de pintura blanca en aerosol y caminó hacia la parte trasera del gimnasio; la música sonaba desde el interior, *We are the Champions*, de Queen; la gente cantaba a todo pulmón.

No pensó en lo que iba a escribir, pero la humillación y la rabia que sentía hacia Katie, combinadas con la cerveza, lo alimentaban.

Tomó la pintura, apretó la boquilla con el dedo índice y dibujó en grandes letras blancas «Katie Golden es una PUTA».

Clayton sonrió cuando su amigo se alejó de la fachada de ladrillo para mostrarle lo que había escrito. Miró las letras con gran emoción, los bordes mojados se escurrían por la pared como los bordes de una cicatriz furiosa.

—Tal vez deberíamos irnos de aquí antes de que nos atrapen —espetó Buddy, lanzando la lata a los arbustos y echando una mirada maniática a Clayton.

Ninguno de los dos vio pasar a Bảo en su bicicleta frente a la escuela, de regreso de la relojería. En el momento en que pasaba por el perímetro trasero, vio que Buddy se alejaba de ese odioso grafiti.

Bảo leyó las palabras. Solo le llevó un segundo reconocer el nombre de Katie y el apellido de la única familia que había sido amable con él y con su tía desde

que llegaron. Y aunque no sabía el significado exacto de la frase, la furia y la prisa con la que era evidente que se había escrito mostraba una agresión palpable. De inmediato, supo que los trazos blancos amenazadores de pintura eran un insulto contra Katie.

Se detuvo cerca de los arbustos, aún sobre su bicicleta, y pensó si debería decirle algo a los chicos, pero las palabras se le atoraban en la garganta.

Aun así, cuando los chicos subieron una pierna para montar su bicicleta y empezaron a pedalear para irse, le ganó el deseo de regañar y castigar a los villanos, como habrían hecho sus superhéroes favoritos.

Avanzó y empezó a seguirlos.

Bảo pedaleó tras ellos, a cierta distancia, pero los otros chicos no lo advirtieron. En su mente, estaba canalizando el espíritu guerrero de Giong, Jayna y Zan. Pensó que corregiría el daño que le hicieron a la hermana de Molly y arreglaría la situación.

Clayton y Buddy seguían pedaleando adelante, inhalando el aire en sus pulmones, disfrutando la sensación de velocidad.

El alto delgado montaba una bicicleta sucia, sus rodillas casi llegaban hasta el manubrio, las llantas anchas dibujaban eses mientras avanzaba. Reía con la cabeza echada hacia atrás, su cabello se revolvía en el viento estival.

No fue sino hasta que se acercaron al centro comercial Ace y se dirigieron a la entrada que llevaba a la presa y a su fuerte, cuando Buddy tuvo la sensación de que los estaban siguiendo.

Rodearon hacia la parte trasera de la ferretería y arrojaron las bicicletas en la esquina. En ese momento, Buddy volteó y vio a Bảo que los miraba fijamente, con un

aspecto que lo convertía de un niño que quería ser héroe a un niño que ahora, era evidente, tenía miedo.

—¿Qué carajos quieres? —Clayton fue el primero en romper el silencio de la noche. Avanzó y se acercó a Bảo —. ¡Maldito maricón en bicicleta morada! —gritó, escupiendo al suelo.

—Tiene flores en el trasero. —Buddy señaló con el dedo el asiento de piel.

—Tú escribiste... — Bảo empezó a decir, haciendo gestos largos de escritura— ...sobre Ka... ti. Voy a decir...

De pronto, Clayton dejó de reír. Se abalanzó sobre Bảo y lo derribó al suelo.

Bảo era ligero como una pluma, su cuerpo se azotó sobre el asfalto sin que Clayton hiciera mucho esfuerzo.

—Nos va a denunciar —dijo Clayton entre dientes.

El corazón de Buddy latía con fuerza. Era él quien se metería en problemas. De inmediato pudo imaginar el rostro de su madre frente a él, furiosa por haber avergonzado a la familia. No podía permitir que Bảo le dijera a nadie lo que había hecho, ni la policía ni la escuela, y, sobre todo, a la familia de Katie.

—¿Vas a ir de soplón? —preguntó sin dejar de patear a Bảo una y otra vez.

Bảo gritaba de dolor, su cuerpo se colapsaba bajo la fuerza del pie de Buddy.

—¡Para! —suplicó, levantando la mano para protegerse la cara.

Los chicos no hablaban; Bảo estaba tirado en el suelo, llorando. Clayton lo levantó sobre su hombro y se dirigió al fuerte.

Anh miró fijamente la esfera del reloj de pared en la sala de estar de la casa generalicia. Eran casi las 9:00 p. m. y su corazón latía con fuerza porque Bảo aún no había regresado. El trayecto desde Las horas doradas hasta Nuestra Señora de los Mártires no debería llevarle más de treinta minutos. El miedo se apoderó de ella.

No quería molestar a las hermanas, pero le preocupaba que se hubiera escapado de nuevo o, peor aún, que lo hubieran atropellado. Dejaría pasar cinco minutos más antes de ir al corredor donde se encontraba la recámara de la hermana Mary Alice y tocar a su puerta.

Pero antes, decidió ir a la habitación de la única persona que conocía con quien podía compartir libremente su inquietud. Fue a la cocina comunitaria donde, hasta hacía unos minutos, lo había visto con una taza de té, resolviendo los ejercicios de su cuaderno de inglés.

—¿Qué pasa, Em? —preguntó Dinh en vietnamita.

—Es Bảo —explicó. El nombre se quebró en su garganta y, de inmediato, se cubrió la boca con la mano porque creyó que iba a llorar—. Es tarde. Las últimas dos semanas siempre llegó a la hora. Nunca regresa con un minuto de retraso. —Le dio unos golpecitos a su muñeca —. Estoy tan preocupada.

Anh empezó a llorar. Para Dinh, que hubiera recurrido a él en un momento de angustia era una señal de que, para ella, él era algo más que las otras personas que vivían en la casa generalicia.

—Tú y yo lo esperaremos unos minutos más... luego iremos a buscar a la hermana Mary Alice. No esperaremos mucho, lo prometo.

Dinh tomó su mano y su calidez le penetró la piel.

Jack terminó la última reparación de la noche y no tenía

más que hacer, puesto que Bảo le había dado cuerda a todos los relojes antes de partir. Echó un vistazo al reloj de bolsillo en el que trabajaron juntos y sonrió; lo limpió una vez más con un paño y lo metió al cajón. Luego miró la hora. Faltaban un par de horas para el momento en que acostumbraba llevar a Hendrix a pasear, pero el perro caminaba por la habitación, inquieto por salir.

—¿Qué pasa, chico? ¿Quieres hacer un poco de ejercicio?

Jack se agachaba y le daba unas palmaditas a Hendrix en el pelaje negro. El perro acariciaba con el hocico la palma de la mano de Jack y sus ojos lo miraban con absoluta adoración. La luz de la tienda había cambiado del crepúsculo a casi oscuridad y a Jack le asombraba que las largas noches de verano ya empezaban a hacerse más cortas. Se preguntaba si las estrellas serían particularmente brillantes esa noche cuando caminara con Hendrix hacia la presa.

Tomó la correa de una silla y la sujetó al collar de Hendrix. Aproximadamente a los veinte minutos de haber empezado su paseo, llegó a la entrada de la presa, donde le asombró ver tres bicicletas tiradas en el suelo y un tenis pequeño volteado.

Pero cuando vio la bicicleta morada con el asiento floreado de piel esto hizo que Jack entrara en pánico. Su cuerpo exudaba adrenalina y miedo, una inquietante combinación que no había sentido desde que regresó de las junglas de Vietnam. Su cuerpo se tensó y el corazón latía frenético dentro de su pecho; sentía que algo terrible había sucedido o estaba a punto de suceder.

Hendrix debió detectar los cambios por los que atravesaba, el miedo que transformaba la química de su cuerpo. Debió olerlo con su nariz oscura y húmeda, y escuchar con sus oídos que ahora estaban en máxima alerta. Hendrix ladró y se precipitó por el largo camino sinuoso, jalando a Jack por el bosque.

Menos de treinta minutos antes, los chicos se habían abalanzado sobre Bảo y lo arrastraron hacia el fuerte. La risa de Clayton era amenazadora y Bảo tenía miedo. De pronto se dio cuenta de que no tenía poderes de superhéroe; no podía transformarse como Zan en *Los gemelos fantásticos*, en un poderoso elemento de agua, como una tormenta de nieve o un monzón. No podía vencer a estos chicos que lo amenazaban y que escribieron cosas malas de Katie.

Se debilitaba con mayor rapidez de lo que hubiera deseado porque el alto de cabello amarillo pálido era demasiado fuerte. Sentía los brazos como si fueran cuerdas, los músculos fibrosos y tensos.

Bảo respiraba con dificultad cuando Clayton lo arrojó al interior del refugio hecho de palos, ramas, pedazos de troncos rotos y lonas de plástico. Sentía el cuerpo como si le hubieran disparado con flechas. El dolor era intenso y abrumador; su rostro estaba lleno de lágrimas.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Buddy.

—No podemos dejar que nos denuncie. —Los ojos de Clayton eran feroces y su bíceps inmovilizaban la cabeza de Bảo—. No voy a meterme en problemas por lo que tú hiciste en la escuela.

Buddy solo escuchaba «lo que tú hiciste» y empezaba a sentir pánico. Se mordió el labio y el sabor metálico de su propia sangre en la lengua lo sorprendió. «Tenemos que hacer que se calle».

Bảo empezó a luchar debajo del yugo firme de Clayton; su rostro se oscurecía como ciruela madura. En ese momento, los ojos de Clayton pasaron como relámpago hacia los guijarros que rodeaban la hoguera, pequeños y lisos como lunas diminutas. Extendió el brazo para tomar uno y lo llevó lentamente hasta los labios de

Bảo.

Bảo pataleaba y agitaba la cabeza, desesperado.

—¡No!

En el fondo de su mente, Clayton escuchaba las palabras con las que su padre lo había amenazado esa tarde.

—¡Anda! —dijo Clayton entre dientes—. ¡Trágate esto, pequeño vietcong!

Empujó la piedra del tamaño de una canica al interior de la boca de Bảo y le ordenó que se la tragara.

Capítulo 63

Cuando a las 10:00 p. m. Bảo aún no había regresado a casa, Dinh le insistió a Anh en hablar con la hermana Mary Alice.

—Estará durmiendo —dijo Anh nerviosa.

Sin más opciones, Dinh y ella tocaron la puerta de la monja.

Lo primero que hizo la hermana Mary Alice fue cerrar la cinta de su bata de noche y dirigirse al escritorio en busca de la agenda telefónica. Con una caligrafía precisa y delicada, tenía dos números escritos bajo Grace y Tom Golden, el teléfono de su casa y el de Las horas doradas. Le hizo una seña a Anh para que se acercara y llamaron primero a la tienda, esperando que Jack respondiera y les dijera que a Bảo se le había hecho un poco tarde. Pero nadie contestó el teléfono en la tienda. Entonces, la hermana Mary Alice marcó con calma el teléfono de la casa de los Golden.

—Grace, soy la hermana Mary Alice —dijo con voz mesurada—. Disculpe que le llame a esta hora, pero Anh está aquí conmigo y está preocupada porque Bảo no ha regresado a casa. —Miró el reloj de la pared—. Anh dice que siempre llega como a las 8:00 p. m. cuando trabaja en la tienda.

Escuchó que algo crujía al otro lado de la línea.

—¿Y Jack no contestó el teléfono? —preguntó Grace

—. Tom dice que en general Jack trabaja hasta las 10:00 u 11:00 algunas noches.

—No, llamé primero ahí, pero nadie respondió.

—Eso es muy extraño —dijo Grace, su voz mostraba preocupación—. Tom dice que va a ir a la tienda solo para estar seguro. No hay problema.

—¿Está segura?

—Sí. Yo lo acompañaría, pero tengo que ir a recoger a Katie a la escuela.

La hermana Mary Alice le agradeció y colgó el teléfono. Volteó a ver a Anh y le dijo que Tom iría a Las horas doradas.

—No te preocupes —dijo dándole una palmadita en la mano—. Llegará en unos minutos y estoy segura de que nos dirá que todo está bien.

La camioneta Pontiac se estacionó con cuidado en la entrada de la preparatoria Bellegrove; a Grace le pareció extraño no ver a grupos de estudiantes. Avanzó hacia la parte trasera del edificio, donde esperaba encontrar un lugar para estacionarse, y vio a una enorme multitud de alumnos, incluso algunos padres de familia, reunidos frente a la pared trasera. Estacionó el coche, tomó su bolso y salió.

—Dios mío, ¿pasó algo? —preguntó a Leslie Francis y su hija, Caroline, cuando pasaron junto a ella apresuradas hacia su coche.

Leslie se puso lívida.

—¿Qué pasa? —insistió, preocupada de que alguno de los chicos estuviera lastimado. Pero no había ambulancias ni paramédicos entre la multitud—. ¿Está todo bien, Leslie? Espero que nadie esté lastimado...

Caroline estaba inquieta junto a su madre, incapaz de mirar a Grace a los ojos.

—Bueno, tenemos que irnos... qué gusto verte, Grace.

Caroline siguió el ejemplo de su madre y se apresuró hacia su coche.

Hasta que Grace estuvo a unos cuantos pasos de la multitud, su mirada aterrizó en el grafiti de la pared, donde vio el nombre de su hija garabateado con pintura blanca. Y después, lo más doloroso, la horrible palabra relacionada con ella.

Sintió el peso de las miradas sobre ella, pero se abrió paso entre la multitud que se congregaba con la curiosidad voyerista de cómo reaccionaría. Pero no le importaba. Su primer instinto era encontrar a Katie.

La madre de Ellie Atkinson le dijo que creía que Katie estaba adentro. Grace vio a Ellie, parada con un grupo de niñas, pero no a su hija.

Adentro de la escuela, en un rincón mal iluminado justo afuera del baño de mujeres, Grace encontró a Katie con una de sus antiguas amigas de la primaria, Rachel, quien le sobaba la espalda y le ofrecía a Katie un pañuelo desechable para que se enjugara las lágrimas.

Katie alzó la mirada; su expresión de vulnerabilidad era como si estuviera en carne viva.

—¡Mamá...! —gimió.

Tenía el rostro deshecho, las mejillas surcadas por las lágrimas. Corrió hacia su madre y cayó en sus brazos abiertos. Jadeaba, tratando de recuperar el aliento.

Grace sujetó a Katie con fuerza contra su pecho y hundió la nariz en el cabello de su hija, tratando de calmarla.

—Salgamos por la entrada principal —dijo con suavidad—. Puedes esperarme ahí mientras voy por el coche.

Su hija le parecía una niña de nuevo, agradecida por tener su protección. Odiaba pensar que una desagradable broma adolescente pudiera acercarlas, pero cuando Katie apretó su mano como si le rogara que no la dejara sola, Grace apretó la mano de su hija, un lenguaje mudo entre ellas para hacerle saber que todo estaría bien.

Capítulo 64

Cuando Tom entró en la tienda, el lugar estaba completamente oscuro y ni Jack ni Bảo estaban ahí. Encendió la luz, regresó al taller, levantó el auricular del teléfono para llamar a Grace y decirle que ahí no había nadie. Pero, en su lugar, Molly contestó y le dijo que Grace seguía en la escuela.

—Voy a llamar al departamento de Jack. Quizá se llevó a Bảo ahí para enseñarle algo...

—Pero él nunca invita a nadie ahí —le recordó Molly —. Yo siempre quise visitarlo, pero tú me dijiste lo reservado que es, papi.

Su hija tenía razón.

—Lo sé, querida, pero no está de más que llame. Dile a mamá que si no los encuentro daré unas vueltas en el coche para buscarlos.

Trató de no decir mucho para no preocupar a Molly; intentaba convencerse de que pudieron haber pasado muchas cosas, quizá Bảo estaba viendo televisión con Jack o había salido a caminar con él y Hendrix. Volvió a descolgar el teléfono para llamar a Jack; pero después de varios segundos sin respuesta, colgó; tomó las llaves de su coche y salió a buscarlos.

Bảo se las arregló para tragar el primer guijarro después de que Clayton le ordenara a Buddy que le sostuviera los brazos y empujara la piedra en su boca. La segunda siguió entre sus dedos cuando Buddy empezó a tener miedo.

—Vamos, hombre, ya es suficiente... —dijo mientras Bảo seguía retorciéndose bajo su peso.

Clayton empujó la piedra entre los labios apretados de Bảo. Este trató de gritar varias veces, pero Clayton seguía empujando la mano sobre su boca y amenazaba con asfixiarlo.

—No puede tragarse todas esas piedras. —Buddy miró hacia el círculo de guijarros que estaban en el centro del fuerte—. Se va asfixiar, Clay... Se va a morir...

Bảo pateaba, Buddy no dejaba de sujetarlo; gruñía mientras Clayton trataba de empujar otro guijarro por su garganta. De pronto, todos escucharon el ladrido del perro.

—¿Qué demonios? —exclamó Buddy, soltando a Bảo.

Bảo aprovechó esta oportunidad para echarse hacia adelante y caer sobre las rodillas, jadeando para respirar. Muy pronto, también escucharon el sonido de pisadas fuertes, no solo el ladrido y jadeo de un perro. Jack apartó la endeble cortina de baño de la entrada y se agachó para entrar al fuerte.

—¿Qué está pasando aquí?

Su voz estalló cuando vio a Bảo acurrucado sobre el suelo de tierra. Tenía la cara llena de cortes y le empezaban a salir algunos moretones; su cuerpo jadeaba y se tocaba la garganta con una mano.

Buddy no dijo una sola palabra. Nunca antes había visto a Jack tan cerca, solo a distancia, cuando recogía la ropa de la tintorería o iba a la tienda de relojes. Pero en ambas ocasiones tenía la cabeza agachada y era difícil ver con claridad sus rasgos dañados. Sin embargo, ahora Jack estaba sobre ellos, su expresión se tornó en rabia cuando

se dio cuenta de que habían herido a Bảo.

—¡No hicimos nada! —insistió Buddy.

Pero Jack miraba fijamente a Clayton, quien, en su asombro, dejó caer las tres piedras que aún tenía en la mano. Jack vio las manchas de tierra en las rodillas de Clayton y su mirada que se esforzaba por apartarse del rostro desfigurado de Jack. Ambos creían que el otro era el monstruo.

Estaba a punto de levantar a Clayton del suelo y darle un puñetazo, cuando sus instintos lo sorprendieron. Aún sujetaba la correa de Hendrix con una mano; el perro gruñó y le ladró a los dos chicos mayores; Jack se acercó a Bảo.

Clayton y Buddy salieron corriendo a toda velocidad, su pecho subía y bajaba conforme avanzaban como rayo sobre el terreno accidentado; las ramas les arañaban el rostro. Llegaron hasta donde estaban sus bicicletas y, como locos, pedalearon hacia su casa.

Jack tomó al niño entre sus brazos. El olor de la tierra y hojas húmedas, de la infancia mezclada con sudor y miedo, lo devolvió a la jungla de Vietnam. Cargó a Bảo, pegándolo fuerte contra su pecho; no sobre el hombro como Jefe había cargado a Stanley hacía ya tantos años, pero con el mismo honor en su corazón. Jack sostuvo a Bảo muy por encima del suelo de hojarasca, no solo con el sentido del deber de un soldado, sino con la necesidad del hombre de proteger a su amigo.

Capítulo 65

Con Bảo aún en sus brazos, Jack llegó hasta la cabina telefónica que estaba frente a la ferretería y de inmediato llamó al 911.

—¡Necesito una ambulancia, rápido...! —rogó a la operadora.

El niño se sujetaba el abdomen, retorciéndose entre los brazos de Jack.

—Vas a estar bien —le murmuraba Jack una y otra vez. El pequeño se quejaba; sus lágrimas mojaban la camisa de Jack—. Ya viene ayuda, hombrecito. Solo quédate conmigo y respira.

De pronto, recordó a Doc; estaba usando las mismas palabras que él formuló para tranquilizarlo, para calmarlo. Sostenía a Bảo con más fuerza y lo calentaba con su propio calor corporal. Tomó el teléfono para hacer otra llamada.

—Bảo está lastimado —le informó a Tom; la adrenalina pulsaba por sus venas—. ¡Alcánzame en el hospital tan pronto como puedas!

Cuando Bảo llegó a la sala de urgencias, los rayos X mostraron lo afortunado que fue de que Jack llegara en el momento en que lo hizo. Si hubiera ingerido una piedra

más se habría asfixiado. Las dos que ya se había tragado pasarían por su sistema, con ayuda de un poco de aceite de hígado de bacalao. Tom llevó a Anh al hospital y, a partir de ese momento, ella no se apartó de su lado.

En la camilla del hospital, Bảo parecía más pequeño de lo que recordaba tan solo horas antes. Un niñito que el mundo finalmente le había ofrecido, y sabía que era su deber cuidarlo, protegerlo como si fuera suyo.

Pero varias personas más estaban también ahí con ella en la sala de espera del hospital. En silencio, Tom relevó a Jack, quien de inmediato volvió a casa cuando los médicos dijeron que Bảo se recuperaría. Dinh y la hermana Mary Alice también estaban ahí para apoyarla. Grace llegaría en unas horas, una vez que hubiera consolado a Katie, asegurándole que el equipo del plantel escolar borraría el grafiti muy temprano en la mañana.

—Lo borrarán. —Trataba de calmar a su hija mayor. Sacó su pañuelo y secó las mejillas de Katie—. Nadie recordará esto en unos días, te lo prometo...

—¿En unos días? —preguntó Katie meneando la cabeza—. ¡Creo que todos hablarán de eso durante años! —exclamó en un sollozo.

—Sé que ahora duele —murmuró Grace mientras quitaba el cabello de los ojos de Katie—. Y odio ver que sufres tanto...

Se inclinó sobre la cama y le dio un beso en la frente, inhalando la fragancia de su champú, el olor a talco para bebé, trazas de su hija que solo había olido este verano a la distancia; ahora estaban tan cerca de ella que se le saltaron las lágrimas.

Qué equivocada había estado al pensar que su hija ya no la necesitaba. Su corazón se hinchaba y se partía al mismo tiempo mientras trataba de encontrar las palabras correctas para convencer a Katie de que esta dura experiencia que ahora le parecía tan humillante a final de cuentas pasaría.

—Tu abuelo creía una cosa, Katie... la mejor manera de vencer los recuerdos dolorosos es seguir avanzando.

Levantó la mano de su hija que estaba sobre la cobija de flores, se la llevó a los labios y la besó.

—Pero, mamá, ¡todos en la escuela van a hablar de mí!

Volteó a ver el reloj de plástico blanco que colgaba de la pared. Un móvil de lunas y estrellas de satén en un rincón de la recámara, un recuerdo de la infancia de Katie que a Grace le sorprendió ver que Katie no había quitado, a pesar de sus intentos por reinventarse este verano.

—Minuto a minuto lo superarás, hasta que pase un día entero sin acordarte y luego otro, hasta que todo quede olvidado.

Katie cerró los ojos, estaba agotada.

—Creo que fue Buddy, mamá. Y yo no le dije nada malo. Solo le dije que me estaba poniendo en ridículo después de que me pidió que me fuera con él, enfrente de todas mis amigas.

Grace no respondió. Subió las cobijas hasta la barbilla de Katie.

—Por ahora, concentrémonos en ti y en Bảo. Te prometo que pronto hablaremos de Buddy, pero por ahora, quiero que trates de dormir un poco.

Esa misma noche, a Adele la despertarían las luces brillantes de las patrullas de policía que entraban por la ventana de su recámara. Se pondría la bata rosa de felpa, con la cinta atada con fuerza a su cintura. Se llevaría la mano al corazón cuando los oficiales le informaran que debían hablar con su hijo.

Capítulo 66

La escuela empezó como cualquier otro ciclo de la vida, como una estación aparte. Bảo comenzó su primera semana escolar sabiendo que al menos tenía una amiga en la secundaria Bellegrove y otro amigo, aunque un poco mayor, que le regaló un reloj de bolsillo cuando lo dieron de alta en el hospital.

—Estaba esperando a su nuevo dueño —dijo Jack cuando le regaló el reloj que repararon juntos.

Anh empezó a trabajar medio tiempo en el Kepler y pronto empezó a ahorrar para el depósito de la renta de un departamento cercano para ella y para Bảo.

Una tarde durante esas primeras semanas de septiembre, Anh al fin hizo lo que quería hacer desde que Bảo había salido del hospital y lo había llevado a casa. Quería agradecer a Jack personalmente por haber salvado al niño que ahora consideraba su hijo.

Sabía lo terriblemente reservado que era, que se alejaba de las miradas curiosas, pero se sintió obligada a expresarle su agradecimiento. Así que, a pesar de saber que su inglés no era muy bueno, Anh escuchó las palabras de aliento de Dinh en su cabeza, que le recordaban que necesitaba honrar a Jack de alguna manera por su acto heroico.

Anh se dio cuenta de que aún era muy temprano para que Jack estuviera trabajando en la tienda. Que

probablemente estaba en su departamento, quizá leyendo o viendo televisión. Pero esperaba que le permitiera decirle unas palabras de gratitud en persona, así que caminó hasta la entrada lateral del viejo edificio de ladrillo y buscó el timbre del departamento del segundo piso. Levantó el dedo y lo presionó. El sonido del timbre tomó a Jack desprevenido. Llevaba ya casi cinco años viviendo arriba de Las horas doradas, y podía contar con los dedos de una mano la cantidad de veces que alguien había hecho sonar el interfono. Tom había pasado en algunas ocasiones durante las primeras semanas, cuando Jack todavía no desempacaba, y tuvo unas cuantas visitas del plomero o del electricista, que vinieron a hacer reparaciones que Jack no podía hacer.

La voz al otro lado lo sorprendió.

—Soy yo, Anh —dijo—. Vine a darte las gracias.

Jack seguía en piyama, con el cabello revuelto y sin rasurar. El único que había empezado el aseo de rutina de esa mañana era Hendrix, quien había desayunado y ahora estaba acurrucado junto a la silla de Jack y se lamía tranquilo las patas delanteras.

El departamento reflejaba el estilo de vida casi monástico de Jack; casi no había nada que limpiar.

—Dame un minuto —dijo por el interfono al tiempo que alcanzaba su pantalón caqui que estaba sobre una de las dos sillas, junto a la mesa donde comía—. Te abro en un segundo.

De un salto llegó al baño, se lavó los dientes y se cepilló rápido el cabello hacia el lado izquierdo de su cara.

Cuando apretó el botón para dejar entrar a Anh, rápidamente jaló la colcha de la cama y echó un vistazo al departamento. No podía hacer mucho más en tan poco tiempo, salvo disculparse sobre su pobre existencia.

Abrió la puerta justo en el momento en que Anh subía el segundo tramo de las escaleras. Frente a ella llevaba una pequeña canasta de manzanas y peras

perfectamente maduras.

—Quise traerte un regalo... —dijo ofreciéndole la fruta—. Espero no molestarte... al venir a tu casa.

Él se sintió incómodo y humilde por la franqueza de su gesto.

—Salvaste a mi niño —continuó tocándose el pecho —. Debo encontrar forma correcta de agradecer.

—Solo tuve la suerte de dar mi paseo esa noche un poco más temprano de lo normal —explicó, tratando de no darle importancia al halago. Se sentía andrajoso en su ropa usada—. Supongo que todos tenemos que estar agradecidos de tener a este chico —agregó, señalando a Hendrix, quien había llegado trotando feliz para darle la bienvenida a la visita inesperada—. Él fue quien quiso salir a pasear más temprano.

—Te agradezco a ti también —dijo Anh, arrodillándose junto a Hendrix, a quien le dio unas palmaditas en el lomo—. Salvaste a mi Bảo. Está a salvo gracias a ti.

En ese momento, Jack sintió que la humillación y la vergüenza que sentía por sus cicatrices y sus circunstancias humildes desaparecían.

—¿Quieres pasar? —Él mismo se sorprendió con la invitación—. Es decir, nunca me visita nadie, pero puedo hacerte una taza de té o algo. —Tomó la canasta de fruta y su rostro se torció en una sonrisa—. Es muy amable de tu parte que me hayas traído esto.

—Sí. —Inclinó la cabeza y lo siguió al interior—. Gracias.

Los cojines del sofá de piel café que se llevó de su departamento en Foxton apenas se hundieron bajo el cuerpo delicado de Anh. Con las manos plegadas con elegancia sobre su regazo, miró alrededor de la exigua

habitación en busca de indicios sobre este hombre a quien conocía tan poco, aparte de que llevaba el sufrimiento en el rostro. Ella sabía que sus cicatrices eran resultado de haber participado en la guerra de Estados Unidos; su dolor estaba atado a un lugar al que ella llamó hogar alguna vez, y no estaba segura de qué debía hacer con ese conocimiento. Pero Anh no podía hacer más que aceptar sus heridas como un hecho terrible que ella no tenía el poder de cambiar.

Mientras él ponía a hervir agua en una tetera, ella miraba alrededor y advirtió las pocas posesiones que tenía. Una planta de hojas verdes y pesadas colgaba del techo; una pila de discos estaba cuidadosamente colocada junto al estéreo; había una caja de cartón en la que parecía que acababa de hurgar, con algunos papeles y una medalla morada en la parte superior. Pero en un rincón de la habitación, donde estaba su cama, cubierta por una cobija mal puesta, había una fotografía de un joven con el brazo alrededor de los hombros de una chica de cabello largo y castaño.

Tomó la taza de té hirviendo con ambas manos y respiró el aromático vapor con los ojos cerrados.

—Huele bien —dijo, soplando sobre el borde de la taza antes de beber.

—Es solo Lipton —rio Jack—. Pero me gusta.

Anh levantó la taza, dio otro sorbo y sonrió.

—Eres un hombre amable —agregó Anh—. Me gustaría hacer más para agradecerte. O agradecer a la señora Grace y a su familia.

Jack se sentó en la silla dura del comedor que había acercado al sofá.

—Desde que me mudé aquí —explicó levantando una mano para señalar alrededor del departamento—, desde el momento en que empecé a trabajar allá abajo en las noches, he pensado lo mismo: ¿cómo puedo agradecerles por todo lo que han hecho por mí?

Anh asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Es muy difícil al principio, cuando llegamos. Estar solo. Luego Bảo huyó y yo siento... —Puso su taza sobre la mesa de madera—. Siento que le fallé.

En compañía de Anh, Jack sentía que su coraza de acero habitual se reblandecía. ¿Se debía a que ambos eran relativamente desconocidos y que podían ser tan abiertos sobre sus vidas? No estaba seguro, pero algo en él agradecía poder hablar libremente.

—No le fallaste. —Jack se inclinó hacia adelante y puso sus manos sobre la mesa—. Creo que fuiste muy valiente solo por haber venido a un lugar nuevo. Estás estudiando para aprender un idioma nuevo, para construir una vida nueva...

Anh bajó la mirada y entrelazó sus manos. Nada de lo que Jack había descrito era lo más difícil que había tenido que soportar.

—Mi esposo, los hombres que lo golpearon. Lo mataron. Mi bebé murió poco después. Si no encuentras a Bảo, lo pierdo también. —Se mordió el labio y trató de no llorar—. ¿Tú perdiste esposa, novia también, Jack? —preguntó señalando el marco donde estaba la única foto.

El silencio que siguió era tan espeso como el humo. Jack levantó la taza hasta sus labios y bebió un sorbo, miraba el té fijamente.

—Sí y no, supongo —respondió por último.

No había hablado de Becky con nadie desde hacía años; sin embargo, ella seguía siendo parte de su existencia diaria, nunca se alejaba de su mente.

—No era mi esposa, pero la amaba —agregó.

Jack puso la taza en la mesa y sus ojos se fijaron en la planta que colgaba. ¿Se atrevería a desahogarse con esta mujer, quien apenas empezaba a aprender inglés y a quien conocía desde hacía menos tiempo que a Grace y a Tom? Ni siquiera ellos conocían toda su historia.

—Ella no murió, y yo no la perdí, no exactamente. —

Respiró profundo y continuó—: Sé dónde está.

Capítulo 67

Poco a poco, le contó a Anh que solo había amado a una mujer en su vida: Becky, de ojos castaños y cálidos, cuya sonrisa podía iluminar una habitación.

—Cuando estaba en Vietnam le decía a mi amigo Doc que Becky era como el sol de medianoche.

Tragó saliva; pronunciar el nombre de Doc era demasiado como para no ponerse a llorar.

—La llamé después de mi último tratamiento por las quemaduras, pero no fui del todo sincero con ella. —Levantó un dedo hasta su rostro—. Como puedes imaginar, no es fácil mirar esto... es mucho para que alguien lo acepte sin sentir náusea. —Volvió a tomar una dolorosa bocanada de aire—. Y pasar la vida con un monstruo... bueno, ¿quién estaría dispuesto a hacerlo?

Anh dejó su taza sobre la mesa; sus ojos no se apartaban del rostro de Jack.

—Así que inventé una historia —prosiguió—. Le dije que tenía un amigo que padecía una lesión grave en la cara y le pregunté si podía llevarlo a casa a vivir con nosotros. Pero a ella no le gustó mucho la idea. Digamos que me dijo que solo quería que su «hermoso Jack» volviera a casa. —Volvió a recargarse en el respaldo de la silla—. Y no soy muy hermoso ahora, como puedes ver.

Anh frunció el ceño, tratando de concentrarse y de entender cada palabra de Jack.

—Quizá no entiendo. ¿Nunca la dejaste intentar? ¿Nunca dejaste que Becky te viera cuando regresaste de la guerra?

—No.

—Esta historia muy triste. ¿Nunca la viste otra vez?

—No dije eso.

Anh parecía confundida.

—No entiendo significado de tus palabras.

Jack miró por la ventana y luego a Anh. Su ojo bueno brillaba como una piedra húmeda.

Juntó sus palmas y las frotó para calmar sus nervios. Finalmente reunió todo el valor para desahogarse y contarle toda la historia.

Tres meses después de esa llamada a Becky, Jack se sintió obsesionado por su decisión. Una cosa era ahorrarle el horror de ver su rostro desfigurado, pero otra muy distinta cerrar la puerta y nunca verla de nuevo. Por mucho que las palabras de Becky le dolieran, había inventado a un amigo con las traumáticas lesiones para evaluar su reacción. Jack nunca sabría si la respuesta de Becky habría sido diferente si hubiera sabido que hablaba de sí mismo.

Una noche, después de pasar todo el día en su casa, con el ánimo tan decaído como nunca pensó que fuera posible, Jack decidió reunir el valor para llamar a Becky de nuevo, pero el número de teléfono estaba desconectado. Entonces, cayó en una terrible depresión; con frecuencia faltaba a sus citas en el Centro Médico Militar Brooke. De no haber sido por la enfermera Starr, quien lo llamaba e insistía en que fuera, hubiera abandonado su salud por completo. Sin Becky en su vida, ya no tenía voluntad de vivir.

Durante una de sus visitas para revisar cómo sanaban

sus injertos de piel, la enfermera Starr finalmente logró que le dijera qué provocaba esos cambios en su comportamiento.

—Sé que nada de esto es fácil, Jack —dijo con compasión mientras empezaba la evaluación médica—. Pero siempre has asistido a tus citas antes. —Tocó su muñeca con suavidad para tomarle el pulso—. ¿Ha pasado algo en particular que te molesta?

Él se encogió de hombros. No deseaba contarle a esta enfermera, por atractiva o amable que fuera, lo que en realidad estaba sintiendo.

—Puedes decirme cualquier cosa, Jack —insistió la enfermera Starr—. Lo sabes, ¿verdad?

Jack suspiró. La enfermera Starr había sido una de las pocas personas durante su rehabilitación que había excedido su deber. Durante esos primeros días, los más dolorosos de su tratamiento, había sido ella quien se sentaba a su lado y lo tomaba de la mano, porque sabía que no tenía familia y no quería que estuviera solo. Ahora consideraba a la enfermera Starr como una amiga.

—Cuando estaba en el hospital no tenía más opción que ustedes revisaran cada centímetro de esto. —Tocó con su mano el lado izquierdo de su rostro—. Pero ahora despierto y pienso... ¿para qué molestarme? No tiene caso... ni siquiera mi chica quiere ver esto...

Bárbara Starr colocó con cuidado la muñeca de Jack sobre el regazo y alejó el estetoscopio.

—Esta es la primera vez en más de un año que te escucho mencionar a una chica, Jack. ¿Tienes novia?

—Tenía.

Dio un paso atrás y lo miró. Era obvio que sufría más de lo habitual. En general, hacía todo lo posible para cubrir su cicatriz con el cabello que se había dejado crecer desde que lo dieron de alta. Pero hoy, parecía que ni siquiera se molestaba en cambiarse la ropa del día anterior.

—Lo que haya pasado, necesitas darle otra oportunidad —murmuró—. Uno tiene que encontrar la manera de conservar el amor en la vida, Jack. Siempre. Es muy importante. Sin él, nuestro corazón se seca como papel.

Jack soltó una carcajada.

—Eso suena horrible.

—Créeme —insistió—. Todos necesitamos amor para sobrevivir.

Esa tarde no pudo dejar de pensar en las palabras de Bárbara. Becky había sido la única persona, aparte de su madre, a quien había amado. No estaba seguro de haber sobrevivido a ese viaje en Vietnam si no la hubiera tenido a ella como razón para volver. Siempre había sido Becky a quien había imaginado recibiéndolo en casa. Incluso ahora, a menudo imaginaba su rostro de memoria, sus ojos castaño oscuro y su hermosa sonrisa, solo para tener algo hermoso en qué pensar antes de las recurrentes pesadillas que inevitablemente se apoderaban de él.

Abrió el refrigerador, sacó una cerveza y la bebió apresurado. Luego, en un impulso, llamó a la única persona que quizá podría decirle dónde estaba. Llamó a la madre de Becky.

Antes, la señora Dougherty nunca reveló qué pensaba de Jack. Pero esta vez, al escuchar su voz al otro extremo de la línea, dejó claro lo que pensaba.

—¿Por qué demonios hablas ahora, Jack? —preguntó; su voz era dura y fría—. ¿Tienes idea de cuánto has lastimado a mi hija? La llamas, le dices que regresaste con un amigo herido y que quieres que le haga un lugar en

su pequeño departamento, que apenas es suficiente para una persona, quizá dos, pero tres... y luego te olvidas de todo y no vuelves a llamarla de nuevo.

—Yo solo... —tartamudeó—. Yo solo... —Se quedó sin palabras—. Llamé a su teléfono y dice que está desconectado.

—Por Dios, Jack. —chasqueó la lengua—. Le llamaste hace más de un año. ¿Qué se suponía que debía hacer con su vida? ¿Esperarte? —Su suspiro reveló su profundo enojo con él—. Becky se mudó. Le ofrecieron un trabajo en una escuela primaria en Foxton, Nueva York.

No hubo respuesta al otro lado de la línea. Ella respiró profundo y luego su voz se suavizó un poco.

—Jack... ¿quieres darme tu número de teléfono para que yo la llame y le diga que hablaste...?

Muy pronto sonó el tono del teléfono en el oído de la señora Dougherty. Jack había colgado.

Jack había hecho pocas cosas en su vida por impulso, pero empacar su departamento rentado y echar sus posesiones en la vieja camioneta Volkswagen que compró por un par de cientos de dólares unos meses antes fue, sin duda, una de ellas. Miró en el mapa y calculó que le llevaría tres días manejar desde San Antonio hasta Foxton, Nueva York. No pensaba en lo loco que estaba por abandonar todo sin haber hecho planes, solo sabía que necesitaba verla una vez más.

No fue difícil encontrar la escuela primaria en ese pequeño pueblo. Todo lo que tenía que hacer era ir a una caseta telefónica, llamar a la operadora y pedir la dirección. Lo más difícil era permanecer oculto. Sabía que si lo veían acechando por la escuela eso podría atraer una atención no deseada.

Sin embargo, no quería nada de nadie, y sin duda no

quería alertar al colegio. Todo lo que quería era verla.

Así, Jack estacionó el coche muy temprano, antes de que abrieran la escuela, lejos del estacionamiento principal, en una calle aledaña desde la que se podía ver la entrada, y esperó. Si algo sabía sobre Becky era que siempre llegaba temprano.

Fue la cuarta persona que caminó hacia la entrada. Sintió que era ella, incluso antes de ver su perfil. Su manera de andar, la forma en la que tenía la palma de la mano sobre su mochila café, la manera despreocupada en la que se echaba el cabello hacia atrás y reía con otra mujer que llevaba un montón de papeles. Solo supo que era ella. Y al verla reír, su imagen ahí, de pie, con el largo cabello castaño y el cuerpo delgado, lo llenó de algo que no había sentido desde que despertó en la unidad de quemados de Brooke. Finalmente, Jack se sentía vivo.

Anh extendió el brazo para tomar la taza de té, pero esta estaba vacía.

—Entonces, ¿qué pasó?

No estaba segura de haber comprendido todos los detalles de su historia. Quería saber si alguna vez le había dicho a esta mujer cuánto la amaba.

Jack extendió las palmas sobre su regazo y las miró; luego levantó los ojos para ver los de Anh.

—¿Qué pasó? Obtuve lo que necesitaba. Vi que era la misma, que seguía siendo hermosa como antes y que ahora enseñaba a niños, como siempre soñó hacerlo. Pero yo seguía con esto —dijo señalando su rostro—. Eso no iba a cambiar.

Anh estaba afligida.

—Esta historia... es tan triste...

Jack alzó la cabeza y miró a Anh directamente, mostrándole todo su rostro.

—Creo que se remonta a lo que esa enfermera me dijo... uno tiene que encontrar la manera de mantener el amor en la vida, a cualquier precio...

Anh asintió, atenta a cada palabra.

—Sí, ¿pero por qué te fuiste?

Jack inclinó la cabeza.

—No me fui por completo, Anh. Conseguí un empleo en la primaria Foxton, como conserje de noche. Trabajé ahí solo para estar tan cerca de ella como pudiera. Veía el salón de clase que ella llenaba de alegría, su escritorio con los lápices que ella tocaba y los exámenes que calificaba. —Levantó la cabeza y una sonrisa dolorosa cruzó su rostro—. Me di cuenta de que estaba lo más cerca posible del amor de lo que jamás estaría.

Capítulo 68

Amor, eso a lo que a los estadounidenses les gustaba tanto referirse, era un concepto abstracto para Anh. Se le adjudicaba tanto valor a esa palabra, tantas expectativas que se preguntaba cómo se las arreglaban para mantenerse a flote.

Anh siempre había creído que estaba atada a su deber. Un sentimiento de respeto y obligación de defender a quienes juró cuidar. Pero había aprendido algo desde la muerte de su esposo y de ese bote que se cobró la vida de los padres de Bảo. Y hacía eco con lo que la enfermera de Jack había dicho. Uno necesitaba encontrar una manera de mantener el amor en la vida, a cualquier precio. Si no hubiera tenido a Bảo, Anh se preguntaba si ya hubiera abandonado toda esperanza. Él le había dado un sentido a su nueva vida. Cuando se imaginaba trabajando era porque quería brindarle la mejor vida posible. Estudiaba sus libros de inglés hasta muy entrada la noche, después de que muchos de los otros en la casa generalicia ya se habían ido a dormir; repetía las palabras en voz muy baja, como si fueran una plegaria.

Dinh había sido responsable de abrir su corazón de otras maneras. La hacía reír, la hacía sentir que lo lograría, aunque se debatía con muchas cosas. El amor era algo que inspiraba a tener un propósito y a tener

esperanza. Podía entender cómo Jack lograba sobrevivir con un poco de eso al trabajar tan cerca de Becky.

—Pero, ¿por qué dejaste ese trabajo en la escuela? —preguntó Anh—. ¿Por qué trabajar ahora en tienda de relojes?

—Perdí el trabajo de conserje hace cinco años —respondió—. Fue más o menos la época en la que conocí a Tom... Él y Grace me salvaron de otra manera. —Bajó la mirada y alisó sus pantalones—. Supongo que todavía tengo amor en mi vida... solo que de otro tipo. Y cuando extraño a Becky, a veces manejo los veinte minutos que toma llegar a Foxton y estaciono el coche en el mismo lugar, justo cuando ella camina hacia la entrada. Y cuando el sol ilumina su espalda, cuando la veo hablando con alguien o riendo, eso es suficiente... —Se muerde el labio y endereza los hombros—. En serio, Anh, es suficiente. Me digo una y otra vez que eso es en verdad todo lo que necesito ahora.

Capítulo 69

Grace se sentó junto a Anh; la escuchaba repetir lo que había conversado con Jack.

Grace seguía sin comprender gran parte de la historia, pero lo que sí sabía, no como la esposa de un hombre que trabajaba con relojes y medía el tiempo, sino por su posición como una mujer que había visto más que suficiente en cuanto a pérdidas en su vida, era que el tiempo no siempre se movía de manera lineal como creían su esposo y su suegro. En su lugar, para algunas personas el tiempo radiaba de un solo epicentro, de un punto en la vida donde todo empezaba y partía en espiral alrededor de un caleidoscopio de emociones. Para Jack, la pérdida de Becky era ese único punto alrededor del cual todo se desenvolvía. Como los planetas alrededor del Sol, su amor irradiaba desde ese centro. Desde el exterior parecía que su historia amorosa permanecía impregnada en la memoria del pasado, que no evolucionaba como lo haría un matrimonio a lo largo del tiempo, además de los niños y el peso de la edad. Pero, ¿no era eso algo sagrado, tener algo en la vida que trascendiera el tiempo?

Grace sentía que su corazón estaba dividido entre la tristeza de saber que Jack había pasado siete años viviendo tan cerca de Becky sin nunca mostrarse por miedo a su rechazo. Por otra parte, le asombraba la intensidad del amor que sentía como para que hubiera

tomado esa decisión solo para estar lo más cerca posible de ella.

No había un solo reloj en la tierra que pudiera capturar los minutos o las horas de un amor como ese. Y le recordaba la nota que Harry había pegado a la pared del taller: «Los relojes de sol pueden medir las horas del día y las presas cada gota de agua. Pero nadie nunca ha inventado un instrumento para medir el amor».

Becky no reconoció a las dos mujeres que la esperaban en la oficina del director al final de las clases esa tarde. Pero sus palabras la dejaban muda conforme ellas le explicaban el objeto de su visita.

Escuchaba a la mujer llamada Grace, quien le describía cómo su esposo había acogido a un veterano herido y le había ofrecido un lugar tranquilo y seguro para vivir, encima de la tienda familiar, así como la oportunidad de que aprendiera el oficio. Empezaba a llorar cuando esta mujer le describió la lesión que lo desfigura, el ojo cegado, el rostro que trataba de sonreír cada día a pesar de que el tejido cicatricial se lo dificultaba, donde había padecido innumerables injertos de piel.

Pero era la parte de la historia que la mujer asiática le narraba, en la que él había trabajado como conserje en la escuela durante dos años solo para poder estar cerca de ella, lo que hizo que Becky sollozara entre sus manos.

Ahora sabía quién había dejado esas flores en su escritorio durante todos esos años. El narciso. La rosa solitaria. Pensó que quizá era otro maestro que estaba enamorado de ella, pero nunca pudo averiguar realmente quién era.

Jack había estado ahí todo el tiempo.

Las dos mujeres escrutaron la mano de la joven

maestra y advirtieron que no tenía anillo de matrimonio.

—No sabemos lo que usted vaya a hacer con toda esta información —dijo Grace en voz baja—. Pero pensamos que era importante que lo supiera.

Becky asintió.

—Gracias —respondió en un murmullo—. Todos estos años me pregunté qué le había pasado a Jack.

Apenas podía hablar. No compartió con las mujeres que ahora se daba cuenta de que no era su amigo el que se había lastimado el rostro cuando la llamó, que siempre había sido él. Sentía un nudo en el estómago al saber que le causó mucho dolor, cuando ya había sufrido tanto.

—Nunca pude saber qué pasó con él, a pesar de todos mis esfuerzos —explicó—. Incluso después de la primera llamada, supe que estaba vivo, pero nunca pude localizarlo. —Negó con la cabeza—. Todo este tiempo estuvo justo aquí... y luego a dos pueblos de distancia. —Metió la mano a su bolso, sacó un pañuelo y se enjugó los ojos—. No sé cómo sentirme con todo esto —confesó—. Es casi como si un cadáver se levantara de entre los muertos.

Anh vio cómo la joven intentaba reconciliarse con la noticia que ella y Grace le compartieron.

—Nunca escuché palabras como estas antes, tener el sol durante la oscuridad. Pero es muy hermoso, ¿no? —dijo Anh al tiempo que sonreía.

Grace sonrió.

—En verdad es un pensamiento muy bello.

—Gracias por decírmelo —respondió Becky con los ojos bañados en lágrimas—. Tengo que irme. —Dando unas palmaditas al Timex que tenía sujeto a la muñeca con una fina correa de piel—. Les agradezco mucho que me hayan dicho dónde está Jack.

Epílogo

Es tarde y conduce entre la línea de árboles de Bellegrove, admirando las casas blancas con sus cercas de madera y los jardines muy cuidados. Las ventanas brillan con luces cálidas, aunque no ve un alma, salvo una mujer sola que está sentada en un columpio amarillo en el porche afuera de su casa. Lleva un vestido rosa, se cubre el rostro con las manos, está llorando. Le asombra que incluso en este suburbio de perfección tan cuidada, las emociones humanas se expresaran así, que nadie es inmune a la soledad o a la pena.

Finalmente, encuentra la dirección que buscaba y estaciona el coche en la calle frente a la tienda de relojes; mira el letrero de Las horas doradas, escrito en letras antiguas verde y bronce. El escaparate está lleno de relojes de distintos tamaños y formas. Algunos son enormes relojes de pie y otros son relojes de repisa tallados, que se exhiben sobre mesas de madera cubiertas con terciopelo rojo. Un letrero que dice «Cerrado» cuelga de la perilla de la puerta, pero al fondo, una sola luz brilla como un faro blanco. Becky aprieta el volante; piensa si tiene el suficiente valor como para salir del coche.

En la casetera suena una vieja cinta grabada que él le había dado diez años antes. Las canciones *I Wish It would Rain* y *Slip Away* son como un álbum de recortes de otra época, antes de romper su compromiso con un hombre

con el que una vez trató, sin éxito, de reemplazar a Jack, o las tantas noches en que se preguntó si acabaría conociendo a alguien que la quisiera tanto como su primer amor, Jack Grady, cuando iban a la preparatoria Allentown.

En su muñeca sigue llevando el reloj que él le dio esa tarde cuando empacaron su casa de infancia. Hubo un tiempo, después de la última llamada telefónica, en que dejó de usarlo y lo desterró del cajón de su recámara. Pero luego, hacía un par de años se lo volvió a poner porque el sentimiento del regalo había sido honesto y hermoso. Había algo práctico en su decisión también, porque durante sus clases podía echarle un vistazo y saber qué hora era rápidamente, porque los numerales romanos eran fáciles de leer y sus alumnos no se daban cuenta de que veía la hora.

Se preguntó si el Jack que estaba en ese taller podría alguna vez perdonarla por las palabras apresuradas que dijo por teléfono cuando volvió a casa, herido y solo. Cómo odiaba pensar que no se había dado cuenta de que el amigo era un invento y que hablaba de él mismo. La verdad era que, ahora lo sabía, debió responder de otra manera. Debió haberle mostrado un corazón abierto a su solicitud, sin importar otra cosa; pero era joven y solo pensaba en ella y en su modesto estilo de vida. Desde que las dos mujeres habían ido a verla a la escuela, había pasado horas recordando una y otra vez la última conversación con Jack, deseando poder regresar el tiempo y hacer todo diferente.

Salió del coche y se acercó en silencio a la tienda. Levantó la mano y tocó la puerta. Escuchó los pasos de Jack y el seguro que se abría antes de verlo. Luego, ahí estaba; la mitad de su rostro en la oscuridad y la otra mitad bajo la luz de la luna. Becky se quitó el reloj y se lo dio.

—Hola. ¿Me puede ayudar con esto? —preguntó,

levantando los ojos para verlo bien.

Él quedo paralizado cuando ella se acercó; su rostro, un valle de carne roja y rosa, se descubría por completo ante ella.

—Me lo regaló una persona muy especial hace algún tiempo —continuó. Luego se aclaró la garganta y habló entre lágrimas—. Un chico llamado Jack. A quien desde siempre he estado esperando que vuelva a casa.

Agradecimientos

Los custodios del tiempo no habría sido posible sin la ayuda de tantas personas pacientes y generosas que confiaron en mí para contar esta historia. Gracias a Marie Wood, quien pasó horas narrando en detalle su desgarrador escape de Vietnam, a principios de la década de 1980. En particular, Marie me contó sobre un pequeño niño que iba en su bote y que en parte inspiró al personaje Bảo. Fue trágico cuando el niño vio que sus padres se ahogaron, después de los angustiantes últimos momentos de su padre, que quedaron marcados para siempre en la mordida que le dejó al niño en la muñeca. Marie también compartió cómo, al igual que Bảo, pudo aprender inglés viendo caricaturas de superhéroes en la televisión. A mi guía en Vietnam, Tran Thanh Chung, quien me ayudó a darle vida a Vietnam durante mi visita en 2020 a ese hermoso país. Él compartió tantos recuerdos e historias de los tumultuosos años posteriores a la «guerra estadounidense» y las consecuencias para la familia de su tío, por las que tuvieron que pasar por haber estado en el bando equivocado. A Isabel Ngo, mi sensible lectora profesional, le estoy sumamente agradecida, no solo por la fastidiosa lectura de mi manuscrito, sino también por el ojo astuto para asegurarse de que escribí los pasajes vietnamitas con precisión y sensibilidad cultural e histórica. Debo mencionar que, por la línea de tiempo de

la novela y por el periodo en el que mis personajes estaban en Vietnam, la historia se limita a mostrar la guerra solamente desde el punto de vista de las experiencias personales de los personajes. Mientras me concentraba en el sufrimiento de las familias de Vietnam del Sur, como la de Anh, que fueron tratadas con brutalidad por el nuevo régimen comunista; estoy consciente de la devastación y del dolor que la «guerra estadounidense» también provocó en innumerables vidas en Vietnam del Norte. Sin embargo, sus historias rebasan el propósito de esta novela.

Mareen Connolly, fuiste una verdadera inspiración para Grace, estoy por siempre en deuda tanto por tu guía sobre cómo las hermanas de San José, en Long Island, las reunieron con los refugiados vietnamitas de la arquidiócesis, patrocinadas a finales de 1970, y por la empatía al contarme tu propia historia de inmigrante cuando llegaste aquí de Irlanda. Jennifer y Jillian Keschner: es gracias a ustedes dos que esta historia llegó a mi corazón. Estoy tan agradecida por todo el tiempo que pasaron conmigo; en particular a Jillian, quien me apoyó como una maravillosa ayudante de investigación para el libro.

Pero, sobre todo, doy gracias a Pete Mohan; esta novela sencillamente no hubiera sido posible sin ti. Tu dedicación con el material para revivir tus experiencias como soldado del cuerpo de marines en la compañía Hotel, segundo batallón de la compañía 26, y todas las horas que pasaste después revisando el texto para asegurarte de que cada palabra y detalle histórico fueran correctos, fue invaluable para ayudarme a comprender mejor qué significa ser veterano de Vietnam. Sin tu profundo compromiso con tus compañeros marines, nunca habría podido acercarme a entender por lo que pasaste, tanto en Vietnam como a tu regreso a casa. Debo hacer un reconocimiento adicional a tus camaradas de la compañía Hotel, Tom Lehner, Ralph Gomez y «Doc»,

Mike Djiokonski. Todo lo que compartieron, los recuerdos tan poderosos y conmovedores de sus compañeros de armas caídos, PFC Stanley Copes, y la novela es mucho más rica gracias a tu honestidad y transparencia. Conservaré los recuerdos de los hombres que mencionaste, como Stanley y Jefe Sandoval, para siempre en mi corazón.

También estoy en deuda por la ayuda de otros veteranos de Vietnam por hablar de sus experiencias conmigo: el doctor Nathan Blumberg, John Heil, Patrick Gillis, Bill Schwindt, Chip Sines, Michael Pergola y Glenn Kesselman. Gracias también a los cirujanos plásticos de Cold Spring Harbor, quienes me describieron varios tratamientos para las víctimas de quemaduras como mi personaje, Jack. Y para Lori Ann Bibat, quien también compartió su conocimiento trabajando con víctimas quemadas. Gracias también a Tim Pillion, quien me contó la historia de su tío, que nunca contó a su familia que había vuelto de Vietnam, pero que vivía tranquilo en el pueblo de al lado de ellos, porque eligió vivir aislado debido al dolor que había padecido.

Para mis primeros lectores, Charlotte Gordon, Anh Ho, Nikki Koklanaris, Victoria Leventhal, Deborah and Jardine Libaire, Lynda Loigman, Sofia Lundberg, Lindsay y Ellen Richman, Suzanne Sheran, Robbin Siegel, Christina Tudisco y Allison Von Vange, gracias a todos con mucho cariño; así como a esas mujeres que me presentaron a los veteranos en sus vidas: Shannon Husselbeck, Charlene Edwards y Carole Metzger.

Esta novela ha reforzado mi creencia de que las historias nos unen, nos ayudan a sanar y a avanzar. Agradezco a cada persona que creyó que esta historia tenía que ser contada.

Acerca del autor

Alyson Richman. Es una reconocida autora de *bestsellers*, entre los que destacan *Los amantes de Praga* (Planeta, 2017), *Las horas de terciopelo* (Planeta, 2020) y *El jardín italiano* (Planeta, 2022); además de ser una talentosa pintora. Se graduó de Wellesley College en Historia del Arte y Cultura Japonesa.

Sus novelas, que han sido traducidas a más de dieciocho idiomas, combinan su profundo amor por el arte, la historia y los viajes. En la actualidad vive en Long Island con su esposo y sus dos hijos.

Título original: *The Time Keepers*

© 2022, Alyson Richman

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño *Estudio La fe ciega* Domingo Martínez
Ilustración de portada: Fotoarte creado con imágenes de © iStock

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo C.P. 11560, Ciudad de México www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: noviembre de 2022
ISBN: 978-607-07-9481-0

Primera edición en formato epub: noviembre de 2022
ISBN: 978-607-07-9491-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE